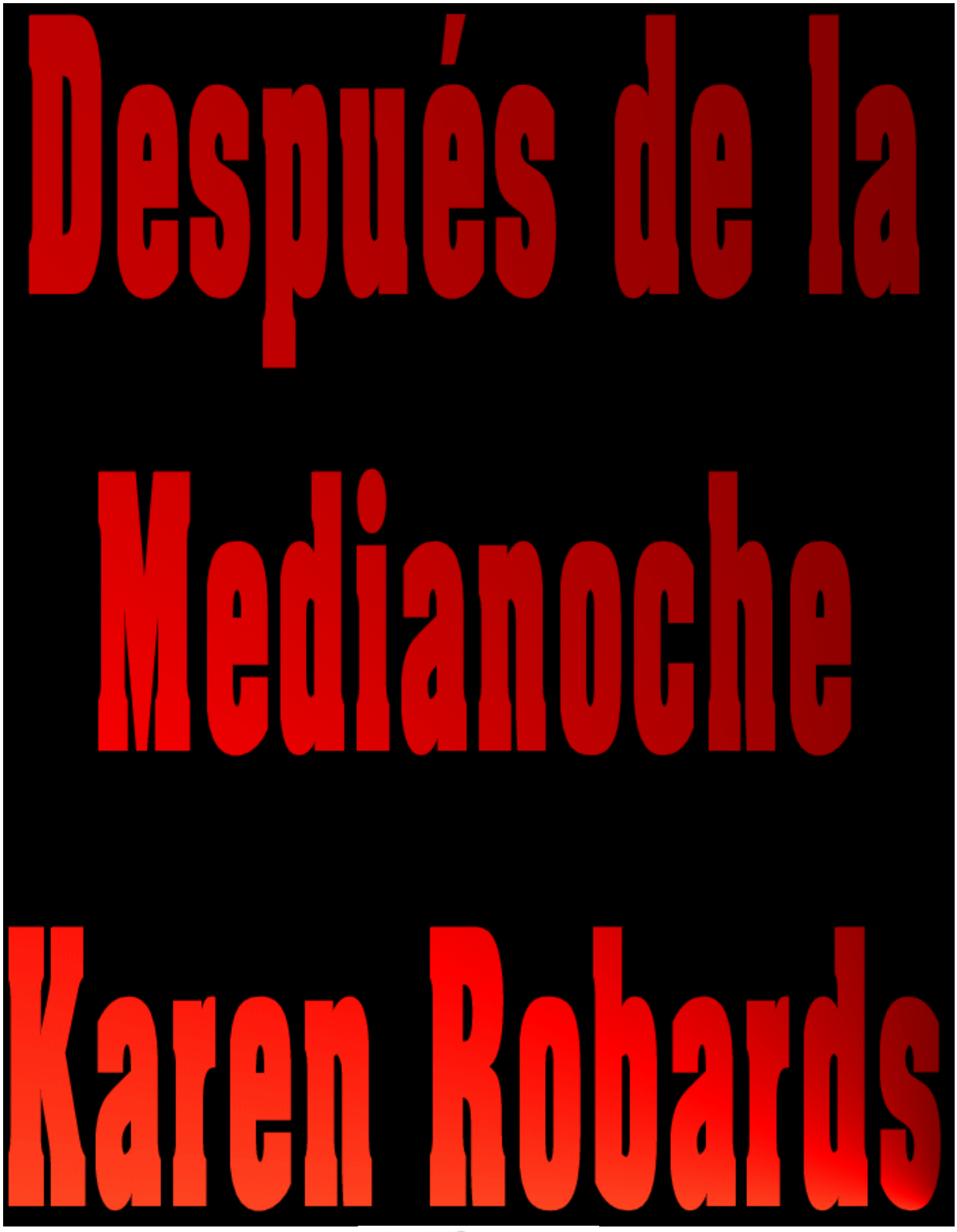
Después de la Medianoche
Karen Robards



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Como siempre, este libro está dedicado, con mucho amor, a los hombres de mi vida: Doug, Peter y Christopher También, conmemora dos bodas en la familia: la de mi hermana Lee Ann Johnson con Sammy Spicer el 8 de febrero de 1993, y la de mi hermano Bruce Hodges Johnson con Susan Wearren, el 12 de junio de 1993.

"¡Por qué no podrán morir los muertos!"
EUGENE O'NEILL

Capitulo 1

Se colgó del gancho de una planta.

Uno de esos ganchos de falso hierro forjado que se atornillan al techo. Estaba fabricado para soportar hasta cuarenta y cinco kilos. Si hubiese pesado más de cuarenta y cuatro, estando empapada, ese mal-dito artefacto no habría podido sostenerla, y hoy estaría viva.

Eso era casi divertido, si se tenía en cuenta que ella tenía pánico a engordar, pues medía poco más de un metro y medio de estatura, y había pasado toda su vida adulta a dicta rigurosa para mantener su peso por debajo de los cuarenta y cinco.

Bueno, así es la vida.

La vida. Así reflexionó el espíritu... porque ahora ella era un espí-ritu. Mientras lo pensaba, sintió un cosquilleo por dentro, como el lento despertar de un miembro en el que se restableciera la circulación. "¿Quiero vivir de nuevo?", pensó el espíritu.

Le resultaba difícil recordar cómo era estar viva. Era como si estuviese viendo la vida desde la perspectiva de una nadadora bajo el agua, como si la vida fuese un día luminoso, visto a través de una pantalla de agua que lo distorsionara.

Ese mundo de abajo del agua era más real para ella, pues ahora formaba parte de él. Aquí. flotando, soñando, se sentía a gusto en esta tierra de nadie donde la habían enviado... ¿por cuánto tiempo?

No lo sabía. El tiempo ya no tenía significado para ella: sólo sabía que estaba aquí desde que había muerto.

Desde la noche en que sus pies, enfundados en medias, se apoyaron sobre el metal frío de la tapa de un escritorio, y un lazo de cuerda de nailon le rodeó el cuello. Desde esa noche en que se ahogó, y pateó y luchó, luchó para respirar...

Las emociones que había sentido en ese momento inundaron el recuerdo y revivieron con pasmosa claridad: el terror, la incredulidad, la desesperación.

El velo acuoso se despejó, y por unos instantes estuvo otra vez en el cuarto donde había muerto, flotando cerca del techo, cerca de aquel mismo gancho de imitación que había sido su fin. Pese a su sombría historia, nadie se había preocupado por quitarlo, y todavía estaba aquí, curvado como un dedo haciendo señas, olvidado contra el yeso sucio.

¿Por qué ella estaba allí? ¿Qué fuerza la había traído de vuelta, arrancándola del lánguido nadar en la eternidad?

En su mente apareció un rostro: un hombre rubio y apuesto. Y después, otro, moreno y áspero.

A los rostros siguió un nombre. Su propio nombre, que llegaba de una vida terminada: Deedee.

Deedee. Había estado muerta, pero ahora volvía. No viva, pero sí consciente.

Con un objetivo. Eso era algo que había aprendido: todo tiene un propósito.

Y como ese objetivo aún estaba oculto para ella, pasó a través del techo hacia la noche infinita, contenta de esperar.

Capitulo 2

Los excusados eran lo peor. Sobre todo los de los hombres. Qué tipos tan asquerosos, los hombres: ¿alguna vez acertarían a aquello que apuntaban?

Summer McAfee frunció la nariz, asqueada, tratando de no pensar qué era eso sobre lo que estaba a gatas, fregando el piso, y frotó con furia el cepillo contra las baldosas. Cuanto antes terminara el trabajo, antes saldría de allí.

"I can "t get nooo SATISFACTION... " Mientras trabajaba, Summer se acompañaba canturreando en voz baja y gutural el gran éxito de los Rolling Stones, de veinte aòos antes. Desafinaba. ¿Y qué ? No había nadie cerca que pudiese oírla. En este empleo, tenía prohibido llevar el *walkman* de modo que no tenía más alternativa que distraerse con su propia voz, de dudosa afinación. Y, sin embargo, no se distraía. Pese a la presencia imaginaria del mítico Mick Jagger, se sentía quisquillosa como un caballo atado en un establo plagado de moscas.

"I can get nono... "

Otro crujido que llegó desde algún lado, tras la puerta cerrada del lavabo de hombres, casi hizo atragantarse a Summer con el resto del verso. Miró hacia atrás por décima vez en el último cuarto de hora, aunque mirar no servía de mucho. El desinfectante que se evaporaba formaba una nube tan densa en el pequeño recinto, que casi no podía respirar, y menos todavía ver, a través de la película de lágri-mas que le velaba los ojos. Tal vez el desinfectante la había mareado un poco, pero ese excusado estaba tan inmundo...

Summer todavía podía ver lo suficiente para asegurarse de que la puerta del excusado de hombres estaba bien cerrada. En cuanto a lo que habría detrás de esa puerta... se limitaría a no pensar en ello. Fuera cual fuese el origen del crujido, debía de ser inofensivo. El edificio tenía como cien aòos de antigüedad, y no era de extrañar que crujiese. Harmon Brothers, una cadena de casas de velatorios, era el cliente más importante de su tambaleante servicio de limpieza, y no estaba dispuesta a perder semejante cuenta por un estúpido ataque de temores fantásticos. Su inútil equipo de trabajo de los sábados por la noche le había fallado por segunda vez en ese mes (¡tendría que haberlos despedido la primera vez!). No había nadie más que estuviese disponible para limpiar la sede central de la funeraria Harmon Brothers, recibiendo el aviso con tan poca anticipación. En síntesis, tuvo que cargar con todo el trabajo. No era la primera vez que había tenido que encargarse de todo el trabajo ella sola. De hecho, cuando empezó, pese a sus audaces afirmaciones en contra, Summer era la única empleada de Daisy Fresh: jefa ejecutiva, directora de mercado y señora de la limpieza, todo en uno.

A una profesional como se jactaba de ser, no debería importarle que el sitio que limpiaba esa noche fuese una casa de velatorios... pero sí le

importaba. Eran las dos de la madrugada, estaba más allá del cansancio, y su imaginación estaba empezando a desbordarse.

En el otro cuarto, había cadáveres. Más bien, en varios otros cuartos. Tres cuerpos, muy cómodos en sus féretros, listos para sus funerales a la mañana siguiente. Y uno más, cubierto con una sábana, en la sala de embalsamado.

Acaso fuese problema de ella, pero Summer empezaba a descubrir que le daba recelo quedarse encerrada en la oscuridad, en un edificio desierto, de madrugada, rodeada de un grupo de cuerpos muertos.

La clave consistía en no pensar demasiado en eso. Summer contuvo un estremecimiento, y obligó a su mente vagabunda a concentrarse en el trabajo que tenía por delante. El espacio entre la base del inodoro y la pared siempre era el peor.

"... *good reaction. / And 1 've tried / and I ve tried / and 1 've tried / and 1 've...* "

Crujido. Crujido.

Estuvo a punto de tragarse la lengua con el último *tried. ¿Qué* ruidos *eran esos?* En el mismo momento en que lanzaba otra mirada inquieta a la puerta, se sintió ridícula. Bien, eran las horas muertas -no, esa palabra no- la *mitad* de la noche, y estaba sola en una mansión victoriana restaurada, combinada con casa mortuoria, en medio de un cementerio de doscientas cuarenta hectáreas, y acompañada por cuatro cadáveres, y se dejaba dominar por el espanto. Todo iría bien mientras fuese capaz de reconocer el hecho y lo absurdo que resul-taba. Los cadáveres no le harían daño, y no había nadie rnás por allí.

-Soy la única persona viva en todo este maldito lugar -dijo Summer en voz alta.

Y al comprobar que eso no la hacía sentirse mucho mejor, hizo una mueca. A estas alturas, la presencia de otro ser humano vivo, respirando, sería muy bienvenida.

Al terminar, por fin, el tercer y último inodoro, se incorporó sobre los talones con un suspiro de alivio, y arrojó el cepillo en el balde de plástico que tenía cerca. Aterrizó con un repiqueteo que sonó exageradamente fuerte en el silencio.

Summer se encogió, pero nadie iba a sentirse molestado por el estrépito. Cuando el ruido se esfumó, otra vez reinó el silencio. Llegó a la conclusión de que era, precisamente, ese silencio lo que la asustaba, dándole la sensación de que miles de orejas invisibles escuchaban, y miles de ojos observaban todo lo que hacía.

"I can get nooo... " Esta vez, la canción fue poco más que un suspiro, más una jactancia, a la que rápidamente dejó de lado. Incapaz de sacudirse la inquietud que la atenazaba, Summer abandonó a los Stones. Quizá, música tan irreverente en una casa funeraria estaba agitando a los espíritus...

¡Qué ridículo! Era una mujer adulta, de treinta y seis años, que había demostrado más de una vez ser capaz de enfrentarse a cualquier cosa que la vida le echara encuna. Habiendo sobrevivido a la muerte de uno de sus padres, a una primera carrera frustrada y a cinco años de odioso

matrimonio, ya no quedaban muchas cosas capaces de asustarla. Pero había algo seguro: no la asustaba ningún fantasma. ¿O sí?

-Si hay algo extraño en tu vecindario...

El tema de *Ghostbusters,* los archifamosos *Cazafantasmas,* surgió en la mente de Summer y le provocó una sonrisa vacilante. Podría cantar para darse valor. Pero no estaba inuy convencida de que le diese resultado... además, en el contrato con Harmon Brothers se especificaba que los empleados de Daisy Fresh debían conducirse con dignidad en todo momento, mientras estuvieran en el local. No se les permitía ni llevar una radio, y Summer no habría evocado a los Stones si no estuviese tan desmoralizada por diversos ruidos que a la luz del día no habría advertido siquiera.

La sonrisa de Summer se convirtió en una mueca amarga al formarse una imagen casi inevitable de sí misma: allí estaba ella, un metro y medio de mujer. bien rellena, algo entrada en aòos, con as pecto de poca cosa enfundada en sus pulcros pantalones cíe poliéster negro, y camisa de nailon blanco metida en la cintura, que constituían el uniforme de Daisy Fresh. Los ajos almendrados brillantes, mechos de cabello castaño oscuro mojados de sudor, copando del moño precario que coronaba su cabeza, balde amarillo en una mano, recorrien-do la casa funeraria hacia la salida, agitando el puño en el aire y vocife-rando, "¿A quien vas a llamar... ?" con toda la fuerza de sus pulmones.

Debía admitir que no era un final muy digno. Pero sí alegre. Muy alegre.

Summer se incorporó haciendo muecas -fregar el suelo a gatas dejaba las rodillas doloridas- apoyó la mano en la parte baja de la espalda, y se estiró. Se quitó los guantes de goma, los tiró dentro del balde, y se miró disgustada. las uñas cortas. En otra época, tuvo hermosas manos... Pero de eso hacía mucho tiempo y, en el presente, su vida había mejorado mucho, aunque sus manos, no. Como fuese, ¿qué importancia tenían las uñas manicuradas en el panorama general de la vida?

Recogiendo sus elementos de trabajo, se olvidó de las manos. Sólo le faltaba colocar las insignias de papel de Daisy Fresh sobre las tapas de los inodoros, juntar sus pertenencias, y podría irse.

Estaría cumplida su obligación para con Harmon Brothers, y saberlo la hacía sentirse bien, aunque jamas habría permitido nada menos. El lema de la compaòía era la confianza. Daisy Fresh siempre limpiaba, y limpiaba bien, exactamente donde, cuando y como se especificaba en el contrato. Por esa razón seguía en el negocio des-pués de seis años, durante los cuales pocos servicios de conserjería duraban mas de unos meses.

Tras pegar la última insignia, Summer levantó el balde con los elementos, y fue hacia la puerta. Con la mano sobre el picaporte, recorrió el recinto con una última mirada satisfecha. Las baldosas del

piso, de dos tonos, relucían. Los remaches plateados resplandecían. En los espejos no se veía una mancha. En un anaquel, sobre los lavabos, había un pequeño florero con una única margarita" fresca, que era algo así como la firma de la compañía. Por la mañana, los vapores del desinfectante se habrían esfumado, dejando sólo un agradable aroma fresco, y el cuarto de baño, al igual que el resto del edificio, tendría un aspecto y una fragancia impecables.

Y Daisy Fresh seguiría contando con otro cliente satisfecho. Summer abrió la puerta, esta vez con una sonrisa auténtica. Accionó el interruptor de la luz de la pared exterior, apagó la luz del cuarto de baño, y salió a la solemne quietud del pasillo.

Sus pasos quedaron ahogados en la gruesa alfombra gris del estrecho pasillo que atravesaba el fondo del edificio, perpendicular al largo corredor central hacia el cual se abrían los salones de velatorio. Los tocadores se alineaban a lo largo del pasillo trasero, a la izquierda; el cuarto de embalsamado también, pero a la derecha. Una puerta trasera, que permitía fácil acceso al estacionamiento repleto, cortaba en dos la pared. Con un solo vistazo, Summer comprobó que estaba cerrada con llave. Claro.

Era política de Summer -de la compañía- exigir a los empleados que hicieran una inspección final en todos los trabajos para disminuir la posibilidad de errores, tales como paños de limpiar olvidados, o luces encendidas. Harmon Brothers, en especial, era exigente en lo que se refería a las luces. Cada vez que Daisy Fresh entraba, el edilicio estaba a oscuras, y Mike Chaney, el director general, insistía en que sólo se encendieran las luces estrictamente necesarias, para ahorrar.

Esa noche, Summer había llevado a cabo el proceso de rigor, por muy tentada que estuviese a dejarlo de lado. Fuera del pasillo en que se encontraba, la casa estaba oscura, silenciosa y vasta como una caverna llena de ecos. Sólo quebraba el silencio el canturreo bajo del aparato de aire acondicionado. Conociendo la propensión de Harmon Brothers a bajar los gastos, la sorprendió un tanto que el equipo quedara encendido toda la noche. Las temperaturas nocturnas estivales de Murfreesboro, en Tennessee, que estaba enclavado en la base de las montañas Smoky, promediaban los veintidós grados centígrados;

En inglés, daisy significa margarita. (N. de la T.).

no era clima que requiriese refrigeración. Pero, teniendo en cuenta el tipo de actividad de Harmon Brothers...

Pensó en el efecto del calor sobre los cuerpos muertos, se estremeció, y se apresuró a concentrar la mente en las pocas cosas que le quedaban por hacer antes de irse. Lejos de ella cuestionar a Harmon Brotliers su decisión de dejar el acondicionador de aire funcionando las veinticuatro horas.

La luz del pasillo del fondo era la única iluminación del edificio. Primero, encendería la gran araña del vestíbulo central (por fortuna, el interruptor estaba al lado de la puerta principal), y luego vol vería para apagar la del pasillo trasero. Tal vez desandar el camino le llevara un poco más de tiempo, pero la otra alternativa, bajar un interruptor y correr a subir el otro, era impracticable.

Que la tildasen de cobarde, pero por nada del mundo pensaba hundirse en la oscuridad absoluta, en las entrañas de una casa de velatorios.

¿A quién vas a llamar-...." Summer apartó de su mente la absur-da canción, mientras se encaminaba hacia la puerta principal.

Al tiempo que encendía la araña grande y dejaba el balde, el bolso y la aspiradora junto a la puerta principal, notó que el crujido intermitente que le estaba destrozando los nervios desde que llegó había cesado. Quizá por eso le pareció que el ruido del acondicionador era demasiado fuerte. El suave ronroneo del equipo parecía ahora un gruñido amenazador. Se imaginó el

casquete metálico de la uni-dad en forma de una enorme bestia gris con grandes colmillos, y el gruñido amenazador que iba convirtiéndose en un rugido ensordece-dor, aumentando junto con el tamaño de la fiera...

Llegó a la conclusión de que veía demasiadas películas de Stephen Kina y, haciendo un mohín, se apresuró a apagar la luz del pasillo trasero. Para cumplir con la inspección final, que era política inflexible de Daisy Fresh, se obligó a echar un vistazo al pasar ante cada puerta abierta. No quedaban paños de limpiar olvidados, ni escobillas de goma, fajos de toallas de papel, nada. Cuartos de aspecto inmaculado, olorosos con las fragancias de los tributos florales recibidos por los bienarnados que partían de este mundo, vestidos con sus mejores galas, y expuestos en féretros de elegante forro de satén.

¿Y si se levantaran de sus ataúdes y avanzaran hacia ella? ¿Y si no habían estado listos para morir; o los fastidiara la perspectiva de ser sepultados por la mañana, y hubiesen decidido vengarse en el único mortal que tenían a su alcance? ¿Y si hubiese ingresado en una versión de los noventa de La Noche de los Muertos Vivientes, y estaba a punto de convertirse en un personaje?

"¿En serio!", se regañó Summer. "¡Demasiadas películas de Stephen King!" Tendría que poner coto a su propia imaginación antes de que se le ocurriese evocar a un loco blandiendo un hacha. O un San Bernardo rabioso, babeante, o...

!Ghostbusters!

Casi corrió para tocar el interruptor de la luz del pasillo y bajarlo. Una vez hecho esto, lo único que le faltaba era abrir la cerradura de la puerta principal, apagar la araòa, precipitarse fuera, cerrar la puerta con llave, y tarea terminada.

!Uf!

No sabía que podía acobardarse con tanta facilidad pero, en verdad, el ambiente de ese lugar estaba crispándole los nervios. El aparato de aire acondicionado sonaba más fuerte aún, como si, en efecto, estuviese acumulando tensión para explotar en un clímax de terror. Si prestaba atención -o incluso sin hacerlo-, casi podía oír una especie de tamborileo rítmico.

Mientras avanzaba hacia el vestíbulo central, se juro a sí mismo que no volvería a ver una película de Stephen King mientras viviese. Al llegar al cruce de los corredores, miró a la derecha... y sintió que el estómago se le hundía hasta las suelas de las zapatillas.

Aunque la puerta metálica estaba cerrada, a través del angosto panel de cristal opaco que había en la parte superior de la puerta, vio que había dejado encendida la luz de la sala de embalsamado.

Todas sus terminaciones nerviosas le gritaron que la dejara como estaba. Si Mike Chaney se quejaba, podría disculparse por el olvido y prometer que jamás volvería a suceder. Las consecuencias serían mínimas. Harmon Brothers no cancelaría el contrato por un error tan insignificante.

Pero Daisy Fresh era como un hijo para ella, y lo erigió con gran esfuerzo sobre las cenizas de su vida anterior. Daisy Fresli jamás dejaría una luz encendida toda la noche si le habían encarecido que no lo hiciera. Por el honor de Daisy Fresh -y en homenaje al sustancioso cheque que llegaba

todos los meses con la puntualidad de un mecanismo de relojería de parte de Harmon Brothers- iría a apagar esa maldita luz.

Maldita.

Rechinando los dientes, se dirigió al cuarto de embalsamado, sin escatimar maldiciones hacia su poco fiable personal de limpieza, hacia Stephen King, y hacia los interruptores de la luz, en general.

Por lo menos, el cuerpo que estaba en aquella sala estaba cubierto con una sábana. En realidad, no lo vería. Escudándose en esa idea, abrió la puerta de metal y buscó con la vista el interruptor de la luz. Según el sentido común, debía de estar a la derecha de la puerta.

Con la periferia de su visión registró el cadáver cubierto con la sábana, que descansaba sobre una camilla metálica con ruedas, arrirnada a la pared, y apartó la vista para fijarla, desesperada, en los relucientes fregaderos de acero, las mesadas inmaculadas, el piso recién fregado. "Quizá no sepa hacer ninguna otra cosa bien", pensó, con un aire de satisfacción, "pero sé limpiar."

¡Casi nada de talento!

El interruptor estaba como sesenta centímetros más a la izquierda de lo que indicaría cualquier lógica. Summer entró en el cuarto, estirándose hacia el interruptor, rnientras la puerta se cerraba tras ella.

Una vez localizado el interruptor, tenía la vista libre, y fue a posarse en una mesa idéntica a la otra. Estaba apoyada contra la pared opuesta a la primera, precisamente donde estaba la puerta por la cual acababa de entrar.

Sobre esa mesa había un hombre desnudo, acostado boca arriba. Un hombre desnudo muerto.

La impresión le hizo abrir grandes los ojos, y la boca. Este cadáver no estaba cuando ella limpió. ¿Estaba? ¿Cómo era posible que hubiese pasado por alto semejante cosa?

Imposible. No había modo. No existía ni la más remota posibi-lidad de que lo hubiese pasado por alto. El despojado cadáver, casi obsceno en su testimonio de las indignidades de la muerte, colmó de horror la visión, la mente, los sentidos de la mujer.

Desde donde estaba, a casi dos metros, podía ver los hematomas, las huellas de los golpes en la cara y en el pecho. Sin duda, víctima de un accidente. ¿Lo habrían llevado mientras ella estaba limpiando?

Era la única explicación posible. Los crujidos que oyó debían de haber sido reales. Alguien, un equipo de ambulancia, o uno de la funeraria Harmon Brothers. en realidad Summer no sabía cómo se

Maldita.

Rechinando los dientes, se dirigió al cuarto de embalsamado, sin escatimar maldiciones hacia su poco fiable personal de limpieza, hacia Stephen King, y hacia los interruptores de la luz, en general.

Por lo menos, el cuerpo que estaba en aquella sala estaba cubierto con una sábana. En realidad, no lo vería. Escudándose en esa idea, abrió la puerta de metal y buscó con la vista el interrup tor de la luz. Según el sentido común, debía de estar a la derecha de la puerta.

Con la periferia de su visión registró el cadáver cubierto con la sábana, que descansaba sobre una camilla metálica con ruedas, arri-rnada a la pared, y apartó la vista para fijarla, desesperada, en los relucientes

fregaderos de acero, las mesadas inmaculadas, el piso recién fregado. "Quizá no sepa hacer ninguna otra cosa bien", pensó, con un aire de satisfacción, "pero sé limpiar."

¡Casi nada de talento!

El interruptor estaba como sesenta centímetros más a la izquierda de lo que indicaría cualquier lógica. Summer entró en el cuarto, esti-rándose hacia el interruptor, rnientras la puerta se cerraba tras ella.

Una vez localizado el interruptor, tenía la vista libre, y fue a posarse en una mesa idéntica a la otra. Estaba apoyada contra la pared opuesta a la primera, precisamente donde estaba la puerta por la cual acababa de entrar.

Sobre esa mesa había un hombre desnudo, acostado boca arriba. Un hombre desnudo muerto.

La impresión le hizo abrir grandes los ojos, y la boca. Este cadáver no estaba cuando ella limpió.

¿Estaba? ¿Cómo era posible que hubiese pasado por alto semejante cosa?

Imposible. No había modo. No existía ni la más remota posibilidad de que lo hubiese pasado por alto. El despojado cadáver, casi obsceno en su testimonio de las indignidades de la muerte, colmó de horror la visión, la mente, los sentidos de la mujer.

Desde donde estaba, a casi dos metros, podía ver los hematomas, las huellas de los golpes en la cara y en el pecho. Sin duda, víctima de un accidente. ¿Lo habrían llevado mientras ella estaba limpiando?

Era la única explicación posible. Los crujidos que oyó debían de haber sido reales. Alguien, un equipo de ambulancia, o uno de la funeraria Harmon Brothers. en realidad Summer no sabía cómo se hacían esas cosas, habían traído el cadáver reciente mientras ella fregaba, sin saberlo.

Le temblaron las rodillas. Se le revolvió el estómago. Los restos de coraje que le quedaban le fueron arrancados por el repentino encuentro con la muerte en su forma más cruda. No podía fingir, siquiera, no estar aterrada casi hasta la locura.

Pero podía irse a casa. Y despedir a las inútiles que constituían su personal de los sábados por la noche. Y procurar tener siempre un equipo de trabajo al que pudiese llamar en cualquier momento, para evitar, de ahí en adelante, situaciones como la presente.

Jamás volvería a quedar en una situación como esta, que la obligase a limpiar sola, en mitad de la noche. una casa funeraria. La razón le indicaba que, en realidad, no había nada que temer. Como fuese, ese cuerpo maltratado estaba muerto. El único modo que tenía de hacerle daòo era en su propia imaginación desbordada. Esforzándose al máximo por serenar sus nervios alterados, Summer apagó la luz. La que entraba, amortiguada, por el vidrio traslúcido, llegaba desde el pasillo tal como ella imaginó. Ya estaba junto a la puerta, la mano en el picaporte, cuando lo oyó: un leve ruido deslizante, como si algo se hubiese movido en el cuarto.

En el tiempo de un par de latidos, Summer se congeló de terror. En su cerebro empezaron a agitarse visiones de los No-Muertos, y las combatió severamente con el sentido común: desde luego, el ruido fue imaginaria. Cuando prestó atención, lo único que llegó a sus oídos atentos fue un silencio estirado, poblado de ecos.

De todos modos, era hora de volver a casa. Gracias a Dios. Abrió la puerta, y no pudo resistirse a echar una última mirada asustada a aquel cuerpo golpeado. Y aunque la luz que entraba desde el pasillo era incierta, lo que creyó ver de un rápido vistazo fue que la pierna derecha del muerto se había movido.

La mirada ya se apartaba cuando la mente registró lo que había visto. La cabeza de Summer giró con brusquedad, como en la clásica toma doble. Paralizada, vio cómo la rodilla del hombre se alzaba unos siete centímetros de la mesa de embalsamado, y volvía a la posición original con ruido sordo.

A Summer se le erizó el vello de la nuca.

Capitulo 3

¿A quién vas a llamar? El estribillo, con su remate interminable, le martilleaba frenéticamente la cabeza mientras corría. Casi había llegado a la puerta principal y a la salvación, cuando se le ocurrió que no podía, sencillamente, abandonar un cadáver que no estaba del todo muerto. Dejando de lado los cuentos sobre los Muertos Vivientes (y cada átomo de raciocinio que poseía le aseguraba que esas historias eran pura fantasía), debía de haber al menos dos explicaciones posibles de lo que acababa de ver: o un espasmo muscular, o aquel hombre, en realidad, no estaba muerto. Alguien, un miembro del equipo de ambulancia, un médico de emergencias, ¿quién podía saberlo?, se había apresurado demasiado a ciarlo por muerto.

El primer impulso fue decirle "buena suerte, y adiós".

El segundo, marcar el número de emergencia de la policía.

El tercero, el más racional, llamar a la casa de Mikc Chaney y decirle que fuese a ver con sus propios ojos el cadáver más reciente. Pero, al mismo tiempo que se dirigía al despacho particular de Chaney, la primera puerta a la derecha de la entrada principal, para usar el teléfono, Summer vaciló. Llamar a su cliente más importante a las dos de la madrugada de un domingo no era una decisión que adoptar a la ligera. Tampoco lo era convocar a la policía y al servicio de ambulancias a la casa de velatorios más elegante del antedicho cliente. En este caso, seguramente la publicidad así obtenida no sería de las que más pudiesen complacer a Harmon Brothers. En el anterior, era probable que Mikc Chaney la creyese loca.

Una vez más, el honor y la reputación de Daisy Fresh estaban en juego, por no mencionar el cheque mensual de Harmon Brothers. Necesitaba ese dinero.

Claro que, si el hombre no estaba muerto, la primera preocupación de Surnrner debería ser preservar lo que le quedaba de vida. Sin duda, Harmon Brothers agradecería que les llamara la atención hacia semejante desliz.

Pero, ¿cómo era posible que alguien hubiese cometido un error de esa magnitud?

"Poco probable", admitió Surnrner, torva, dejando caer la mano un instante antes de aferrar el picaporte del despacho de Mike Chaney. Echó una mirada fugaz y nostálgica a las puertas dobles de la entrada principal. Junto a ella la esperaba la aspiradora, y también el cubo con los utensilios de limpieza, y el bolso. ¿Qué fácil sería convencer-se de que lo que había visto era sólo imaginario, o hasta una reacción postmortem corriente, salir

por esa puerta, conducir el automóvil hasta su casa, y olvidar que esta noche había existido, siquiera! Tan fácil... que cada átomo de su ser ansió esa salida fácil.

Pero ¿y si ese hombre, en realidad, estaba vivo? Había leído acerca de casos en que se declaraba muerta a la víctima y se descubría que no lo estaba en el momento mismo de sepultarla. ¿Y si el hombre moría solo, sobre esa mesa, en lo que restaba de la noche, o (pensamiento odioso) lo asesinaban por la maòana embalsamándolo prematuramente, y todo porque Summer era demasiado cobarde para actuar de acuerdo con lo que había visto?

De un modo u otro, si no intervenía. el destino de aquel hombre era casi seguro. Si no era ya otro cuerpo muerto, por la mañana lo sería.

Salvo que Summer hiciera algo. Ya había eliminado todas las posibilidades, excepto una. Temblando, supo lo que tenía que hacer. Ir a ver ese cadáver tres veces maldito con sus propios ojos, antes de decidir ninguna otra cosa.

Mierda.

Prefería, de lejos, sufrir otra película de Bruce Lee que lo que estaba a punto de hacer. Y no hacía la comparación a la ligera: el fin de semana anterior lo había pasado, precisamente, así. El hombre con el que estaba saliendo, sabiendo que era fanática del cine, y como él mismo era un entusiasta de las películas de karate, la obsequió con un día y una noche en un cine de Nashville, que presentaba a Bruce Lee en sus diversos personajes. Hacia el final de las ocho horas que pasó oyendo a Bruce Lee gritar, "¡Eiaaa-iooo!" cada cinco segundos, su-fría un dolor de cabeza soberano, y la sospecha de que el romance con el próspero dentista estaba condenado. El sí había disfrutado cada instante, apretando los puños y exclamando, -sí'-, cada vez que Bruce Lee pateaba el trasero de alguno de los malos. El plan del dentista para este fin de semana incluía un festival de Chuck Norris: Summer puso la excusa del trabajo.

Como de costumbre, sus propios pecados la alcanzaban: mintió, diciendo que tenía que trabajar el sábado, y terminó haciéndolo, en realidad.

No cabía duda de que, fuera quien fuese el Ser que regía estas cosas, debía de estar riéndose de ella. Detenida ante la puerta cerrada del cuarto de embalsamado, esforzándose por calmar los latidos des bocados de su corazón, Summer casi podía oír las risotadas que lanzaba ese Ser del otro mundo, afirmando, al mismo tiempo, que se lo tenía merecido.

Fuera del asordinado rumor del acondicionador de aire, la casa funeraria estaba mortalmente -no, ese término no servía- profundamente silenciosa.

Prefería sentarse a ver diez festivales de Bruce Lee que volver a entrar en ese cuarto.

"¡Que te condenen a pasar la eternidad con tus demonios!", maldijo a una imagen mental de Stephen King que reía como un poseso, y abrió la puerta. La luz del pasillo, en el que plantó con firmeza los pies -había encendido otra vez la luz, y le importaban un cuerno las restricciones de los hermanos Harrnon- formaba un estrecho sendero iluminado en la oscuridad de la sala.

Dum-dum...

"¡Basta!", se ordenó Summer. Sin hacer caso de la aceleración del pulso, abriendo con firmeza la puerta, que se cerraba sola, avanzó dos pasos y enfocó la vista en el cuerpo, ahora inmóvil. La luz no llegaba hasta donde estaba el cadáver, tan cerca de la pared. Estaba amortajado -otra mala palabra-, arropado por la sombra. Pero, aún así, distinguía los detalles: cabello corto, negro; cara hinchada, apaleada; párpados cerrados, con abundancia de manchas de lo que parecía ser sangre; hombro izquierdo amoratado, con una gruesa cuña de vello negro que, quizás, ocultase más magulladuras en el pecho; en todo caso, el pecho no daba señales de ascender y descender al ritmo de la respiración; torso de apariencia fuerte y musculosa; genitales pálidos y laxos, en un nido de vello negro; miembros inmóviles... inmóviles. Por supuesto, aquel hombre estaba muerto. Por supuesto.

Una cosa que no se podía decir de él era que no estuviese muerto. No se levantaría de aquella mesa para atacarla, los ojos sin vida fijos en ella, los brazos estirados para agarrarla...

¡Ghosthusters!

"Estaría muy agradecida si esto fuese algo relacionado con la Cámara Oculta", pensó Summer. Estaría muy dispuesta a reírse de la broma. Ja, ja.

Por favor, Dios. Por favor.

Pero no apareció ningún émulo de Allen Funt, y no pudo descubrir ninguna cámara oculta en la maceta de alguna palmera. De hecho, no había ninguna palmera en maceta. Lo único que había era la misma Summer y... el hombre muerto.

Se estremeció.

Tendría que avanzar otro paso hacia el interior del cuarto, encender la luz del techo, y tocar, de verdad, el cuerpo, para estar segura al cien por cien de que estaba muerto. Por mucho que odiara enfren tarse a la verdad, se conocía lo suficiente para saber que era capaz de reconocerla.

Mortalmente -no, una vez más, palabra mal elegida-obsesivarnente escrupulosa, Summer sabía que ese era uno de sus peores defectos.

Si era un mal sueño, estaba lista para despertar. Si era una broma, lo estaba para el remate.

Si se trataba de la vida real, tenía a bien informar a Dios, en ese mismo momento, de que estaba harta de ser víctima del humor divino.

Después de treinta y seis años, ya era suficiente.

El cuerpo seguía sin moverse. El silencio se estiraba, infinito, salvo por el ronroneo del acondicionador. Creyó oír que la aspiradora la llamaba desde la puerta principal.

Si hay algo extraño...

Apretando los dientes, Summer controló con mano firme su casi inexistente coraje y su imaginación enloquecida. No iba a aparecer Slirner deslizándose a toda velocidad por un cano-, Cujo no vendría bordeando el pasillo. Lo único que tenía que hacer era tomarle el pulso al tipo. En tres minutos, como máximo, estaría otra vez en la puerta de salida.

Se sacó la zapatilla izquierda, y la puso como cuòa bajo un ángulo de la puerta. Si daba unos pasos hacia el interruptor y la puerta se cerraba, quedaría casi a oscuras sólo un par de segundos... pero bastaría para convertir su cuerpo en una gelatina. Por la mañana, los empleados de

Harmon Brothers encontrarían una masa trémula de carne humana, formando un charco en el suelo. Una de las preguntas candentes del verano de Murfreesboro sería: ¿Qué pasaría esa noche, para que Summer McAfee fuese a terminar en un manicornio?

Una vez afirmada la puerta, Summer se apartó, encendió la luz, e inspiró una honda bocanada de aire cuando la luz fluorescente disi-pó todas las sombras, y con ellas, el clirna sombrío. Bueno, ya no estaba tan mal, ¿verdad?

Echando un vistazo al cadáver, Summer respondió a la primera pregunta: sí, lo estaba. Pero no había modo de evitarlo, así que le convenía terminar con eso de una vez. Sin mucha alegría, se encaminó hacia el muerto.

Si no lo miraba, era mejor.

Bajo la mesa metálica sobre la que estaba el cuerpo, había cajones. Largos y estrechos, incorporados a la mesa, que, de haber estado cerrados, pasarían inadvertidos. Uno de ellos estaba entreabierto. Dentro, Summer divisó el brillo de los instrumentos alineados sobre un paño verde. Claro, eran los utensilios de embalsamamiento. A sesenta centímetros de su objetivo, trató de no pensar en el empleo habitual de esos instrumentos.

¡Oh, Dios, no podría hacerlo! Sencillamente, no lograba convencerse a sí rnisrna cíe tocar esa cosa ahí tendida. La sola idea la ponía al borde de orinarse encima.

Un solo contacto. Si la carne estaba fría, suficiente. Si estaba fría, era porque el hombre estaba muerto, ¿no? Claro que sí. Haciendo acopio de valor, Summer estiró la mano para tocar con el índice el brazo del tipo. La carne estaba fría…

La mano del hombre se cerró en torno a la muñeca de la mujer en un movimiento tan veloz, que ni lo vio llegar. Un instante, ella estaba tocándolo y, al siguiente, perdía el equilibrio, arrastrada por una mano fría, muerta. Ahogó una exclamación, al tiempo que el cuerpo golpeado y ensangrentado se levantaba de la camilla y se acercaba a ella como una imagen de las peores pesadillas de Stephen King.

Entonces chilló. La mano que apretaba su muñeca la oprimió sin piedad, haciéndola girar y retorciéndole el brazo detrás de la es-palda. Un antebrazo peludo y helado la atenazó por el cuello. El tipo era tremendamente fuerte, y tenía el cuerpo frío, frío. Al mismo tiempo, la envolvió el olor de la muerte… ¿carne en descomposición?… ¿formol?…

Otro grito se le escapó del fondo de los pulmones. El brazo que le rodeaba el cuello apretó con cruel decisión, cortándo el sonido y el aire en un veloz movimiento.

-Si gritas otra vez, te romperé ese maldito cuello -le gruñó en la oreja el hombre muerto.

Sólo entonces, Summer comprendió que el otrora cadáver no estaba muerto en absoluto. Estaba bien vivo, y tenía intenciones homicidas.

La No Muerte no podía ser peor.

Summer estaba de puntillas, tan arqueada hacia atrás que le pareció que se le rompería la columna vertebral, colgando de la V del codo que la aferraba a la altura de la garganta. Le dolía el brazo que el hombre sujetaba, retorcido, a su espalda. La falta de aire estaba mareándola. Percibía dos

sonidos, su propio corazón aterrorizado que le repercutía en los oídos, y la respiración bronca del hombre.

-No me haga daño, por favor.

El ruego salió penosamente de su garganta oprimida, en tono ronco, apenas audible hasta para ella misma. Si el hombre la oyó, no produjo efecto notable en la fuerza con que la apretaba. ¿Cuántos más?

El brazo se apretó más en torno del cuello, estrangulándola. De. manera instintiva, llevó la mano a ese brazo.

-¡Está asfixiándome!

Sonó como un insignificante suspiro desesperado. -Si me arañas, te romperé los malditos dedos.

Aflojó los dedos, y los apoyó sobre la carne fría. Por extraño que pareciera, todavía le parecía muerto.

El terror la inundó en oleadas. No sabía qué era peor, si el ata-que de un muerto o el de un vivo.

-¿Cuántos más?

El apremio le enronquecía la voz, y quedó acentuado por la leve sacudida que le propinó.

-Por favor... no puedo respirar.

Summer tironeó del brazo que la ahogaba y, para su alivio, el apretón se aflojó. Hizo una inspiración profunda y trémula. -Respóndeme.

-¿Que-é? -¿Cuántos más hay?

¿Por Dios, de qué estaría hablando! ¿Estaría trastornado? No podía creer que esto estuviera sucediéndole a ella.

-No... no sé de qué está hablando. Por favor, es obvio que sufrió un accidente, o... o algo así. Necesita atención médica.

-No te hagas la estúpida conmigo. ¿Cuántos otros hay? Apretó otra vez. Summer, obligada a una posición en pointe que no intentaba desde que había estado en el cuarto curso de ballet, se aferró a ese antebrazo con la mano libre, para no quedar colgada. -¿Seis? -aventuró.

El apretón se aflojó. Pudo apoyarse en los talones. Sin duda, había dado una respuesta aceptable.

-¿Dónde están?

¿Sería, acaso, un homicida loco, o sencillamente un buen norteamericano común y corriente, que sufría delirios como resultado del trauma que lo había llevado a esa casa funeraria? En la fracción de segundo que tuvo para pensarlo, Summer llegó a una conclusión: no importaba. Fuera cual fuese el motivo, el tipo era muy peligroso. Lo que más le convenía hacer era seguirle la corriente todo el tiempo que pudiese, y luego, huir.

Sin duda, el que dijo que era preferible no despertar a las fieras tenía razón. Lo mismo podía aplicarse a los cadáveres durmientes. Y lo aplicaría si tuviera la posibilidad de revivir los últimos diez minu tos. ¡Oh, por qué no se limitó a salir por la puerta principal cuando todavía podía hacerlo!

-¿Maldición!, ¿dónde están? La apretó más.

Summer casi gritó.

-Af -afuera.

El brazo se relajó. -¿Afuera dónde? -Eh... atrás.

Durante unos instantes, el hombre guardó silencio, como pensando en lo que le había dicho. Sumrner se pasó la lengua por los labios e inspiró otra

vez, una bocanada profunda y trémula. Por el momento, sus respuestas lo apaciguaban. Lo principal era no dejarse dominar por el pánico.

El olor picante que lo envolvía le penetró por la nariz y la boca, y le llegó a los pulmones. De inmediato, lo identificó: queroseno. -Perra, si quieres vivir, tendrás que decirme cómo salir de aquí. La amenaza le provocó un nudo en el estómago. Le oprimió otra vez el cuello, y tuvo que ponerse de puntillas. Asintió, sin fuerza. El brazo se aflojó una vez más, y pudo respirar.

-¿Sabes cómo salir? -S-sí.

-¿Sin ser vistos? Summer asintió.

-Te juro, perra, que si me delatas, estarás muerta antes que yo. De pronto, le soltó el brazo. Cuando Sumrner lo movió, agudas punzadas de dolor subieron hasta el hombro. Haciendo visajes de dolor, Summer flexionó los dedos de la mano derecha, casi sin adver-tir un leve ruido metálico detrás de ella.

-¿Ves esto?

Delante de sus ojos, brilló un escalpelo plateado, y Surnmer olvidó de inmediato las palpitaciones del brazo.

Asintió.

La luz del techo arrancó una chispa fugaz al filo del instrumento, cuando el hombre lo alzó hacia el cuello de la mujer. El metal frío le cosquilleó la carne vulnerable debajo de la oreja izquierda, y Sumrner dejó de respirar.

Capitulo 4

-Un solo manotazo, aquí, y estarás muerta en pocos minutos. ¿Me has oído?

Temerosa de asentir con la cabeza, aterrada por la sensación de la hoja apoyada en el preciso punto en que latía el pulso, Summer gimió. Al parecer, el hombre consideró ese sonido desesperado como la afirmación que era.

-No me des motivos.

El escalpelo se apartó del cuello, y brilló de nuevo ante sus ojos.

-¿Nos entendemos?

Esta vez, Summer asintió con vehemencia. -Eso espero, por tu bien.

Con el escalpelo lanzando destellos a milímetros de su nariz, Summer no se atrevió a moverse cuando el brazo que la aprisionaba se apartó de su cuello. Contemplaba el mortífero instrumento con el mismo horror con que un ratón miraría a una pitón, sintiendo que lóbregas oleadas del más puro pánico amenazaban tragársela. Luchó contra ellas, y contra su propio sistema nervioso, que le hacía circular una poderosa marea de adrenalina por las venas. Su cuerpo respondía poderosamente al impulso de lucha o huida, aunque ella no podía reaccionar a ninguna de las dos. El instinto le señaló que, por el momento. la mejor defensa era la docilidad.

Cuando sintió que la mano del hombre se hundía en el nudo de cabello de su coronilla. Summer no emitió mas que un simple "Auch"

Sin hacerle caso, él tironeó con los dedos haciéndole daòo, y soltando las finas hebras de color café, con absoluta despreocupación por el dolor que podría causarle. Media docena de horquillas salieron volando para aterrizar con un tintineo metálico sobre el suelo de linóleo. Las raíces del pelo de

Summer protestaron al ser, casi, arrancadas del cuero cabelludo, pero procuró soportar el ataque sin ejercer la menor resistencia. Cada átomo del instinto de autoconservación le gritaba que sólo un mal movimiento la separaba de una muerte odiosa.

La madre repetía con frecuencia a las tres hijas este consejo: "Si un hombre intenta hacer algo incorrecto con vosotras, dadle un rodillazo en las pelotas".

Y allí estaban las pelotas, desnudas, vulnerables, y también la rodilla de Summer. El único problema era que ella estaba de cara al otro lado, y lo más probable era que siguiera así.

"¿Y ahora, qué, madre?", gimió para sus adentros. -Y ahora muéstrame cómo salir de aquí.

Esa voz ronca fue lo más aterrador que Summer había oído jamás. De inmediato, la imagen sonriente de la madre se desvaneció. El hombre aferraba en una mano el escalpelo; en la otra, un puñado de su pelo. Aunque hubiese sido lo bastante tonta para forcejear, y arriesgarse a que le cortara el cuello, no podría haberse apartado de él, porque tenía el cabello de ella apretadamente enrollado en la mano.

Si se hubiese cortado el pelo con el estilo varonil que el sentido común y su propia madre sugerían adoptar para ese verano, el hombre no habría podido trabarla con tanta eficacia, pensó con amargura. Pero no, no se decidió a prescindir de esa parte de vanidad que le quedaba: el cabello que le llegaba a los omóplatos. ¡Qué precio tenía ahora la vanidad!

-Muévete -le ordenó. Summer tragó saliva y obedeció.

Teniendo en cuenta que los imaginarios "ellos", fuesen quienes fueran, estaban en la parte de atrás, lo condujo a la puerta del frente. Al salir del cuarto de embalsamado, él se mantuvo pegado a sus talones, y así recorrieron el pasillo del fondo. Donde este se cruzaba con el vestíbulo central, el hombre la detuvo con un tirón tan inesperado hacia su propio cuerpo, que la hizo morderse la lengua. El corazón palpitante, los ojos llorosos de dolor, Summer se sometió a la sujeción La conciencia de la desnudez del sujeto, a su modo, la intimidaba tanto como el cuchillo. La proximidad de aquel hombre le erizaba la piel. Aunque, al echar miradas ocasionales. no podía ver mucho más que los anchos hombros llenos de hernatornas y los brazos desnudos, manchados de sangre, de músculos duros, lo sentía por todas partes. No era mucho más alto que ella, tal vez un poco menos de un metro ochenta, pero sí que era ancho. Y parecía fuerte.

Estaba tenso, y husmeaba el aire, casi como un perro.

¿Qué clase de criatura era? ¿Sería humano, al menos? Por la mente de Summer pasaron, raudas, imágenes de vampiros, lobos hu-manos y zombis. "Qué estupidez", se reconvino con severidad. Claro que era humano. Sólo un hombre. Un hombre violento y cruel, que blandía un escalpelo con el que amenazaba cortarle el cuello. Esa verdad cruda le secó la garganta. Era una idea inútil, pero se le ocu-rrió que hubiese preferido un vampiro o su cría.

Una vez más, el pánico amenazó tragarla. Surnmer cerró con fuerza los ojos: ¡Oh, Dios!, ¿acaso moriría esa noche? No estaba lista para morir.

-Muévete.

Abrió los ojos, y obedeció. A cada paso que daba sobre el aterciopelado pasillo central, el miedo aumentaba. ¿Qué le pasaría una vez que lo hubiese hecho salir? Era tonto esperar que la dejara ir, sencillamente.

-Por favor… -susurró, cuando llegaron a la puerta.

El hombre se inclinó sobre ella, muy cerca, y su respiración áspera le barrió la mejilla, agitando los pocos mechones de pelo que no tenía sujetos en la mano. El aliento era pesado.

Aventurando una mirada sobre el hombro, Summer deseó no haberlo hecho. A la luz brillante de la lámpara del techo, lo que vio era más aterrador que cualquier imagen que pudiese evocar Stephen King: el monstruo Frankenstein, con matices violáceos en vez de ver-des, las facciones tan distorsionadas por las magulladuras y la hinchazón, que casi no parecían humanas. La boca tenía un tamaño doble del normal, cortada y torcida hacia la izquierda, con una raya de sangre seca que había resbalado por la comisura de ese lado. La nariz se veía grande y desviada, las fosas bordeadas de sangre seca. En las mejillas y el mentón, había más sangre, ennegrecida y cuarteada. Desde el lacto Izquierdo de la frente hasta el puente de la nariz, la piel estaba tan violácea que parecía negra, la zona que rodeaba el ojo izquierdo se había hinchado hasta formar una máscara voluminosa de carne amoratada, que reducía el ojo a poco rnás que una ranura. El ojo derecho no estaba mucho mejor; si bien no tan amoratado como el izquierdo, estaba casi cerrado por la hinchazón. Era asombroso que pudiera ver.

Pero podía. Más aún, ese único ojo abierto la miraba con aire amenazador, y era la mirada más aterradora que hubiese visto jamás. Al toparse con ella, se desvaneció cualquier duda que hubiese alber-gado de que era capaz de matarla sin pensarlo dos veces.

-Si me traicionas…

No fue necesario que terminara la amenaza casi susurrada. Apoyó el escalpelo contra el pulso de Summer otra vez, pero con rnás fuerza, y por un instante, por un horrible instante, la mujer creyó que le rebanaría el pescuezo en ese mismo rnomento.

-No lo haré, lo juro.

La trémula respuesta fue recibida con un gruñido, y el cuchillo fue apartado lo suficiente como para no rozarle la piel. La mano grande, de dedos romos, que lo sujetaba, se apoyó sobre el hombro derecho de la mujer. Con el rabillo del ojo, podía ver el brillo del arma amenazadora.

-Abre la puerta -le dijo.

Obedeció, pues no tenía otra alternativa. Por un momento, se quedaron inmóviles en la puerta. El cuerpo desnudo estaba apretado contra su espalda y sus nalgas, Summer sentía el bulto de los genitales contra su cadera, y se esforzó por contener un estremecimiento. El hombre se puso en actitud de escuchar, y le sujetó el pelo con más fuerza.

Afuera, la noche revivía con el canturreo de las cigarras. Por supuesto, ese era el año. Emergían de la tierra cada diecisiete aòos, y ese era un verano afortunado para Murfreesboro. Tras el blando si lencio de dentro, era extrañamente reconfortante oír el chirrido infinito de los insectos. Era bueno saber que, en la oscuridad, había otros seres vivos, normales.

-¿Ese es tu automóvil?

El coche de Summer, un Celica usado de cinco puertas, estaba estacionado a la derecha de la entrada. Como era el único coche que había en el estacionamiento, no hacía falta ser un genio para imaginarse que le pertenecía a ella. Evidentemente, el hombre lo entendió, porque no esperó siquiera el débil asentimiento para empujarla hacia él.

La puerta se cerró tras ellos con un clic, tragándose la última banda de luz artificial. Ahora, la única iluminación provenía de la luna, que quedaba oculta de la vista por un anillo de pinos altos que rodeaban la casa mortuoria. Racimos de estrellas parpadeaban con incongruente alegría contra el cielo retinto de las últimas horas de la noche. Una brisa suave y tibia, fragante de pinos, le acarició el rostro. Debajo de los pies, un crujido sordo marcaba el paso de los dos. Los miles de cigarras celebraban su ritual de muda despojándose de sus pellejos, y esas cáscaras secas y crujientes iluminaban el suelo como hojas otoñales.

Por un instante, Summer lamentó la zapatilla que había quedado en la sala de embalsamado. Si tuviera oportunidad de escapar, la falta de ese calzado haría más lenta su huida? Apartó la idea con el desprecio que merecía. Si fuera necesario, correría descalza sobre vidrios rotos para escapar del monstruo que la tenía prisionera.

-Entra.

Habían llegado al automóvil, y con esas palabras la arrojó contra la puerta del pasajero, que estaba cerrada. Se golpeó con fuerza la cadera contra la manija de la portezuela, antes de que sus dedos lo-graran sujetarla y levantarla.

No pasó nada.

Durante unos segundos espantosos que parecieron hacerse eternos. Summer midió el tamaño y el alcance del grave peligro en que se encontraba.

-¿Estás sorda? He dicho que entres.

-Está cerrado con llave.

-Abrelo, pues.

- No... no tengo las llaves. La voz le tembló.

-¿Que no tienes las llaves? ¿Dónde diablos están? -De-dentro del edilicio. En mi bolso. Al lado de la puerta.

El hombre maldijo, lanzó una sarta de juramentos obscenos y amenazadores, no menos pavorosos por ser dichos en voz tan baja que resultaban casi ininteligibles. Summer no intentó siquiera desci frar la mayoría de los ternos que siseaba mientras la arrastraba otra vez hacia la funeraria. Tropezando a rastras del hombre, doblada casi en dos porque la aferraba del cabello. Summer conoció el sabor del terror. Sabía ácido en la lengua, como vinagre.

Oyó, más que ver, el ruido metálico que hacía él al intentar girar el pomo de la puerta principal. Clic, clic, clic, clic.

-Esta puerta también está cerrada con llave. Summer se encogió.

-Dime que no tienes llave. Dime que la maldita puerta está cerrada y que no tienes la llave. Dime que la llave de esta puerta y, las ele tu automóvil están dentro de este maldito edificio. Dímelo. Te desafío a que lo litigas.

Había sintetizado muy bien la situación, pero Summer no estaba dispuesta a admitirlo ni por todo el oro del mundo. No era necesario. El hombre interpretó su silencio como aquiescencia, y lo expresó con un sonido

que era una mezcla de gruñido y gañido, llenándole el corazón de temor a Dios.

-¿Lo siento! Por favor... -balbuceó, al tiempo que el hombre le daba un tirón hasta que quedaron los ojos de ambos al mismo nivel.

En aquel rostro contorsionado estaba inscrita la muerte.

El resplandor de unos faros de automóvil cortó la oscuridad. Un vehículo giraba hacia el sendero privado que iba al estacionamiento de la funeraria. La oleada de alivio fue tal, que a Surnmer se le aflojaron las rodillas. Salvada, estaba salvada.

-Mierda.

No tan rápido. El rescate le fue arrebatado de las manos en el mismo momento en que lo tocaba. El hombre corrió con unas zancadas pesadas, como de cangrejo, señal de que su pierna izquierda debía de estar gravemente dañada -eso esperaba Summer-, y dio la vuelta en la esquina del edificio, arrastrándola tras él de los benditos cabellos.

Lo siguió, tambaleándose, apenas eludiendo la persecución de los faros, y ahogó un grito en la garganta antes de que escapara de sus labios. El pelo de Surnmer seguía enroscado en el puòo del hombre... y este aún aferraba el cuchillo en el puño derecho.

-Haz un ruido, y te mueres.

Al llegar a lugar seguro, el hombre se aplastó contra la parecí de ladrillos, y tironeó a Summer con él, la espalda de ella contra su pecho. Le rodeó la cintura con el brazo derecho. La mujer supuso chic el escalpelo debía de estar en algún punto debajo de su pecho izquierdo. Cerca del corazón.

El cuerpo del hombre se elevaba a cada respiración. Summer también jadeaba, pero de terror. El hombre sudaba, tenía la piel mojada de sudor. El olor que despedía no era nada agradable.

-¿Llevas sostén?

-¿Qué?

La pregunta la sorprendió tanto que respondió en voz casi normal.

-¿Llenas sostén?

Sunlnler asintió sin fuerza. Desde el frente del edificio llegó el chirrido de neumáticos contra el pavimento, y luego, el lejano chillido de los frenos. Gracias a Dios, había alguien.

-Sácatelo. Sácate la camisa y el sostén, va.

La ferocidad de la orden, acompañada por el desplazamiento del escalpelo desde debajo del pecho hasta la zona donde latía el pulso, debajo de la oreja, la instó a obedecer sin protestar. Hablaba en serio. En la mente de la mujer no cabía duda de que la mataría en el mismo instante en que se atreviese a no obedecer, o a obstaculizarlo de alguna manera. Con planos temblorosas y torpes, se desabotonó la blusa, temerosa de especular, siquiera, con lo que intentaría hacerle. Seguramente, no pensaba en violarla. Pese a su absoluta desnudez. ciaba la impresión de que lo último que se le hubiese ocurrido sería el asalto sexual.

-De prisa.

Sumiller lo intentaba, pero el pánico le entorpecía los dedos. Todavía le faltaban dos botones cuando el hombre se impacientó. Soltándole el pelo que tenía enrollado en la plano con un tirón que la obligó a rechinar los dientes

por el dolor, el hombre le aferró la blusa por el cuello y se la arrancó. La delgada tela cedió con un suave rasguido, y los botones que faltaban saltaron por el aire.

Lo inesperado del gesto la hizo ahogar una exclamación, y el instinto la impulsó a cruzar los brazos sobre el pecho. Pero él ya acercaba las manos a la espalda de la mujer, buscando el cierre del sostén. Como no pudo encontrarlo. mumuró maldiciones mezcladas con amenazas, que lo hicieron arder los oídos.

Sintiéndose atrapada en una pesadilla. Summer levantó las manos inseguras para soltar el gancho del sostén, que estaba entre los pechos. A estas alturas, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para apaciguarlo.

Desde algún sitio fuera de la vista de ellos se oyó el golpe de la puerta de un automóvil al cerrarse. Quienquiera que estuviese conduciendo se había bajado.

"Que me encuentren", rogó, mientras él le quitaba el sostén y le llevaba brutalmente los brazos hacia atrás. "Por favor, por favor, que me encuentren."

Al mirar hacia abajo, la visión de sus pechos desnudos, brillando pálidos a la luz de la luna, la descompuso. Nada le dio semejante conciencia del peligro como esa imagen. Este sujeto podía desnudar la, violarla, matarla, a su antojo. Estaba a merced de él... salvo que hiciera algo. Pero, ¿qué? ¿Qué podía hacer, que no precipitara su propio fin?

El crujido lejano de pasos le indicó que ahora el posible salva-dor andaba a pie, probablemente en el estacionamiento. ¿Se dirigía hacia ellos? Pero no sabía dónde estaban. Lo más probable era que se encaminara a la puerta principal de la funeraria. ¿Quién sería? ¿Mike Chaney? ¿Una ambulancia con su equipo, trayendo otro cadáver? ¿Un policía, haciendo el recorrido de rutina por el edificio? ¿Quién podía saberlo?

"Por favor", repitió el ruego, tan aterraría que no hallaba palabras para completar la frase. Pero Dios sabía lo que quería decir: Por favor, sálvame, por favor.

Su raptor estaba amarrándole las manos con el sostén. Como empleaba las dos manos, eso significaba que, en ese preciso instante, no blandía el escalpelo. Si se decidía a hacerlo, ese era el momento de gritar, mientras el arma no estaba prepararía, y mientras había alguien en las cercanías.

Pero ¿y si ese alguien no podía o no quería ayudarla? -Supongamos que sea una mujer", pensó Summer. "O, peor, una mujer con los hijos en el coche y que, si grito, también quedará expuesta al peligro. O un cobarde redomado que. al oírme gritar, en vez de venir a ayudarme salga huyendo..."

Titubeó. El hombre terminó de sujetarle las muñecas con un tirón brutal, para probar la eficacia de la ligadura. Ya le dolían las muñecas, y le escocían las manos por los primeros efectos de la falta

de circulación. Probó a mover los dedos, las manos. El sostén -"por qué, ah, por qué se le había ocurrido elegir esa prenda indestructible en lugar de la tenue lencería de nailon que prefería en otras épocas"-se le incrustó en la carne. El sólido elástico la sujetaba con tanta fir-meza como un par de esposas.

Apoyándole las manos en los hombros, la obligó a arrodillarse. "Por el contrario, supongamos que no grito. ¿Entonces, qué?" Ese fue el argumento decisivo.

Al mismo tiempo que se hundía en el borde de hierba que circundaba el edificio, abrió la boca. El dado estaba lanzado: no tenía alternativa. Aspirando una buena cantidad de aire, se preparó para sacudir los tímpanos del hombre y los suyos propios. Tal vez su propia vicio dependiera de ese grito.

Pero antes de que pudiese piar siquiera, el hombre le metió su propia blusa entre los dientes. Atónita, Summer se ahogó, hizo arcadas, y trató de escupir, pero en vano. El nailon amontonado llegaba tan hondo en su garganta, que tuvo miedo de vomitar.

No podía vomitar, pues si lo hacía, se ahogaría sin la menor duda. Lo que tenía que hacer era respirar por la nariz. Respirar. Respirar.

El hombre hizo algo más con las muñecas de Summer, y después le alzó la barbilla, obligándola a mirarlo. Entonces, vio que tenía el escalpelo entre los dientes, a la usanza de los piratas. La ranura por donde asomaba el ojo emitía un brillo salvaje. Su boca deformada estaba torcida en una mueca feroz que, en una persona en estado normal, podía haber pasado por sonrisa burlona, como si el terror de la mujer lo divirtiese.

A Summer se le ocurrió que había grandes posibilidades de que estuviera loco. De súbito, se alegró mucho de no haber gritado.

Capitulo 5

-Volveré -le dijo, sosteniéndole la mirada.

El mismo Terminator no podía haber hecho una amenaza más eficaz. Más bien, Summer llegó a la conclusión de que prefería, de lejos, enfrentarse con Arnold Schwarzenegger en su actitud más ame- nazadora, que con el hombre que se cernía sobre ella en esta vida real.

Le soltó el mentón, se alejó, y desapareció tras la esquina del edificio.

Summer no perdió más que una fracción de segundo observándolo. Trató de ponerse de pie.

Tenía las muñecas atadas a algo y, para estar segura, giró: un grifo. Un viejo grifo cortiún que sobresalía al costado del edificio. El se las había ingeniado para retorcer el sostén de modo que no sólo le amarrase las muñecas sino que, además, la sujetara firmemente al grifo.

Maldito. Maldito. No podría escapar.

Desesperada, forcejeó, tironeó y se torció, debatiéndose para soltarse. Esta era la oportunidad de escapar. Lo único que tenía que hacer era soltarse del grifo, y correr, correr, correr.

El nailon que tenía en la boca le dificultaba la respiración. Se debatía con tanta fuerza que sus pulmones, sobreexigidos, pedían más oxígeno. La saliva manaba, inútil, sin aliviar la sequedad que le pro vocaba el trapo metido en la boca. Tratando de no toser ni hacer arcadas, aspirando grandes porciones de aire por la nariz, Summer aminoró el ritmo de los intentos. Estaba esforzándose demasiado. Debía de ser por eso. ¿Tan difícil sería librarse de un sostén y de un grifo, por Dios?

Se deslizó sobre el trasero, lo más lejos que pudo de la canilla, y empleó todas sus fuerzas en tirar de las manos. Tenía la esperanza de que el sostén se rompiera. Tiró otra vez. Y otra. Y otra. El sostén no se rompió, pero sus muñecas estuvieron a punto de hacerlo. Ya medio histérica, se preguntó de qué estaría hecho el maldito sostén. ¿Sería alguna clase de elástico espacial, reforzado?

Qué suerte la suya.

Maldijo para sus adentros a la era espacial.

Retorciendo los dedos, girando las muñecas, impuso a las ma-nos contorsiones imposibles, en un intento de liberarse. Utilizando el grifo como herramienta, serró el sostén arriba y abajo, sin hacer caso de los bordes ásperos que le arañaban las muñecas. Nada resultó. Desesperada, ya sin importarle si se hacía daño, tiró otra vez, con todas sus fuerzas. Y, milagro de milagros, por fin sintió que algo cedía. Algo, un tirante, un nudo, se había deslizado o roto. Indudablemente, lo que la amarraba estaba más flojo. Un par de tirones más y, quizás, estaría libre.

Sudando, rezando, Summer hizo un esfuerzo tremendo... y al alzar la vista, vio al loco que daba la vuelta al edificio y se aproximaba a ella. No había modo de confundirlo: aun en la oscuridad, lo reconoció al instante. En parte, por el paso característico, y en parle, puro instinto.

En cuanto su conciencia registró la presencia del hombre, se paralizó, desistió de luchar. Oh, Dios, sólo necesitaba unos minutos más. Sólo unos minutos más, y habría estado libre.

En el breve tiempo que estuvo ausente, había conseguido ropa. Unos vaqueros recortados y una ajustada camiseta negra con una ins-cripción en la delantera, que no pudo leer en la oscuridad. ¿Decía algo de un perro?

En fin, no importaba. El había vuelto, y ella todavía estaba presa. Había desperdiciado lo que, sin duda, fue su mejor oportunidad de escapar. Estaba otra vez a merced de él.

Derrotada, dejó caer los hombros, la cabeza le colgó adelante, y la barbilla le rozó el pecho. Un cordero para que él la sacrificara, eso era ella. Lo peor de todo era que, en ese preciso instante, ya no le importaba.

Cuando se movió detrás de ella, su olor característico -queroseno y olor corporal-, le revolvió el estómago. Hizo algo con las ligadu-ras de las muñecas y, de pronto, estuvo libre. Lo que fuera, lo hizo tan rápido y con tanta facilidad, que no pudo creer haber estado forcejeando con semejante vehemencia sin lograr los mismos resultados, pensó, resentida, llevando hacia delante las rnanos magulladas y entumecidas, para frotárselas. El hombre le sacó la blusa de la boca. Tuvo la impresión de que las mucosas resecas se habían pegado a la tela, y casi pudo sentir que las arrancaba cuando le quitó con brusquedad el bulto de tela.

Le quedaron las mandíbulas doloridas, la lengua reseca e hinchada. Movió la boca para comprobar que todavía funcionaba, y descubrió que tenía los labios insensibles. Tragó un par de veces, pero fue inútil. Nada la alivió.

Oyó a sus espaldas un chirrido y correr de agua. El sonido le provocó un flujo de saliva que le inundó la boca. Miró atrás, y vio que el hombre estaba inojándose la cara con el agua de la canilla. Anheló el sabor del agua, corno un alcohólico el licor. Volviéndose a medias, recogió un poco en la palma, lo

llevó a la boca, tragó. El líquido helado le supo maravilloso al contacto con la garganta y la lengua resecas. Fue a recoger rnás, pero él cerró el grifo.

¿Cómo pudo olvidarlo? Estaba impotente, indefensa, a merced de ese sujeto. Hasta podía decidir cuánta agua le permitiría beber. Una vez más, dejó caer el mentón sobre el pecho, en actitud de deses peración total. Vio caer junto a sus rodillas el sostén y la blusa hechos un lío que rodó por la hierba donde se separaron las dos prendas. -Vístete, rápido.

Summer, aún sumida en el pantano psíquico de la derrota, no se movió. Como no reaccionaba de inmediato, el hombre le sujetó el cabello, le echó la cabeza atrás, y agitó el escalpelo ante sus ojos.

-¿No me has oído? He dicho que te des prisa.

La visión del escalpelo la asustó, y el miedo reavivó su instinto de sobrevivencia. El deseo de vivir le recorrió las venas en renovado impulso. Con gestos torpes, recogió la ropa y él le soltó el pelo, pero sin dejar de cernirse sobre ella, amenazador. Lo sentía observándola, mientras se ponía el sostén, que tenía roto uno de los tirantes, y lo sujetaba entre los pechos después de varios intentos frustrados. Pasando los brazos por las mangas de la blusa arrugada y húmeda, logró abrochar tres botones, aún con dedos temblorosos. Cuando intentaba hacerlo con el cuarto, él lanzó un juramento y le aferró con crueldad el antebrazo en un apretón doloroso. Summer ahogó una exclamación cuando la obligó a levantarse con fuerza brutal.

Cuando estuvo de pie, el extraño pegó su cara a la de ella. El único ojo visible lanzó destellos. Su aliento apestaba. La mujer se encogió.

-Estás a un minuto de que te corte el cuello. No creas que puedes emplear conmigo ninguna treta de dilación. Si me descubres, te mataré. Té juro que lo haré. Y ahora, mueve el trasero. Vamos.

Summer descubrió que el terror agudo sólo tenía una duración limitada, cuando el hombre, empujándola delante de sí, la hizo doblar otra vez la esquina del edificio, en dirección a un furgón cubierto de paneles blancos, que ahora aguardaba junto al coche de ella. Aunque cada vez estaba más segura de que la cuestión ya no era si le cortaría el cuello, sino cuándo lo haría, el filo del miedo se había embotado al punto de dejarle una especie de dolor crónico, manejable, en lugar de un sufrimiento inmediato, agudo. Lo que mejor describía su estado mientras la obligaba a acercarse a la puerta del lado del pasajero era la insensibilidad... hasta que vio el cuerpo.

Sobre el pavimento, no lejos de la entrada de la funeraria, había un hombre tendido. Yacía boca abajo, con un brazo extendido en pa-tética súplica sobre la cabeza. Estaba desnudo, inmóvil... y la cabeza descansaba en un charco de líquido oscuro y pegajoso, que Summer reconoció sin dificultad: sangre.

-¡Lo ha matado! -exclamó, sin pensarlo.

-Y si tú no cuidas tu lengua, pronto serás la próxima -le refunfuñó esa voz, en el oído.

Girando la cabeza para mirar el cuerpo, a pesar de que el hombre la empujaba dentro del vehículo, del lado del pasajero, Surnmer se estremeció, y sintió que el terror despertaba otra vez en ella, con toda su fuerza. El escalofrío helado que explotó en sus terminaciones nerviosas le resultó casi familiar. ¿Acaso existió una época en que no temía por su vida?

-Pásate por encima.

Entretanto, él se deslizaba por detrás de ella, sacándola del asiento del pasajero y haciéndola pasar al del conductor. El interior del pequeño furgón estaba revestido de plástico negro, y sólo tenía asientos delanteros, bajos y cóncavos, de tipo deportivo. El espacio trasero estaba destinado a carga. A la luz del techo que se encendió autornaticarnente cuando entraron, pudo ver que la carga, fuera cual fuese, estaba cubierta por mantas acolchadas grises, de tapicería.

La puerta del lado del pasajero se cerró con un chasquido, y la luz se apagó. Summer quedó sola en la maloliente oscuridad con su raptor, que pasó, como sin darle importancia, el brazo izquierdo por el respaldo del otro asiento. Tenía el escalpelo en el puño apoyado, precisamente, debajo de la oreja izquierda de la mujer.

-Pórtate bien, ¿oyes? -La punta del cuchillo jugueteó con el lóbulo de su oreja, y Summer contuvo la respiración-. ¿Oyes? -S í.

El brazo que descansaba sobre el respaldo se apartó, y con él, el cuchillo. Summer soltó el aliento con un siseo audible, mientras el hombre se acomodaba en su asiento, llevando ahora el escalpelo en la derecha, que apoyaba descuidado sobre la rodilla del mismo lado. La amenaza estaba en suspenso... por el momento. Pero, mientras se masajeaba el muslo izquierdo, dando la impresión de que quería hundir los dedos en los músculos que le dolían, el hombre jamás le quitó la vista de encima.

Summer se preguntó cuánto tiempo faltaría para que ella tam-bién terminara como el hombre tendido en el pavimento. Le subió la bilis a la garganta.

-Conduce -le ordenó el sujeto, entregándole un manojo de llaves.

Summer las recibió sin decir palabra. Por fortuna, había sólo cuatro llaves en un sencillo aro de metal, y el logotipo GM en la más larga le indicó cuál era la del encendido. Aferrando el volante con una mano, se inclinó, entrecerró los ojos, y trató de insertar la llave en el orificio.

Le temblaban tanto las manos que no podía hacerlo. Lanzando temerosas miradas de soslayo al hombre que iba a su lado, apuntó por segunda vez al encendido, luego una tercera, en vano. La atenazó el pánico, al ver que el hombre dejaba de masajearse la pierna. Se inclinó hacia ella, y Summer no pudo evitar mirarlo. A pocos milímetros, la ranura por donde asomaba el ojo inyectado en sangre le disparó destellos amenazantes.

-Sácanos de aquí enseguida.

El tono la galvanizó. Summer ordenó a sus manos que dejaran ele temblar, y metió otra vez, la llave en el encendido. Gracias a Dios, esta vez acertó. El hombre se hundió otra vez. en el asiento. Inhalando una gran bocanada de aire, la mujer dio arranque al vehículo, puso la transmisión automática en marcha atrás, y pisó el acelerador.

El furgón arrancó hacia atrás chirriando, con tanta fuerza que Summer casi salió disparada del asiento. Su reacción instintiva fue pisar el freno, con lo cual los dos salieron lanzados hacia adelante. Se le incrustó el volante en el hecho. Haciendo muecas y frotándose el esternón, se apartó del duro aro plástico. Le había dolido. Hizo ademán de colocarse el cinturón de seguridad, pero después desistió. Si llegaba a presentarse la posibilidad de escapar, el cinturón no haría más que entorpecerla.

-Maldición, no vuelvas a hacerlo.

El raptor, apoyando la mano en el tablero para recuperar el equi-librio, le lanzó una mirada furibunda. El escalpelo pareció guiòarle un ojo desde la mano izquierda del hombre. Si Summer tuviera bue na suerte, la sacudida lo habría hecho causarse una herida mortal con la misma arma que usaba para amenazarla. Pero la suerte, al menos la de Summer, nunca era tan propicia.

-No quería hacerlo -dijo, inhalando otra bocanada de aire para serenarse antes de poner en marcha el vehículo.

En el mismo rnornento en que sus dedos se curvaron en torno de la palanca de cambios automática, Summer lanzó unir mirada por la ventana del lado del pasajero. Espantada, vio que se abría de golpe la puerta principal de la funeraria y salían tres hombres iluminados por el abanico de luz que lanzaba la araña del vestíbulo principal. Por un instante, quedó con la boca abierta. No había más automóviles a la vista. ¿De dónde habían salido esos individuos? Cuando ella fue apresada y obligada a salir, no estaban en la funeraria, no tenía duda, de modo que sólo quedaba una posibilidad: a pesar de estar convencida de que le había mentido al hombre que la tenía prisionera, realmente debía de haber gente en la parte de atrás.

¿Quiénes eran? ¿La ayudarían? ¿Convendría que intentara gritar de nuevo?

El hombre, alertado por algo que percibió en la expresión de Summer, giró la cabeza. Igual que ella, fijó la vista en la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Los hombres vieron el cuerpo tirado

sobre el pavimento, y corrieron hacia él. En el momento mismo en que lo alcanzaban, por los gestos demostraron que no era el cuerpo que buscaban. Se detuvieron tan bruscamente que casi chocaron en-tre sí, dando lugar a unos instantes de confuso ajetreo. Uno de ellos alzó la vista y vio el furgón que, gracias a las maniobras de Summer, en ese momento estaba imnóvil, a unos sesenta metros de distancia. El que lo vio alertó a sus compañeros, que también alzaron la vista. Bajo la luz de la luna, los rostros se veían pálidos, como sin rasgos. -¡Ahí está!

-¡Está escapando! -¡Sangor nos joderá! -¡Atrapadlo!

Estalló una cacofonía de gritos cuando el pequeño grupo divisó al raptor de Summer por la ventanilla. La mujer, perpleja por la incongruencia de la situación, presenció con la boca abierta cómo aque llos hombres blancos ataviados con trajes, pulcros, de aspecto respetable y de mediana edad sacaban pistolas de unas fundas que tenían bajo las chaquetas, al mismo tiempo que corrían.

-¡Huyamos! -aulló el que la tenía presa.

Sin esperar a que la mujer reaccionara, proyectó la pierna izquierda atravesando el espacio que los separaba, y aplastó el pie de Summer... y el acelerador.

Soltando el volante, Summer fue lanzada hacia atrás en el asiento cuando el furgón salió disparado del estacionamiento como un misil. Los despideron con fuegos artificiales. Algo chocó contra el costado del furgón una, dos, tres veces, con el ruido de una bofetada. ¿Qué diablos...? Una bala. Una salva de balas, mejor dicho. Claro. Los penetrantes estallidos no correspondían a fuegos artificiales sino a armas de fuego. Si bien la mente

de la mujer funcionaba con cierta lentitud en ese momento, todavía funcionaba.

Cuando, por fin, llegó a la conclusión de que se enfrentaba a un nuevo peligro mortal, Summer se agachó, y levantó los brazos para protegerse la cabeza.

-¡Maldita sea, mujer! ¡Pon tus malditas manos al volante! ¡Yo no puedo ver!

Se puso a horcajadas en el espacio que separaba los dos asientos, haciendo equilibrio entre ellos, el pie izquierdo aplastando el de Summer, y debájo, el pedal del acelerador. Puso las manos sobre el

volante y ladeó la cabeza, escudriñando, desesperado, la oscuridad del camino.

Demasiado atónita para responder incluso al gruñido entrecortado y entre dientes de su raptor. Surnmer siguió agazapada. Segundos después, fue arrojada contra la puerta cuando el hombre, maldiciendo como un delincuente juvenil en una noche desafortunada, giró bruscamente el volante a la izquierda. Mientras su hombro izquierdo se estrellaba contra la puerta, el único pensamiento coherente de Surnmer fue:

"¡Dios, que esté cerrada¡

Al parecer, lo estaba, porque no se abrió.

Tratando de aferrarse al borde opuesto del asiento, lo que encontró, en cambio, fue la pierna del hombre, a la que se sujetó corno si fuese una nida de dos años al cuidado de una extraña guardería infantil, mientras el vehículo giraba en dos ruedas, según su impre-sión. A continuación, ya volaban por el estrecho camino asfaltado de negro que salía de la funeraria, atravesaba el cementerio y llegaba hasta la carretera principal.

-¿Quita las manos de mi pierna, ponlas en el volante, y conduce!

Esta vez, la orden fue registrada, ya fuese porque Surnmer tenía por su vida si él seguía conduciendo, o porque le gritó directarnente en su oreja. El cuerpo maltratado y aterrado efe la mujer se puso bruscamente en acción, con independencia efe su voluntad, y Surnmer se enderezó y le soltó la pierna. El hombre no se movió, aunque le cedió el volante cuando ella lo aferró. Puso el brazo izquierdo otra vez sobre el respaldo del asiento de Surnmer. Ella conducía. con el hombro incrustado contra el costado de él.

El furgón avanzaba zigzagueando salvajemente por todo el carnino. El pie del hombre seguía aplastando el de Summer, apretando el acelerador contra el piso. La aguja del velocímetro saltó de noven ta y cinco a ciento veinte, ciento treinta, y más. Pinos altos, curvas traicioneras y desgarrados manchones negros de profundidad desconocida relampagueaban a ambos lados del terreno, amenazándolos. Como iban sin luces, la visibilidad debía de estar limitada a unos siete metros. Todo lo que quedaba rnás allá era un borrón oscuro.

De algún modo, el furgón logró mantenerse en la carretera, y no se estrelló gracias a los heroicos esfuerzos ele Surnmer. Mientras forcejeaba con el volante -que si tenía servodirección, era la peor

que había conocido- comprendió, helada, que el cuello cercenado sería sólo una de las maneras en que podía morir esa noche. -¡Quite el pie del acelerador! ¡Nos rnatarernos los dos! -exclamó con renovado terror al entrever un súbito punto de luz roja brillante en la oscuridad.

Conocía bien ese camino. El terreno terminaba en una señal de tráfico, en la Ruta 231, una carretera muy transitada, por los conductores de los grandes camiones y también por la gente de la zona... y la

luz era roja Sin luces, el furgón resultaría casi invisible para cual-quier vehículo que se aproximara.

-¡Deténgase! -gritó, cuando le resultó evidente que él no tenía intenciones de hacerle caso.

Lo pateó. golpeando con su pie descalzo con fuerza en el mús-culo de la pantorrilla del hombre. ¡Si no se hubiera descalzado...! Aunque no era mucho lo que se podía hacer con un zapato de suela de goma. La pantorrilla era tan dura que se hizo daño en el pie.

El peso del pie del hombre no se aligeró en absoluto. Por el resultado obtenido, daría igual que hubiese pateado el tronco de un árbol. A la velocidad que iban -no pudo sustraerse a mirar otra vez el velocímetro- no había modo cíe que pudiesen hacer un viraje per-pendicular. Intentarlo, seguramente, no haría más que empeorar el choque inevitable; el furgón quedaría sobre dos ruedas, y luego saltaría por el aire...

Con las manos congeladas sobre el volante, Summer miraba fijamente la intersección hacia la que se precipitaban. Convencida de que eran los últimos segundos de su vida, echó una mirada pesarosa al cinturón de seguridad que había decidido no usar. Otra cosa que haría de manera diferente, si tuviera ocasión. Teniendo en cuenta su trayectoria, lo rnás probable era que en su lápida grabaran: Si hubiese... Sería un epitafio apropiado.

-Gira a la izquierda -gritó el hombre.

Summer tuvo el tiempo justo para agradecer a Dios que estuviese avanzada la noche, y que la 231 pareciera desierta antes de que la intersección en T se abalanzara hacia ellos. Imaginando el desastre, se le dilataron los ojos, y se resignó a reconocer que aquel hombre no le permititía ni disminuir la velocidad. El pavor la dejó completamente paralizada. Lo único que pudo hacer fue aferrarse al volante, la vista fija a través del parabrisas, viendo pasar una zanja,

Una vez más, algo en la expresión de Summer alertó al hombre. Miró por el espejo retrovisor y maldijo. Levantó el pie el tiempo indispensable para apartar la pierna de ella de un empujón, y lo es tampó directamente sobre el acelerador, ya sin la interposición del pie de Summer. La mujer forcejeó para mantener el vehículo sobre la carretera, mientras el furgón se precipitaba por una curva y desaparecía de la vista de los perseguidores. Sin previo aviso, el hombre dio un impulso al volante... y de pronto, el vehículo se convirtió en aéreo.

Sumrner gritó, el furgón saltó una zanja, atravesó una cerca de tablas, corcoveó sobre un sembrado de soja, y arrasó un grupo espeso de esbeltos tallos de maíz. Tuvo un instante para vislumbrar un alto artefacto, del tamaòo de un autobús. pintado de amarillo y con un volante antes de que se precipitaran sobre él. No tuvo tiempo, siquiera, de cerrar los ojos cuando el furgón se estrelló contra el costado de la segadora trilladora, que algún granjero había dejado en medio del campo, apresurado por ir a cenar.

Capitulo 6

La buena noticia era que no estaba muerta. La mala, que tal vez pronto lo estaría.

Después del impacto, durante unos segundos, lo único que percibió Summer fue el latido de su corazón sobreexigido. Pasaron unos momentos hasta que comprendió que había sufrido un accidente auto movilístico. Le pasó por la cabeza que pudo haber estado inconsciente durante unos instantes. Todavía se sentía un poco aturdida y desorientada. Al parecer, su cabeza había chocado con el parabrisas.

Haciendo visajes, abrió los ojos. Con una mirada cautelosa, descubrió que el parabrisas había sobrevivido intacto, aunque la cabeza de Summer, no. Le dolía. Tenía el cuerpo inclinado contra el volante; los dedos, cerrados sobre él. Quiso palparse la frente para comprobar la gravedad de la herida, saber si sangraba, pero no pudo ejercer la suficiente voluntad para abrir los dedos. El shock la había paralizado.

El motor del vehículo seguía funcionando. La transmisión estaba en primera, pero no iban a ningún lado. Claro, era un furgón pequeño, que había chocado contra una segadora trilladora. Esta era la máquina que lo había frenado, y que ahora le impedía avanzar.

¿Y ese monstruo que tenía a su lado? En un aterrador vuelco de la memoria, Summer lo recordó, recordó cómo había ido a dar a semejante situación, y fue entonces cuando su cerebro empezó a su-ministrarle oleadas de malas y buenas noticias.

Mirando de soslayo, vio que el hombre estaba tendido en el

asiento de cualquier manera, los ojos cerrados, los labios flojos. El brazo izquierdo le colgaba inerte, al costado. Los dedos de la mano izquierda estaba abiertos, rozando el piso cubierto con una alfombra negra. Espió por encima de él para comprobarlo y, en efecto, la mano derecha también estaba vacía. El escalpelo no se veía por ningún lado. Era obvio que lo había perdido en el choque.

En cuanto registró el significado de lo que veía, Surnmer recuperó el uso del cuerpo. ¡Aleluya! ¡Al fin sería libre! Tanteando en busca de la cerradura y la manija de la puerta, al mismo tiempo, no advirtió que el hombre se había movido.

-Oh, no, no lo harás -refunfuòó, en el preciso momento en que ella abría la puerta, interrumpiendo la inminente libertad de Surnmer mediante el conocido recurso de aferrar un mechón de pelo. -¡Ay!

Al sentir otra vez el dolor de que la arrastraran hacia atrás, Summer ya no pudo tolerarlo. Le enturbió los sentidos una niebla roja, y sólo le quedó un pensamiento claro: si tenía que morir esa noche, al menos moriría peleando.

-¡Iiie-aaa!

Giró, lanzando un grito que habría enorgullecido a Bruce Lee, provocado, precisamente, por una sobredosis de sus películas, y se abalanzó hacia el monstruo. La intención de causar daño fisico grave vibró en cada fibra de su ser.

-¡Perra! -exclamó el hombre, cuando el cuerpo de la mujer. con fuerza inesperada, lo arrojó contra la puerta del pasajero.

Sólo contaba con una mano para intentar alejarla. La otra estaba enredada en el cabello de ella: de golpe, el largo y la finura del cabello se convirtieron en una ventaja para ella, pues le atrapaba los dedos. En el momento del impacto, las uñas de Summer le rasgaron el cuello, los dientes se le hundieron en el hombro, y las rodillas bus-caron sus genitales... ¡y la puerta se abrió, escupiéndolos a los dos sobre el campo de maíz!

-¡Mierda! -aulló él, cuando cayeron.

Aterrizó de espaldas, las piernas en el aire, los pies todavía en el furgón. La mujer aterrizó sobre él, con ruido sordo. Cuando se produjo el contacto, Summer alzó la rodilla derecha con fuerza, esperando dar en el blanco.

"¡Esta va por ti, madre!", pensó, exultante.

El hombre lanzó un gemido, levantó las rodillas hacia el pecho y rodó de costado, arrancando tallos de maíz a su paso.

Summer cayó de encima de él, pero su pelo seguía sujeto a los dedos del hombre.

-¡Iiiiáaaa!

Se abalanzó hacia él emitiendo su grito de guerra de Puòos de Furia, y no vio, siquiera, el puñetazo al mentón que la dejó inconsciente.

Cuando volvió en sí, estaba tendida en el suelo de espaldas, contemplando un cielo repleto de estrellas. Cerca de la tierra, pero lejos, sobre su cabeza, tallos de maíz con espigas se balanceaban en la brisa. El canto de las cigarras estaba salpicado por el sonido mucho menos melodioso de lo que parecía ser una convención de ranas amorosas. A lo lejos, ululó un búho.

Le dolía la cabeza. El mentón. Le pinchaban la espalda las lan-zas diminutas de las plantas de maíz arrancadas. Su nalga derecha estaba siendo perforada, lentamente, por una gran piedra puntiaguda. En comparación, las más pequeñas, ubicadas a intervalos debajo de su cuerpo, no eran más que molestias insignificantes. No sintió si-quiera los caparazones desechados de las cigarras.

Con la esperanza de eludir la agudeza del guijarro grande, movió las caderas y, entonces, la figura monstruosa de Frankenstein se cernió sobre ella, obstruyéndole la contemplación del cielo nocturno.

Summer gritó, sorprendida. Una mano le cubrió la boca, sujetándola contra el suelo e impidiéndole levantarse y retroceder. -¡Cállate, maldita sea! -gruòó una voz demasiado familiar. Summer reconoció los dulces acentos de su raptor. El rostro también. Otra vez, atrapada.

Derrotada, entregó su destino a Dios y a la suerte, cerró los ojos, y se quedó inerte, tendida sobre el incómodo lecho de piedras, tallos de maíz y restos de insectos. Si ese sujeto iba a matarla, que lo hiciera ya. No volvería a moverse.

La mano que le cubría la boca se levantó, cautelosa. Summer no movió una pestaòa.

El silencio humano se extendió, hasta parecer eterno. Sin avisar, una mano aferró y apretó su pecho izquierdo. -¡Apártese de mí!

Indignada, Summer apartó la mano de un golpe, se incorporó con brusquedad, y retrocedió sobre el trasero. El furgón, aún en funcionamiento, cortó su retirada. Levantó las piernas hasta la barbilla, y lo miró, severa.

Una cosa era esperar, pasiva, la muerte, y otra muy distinta so-meterse a un ataque sexual.

-Supuse que eso la haría reaccionar -dijo el hombre.

De repente, la voz sonaba masculina, satisfecha de sí misma, y muy normal. Estaba sentado, con las piernas cruzadas, a menos de dos metros de ella, masajeándose otra vez el muslo. Summer creyó percibir un brillo divertido en la única ranura que era la parte visible de sus ojos, pero como las facciones estaban tan deformadas, era difícil estar segura.

En la oscuridad, no tenía una apariencia tan temible. Claro que eso debía de ser porque no podía verlo bien. Seguramente, si lo viese con una luz intensa, le darían ganas de gritar y de huir. Sin embargo, ya no le tenía tanto miedo como al principio. Tal vez fuera por el guiño burlón, apenas discernible, o quizá porque durante unos momentos fueron aliados que huían de una banda armada. Desde luego, también existía la posibilidad de que se hubiera golpeado la cabeza más fuerte de lo que creía, y que esa extraña ausencia de temor se debiera a algún daño cerebral.

Como fuera, le daba resultado. -Váyase al infierno -dijo con odio.

La boca hinchada se torció en lo que podía ser -o no, difícil discernirlo con el estado de aquella cara- una sonrisa fugaz de sorpresa. El terror de Summer disminuyó un poco más.

-Ya he estado, gracias. Ahora he vuelto. Allá había demasiadas mujeres con bocas como cloacas -dijo el hombre.

Summer no respondió, y se limitó a mirarlo con rabia. Después de una pausa, el desconocido dijo:

-Al parecer, sus amigos de allá no tienen demasiados escrúpulos en dispararle a usted, mientras me apuntan a mí. Quizá le convenga pensarlo. A estas alturas, una muchacha astuta consideraría la idea de cambiar de bando. Si viene conmigo, veré qué puedo hacer por usted.

-No sé de qué demonios está hablando.

Qué demonios, era una frase que Summer empleaba a menudo. Pero no estaba dispuesta a moderar su lenguaje inspirada por algo

que él hubiese dicho. ¡Caramba, boca de cloaca...! ¿A quién le importaba la opinión de un loco homicida de aspecto monstruoso? -Cómo no.

-Esos no son mis amigos -Claro que no.

-No los he visto en mi vida. -Seguramente, no.

-¡Maldita sea, estoy diciéndole la verdad! ¿Ves? ¡Vaya con la moderación del lenguaje! -Claro que sí.

-De todos modos, ¿quién diablos es usted? Si tenía ganas de jurar, lo haría.

El hombre le lanzó una mirada prolongada. -Policía. Algo así.

-¿Policía? ¿Algo así? ¿Qué diablos es algo así como un policía? Summer casi lo abucheó.

-Algo así como un policía es una persona con la que no conviene mezclarse, señora. Cuando te mezclaste con esa banda, caíste con la gente equivocada. ¿Sabes lo que les pasa a los asesinos de policías -o futuros asesinos- en el gran Estado de Tennessee? De un modo u otro. una mañana aparecen muertos.

-¿Usted cree que yo ... ?

Se interrumpió, repasó los hechos para sus adentros, y llegó a la conclusión de que aquel hombre podía estar chiflado o no, pero no cabía duda de que tres sujetos le habían disparado... no, les habían disparado. Algo desagradable estaba sucediendo y, fuese policía o no, era indispensable que supiera que ella no tenía nada que ver. -No soy asesina de policías. No soy futura asesina de policías. No soy siquiera inminente asesina de una clase de policía. Soy conserje.

-¿Conserje?

-Sí, conserje. De esas personas que limpian después de que todo el mundo se va, ¿sabe? Esa soy yo.

Se produjo una pausa. -¿Qué mentirosa!

-Le digo la verdad -insistió Summer-. No tengo ni la más remota idea de lo que está sucediendo allí... y no creo que me agrade saberlo. Sea lo que fuere, bien puede excluirme.

-Cuando te pregunté dónde estaba el resto de la banda, sabías exactamente de lo que estaba hablando. Hasta me dijiste dónde esta-ban. Si no estás metida en esto, ¿cómo sabías que estaban atrás? -Lo adiviné.

-Sí, claro.

-Te juro que sí. Me asustaste, y por eso te dije lo que supuse que querías oír. No sabía, siquiera, que había ningún hombre. Creí que estabas loco, y te seguí la corriente. -Hizo una inspiración profunda, para serenarse-. Mírame: ¿no te parece que este es un uniforme de un servicio de limpieza? Dios, ¿acaso crees que una mujer que se respete andaría por la ciudad con unos pantalones de poliéster negros y una blusa de nailon blanca, con una margarita bordada en el bolsillo?

Otra pausa.

-Muéstrame alguna identificación. -No tengo ninguna. Dejé mi bolso...

-En la funeraria. Dentro. Junto con las llaves del automóvil. Sí, te creo. Pero admito esto: eres capaz de pensar con rapidez. -Puedes encontrarme en cualquier guía de teléfonos de la ciudad. Allí está mi apellido, el nombre de mi servicio de conserjería, e incluso está rni voz en el contestador, si quieres llamar.

-Buena idea. No tengo más que sacar el teléfono móvil del bolsillo... oh, perdón, cierto que estos pantalones no son los míos. Los míos quedaron en la funeraria, junto con mi teléfono, encerrados dentro del edificio. Igual que tu bolso. Y las llaves. Creo que no puedo llamar para comprobar si tu historia es cierta. Qué pena.

-Hay montones de teléfonos públicos en Murfreesboro. Lo único que tienes que hacer es ir hasta la ciudad, buscar uno, y meter una moneda.

-Tal vez lo haga la próxima vez que me sienta realmente estúpido.

-Puedes ir ahora mismo. Aquí está el furgón.

-Si es que todavía anda, cosa que puede suceder o no, si quiero arriesgarme a reanudar la persecución, puedo hacerlo. Pero no tengo la menor intención de irme de aquí, todavía. No nos han visto salir del camina.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque si así fuera, tus amigos estarían encima de nosotros en este momento.

-No son mis amigos. Ya te lo he dicho.

-Y yo sigo sin creerte. Supongo que soy escéptico por naturaleza.

-Si eres policía, no vas a matarme. -Summer pensaba en voz alta: la idea estalló en su cabeza como un cohete en un día de fiesta. El alivio que le elevó el ánimo hasta el cielo fue tan intenso, que le provocó mareos-. Me voy de aquí.

Se levantó, pero tuvo que apoyarse contra el furgón pues el brusco movimiento la aturdió.

-Oh, no, no te vas. -La mano le apresó el tobillo como un grillete-. Estás arrestada.

-¿Qué?

-Ya me has oído: estás arrestada.

-¿Cómo que estoy arrestada? ¡No puedes arrestarme! -Acabo de hacerlo.

-¡No puedes! ¡No he hecho nada! Además, no eres más que cierta clase de policía, si es que me has dicho la verdad, cosa que dudo, y no creo que, siendo así, tengas autoridad para arrestar a nadie. De todas maneras, ¿qué es algo así como un policía? ¿Como un policía contratado? En el mercado K, tienen uno para Navidad. Para dirigir el tráfico. ¿O será, más bien, como un guardia de seguridad? En ese caso, tampoco pueden arrestar a las personas.

-Jesús, ¿ya has terminado? Soy policía, ¿de acuerdo? Y estás arrestada.

-No te creo. -Lo miró, ceñuda-. Muéstrame alguna identificación.

-Muy graciosa.

Los dos conocían la respuesta. -No creo que seas policía. -Y yo no creo que tú seas conserje, así que, estamos en paz. -¿suéltame la pierna!

-Oblígame a hacerlo. Summer aspiró:

-Si eres policía, presentaré una denuncia. Me apoyaste un escalpelo en la garganta. Me diste un puñetazo en la cara. Me apretaste un pecho. Me diste un susto de muerte. Te provocare tantos problemas, que jamás saldrás de ellos.

-Ooh, mira cómo tiemblo.

-Deberías. Mi suegro es jefe de policía aquí, en el pueblo. -¿Qué? -Lo pensó, y luego sacudió la cabeza-. Sí, claro. ¡Por Dios, sí que piensas rápido! ¿Qué, acaso eres una mentirosa patológica?

-Estoy diciendo la verdad, maldita sea. Otra vez.

-De acuerdo. Apuesto a que no sabes, siquiera, el apellido del jefe de policía.

-Rosencrans. Samuel T. Rosencrans -respondió en tono triunfal.

Pausa.

-Puedes haberlo leído en cualquier parte.

-Cierto, pero no lo hice. Tiene un lunar bajo la oreja izquierda, y fuma cigarros. Y la T. es abreviatura de Tyneman.

Otra pausa.

-El viejo Rosey sólo tiene un hijo. Lo último que supe fue que se había casado con una modelo de ropa interior, que tenía veinticinco años y era de Nueva York.

-Modelo de lingerie. Tu información es antigua. Pero esa era yo.

Frankenstein la miró de arriba abajo. -Sí, y yo soy Micky Mouse. Summer sintió que se sulfuraba.

-Claro, han pasado algunos aòos, y he subido un poco de peso. ¿Y qué? Sigo siendo yo.

-Me pareció oírte decir que eras conserje. -Lo soy.

-¿Una conserje que posa para lanyerí ?

Bajo la mala pronunciación intencionada, había un tono burlón.

-En otra época, era modelo de lingerie. Ahora, soy dueòa de un servicio de conserjería.

Lo dijo entre dientes.

-Sí, claro. Ya veo por qué cambiaste. Cualquiera preferiría fregar cuartos de baño para ganarse la vida, en lugar de pasearse delante de las cámaras en sostén y bragas. Yo, en tu lugar, lo preferiría. Summer le lanzó una mirada asesina.

-Oh, cállate. Y suelta mi pierna.

-Seas Rosencrans o no, estás bajo arresto.

-Bien. Estoy bajo arresto. Y ahora, ¿puedes soltar mi pierna? -Te he conmovido, ¿eh?-dijo, bromeando, frotando con gesto sugerente el índice por la pantorrilla-. Ese es el efecto que tengo sobre las chicas.

-Me revuelves el estómago.

-También tengo ese efecto sobre las chicas.

Esta vez, la sonrisa fue inconfundible, aunque breve. El dedo se quedó quieto.

-Estoy segura -dijo con desdén.

-Te lo advierto: si corres, te atraparé. Solía ser zaguero en la escuela secundaria, y sólo sé jugar duro.

Le soltó el tobillo y se levantó. Como Summer había notado antes, no era muy alto, pero no cabía duda de que tenía el físico de un jugador de fútbol. O tal vez se debiera a la camiseta demasiado ajustada, que daba a sus hombros y brazos una apariencia formidable. Fuera lo que fuera, no tenía dudas de que, si intentaba correr, le saltaría a los tobillos y le haría daòo, de modo que se quedó quieta. -¿Qué escuela secundaria? -Trinity.

La escuela nombrada era una escuela católica superior que estaba cerca de Nashville, y era famosa por su equipo de fútbol. -¿Ah, sí? ¿Cómo te llamas?

Había conocido a unos cuantos jóvenes que fueron alumnos de Trinity. Sobre todo, muchachos. Nashville era su lugar de esparcirniento de la adolescencia. Muchas luces, gran ciudad, y a poco más de sesenta kilómetros por la carretera.

-Steve. -¿Steve qué? -Calhoun.

Lo dijo en tono precavido, y eso fue lo que la ayudó a identificarlo. Steve Calhoun. En la zona montañosa de Tennessee era más famoso que Davy Crockett. Más bien, el término correcto sería infarne.

Debió de mostrar una expresión peculiar, porque Steve dijo:

-Ya veo que has oído hablar de mí.

Capitulo 7

-¿Quién no ha oído hablar de ti?

Summer no tenía motivos para ocultarle sus sentimientos. Era verdad, Steve Calhoun era policía. Para ser precisos, detective de la Policía Estatal cíe Tennessee. Al menos, lo había sido. No conocía su situación actual, porque hacía mucho que los periódicos dejaron de hablar de él, por considerarlo noticia vieja.

De todos modos, hacía unos tres años, Steve fue un vértice del triángulo amoroso más famoso que explotó alguna vez en la zona central de Tennessee. El malogrado romance estalló a la vista del público cuando la mujer con la que salía -nada menos que la esposa de otro detective- se ahorcó en la oficina del propio Steve. Y para aumentar el sensacionalismo del drama, la mujer había sido aspirante a cantante country, a punto de hacerse famosa. Más aún, la mujer no había dejado ninguna nota de suicidio sino una cinta de vídeo. En las notas de prensa aparecían instantáneas espectaculares que mostraban a ella con Steve Calhoun, amigo de toda la vida de su esposo, y también compañero de trabajo, a punto de compartir una relación apasionada sobre un escritorio, en la misma oficina en que se quitó la vida. A juzgar por la cinta, la mujer se suicidó cuando él rompió la relación adúltera.

La televisión estaba fascinada con la historia. Los periódicos, también. Incluso, llegó a ser publicada en el National Enquirer. Steve Calhoun había logrado con creces los proverbiales quince minutos de gloria.

-Sí, bueno, no creas todo lo que oigas. La mitad de lo que circulaba en aquel entonces no era cierto.

-¿O sea que la mitad sí?

Summer no pudo contener la pregunta. sencillamente, se le escapó.

Steve le lanzó una mirada fulminante.

-No te pases de lista, Rosencrans. No me gustan las personas demasiado astutas.

-Ahh, qué miedo.

-Así me gusta, que te asustes. Al menos, mantendrás la boca cerrada.

-Y mi apellido no es Rosencrans. Summer McAfee. Lean Rosencrans y yo estamos divorciados.

-Qué tipo inteligente.

-Si mi recuerdo del escándalo es correcto, te despidieron... después de que todo salió a la luz. Por lo tanto, no eres policía. Ni siquiera de cierta clase. Ya no lo eres. Y, desde luego, no en Murfreesboro. Por lo tanto, me voy de aquí.

-Adelante, Rosencrans. Intenta irte. Hazme feliz..

La mujer lo miró. El le devolvió la mirada. Harry el Sucio no podía haber superado esa mirada... y eso que podía usar ambos ojos. Cruzando los brazos sobre el pecho. Summer emitió un resoplido, apoyó un hombro contra el furgón... y se quedó.

-Me alegra saber que no eres tan estúpida como pareces. Summer prefirió no hacerle caso.

-De todos modos, ¿qué hacías en la camilla de embalsamado de una funeraria, en mitad de la noche?

-¿No has oído hablar del precio especial de madrugada de Harmon Brothers? "Venga antes de morir, y le cobraremos sólo el cincuenta por ciento."

-Ja, ja.

-Me gusta la mujer que se ríe de mis chistes.

Summer le lanzó una mirada mortífera que, al parecer, lo dejó impertérrito.

-Hablo en serio. ¿Cómo fuiste a dar allí? ¿Sufriste un accidente, o qué?

-Un accidente. Correcto. -Resopló-. Tus amigas me dejaron inconsciente a golpes, me empaparon con queroseno, y estaban a punto de inaugurar el crematorio en mi honor cuando tú decidiste comprobar mi pulso. Lo bueno es que mi cabeza es más dura de lo que creían, pues, de lo contrario, en este momento mi trasero estaría asado.

-Insisto, no son mis amigos. No tengo ni la más remota idea de quiénes son.

De pronto, se le aclaró el motivo del insólito volumen del acondicionador de aire. Esa especie de rugido que oyó no fue su imaginación sino el crematorio que estaban encendiendo. Sumiller recordó que estaba ubicado junto a la sala de embalsamado, y se estremeció para sus adentros.

-Casi te creo, ¿sabes?

-Me alegra saber que no eres tan estúpido como pareces. -Esta réplica le valló una mirada chispeante de reconocimiento-. ¿Quié-nes son ellos, pues? Los que hicieron esto.

-Dímelo tú.

Summer hizo una inspiración profunda.

-Olvídalo. No importa. No me importa. Si tratan de matarte a ti, seguramente serán los buenos. Sea como sea, cuentan con mi apoyo. Y ahora, me voy a mi casa.

Se apartó del furgón con la intención de hacerlo -una caminata de unos veinticinco kilómetros con un solo zapato no era nada comparada con la irritante situación de quedarse con aquel individuo aunque fuese un segundo más, y tal como se sentía en ese momento, si trataba de detenerla, lo desmayaría de un puòetazo- y lo único que logró fue que se irguiera en toda su estatura, obstruyéndole el paso. -No, no, Rosencrans.

-Vete a la mierda, Frankenstein.

Trató de esquivarlo, pero la detuvo con la mano en el brazo. -¿Frankenstein?

Dio la impresión de que estaba a punto de soltar la carcajada. -Eso es lo que pareces. Y suéltame el brazo.

-Ni en...

Se interrumpió, alerta. Summer también lo oyó: el ruido sordo, y la agitación del aire que producían las paletas de un helicóptero. -Un helicóptero. -De pronto, la voz del hombre se endureció, y la mano que le sujetaba el brazo le hizo daño-. ¡Métete en el furgón ! Vamos Sumiller no tuvo alternativa. Antes de que pudiera moverse, él la aferró por la cintura, la levantó, y casi la tiró por la puerta abierta del vehículo.

-¡Jesús, cuánto pesas! -jadeó Steve, escurriéndose tras ella y empujándola con la mano por el trasero para meterla en el asiento del pasajero, donde Summer aterrizó a gatas.

-¿Siempre eres así de antipático, o estás esforzándote en mi honor?

Summer cayó en el piso, entre los asientos, con tal fuerza que sintió una puntada dolorosa en la rodilla derecha. La izquierda se salvó sólo porque no tocó el piso: no había espacio suficiente. -¡Agáchate!

La puerta se cerró de un golpe. El se puso sobre ella, haciéndo-la agazaparse en el angosto espacio entre los asientos, cubriendo el cuerpo de la mujer con el suyo propio. Summer, tendida de costado, muy incómoda, se sofocaba con el olor del hombre, con su calor y su peso.

-Tú tampoco eres lo que se llamaría un peso pluma, ¿sabes? -protestó, tratando de zafarse, para terminar tendida de espaldas. -Puro músculo. Y cualquiera sabe que el músculo pesa más que la grasa.

-Sí, claro.

Esta vez, Summer vio con claridad la sonrisa, pues el interior del vehículo se inundó, de pronto, de luz radiante. ¿Qué diablos...? Un reflector. Claro, el helicóptero estaba equipado con reflector. Entonces, ¿era de la policía? ¿Acaso alguien había oído el tiroteo y marcado el número de teléfono de la policía? ¿Si así era, estaban salvados! ¿Lo único que tenían que hacer era saltar fuera y hacer señas! A juzgar por el ruido, estaba casi encuna de sus cabezas.

-¡Podría ser la policía!

Summer se retorció y se removió tratando de librarse, pero sin éxito. Y aunque él se quedó encima de ella con la tenacidad de una lamprea, logró retroceder un poco, hasta llegar al centro del furgón. donde se quedó jadeando, tendida de espaldas, en el estrecho espacio que dejaban sendos montículos de carga que llegaban hasta el techo, a cada lacio de la caja del vehículo. Al agitar los brazos, hizo resbalar una manta de tapicería, que cayó sobre ellos tan repentinamente como un telón. Quedaron refugiados en una sofocante oscuridad.

-Podría ser.

Sintió contra el cuello el aliento del hombre, cálido y húmedo, mientras intentaba arrancarse de la cara aquella manta de olor rancio. Aspiró una bocanada de aire fresco y le empujó el hombro. Steve no se movió. Su tórax le aplastaba los pechos, y sentía las piernas de él pesadas como troncos sobre las suyas. Era duro y pesado como un mueble.

-¡Déjame levantarme! ¡Tenemos que cerciorarnos... y hacerles señas, si son de la policía!

El forcejeo de Summer no hizo otra cosa que enredarlos más apretadamente en la manta. Lo único que tenía libre eran la cabeza y los brazos. Tironeó en vano de los pesados pliegues grises. -Rosencrans, me parece que no lo entiendes. Nosotros...

Lo interrumpió la implosión del parabrisas. Fragmentos de cristal atravesaron el furgón como balas de bajo calibre lanzadas por un turbocompresor. Al tiempo que zumbaban y tableteaban a su alrede dor, Summer se encogió. Uno se le clavó en el cuello, haciéndola gritar y crisparse.

Frankenstein maldijo, protegió mejor el cuerpo de ella con el suyo, y tiró de la manta, cubriendo ambas cabezas. En ese momento, Summer se alegró sobremanera de que el cuerpo sólido del hombre y la manta la protegieran de los impactos.

Una andanada que sonaba como granizo dio contra los costados y el techo del vehículo, sacudiendo la ventanilla del lado del pasajero. Quienquiera que estuviese en el helicóptero, les disparaba a ellos. Ciertamente, no era la policía.

-¿Quiénes son esos tipos?-gimió, evocando la imagen de Butch Cassidy y Sundance Kid, hechos pedazos por una salva de balas.

La respuesta fue, otra vez: -Dímelo tú.

En circunstancias diferentes, lo habría golpeado. Pero pensó con aterradora lucidez que ese hombre era lo único que se erguía -o se tendía, para ser más precisa- entre ella y las balas. Cantidades de balas.

No lo golpeó. Más bien, procuró hacerse lo más pequeòa que pudo, y quedarse muy, muy quieta. Steve se curvó. protector, sobre ella, defendiéndola lo más posible con su cuerpo.

La granizada cesó tan bruscamente como había comenzado. "Iras unos instantes, Frankenstein asomó, cauteloso, la cabeza fuera de la manta. Para alivio de Sumrner, la luz había desaparecido. La noche estaba oscura y silenciosa como la muerte.

La comparación la hizo temblar. -¿Estás bien?

Respiraba agitado. -S-sí.

No tuvo en cuenta que le castañeteaban los dientes. -Tenemos que salir de aquí -dijo Steve, apartándose de encima de ella y corriendo la manta.

La alzó junto con él, metiendo una mano en la cintura de sus pantalones, en la delantera, y tirando.

-¡Vamos!

Al mismo tiempo que él la arrojaba en el asiento del conductor, Sumrner le apartó la mano de una palmada. Había cristales por todos lados. Se sentó sobre un montículo de fragmentos, y al advertirlo se incorporó, agradeciendo a Dios la existencia de los nuevos cristales templados. Si hubiesen sido los de un vehículo más antiguo, las afiladas astillas los habrían despedazado. Con varias barridas rápidas de la mano quitó la mayor parte del vidrio.

-¡Deja de preocuparte por tu trasero y conduce!

La empujó otra vez al asiento, y estiró la mano para poner la palanca en posición de marcha atrás. El furgón no se movió. -¿Por qué no conduces tú?

-Porque cuando miro, veo doble o triple. Además, tú lo haces bien. Nos trajiste hasta aquí, ¿no?

Sin más, estampó el pie contra el pedal de arranque. Por un instante, las ruedas giraron, frenéticas, y el furgón saltó hacia atrás. -¡Yo guiaré!

Sumrner se apoderó del volante. -Así habla una buena chica.

Le sonreía, si era que Summer aceptaba calificar así a una mue-ca ladeada de la boca. Era extraño comprobar lo poco que le temía, ya. Aun cuando tuviese todo el aspecto de haber escapado de una película de terror, aunque la hubiese lastimado, amenazado, y asustado como para provocarle cinco años de insomnio, Sumrner sabía tan bien como sabía su propio nombre que Frankenstein no iba a matarla... si bien, gracias a el. tal vez la matara alguna otra persona.

-Formamos un buen equipo, ¿no crees?.

Puso primera y pisó el acelerador. El furgón se abalanzó hacia adelante. El aire nocturno, tibio y cargado de insectos, entró a torrentes por el hueco donde había estado el parabrisas. Por un momento, aterrada y enloquecida. Summer pensó que iban a estrellarse de nuevo contra la segadora trilladora. Pero giró el volante hacia la derecha justo a tiempo, y vio pasar al monstruo metálico como un relámpago amarillo.

-Buenos reflejos -aprobó Steve. -¡Quita tu pie del condenado pedal!

Si la oyó, la ignoró. Corrieron a toda velocidad sobre la superficie irregular del campo, en dirección al agujero de la cerca por el que habían entrado... eso era lo que esperaba Summer. Las plantas de maíz formaban

una movediza cortina que obstruía la vista. El furgón iba aplastándolas y, bajo su asalto, caían como piezas de dominó. Pasar por el sembrado de soja fue un alivio pues, al menos, podían ver. Allí estaba el hueco en la cerca, a la izquierda. Con el pie de Steve en el pedal, le erraron, llevándose otros dos metros de cerca a su paso.

Por la mañana, un granjero se devanaría los sesos.

Pero ese no era problema de Summer. Su problema, el inmediato, era el lunático de pie de plomo que tenía junto a ella. Y el helicóptero que escupía proyectiles, y que se cernía allá arriba, en alguna parte del cielo de la medianoche. Y los tipos armados.

Y el inmenso camión de dieciocho ruedas que se acercaba rugiendo a ellos por la Ruta 231.

-iQuita el pie del acelerador! -gritó otra vez, en el mismo instante en que chocaban con la zanja y el vehículo volaba por el aire. El furgón aterrizó con una sacudida sobre el asfalto... a menos de treinta metros del que venía en dirección contraria. Se le escapó el volante de las manos y el vehículo coleó. Una bocina de aire aulló. Los frenos chirriaron. Los faros la cegaron. Summer cerró los ojos. Como si sus oídos registraran los ruidos en cámara lenta, oyó el estrépito de chirridos, cosas que se rasgaban y los baquetazos de un choque.

-¡Jesús, eres una pésima conductora!

Summer abrió los ojos y comprobó que aún estaban vivos, so-bre la carretera, y precipitándose a toda velocidad hacia la ciudad.

Jadeando, miró por el retrovisor de su lado -había fenecido junto con el parabrisas-, y comprobó que el camión de dieciocho ruedas reposaba en la zanja, al borde de la carretera, en un ángulo imposible. Mientras miraba, se abrió la portezuela y emergió el conductor.

Lo vio agitar el puòo y gritar, en dirección a ellos. -¡Casi haces que nos matemos!

La voz le salió chillona, y echó a Steve Calhoun una mirada acusadora y feroz.

-Escucha, Rosencrans, si no nos vamos rápido de aquí, nos haremos matar, con toda seguridad. ¿Qué crees que fue lo que pasó allá? ¿Un tiroteo casual?

Por una vez en la vida, Summer se quedó sin habla.

Capitulo 8

En pocos minutos, corrían hacia otra intersección que, por fortuna, estaba tan desierta como la anterior. Murfreesboro quedaba de-lante de ellos, Nashville hacia el noroeste, Chattanooga al sudeste. Si daban un viraje de 360 grados, la 231 quedaba en línea recta hacia Alabama, detrás de ellos. Como corrían a más de ciento cuarenta ki-lómetros por hora por una carretera en la que la velocidad permitida era la mitad, lo mejor era ir en línea recta. De ser posible, Summer prefería evitar cualquier otro roce incidental con la muerte.

-Gira a la izquierda -le indicó Steve.

Hacia Nashville, no hacia Murfreesboro. Lo que quiso decir fue que se deslizaran en dos ruedas por esa intersección, tal vez por el puro gusto de

hacerlo. Había algo que Summer empezaba a sospechar de Steve Calhoun: como los jóvenes de Top Gun, tenía adicción a la velocidad. -¿Qué te pasa? ¿Tienes nostalgia de la patria chica? No pudo contener la broma.

-Muy graciosa, Rosencrans. Limítate a hacer lo que te digo. -¡Quita el pie del acelerador!

No le hizo caso. El vehículo se disparó como un cohete por la intersección, a velocidad de vértigo. Corno la mujer no hizo ademán de manipular el volante corno para que los dos se lanzaran a un deslizamiento que desafiaba a la muerte, Steve se lo arrebató. Summer quiso apartarle la mano de una palmada... y se puso furiosa. Le pellizcó el muslo desnudo y magullado que tenía cerca, con tal cruel-dad, que lo hizo gritar.

Logró que apartara con brusquedad la pierna. Al haber levanta-do el pie del acelerador, la marcha del vehículo disminuyó de inmediato.

-¿Por que demonios has hecho eso?

Se frotó el muslo y le lanzó una mirada furibunda.

-Té dije que quitaras el pie del pedal. Soy yo la que conduce, ¿recuerdas?

El pie de Summer ya se había apoderado del pedal, y su mirada lo desafió a impedírselo.

-Perra cruel. -Se frotó un poco más-. Dios, cómo duele. ¡vira a la izquierda!

-¡Ya lo haré!

Lo hizo, aplicando los frenos, juiciosa, hasta que pasaron la intersección, a salvo. A continuación, echando miradas cautelosas al pie de plomo, aceleró con rumbo al noroeste, por la 41.

Vio pasar campos sembrados, separados por cercas de postes y alambre, salpicados por grupos de árboles llenos de hojas. Le salpicaba la cara el aire tibio, cargado de insectos. El olor del estiércol era intenso. Impulsado por el viento, un gran bicho se le estrelló en la mejilla. Summer se limpió los restos viscosos con gesto de asco. -¿No entiendes que unos malvivientes armados nos persiguen? Si no vamos muy rápido, nos alcanzarán.

-Oh, cállate.

Pero pisó un poco más el acelerador, y vio que la aguja subía hasta los ciento cuarenta. Entrecerrando los ojos para protegerse del viento y de los bichos, se esforzó por distinguir la cinta de asfalto que trazaba curvas en medio de la noche, tan negra como ella.

-Tenernos que encontrar un camino de grava que hay por aquí, en alguna parte, a la derecha. Está tan oscuro, que podríamos pasarlo de largo.

-Tal vez deberíamos encender las luces.

-Jesús, Rosencrans, todavía no lo entiendes, ¿verdad? Estamos intentando ocultarnos de unos tipos que quieren matarnos. Ese helicóptero no se esfumó en el aire, ¿sabes? Algo lo hizo retroceder, no sé qué. Pero puedes apostar lo que quieras a que en este momento está buscándonos. Sin hablar de la cantidad de automóviles que deben de estar saliendo de Mufreesboro. y quizás hasta de Nashville, y Dios sabe de dónde más, tras nosotros. No tenemos mucho tiempo,

pues pronto invadirán esta zona como hormigas en un picnic. ¿Y tú quieres encender las luces? -Movió la cabeza-. Eso no es muy astuto.

-¿Qué es lo que has hecho? -preguntó Summer en voz queda. Frankenstein resopló por la nariz.

-Digamos que enfurecía personas que no debía molestar, ¿estamos?

-¿Quiénes?

-Mira, da lo mismo. Lo único que tienes que saber es que también van tras de ti, y que no son gente muy amable.

Oh, Dios. Ya tenía abundantes pruebas en ese sentido.

-En cuanto llegue a mi casa, despediré aciertas personas -murmuró. -¿Qué? -No importa.

-¡Maldición, Rosencrans, creo que ya has pasado el desvío. ¿Es que tienes que hablar sin cesar?

Oyeron un ruido lejano, que podía ser el de la hélice del helicóptero. Los dos aguzaron el oído para identificarlo, por encima del viento. En ese instante, Summer olvidó cualquier réplica que pudo haberle devuelto. Recordando la reciente artillería con que el helicóptero regó al furgón, un escalofrío le recorrió la espalda. Lanzando una mirada asustaría al hombre que iba a su lado, aplicó los frenos, hizo girar al vehículo en un amplio círculo que aplastó la hierba del otro lado del pavimento, y enfiló en la otra dirección, aunque más despacio. ¿Dónde estaba ese camino?

-¡Ahí! ¿Lo ves? Se lo señaló.

Summer vio lo que le parecieron huellas de neumáticos que se abrían paso en medio de hierbas a la altura de la rodilla, pasaban bajo una cerca de alambre, y terminaban en una ancha zanja negra. En la oscuridad, era difícil cerciorarse, pero si aquella era la vía de escape, parecía bastante breve.

-¿Estás seguro?

La pregunta revelaba el escepticismo de Summer. -Dobla, ¿quieres?

A juzgar por el ruido, el helicóptero, si eso era, estaba acercándose. Orando para sus adentros, Summer viró desde el camino hacia la senda marcada por neumáticos. El vehículo se tambaleaba sobre las irregularidades del sendero.

Por necesidad, se detuvo a unos siete metros, al borde de la zanja, que ahora, más cerca, le parecía un abismo infranqueable. -¿Para qué te has detenido?

-Quizá no lo hayas notado, pero frente a nosotros hay una zanja. ¿Y ahora, qué?

-Es un cruce de vacas, Rosencrans.

-¿Puedes dejar de llamarme así? Mi nombre es Sumrner McAfée.

Sumrner escudriñó por el hueco del parabrisas. Observando mejor, vio que la luz de la luna arrancaba un brillo apagado a unas barras de hierro puestas a intervalos regulares, que constituían un puente en el nivel del suelo, por encuna de la zanja. Como muchacha nacida y criada en el campo que era, debió de haberlo adivinado. Si estaba cercado a ambos lados, sin el guardaganado, debía de haber una cancela. Pasó por el puente sin decir palabra, sintiéndose una tonta.

Al otro lado, la superficie del suelo no fue más llana. El furgón se hundía y temblaba, siguiendo la senda casi invisible hasta el extremo más lejano del campo, delimitado por otra parte de la cerca que separaba los pastos de lo que, aparentemente, era un bosque denso. Si lo que oyeron fue el helicóptero, estaba lejos. Sumrner casi no lo oía.

-¿A dónde vamos?

-A un lugar que conozco. -¿Qué clase de lugar? -Tú, guía. Jesús. ¿Siempre parloteas así? -Que te jodan, Frankenstein.

-Tal vez, luego. Cuando tengamos más tiempo. -Sólo en tus locos sueños.

-Rosencrans, créeme, tú no figuras en mis sueños locos. Más bien, prefiero un trío de rubias desnudas con pechos enormes. -Te creo.

-Más te vale. Es cierto. ¡Mira, eso es una vaca!

Sumrner pisó los frenos. En efecto, había una vaca tendida en medio del camino, masticando plácidamente. Una Black Angus, para ser más precisos, valioso animal de matadero, negro como la noche. Lo único que revelaba su presencia era el reflejo de la luna en sus ojos. Si Frankenstein no la hubiese visto, la habrían atropellado. O volcado sobre ella. Por alguna razón, Summer no creyó que el vehículo pudiese traspasarla sin volcar. Era un animal muy grande.

-Rodéala.

Lo dijo con impaciencia.

-¿Y si nos empantanamos? ¿Quién sabe en qué estado está el campo? Bájate y espántala del camino.

-¿Y darte la oportunidad de que te vayas y me dejes aquí? Ah, no. De ningún modo.

Como ese fue, precisamente, el pensamiento que albergó por un instante la mente de Summer, no dijo nada. Lo que sí hizo fue apretar la bocina. La vaca no se inmutó. Frankenstein le agarró la Muñeca.

-¡Jesús, Rosencrans! ¿Por qué no mandas señales de humo para informarles de dónde nos encontramos, ya que estás?

-Mi apellido es McAfée. Y no se me ocurrió eso.

Había estado demasiado concentrada pesando los pro y los con-tra de abandonarlo.

-Te creo.

No lo dijo en tono de cumplido. Summer libró la muñeca de un tirón.

Un coche pasó zumbando por la carretera 41, en dirección de Nashville, los faros cortando la noche. iba demasiado rápido. Summer se puso tensa, y lanzó una mirada al hombre que estaba a su lado. -Rodéala -repitió.

En la voz de Steve se reflejó la misma sospecha que en la mente de Summer con respecto al destino del coche que acababa de pasar. Sin añadir una palabra, guió el vehículo alrededor de la vaca, esquivó un surco del tamaño del Gran Cañón, y otras dos vacas que holgazaneaban por ahí, y retomó la senda. Otra reja guardaganado marcaba el límite entre el campo de pastoreo y el bosque. En el momento en que el furgón la atravesaba, volvió a oírse más fuerte el ruido que podía indicar la presencia del helicóptero. Cuando alcanzaron el refugio del follaje, ya no quedó ninguna duda. Los perseguidores habían vuelto, y estaban sobre sus cabezas.

-Deténte. Es más probable que nos vean si nos movemos. Summer pisó el freno. El helicóptero hizo un descenso barriendo con el reflector el campo por el que acababan de pasar. Cuando

Summer se dio la vuelta en el asiento, alcanzó a ver que iluminaba la vaca que habían eludido. El helicóptero tuvo más éxito que el furgón. Con un mugido asustado, el animal se levantó y galopó hacia el ex-tremo opuesto del campo. El reflector la siguió, provocando una oleada de pellejos negros, a

medida que el pánico iba contagiando al resto del rebaòo. El aparato revoloteó unos momentos. La luz barrió el campo, iluminando la hierba y los animales que huían. Tan súbitamente como había aparecido, el helicóptero se elevó, giró, y enfiló hacia el norte.

-Ha estado cerca -dijo Summer.

El sudor le humedeció la espalda, y la blusa de nailon ordinario se le pegó a la piel.

-Demasiado cerca. -Por el tono, el hombre parecía mucho más frío de lo que Summer se sentía-. Vamos, adelante.

Summer siguió conduciendo, las manos aferradas al volante del furgón que saltaba y se balanceaba por el camino desigual. La carretera 41 había quedado lejos, a kilómetros, y los bosques raleaban. Otro cruce para ganado, otro campo, y pasaron otra vez al asfalto. Contra el telón de fondo del cielo estrellado, salpicaban el paisaje las casas de los granjeros.

Summer sufría tal sensación de persecución que el mero hecho de abandonar el refugio de los árboles y desplazarse sobre un camino verdadero la hizo sudar otra vez. Por suerte, la carretera parecía despejada, y por mucho que se esforzara, no podía oír ni el más mínimo sonido que indicara la cercanía del helicóptero.

-A la izquierda -le indicó Steve.

Summer obedeció, y luego hizo una profunda aspiración. Una polilla se le metió en la boca. Hizo arcadas y escupió hasta que, al fin, pudo deshacerse del insecto.

-Creo que uno se hace el paladar a los bichos --comentó el hombre.

-A ti te gustan, ¿no es cierto?

Asqueada, se limpió la escupida condimentada con polilla que se le había pegado al mentón.

-De-li-cio-sas. Sobre todo, fritas... Chasqueó los labios, como paladeándolas. -Eres grosero, ¿lo sabías?

-Lo intento -repuso, con la correspondiente modestia.

Summer no se dignó replicar. Tras unos minutos, dijo:

-¿No te parece que deberíamos detenernos en algún lado y llamar a la policía?

Steve rió.

-Hasta podríamos detenernos en una de esas granjas. Estoy segura de que si llamamos, nos dejarán usar el teléfono. -Rosencrans, odio pincharte el globo, pero, ¿quién crees que está persiguiéndonos?

-¿Qué? -S í. Summer casi se atragantó.

-No puede ser. Nos dispararon. Trataron de matarnos. -¿Entiendes, ahora, por qué los ciudadanos honestos siempre se quejan de la brutalidad policial?

No le pareció divertido. -Estás bromeando, ¿no? -Ah, no.

-¡Oh, Dios mío! -Lo mismo siento yo. Summer le lanzó una mirada enloquecida.

-Tiene que haber un error. ¡Sammy bien podrá tener un hijo pelmazo, pero no permitir que sus hombres disparen a personas inocentes!... Sé dónde vive... él detendría este...

-¡Eh, Rosencrans! -dijo, mientras Summer buscaba un lu-gar para dar la vuelta-. No tan rápido. No es tan fácil. El problema consiste en que, a estas

alturas, no podemos confiar en nadie. Ni en tu estimado suegro. Alguien, unos cuantos, me quieren ver bien muerto, y no estoy del todo seguro acerca de quién ni por qué. Pero de una cosa sí estoy seguro: sea quien fuere, no se le moverá una pestaña si tiene que matarte a ti también.

-¿No sabes siquiera por qué te disparan? Summer quedó atónita.

Frankenstein movió la cabeza.

-No... exactamente. -Tras una breve vacilación, le lanzó una mirada-. Hace unos años, me tropecé con algo... algo grande. A partir de entonces, pasó de todo, y en lo que menos pensaba era en mi trabajo de detective. Pero tuve mucho tiempo para pensar. Demonios, casi no he hecho otra cosa en el último tiempo... y volví para comprobar una cosa. Anoche, me descuidé un poco, y me sorprendieron. Hicieron todo lo posible por matarme.

-¿Quiénes?

La pregunta fue casi un gemido.

-Ya te he dicho que no lo sé con certeza. Podría ser que no fuese exactamente la policía. Quizás estén involucrados un par de policías canallas. Pero algo está en marcha, una operación criminal de gran envergadura. Cuando me golpearon la cabeza, estaba observando cómo cerraban un trato en el cementerio que está junto a la funeraria.

-¡Oh, Dios mío!

Summer se imaginó fregando los suelos, sin saber que a pocos metros estaban teniendo lugar la mutilación y el asesinato. Hubiese preferido los fantasmas.

-Métete aquí.

El vehículo acababa de llegar a la cima de una loma, y había avanzado unos cuatrocientos metros, pasando una casa de tablas. Al decir "aquí", Frankenstein se refería a otra senda irregular, pero en esta ocasión, Summer viró con presteza, pues se habían adueòado de su mente imágenes de automóviles hostiles que pululaban por la zona como un ejército de hormigas. Además, era evidente que el helicóp-tero también seguía las carreteras. En esas condiciones, el sendero por el que traqueteaban le resultó como un repentino paraíso. Cuando anduvieron otra vez sobre asfalto, sintió que se le contraía el estómago.

-Gira a la izquierda.

Llegaron a la cima de otra elevación. Al otro lado, en un valle con forma de tazón, unos pinos altos se balanceaban, y a la luz de la luna brillaba la tersa superficie de un espejo de agua.

-¿Dónde estamos?

Era lo primero que decía en los últimos diez minutos. Steve la miró:

-El lago Cedar Lake. En el próximo cruce, gira a la derecha. Summer lo hizo, y se encontró frente a los restos destartalados de la civilización: el cartel de una posada que ofrecía habitaciones por veinticuatro dólares la noche, un McDonald cerrado a esa hora, otro motel que tentaba a los viajeros con un anuncio de: "¡Cable Gra-tis!", un centro comercial decadente. Una gasolinera/minimercado

en el cruce era, al parecer, el único establecimiento abierto. En el estacionamiento había un solo automóvil. Al lado, un terreno cubier-to de hierbas, donde habían arrancado los árboles, y dejado maquinaria pesada en

desorden, demostraba que ahí estaban construyendo algo. Más allá, la carretera trazaba una curva, siguiendo el contorno del lago.

-Gira aquí.

Le indicó un camino ancho y pavimentado que llevaba a un terreno cercado. Dentro, se veía una doble hilera de casas fabricadas con metal corrugado. La cerca medía. por lo menos, dos metros se tenta, y estaba coronada por una hilera triple de alambre de púas. También la cancela que había al final del camino era alta, y estaba protegida. Por lo tanto, salvo que Steve fuera más diestro para trepar que ella, resultaba infranqueable.

-Pulsa nueve-uno-dos-ocho.

El furgón se había detenido ante la cancela. A indicación de Frankenstein, Summer miró en la dirección que le señalaba, y descu-brió una caja metálica negra, sobre un poste. Tenía una vaga seme janza con un teléfono sin auricular. Y como un teléfono, tenía teclas con números.

Aunque le pareciera ridículo, teniendo en cuenta que el resto del vehículo estaba abierto, bajó el cristal de su ventanilla, que era el único sobreviviente, y marcó los cuatro dígitos. Al pulsar cada número, sonaron débiles bips. Terminó, y se quedó mirando la caja, expectante. Nada sucedió.

-¿Qué estás esperando?

Ante la pregunta impaciente de Frankenstein, Summer volvió la vista, y vio que la puerta, aparentemente infranqueable, estaba abriéndose.

Capitulo 9

El amarradero de botes no había cambiado. Hasta donde Steve recordaba. durante tres años no se había movido ni una lata de gaseosa desechada. La camioneta oxidada cargada de cachivaches, esta cionada junto al envejecido Winnebago que el dueño todavía no ha-bía tenido tiempo de arreglar, océanos de neumáticos viejos que alguien pretendería usar un día, embarcaciones que, sin duda, habían visto mejores tiempos, con esperanzados carteles de SE VENDE, eran los mismos, o sus gemelos idénticos. Como siempre, unos coches, propiedad de los navegantes de fin de semana, estaban aparcados junto a los galpones. Hectáreas de tambores oxidados aún hacían guardia a lo largo de la cerca. A medida que el furgón trasponía los portones y subía la pendiente hacia la parte donde el suelo estaba nivelado, en la parte de atrás. Steve se sintió asaltado por una sensación tan intensa de déjá vu, que le dieron mareos.

Fue corno si. de repente, la Tierra hubiese dado varlos giros hacia atrás, y todo fuera corno antes. Antes de que Deedee se matara, y al hacerlo, en gran medida acabara también con la vida de Steve, Cuando Deedee murió, no sólo la perdió a ella sino también su empleo, su esposa, su hija y su mejor amigo todo de un solo golpe fatal. Les destrozó el corazón a sus padres; su padre murió seis meses después, de un ataque al corazón. Perdió el respeto de casi todos los que lo conocían. También, el que se debía a sí mismo. Y estuvo a punto

Deedee era rubia, bonita. y no más grande que un mosquito, y Steve la conocía desde que tenía trece años. El y Mitch la conocieron al mismo tiempo, en Dairy Queen, donde paraban todos los mucha chos y las chicas. El sitio estaba atestado, y no había muchos asientos para elegir. El y Mitch

encontraron un par de taburetes vacíos junto a la barra, y Steve se sentó casi sin mirar a la rubia cíe cabello rizado que estaba al lado. En el mismo instante en que se sentaba, le llamó la atención la copa helada que le servían a la chica porque era su preferida, con chocolate derretido. Debió de haber mirado el complicado postre con codicia, porque la muchacha levantó la vista, sonrió, y le ofreció una cucharada. Sorprendido ante aquel bello rostro de ducalde, con Ojos azul oscuro y sonrisa traviesa, lo único que atinó a hacer fue abrir la boca. Deedee le embutió la crema helada... y miró más allá de él, hacia Mitch. En ese momento, la perdió a manos de su mejor arraigo.

Aunque eso no era de extrañar. Cada chica que conocían hacía lo mismo. Mitch era más alto, más delgado, más amable, más apuesto. Las muchachas quedaban embelesadas por Mitch. Steve ya se ha bía acostumbrado a esa situación desde que terminaron el primer grado.

Pero había algo especial en Deedee... algo que le hacía pensar en ella. Nunca pudo saber de qué se trataba. Había, en aquel entonces, muchachas más bonitas. Y muchísimas que eran "mejores". A Deedee le gustaba la juerga y, cuando estaba borracha, se volvía más loca aún de lo que era. Quizás eso fuese lo que le atraía de ella: su locura. Para Deedee, el miedo era tan desconocido como Shangai, mientras que el carácter de Steve era lo menos parecido a la locura que se podía encontrar.

"El bueno de Steve", lo llamaba Mitch, con una palmada en el hombro, y un atisbo de afectuoso desdén. El bueno de Steve, ese era él. Siempre apegado al camino correcto, siempre haciendo lo debido, lo que había que hacer, siempre sacando a Mitch de los frecuentes líos pecaminosos en que se metía. ¿A quién estuvieron a punto de sorprender devolviendo a su lugar la bandera norteamericana que Mitch había robado cuando eran adolescentes, en la escuela secundaria? ¿Quién había pasado innumerables domingos terminando tareas que ambos tenían que llevar el lunes, porque la resaca de Mitch, de juerga la noche anterior, le impedía levantarse? ¿Quién lo cubrió ante Deedee, de las escapadas que Mitch hacía después de que se casaron? El bueno de Steve.

Cuando se alistó en la Infantería de Marina, adoptó el lema de corazón: Semper fidelis. Siempre fiel. En la amistad, en el trabajo, en el matrimonio. Así era él. El bueno de Steve.

Hasta que un día dejó de ser fiel. Un día, sucumbió a la tentación del alcohol barato, y de la desdicha de la esposa de su mejor amigo, y tuvo una relación con ella. Ese fue el comienzo del fin.

O quizás, el fin del comienzo. Porque ahora estaba renaciendo, como un Lázaro, e intentando volver a unir las piezas de su vida destrozada.

Le llevó tres años pero, al fin, entendió el error que cometieron los que investigaban la escena de la muerte de Deedee.

Se había colgado un domingo por la maòana, en la oficina de Steve, la que él cerraba todas las noches, con la misma constancia con que hacía todo. La oficina de la cual Deedee no tenía llave. -¿Cómo pudo entrar?

-¿Qué lugar es este?

La pregunta sacó a Steve de la evocación. Miró a la mujer que estaba junto a él, y recordó de inmediato el giro fatal que había dado su vida. Gracias a la visión doble provocada por la paliza recibida, vio a dos mujeres, dos imágenes borrosas que se separaban y volvían a unirse, una y otra vez.

Dos mujeres de ójos almendrados, cabello castaño, de rasgos que aún no había podido distinguir bien. Dos inocentes espectadoras que, esa noche, tal vez muriesen por su culpa. O dos men-tirosas increíbles. Todavía no podía discernir del todo cuál de las dos.

Pero ninguno de los estafadores con que se había cruzado parloteaba tanto.

Si bien una parte pequeña y objetiva de su cerebro abrigaba la esperanza de que no tuviese una conmoción, el resto de su intelecto (y admitía que, en ese momento, no funcionaba con toda la cilindra da, a pleno), se debatía acerca de qué hacer. Sabía que debía de haber alternativas, pero las palpitaciones en la cabeza y esa hinchazón que reemplazaba a su cara, más el dolor en cada uno de los músculos de su cuerpo como si los hubiesen castigado con un gato para neumáticos -que fue lo que hicieron- le impedían pensar con claridad. La única solución que se le ocurría era todo un clásico en su simplicidad huir rápidamente de Dodge.

-Te he preguntado qué lugar es este.

Por un momento, Steve había olvidado la existencia de su compañera.

-Un guardabotes.

-¿Guardabotes? ¿Qué diablos es eso?

Aquella mujer era una parlanchina. Casi el único momento en que mantuvo la boca cerrada fue cuando estuvo inconsciente. Que tuviese cuidado, o le daría ideas a él.

-Es un lugar para guardar embarcaciones.

Si no le doliese tanto fruncir la frente, le mostraría el ceño. -Oh, gracias, eso me explica todo.

Steve se dio por vencido. Era obvio que no la intimidaría con sus expresiones faciales -técnica usada antes con buenos resultados- teniendo en cuenta que no podía mover el rostro.

-Se usa para guardar las embarcaciones fuera de temporada. Es para los que no quieren tener el barco metido en el agua todo el año. En esta época del año, debería estar desierto.

-¿Tú tienes algún barco aquí?

-Un amigo. En invierno. En este momento, tal vez lo tenga amarrado frente a su cabaña en Cedar Lake.

-¿Hacia allá te diriges? ¿A la cabaña de tu amigo?

Steve lanzó una risotada sin alegría y, por un momento, no hizo caso del esperanzado uso del pronombre singular.

-Rosencrans, a estas alturas, no estoy seguro de terror amigos. Deténte aquí, delante de aquel último edificio, por favor. Si tenemos muy buena fortuna, todavía deben de dejar una llave en el mismo sitio.

Le dolía todo. A causa de la puerta cerrada con llave, Summer no podía bajarse del vehículo. Steve, en cambio, haciendo todo lo posible por ignorar la variedad de puntadas y espasmos que lo asalta ron cuando se movió, se deslizó fuera. La inflamación que sufría en el muslo le había dolido muchísimo pero, al parecer, estaba aminorando. Lo principal era que no tenía huesos rotos... excepto que tuviese fractura de cráneo, y a juzgar por el modo en que le dolía, muy bien podía ser.

Hacía unos cinco años, Mitch había comprado un crucero con cabina Chris-Craft de diez metros: lo mejor. Podían dormir seis. Mitch presumía del precio -era propio de él hacer el negocio del siglo-,

hasta que descubrió que la maldita embarcación tenía treinta años de antigüedad, estaba hecha de madera, y no podía correr. Según expresión del propio Mitch, un clásico. Sólo era necesario restaurarla. Adivinen quién pasó fines de semana y horas después del trabajo durante dieciocho meses ayudando al amigo a cambiar tablas, pintar, y chapuzar Con el motor...

Sí, el bueno de Steve.

En el funeral de Deedee, Steve se había sentido como la más baja de las alimañas vivas. Evocaba el aspecto que tenía Mitch ese día. con los ojos rojos de llorar, los hombros caídos bajo el traje oscu ro, la cabeza gacha. La madre estaba junto a él, aferrada al brazo de su rubio hijo. Era en enero, y hacía frío. Había viento. El cielo era una lámina de aluminio. Había cientos de dolientes presentes en la ceremonia del entierro, pues nada atraía tanto como el escándalo. Arrasado por la pena y la culpa, Steve se sintió incapaz de estar ausente. Aún evocaba la escena: el cajón que bajaba a lit tierra helada, a la tumba ornada por una guirnalda de hielo como encaje, que se afe-rraba a los bordes irregulares de la fosa abierta, mientras Deedee descendía: el descanso eterno. Después, la gente empezó a dispersarse. Con el sombrero en la mano, los ojos desorbitados por la tristeza, la vergüenza y la falta de sueño, tuvo la intención de ofrecerle condolencias al amigo, de pedirle perdón, de darle su cabeza en una fuente, si eso era lo que Mitch quería. Cualquier cosa. Había hecho mal, pero nunca quiso que Deedee muriese.

Por un segundo, permarneció de pie, inmóvil, frente a Mitch. Su mejor amigo lo miraba, se limitaba a mirarlo, sin hacer caso de la mano tendida, de las palabras vacilantes. El semblante de rasgos clásicos, los ojos azules de querubín, expresaban tanta emoción como si hubiesen sido de yeso. Entonces, la madre de Mitch, a la que también conocía de casi toda la vida, y de la que habría jurado que lo conside-raba como a un segundo hijo, puso una mano en el brazo de Mitch, y las dos se volvieron y se alejaron como si Steve fuese invisible.

Un rechazo bien merecido.

Desde ese día, no había vuelto a ver a Mitch.

Dos días después del funeral, fue despedido por conducta im-propia de un oficial de policía. El sábado siguiente, mientras él aún dormía, su esposa se fue, llevándose a la hija de ambos, que era pe quea. En la nota que encontró pegada al refrigerador, le informaba que habia presentado demanda de divorcio.

Su vida estaba en ruinas. En el espacio de una semana, había desaparecido todo lo que la hacía digna de ser vivida.

Le cruzó la mente la idea de ponerse una pistola en la boca y apretar el gatillo. Como solución, era simple y eficaz. El olvido sería un buen punto final para ese dolor abrumador. Pero un día alguien le contaría a su hija lo que él había hecho. Y ya era bastante malo que se la conociera como la hija de un adúltero. provocador de escándalos, policía caído en desgracia para que, además, tuviese que crecer con la conciencia de que era hija de un suicida. No podía hacerle eso.

Había hecho daño, y sufría castigo. Si bien no creía en el karma, eso era exactamente lo que pesaba sobre él. Merecía perder a su pequeña, a su esposa. a su mejor amigo, su empleo. Merecía perder la vida, por lo menos en sentido figurado. Deedee había perdido la suya. Por eso no había peleado contra el despido ni contra la petición de divorcio y de única custodia de la hija de ambos. Firmó cuanto documento le pusieron delante, envió cheques de mantenimiento durante tres años, sin quejarse.

Como aceptaba el castigo, el dolor se lo había ganado.

Una vez que hubo perdido todo, se puso en camino. Esa primera noche. en una posada barata, empezó a beber. A grandes rasgos, se podría decir que se mantuvo ebrio la mayor parte de los dos años y medio que siguieron.

Como remedio contra el dolor.

Había tenido relaciones con la esposa de su mejor amigo. Y eso era algo que, entre muchachos, era un absoluto tabú.

Cuando recuperó la sensatez y le dijo a Deedee que no podía seguir haciéndole eso a Mitch, ella tuvo un ataque. Deedee era una campeona en eso de tener ataques pero, aún así, jamás se le pasó por la mente que podría matarse. ¿Deedee? ¿Y por él? Vamos...

Pero lo hizo. Por Dios. Sin embargo, no tenía respuesta -aún-al enigma de cómo había entrado en su oficina, de la cual no tenía llave.

La llave del galpón estaba en el mismo lugar en que siempre había estado. Steve la sacó del escondite, abrió la cerradura y, no sin cierta dificultad, apartó la oxidada plancha metálica.

Como en los viejos tiempos. Cuando miró alrededor, casi esperó ver a Mitch sonriente, detrás de él. Sonriendo porque, como de costumbre, Steve había hecho el trabajo pesado.

0 Deedee, que los acompañaba con frecuencia al embarcadero. Pero, un momento: Deedee estaba allí. Su silueta pequeña, enmarcada en esa melena rizada, se materializó delante de la trompa aplastada del furgón. Por una fracción de segundo, no más que el parpadeo de una estrella, Steve la vio. Lo saludaba con la mano, agitando los dedos de uñas pintadas de rojo, con la mano derecha, como lo hacía siempre.

Luego, había desaparecido.

Steve parpadeó, sacudió la cabeza para aclarársela, y clavó la vista en el sitio donde había estado. Por supuesto que había desaparecido. Por empezar, nunca estuvo allí. Debía de estar sufriendo aluci-naciones a causa de los golpes en la cabeza, o algo así.

Misterioso.

Igual que la vida.

Capitulo 10

Mientras Frankenstein iba por ahí, inspeccionando todo, Summer acarició la idea de poner el vehículo marcha atrás y abandonarlo a su destino, pero la disuadió el recuerdo del portón cerrado. Sobre todo porque no recordaba el código, y si se ponía a pulsar números al azar, desesperada, sin duda él la alcanzaría.

Además, en ese furgón sería una mujer marcada. El perseguidor conocía bien el vehículo.

Un portón como el de un garaje se deslizó a un costado, dejando abierto el galpón. Frankenstein se dio la vuelta y, durante unos instantes, clavó la vista en el furgón como sumido en sus pensamientos, y luego sacudió la cabeza y le hizo señas de que se acercara.

Summer hizo avanzar el furgón. Dentro del galpón, estaba oscuro como una carbonera. La puerta se cerró tras el furgón, y la oscuridad se hizo impenetrable. No podía ver ni el volante. En tales cir- cunstancias, se atrevió a encender los faros. Los focos iluminaron un espacio vasto, poblado de ecos, como de una altura de una planta y media, y de la mitad del largo de un campo de fútbol. A la izquierda de Summer, se erguía un barco grande, a medio pintar, sobre un remolque descascarado. En cuanto frenó el furgón, una única lamparilla que colgaba del techo por medio de un cable cobró vida.

Había como una docena de embarcaciones de tamaòos que iban desde un bote abierto hasta el largo crucero que tenía a la izquierda, puestos al azar en el interior. Con la puerta cerrada, ni la vastedad del galpón impedía la sensación de intimidad. Por primera vez en lo que le pareció un tiempo infinito, Summer tuvo una razonable confianza en que estaba fisicamente segura. La tensión se escurrió de su cuerpo como agua que se fuera por un desagüe.

Puso la palanca en punto muerto, hizo girar la llave del encendido y echó la cabeza atrás, contra el respaldo del asiento. ¡Qué alivio poder relajarse!

Tras ella, se abrieron las puertas traseras del vehículo. Era Frankenstein, que no debía de andar en nada bueno. Hubo un instante de silencio, y luego, una especie de silbido entre dientes.

Contra lo que le aconsejaba la sensatez, Summer se dio la vuelta para mirar.

La cabeza y los hombros de Frankenstein se recortaban contra la luz del galpón. Y aunque su expresión estaba oculta en la sombra, no necesitaba verle los ojos para entender qué era lo que había provo cado el silbido: la carga del furgón consistía en dos ataúdes grises, satinados.

¡Oh, Dios!

Corno las mantas que las habían ocultado estaban amontonadas en el espacio que: había entre ellos, los cajones eran tan evidentes que Summer no pudo entender cómo no los había visto. La oscuri dad, el apremio y el temor, mezclados, debieron de haberla cegado a la realidad de aquellos objetos rectangulares. Ya la luz interior del vehículo resultaba una iluminación lamentable.

¡Oh, Dios!

Claro, el furgón debió de estar entregando los ataúdes. No había nada de raro en eso. A fin de cuentas, se dirigía a una funeraria. Oh, Dios.

"No hay nada de horrible en los ataúdes", se dijo. "No es necesario que te agites con sólo verlos. Bastará con que pienses de mane-ra racional, y serenes tus nervios."

Oh, Dios.

Frankenstein se metió en el vehículo por atrás. Entraba luz por los orificios que habían dejado las balas en techo y costados: a Summer le recordaba los adornos navideños de hojalata perforada que su madre había

traído de México, y que ponían en el árbol todos los años. Por unas argollas metálicas que había a los costados, pasaban unas correas negras, que habían fijado a los ataúdes, seguramente para mantenerlos cerrados y en su sitio.

Oh. Dios.

-¿Qué estás haciendo? -preguntó, horrorizada, al ver que él empezaba a soltar las correas.

-Revisando.

La pregunta obvia que seguiría era qué cosa estaba revisando, pero Summer supo que, en realidad no quería saberlo. Aún así, no pudo menos que observar, con cierto fascinado temor, cómo Steve soltaba primero una correa, luego la otra. Después, levantó una tapa. A juzgar por el modo en que se desarrollaba su vida últimamente, Summer debió haber estado preparada: dentro del ataúd, había un cadáver. Un joven con traje oscuro, las manos cruzadas sobre el pecho en gesto piadoso.

Oh, Dios.

Cerró los ojos de golpe. Se sintió mal.

-¿Por qué gimes? -refunfuñó Frankenstein.

Summer abrió los ojos y arriesgó una segunda mirada: grave error. Había abierto la tapa del segundo cajión que, al igual que el primero, estaba ocupado. En este caso, era una mujer joven. Quizás, en edad escolar, de largo cabello oscuro, ataviada con un vestido de diseño floral y cuello de encaje.

Oh, Dios.

-Tenemos que devolverlos -dijo, vehemente. -Sí, claro.

Steve tenía la vista fija en el cadáver.

-¡Lo haremos! Esto es... sacrílego, o algo así. Están muertos. El hombre cerró la tapa.

-Mejor ellos que nosotros. -¿Qué varnos a hacer? -Yo propongo ir hacia México. -¡Me refiero a los... cuerpos! Steve suspiró.

-Eres aprensiva, ¿eh?

-¡Que me altere por que hayas robado dos cadáveres no es para considerarme una persona aprensiva!

-Nosotros, Rosencrans. El pronombre que rige, en este caso. es nosotros. -Al oír que emitía un sonido estrangulado, le lanzó una mira- exasperada-. ¡Y, por el amor de Dios. deja de gemir, por favor! -¡No estoy gimiendo!

-A mí me lo parece.

Se dio la vuelta y, tras salir a gatas de la trasera del furgón, cerró las puertas con un golpe que lo hizo balancearse. Summer es-peraba que se acercara a la puerta de ella -esperaba que hiciera algo- pero, a medida que los minutos pasaban y no le veía ni el pelo, se le hizo evidente que ya no estaba por las cercanías.

Oh, Dios. ¿Le habría pasado algo?. ¿Los habrían encontrado los malhechores que los perseguían? ¿Se lo habrían llevado cuando salió del furgón? ¿Estaría tendido en la grava, allí cerca, manándole la sangre del cuello cortado, mientras los asesinos esperaban a la próxima víctima: ella?

Oh, Dios.

¿O acaso había tenido un fin sobrenatural? Quizá los fantasmas no aprobaban a los ladrones de cadáveres.

Ladrones de cadáveres. Al pensar en sí misma dentro de esa categoría, Sumrner gimió otra vez.

-Pareces un burro con laringitis.

Sin advertencia previa, se abrió la puerta junto a ella. Sumrner chilló, y giró la cabeza como si estuviese accionada por una banda de goma.

Frankenstein la observaba desde la puerta abierta. -¿Dónde te habías metido? -jadeó.

-Atendiendo la llamada de la naturaleza. Ven, sal de ahí. He encontrado un nuevo transporte.

-¿Qué?

Pero él. en lugar de contestarle, ya se alejaba a zancadas. Aun renqueando, era asombrosamente veloz, y Sumrner tuvo que correr para alcanzarlo.

-Espera... no podemos dejarlos. -¿A quiénes?

-A los cuerpos. -¿Por qué no? Lo preguntó en un tono tan indiferente, que Sumrner se indignó: -Porque... porque no podemos.

-No creo que tengamos muchas alternativas, salvo llevarlos con nosotros. Siempre he querido tener una cita doble con un par de fiambres. O tal vez prefieras sepultarlos. Tengo entendido que cavar tumbas es tarea pesada.

-¿Puedes hablar en serio?

-Hablo en seria. -Una leve contracción de la boca hinchada le avisó que había sonreído, de repente-. Serio como una tumba. -Ja, Ja.

-Me alegra ver que conservas el sentido del humor. Summer no se dignó responderle.

-Tenemos que hacer algo... por lo menos llamar a alguien, y decirle dónde están... ellos... los cuerpos.

El hombre resopló.

-Ya que estamos, ¿qué te parece si también les decimos dónde estamos nosotros?

-Deberíamos llamar a la policía -la idea fue vetada con un enérgico movimiento de la cabeza-, o a Harmon Brothers -otra negación-, o a alguien.

Frankenstein le lanzó una mirada impaciente.

-Estos ya están muertos, Rosencrans. ¿Quieres reunirte con ellos?

Summer negó con la cabeza.

-Yo tampoco. Por lo tanto, no llamaremos a nadie, ¿entendido? Nos limitaremos a mantener las bocas cerradas, las cabezas bajas, y a huir del gran Estado de Tennessee.

-Pero...

Summer entró tras él por una puerta de tamaño normal. en el otro extremo del galpón, al tiempo que Frankenstein apagaba la luz. El aire fresco de la noche la golpeó como una amenaza. Fuera, se sentía expuesta. Vulnerable. Ansiosa, miró hacia el cielo, por si encontraba señales del helicóptero.

-¿No podríamos quedarnos aquí hasta mañana?

La voz le salió tan tenue que casi no la reconoció como propia. Steve cerró la puerta y probó el picaporte, para asegurarse de que estuviese cerrada.

-¿Por qué crees que mañana será diferente? ¿Crees que al rayar el día los malos se desvanecerán en una nube de humo? Ni lo sueñes. Los malos siguen siéndolo... y todavía deben de estar buscándonos. Así que, Rosencrans, muévete.

-¿Puedes dejar de llamarme así? -le preguntó a la espalda del hombre, que ya estaba a varios pasos adelante. Summer se apre-suró para no perderlo-. ¡Maldita sea!

-¿Para qué maldices? -Por diversión. -Cualquier cosa para excitarte.

Se detuvo ante un automóvil negro de apariencia antigua, y se inclinó para tantear bajo el macizo parachoques delantero. Para los oídos sensibilizados de Summer, el ruido del capó que se levantaba fue como el disparo de un arma de fuego.

-¿Qué estas haciendo?

Summer miró alrededor y cruzó los brazos sobre el pecho. La noche se había tornado fría, pero ella estaba convencida de que el súbito estremecimiento tenía más que ver con los nervios que con la temperatura.

Frankenstein abrió del todo el capó, sacó del bolsillo trasero de sus pantalones un rollo de alambre que sólo Dios sabía cómo había conseguido, y se inclinó sobre la bocaza abierta del automóvil. -Estoy conectando la batería con el alambre. -¿Por qué?

-Jesús, Rosencrans, ¿acaso no te callas jamás? Necesito concentrarme.

-¿Quién te lo impide?

Pero luego guardó silencio, guardando la furia para sí, mientras Steve enrollaba un extremo del alambre al electrodo de la batería, y luego lo hacía pasar hacia abajo, donde estaba el motor. Se dejó caer al suelo, se volvió de espaldas con cierta torpeza, y se metió debajo del automóvil. Unos minutos y montones de maldiciones después, estaba otra vez fuera, haciendo muecas mientras se levantaba.

-Entra. Cerró el capó. -Pero...

-Tú hazlo, ¿estamos?

Dio la vuelta al automóvil, abrió la puerta del lado del conduc-tor, y se quedó esperando.

Pero... ese coche no es nuestro. -No mee digas.

-Estás robándolo.

-Eso intento. Pero tú no me lo permites, porque no dejas de hablar.

-Robar un coche es ilegal. Puedes ir a la cárcel. Podemos ir a la cárcel.

-Rosencrans. limítate a meterte en el automóvil.

Urna mirada amenazadora le advirtió que no siguiera discutiendo. Sin duda, él no estaba de ánimo para apreciar su opinión. No sin serios recelos, Summer se tragó sus objeciones y subió.

El interior del coche estaba limpio. Una gorra de béisbol y un par de libros de texto en el asiento trasero daban cuenta de que, probablemente, el dueño era un varón que cursaba la escuela superior o la secundaria. Summer sintió nuevos remordimientos.

-Pienso que no deberíamos... -empezó. -No pienses. ¿estamos?

Cerró con fuerza la puerta y se apoyó en la ventanilla abierta. Vista de cerca, su cara tenía un aspecto horrible. Era imposible saber si, en condiciones normales, podría ser descrito como un hombre apuesto. Summer intentó recordar si había visto alguna vez una fotografía de Steve

Calhoun, pero no pudo. Seguramente. en los periódicos habrían aparecido, pero no podía recordarlo.

-Mira. este es un Chevy del 55. Podemos hacerlo arrancar sin llave. Lo sé, porque yo conducía uno como este cuando estaba en la escuela superior. La transmisión está en punto muerto. Quiero que lo mantengas así hasta que empiece a tomar velocidad, cuesta abajo. Luego, pasa a primera.

-Pero...

-No hables, Rosencrans, ,estamos? Sólo haz lo que te digo. Cuando logremos una buena velocidad, pasa a primera. Simple. -Pero...

-Yo iré atrás, a empujar. Si lo hacemos bien, el motor se en-cenderá, y tendremos vehículo. Y nadie sabe que lo tenemos. Hasta podríamos pasar delante de ellos y salir de Dodae.

-No sé hacer los cambios.

-¿Qué? -Steve apoyó la cabeza en la parte superior de la ventanilla y cerró el ojo sano. Un segundo después, lo abrió-. Tendrás que aprender, ya mismo.

-Nunca he sido muy diestra para las cuestiones mecánicas. -Si lo prefieres, yo conduzco y tú empujas.

-Oh . -Sí: oh.

-Lo intentaré.

-Magnífico. -Respiró hondo-. Muy bien, presta atención. Lo único que tienes que hacer cuando estemos listos para poner primera, es apretar el embrague. ¿Ves ese tercer pedal que está ahí, al otro lado del frena? Ese es el embrague. Lo pisas, pones primera-se estiró delante de ella para mostrarle cómo se hacía con la palanca de punta negra que sobresalía al costado derecho del volante-, así. Pisas el pedal, mueves la palanca arriba y adelante. Es fácil. Inténtalo. Summer lo hizo.

-¿Ves? -preguntó, aprobador. -Es fácil.

Si al tono de la mujer le faltó convicción, Steve lo pasó por alto.

-Bien, hagámoslo. -¡Espera!

Tuvo la esperanza de que el pánico que vibraba en su voz sólo fuera perceptible para ella.

-Pisas el pedal, pasas a primera.

Mientras lo decía en voz alta, ya daba la vuelta al automóvil. Con las manos en el volante, Summer ya estaba otra vez tensa como un gato agazapado. Lenta y pesadamente, el vehículo empezó a moverse. Crujió la grava. Giró el volante de modo que se dirigieran hacia el portón de entrada. El camino que iba hacia allí era en bajada. El automóvil empezó a cobrar velocidad.

-¡Ahora! -gritó Steve.

Mover la palanca arriba y adelante... un chirrido insoportable, no, primero pisar el embrague y luego... Lo hizo. Por el espejo retrovisor, vio que Frankenstein avanzaba detrás del vehículo, dando una especie de saltos ladeados. Luego, el motor tosió, y atrajo la atención de Summer.

Sola, en un automóvil sin identificar, condujo directamente hacia la salida.

Capitulo 11

"¿La muerte... el sueño final? No, es el des-pertar final."

SIR WALTER SCOTT

Ser fantasma no era lo más divertido que le podía pasar a una. Deedee se sentía como si estuviera naciendo, indefensa, arrastrada por la corriente rápida de un río. Después que salió a la deriva por la ventana, la atrapó una fuerza misteriosa, impulsándola con rumbo desconocido a una velocidad tan grande que las estrellas de arriba y las luces de abajo se habían mezclado, formando un torrente gigantesco, luminoso. Contra su voluntad, y por motivos que aún no entendía, se asomó a escenas de su propia vida: La pequeña casa de madera en la que había vivido de niña; la secundaria donde había sido jefa de animadoras; el estudio de grabación donde dos meses antes de morir había conseguido la oportunidad de hacerle los coros a Reba McEntire, reemplazando a la chica que solía hacerlos, que estaba enferma.

La oportunidad de su vida.

La gente del estudio había dicho que tenía talento. Que era una estupenda soprano.

Si hubiese vivido, tal vez sería una estrella.

Eso era lo que más lamentaba de su vida perdida: el desperdicio de un talento otorgado por Dios antes de que pudiese hacerlo conocer. Había tenido la voz de un ángel de taberna, pero muy pocos lo supieron.

Un ángel de taberna. Si era alguna clase de ángel, pertenecía a esa.

Pero no creía ser un ángel. Claro que no estaba segura, pero se los imaginaba corno seres celestiales, provistos de halos dorados que flotaban sobre sus cabezas, grandes alas blancas, y arpas.

Angeles angelicales. Había sido muchas cosas en la vida, pero nunca angelical.

¿Habria en el Cielo vacantes para ángeles que bebían mucho, vivían a toda velocidad, les gustaba armar lío, y usaban uñas de setenta y cinco centímetros, y vaqueros tan ajustados que dolía sentarse?

Tal vez. Pero no le parecía posible.

Más bien pensaba que debía de ser un fantasma. De niña, siempre pensó que ser fantasma debía de ser divertido. Flotar por pasillos oscuros gimiendo, en mitad de la noche, cambiar las cosas de sitio... y, en general, dar sustos de muerte a las personas. Divertido.

Pero si era un fantasma, no resultaba corno el común de la gente solía creer. Para empezar, si bien era capaz de materializarse -por lo menos, el tibio cosquilleo que la invadía cada tanto, junto con la sensación de la materia que se solidificaba en ella, y la hacía sentir que estaba materializándose-, no podía hacerlo a voluntad. Simplemente, aparecía, como uno de esos muñecos a resorte que saltan de las cajas, y se desvanecía con la misma rapidez. Su madre estaba sentada sobre el sofá de tweed harapiento que había en la sala cíe la casa en que Deedee había crecido, mirando Roseanne. Deedec reconoció a su madre, el pobre cuarto, incluso reconoció el programa... y sintió el cosquilleo. De repente, los ojos de la madre se posaron donde Deedee flotaba, cerca de la mecedora, y se dilataron. Lanzó un grito... y se desmayó.

Era, ni más ni menos, la reacción lógica de cualquiera que vie-se un fantasma.

Por lo menos, su viejo amigo Steve -¿qué le habría sucedido a su cara?- no se había desmayado cuando Deedee volvió a sentir las cosquillas allá, fuera del guardabarcos. Pero tampoco

respondió al ademán de saludo que ella intentó. Se limitó a mirarla fijamente, con mucha intensidad. Quizá no la vio en absoluto. No podía estar segura.

Había muchas cosas de las que ya no podía estar segura.

Pero sí sabía una cosa: existía cierto vínculo, como una especie de inmensa banda elástica, que la ataba a la tierra. Para irse al Cielo. tenía que romper ese lazo.

Pero antes tenía que averiguar de qué se trataba.

Capitulo 12

Si Summer hubiese recordado el código, se habría ido. Habría huido de todo aquel embrollo, regresado a su propio hogar. En cambio, se quedó mirando, ceñuda, el portón cerrado, hasta que Frankenstein abrió la puerta del pasajero y entró, jadeando. -Nueve-uno-dos-ocho -dijo.

Enfurruñada, Summer pulsó los números. La puerta se abrió, y el Chevy salió disparado por la abertura como un canguro espástico. -¡Maldición, cuando sueltas el freno, primero tienes que apretar el embrague!

-¡Ya te he dicho que no sé conducir sin cambios automáticos! Como fuera, logró que la marcha se estabilizara. Echó un vistazo al retrovisor, y comprobó que el portón se había cerrado tras ellos. En respuesta a un gesto del hombre, giró a la izquierda, hacia la carretera. rehaciendo el trayecto hacia la ciudad pequeña. Las luces de 7-Eleven resplandecían a la derecha. Al parecer, la tienda cumplía con la afirmación del cartel de neón: ¡ABIERTO LAS 24 HORAS DEI. DíA! -¿Tienes algo de dinero?

Se tanteó los bolsillos del pantalón cortado y sacó las manos vacías.

-No.

Ninguno de los dos ignoraba dónde estaba el dinero de Summer: en el bolso, junto al balde y la aspiradora, al lacto de la puerta de la funeraria.

-Fíjate cuánto combustible hay.

Había poco menos de un cuarto de depósito.

-Con eso, andaremos unos ciento treinta, ciento cuarenta kilómetros.

Echó una mirada especulativa al 7-Eleven. A Summer se le enfrió la sangre y se preguntó, horrorizada, si se propondría robar la tienda, para obtener dinero para el combustible.

No andaré ciento treinta kilómetros.

Esa expresión de Frankenstein fue la gota que desbordó la copa. Ya estaba harta. Absolutamente harta. No pensaba formar parte de ninguna otra acción peligrosa... ni ilegal.

Steve no escuchó, o no prestó atención a lo que trataba de decir:

-Acerca el coche, por favor.

-¡No! -replicó, casi gritando, y para enfatizar, pisó el acelerador. El Chevy resopló dos veces, y se abalanzó hacia adelante-. ¡No, no, no!

-¿Mil veces no? -La miró como si, de repente, le hubiese crecido otra nariz-. ¿Qué diablos te pasa?

-¿No seré cómplice de robo a una tienda!

-¿Quería que te detuvieses para poder sacar el alambre del motor!

-¿No!

Llegaron a la intersección que llevaba a las afueras del pueblo. Al pasar el semáforo. Summer vio una pequena señal blanca que indicaba la carretera: 266. ¡Sabía dónde estaba!

-Dobla a la derecha.

Miró a un lado y a otro del desierto tramo de carretera... y dobló a la izquierda. Se acordó justo a tiempo de pisar el embrague. El Chevy se sacudió, pero siguió andando.

-Eh, he dicho a la derecha. -No.

-¿Cómo que no? -Me voy a rni casa.

-¿Qué?

-Ya me has oído. -¿Te vas a tu casa? -Así es.

-¿Te refieres a Murfreesboro?

-En efecto.

-¡Debes de estar fuera de tus cabales! -Me voy a mi casa.

Apretó las mandíbulas, aferró con fuerza el volante, y se negó a mirarlo.

-¿Será que quieres morir, o sencillamente eres estúpida? Murfreesboro es donde están los malos, ¿recuerdas?

-Ahí es donde estaban. Lo más probable es que ahora se hayan extendido por toda esta parte de Tennessee, buscándonos. De todos modos, lo que buscan es un furgón. Tú mismo lo dijiste. No reconocerían este automóvil aunque pasaran frente a nosotros. -Rosencrans, déjate de disparates, y da la vuelta.

-Mi apellido es McAfée -protestó-. ¡Y me voy a mi casa! ¡Me niego a seguir participando en esto! Sea lo que fuere aquello en lo que estás metido, no tiene nada que ver conmigo. Yo estaba haciendo mi trabajo, ocupándome de mis propios asuntos, cuando tú me raptaste. Yo no tengo nada que ver con el asesinato de ese hombre allá, en Harmon Brothers. Ni con el robo del furgón. Ni de los cadá-veres. De este coche. Nunca, jamás, he estado en nada ilegal, en toda mi vida. La policía no me persigue a mí. Nadie tiene ningún motivo para querer matarme a mí.

-Ah, ¿no? -El tono parecía calmo, pero era amenazador-. ¿Y qué hay de mí?

-¿Qué?

Summer le lanzó una mirada.

-Quizá yo sí. Quizá me hayas dado un motivo. Tal vez, si no haces lo que te digo, te rodee el cuello con los dedos y apriete hasta quitarte la vida con mis propias manos. ¿No lo has pensado?

Summer volvió la vista al camino. -Si quieres hacerlo, hazlo.

Se hizo una pausa. Summer sentía la mirada del hombre sobre ella. Había desenmascarado la farsa, y a él no le gustó nada. Sin embargo, se sentía perfectamente segura de lo que hacía. Fuera Steve Calhoun lo que fuese, por más que hubiese estado metido en un es-cándalo, por muchos crímenes que hubiese cometido, no era un asesino. Se corrigió, recordando al conductor anterior del furgón con un mínimo estremecimiento interior, por lo menos no la asesinaría a ella. Estaba tan segura de eso como de su propio nombre.

-¿Por qué crees que no lo haría?

-Ya te lo he dicho: si quieres hacerlo, adelante. Otra pausa.

-Mira, Rosencrans... -¡McAfee!

-Lo que sea. Quizá no te mate, pero sí lo hará el que está tras de mí. En Murfreesboro podrán encontrarte. ¿Acaso no dejaste tu bolso en la funeraria? Seguro que tu dirección está allí, ¿no es cierto? Y tu licencia de conductora. Seguro. La encontrarán, e irán corriendo a visitarte. A buscarme a mí.

-Entonces, les diré que me raptaste, me usaste para salir de la ciudad, y luego me dejaste ir. Les diré que no tengo idea de dónde estás. Y será verdad. No lo sabré. No quiero saberlo.

-Igual te matarán. Créeme. Rosencrans. Irán por ti, y te matarán.

-¡Entonces, me iré de la ciudad! -Estaba tan alterada, que dejó pasar ese Rosencrans-. Mi madre está pasando unas semanas con mi hermana y mis sobrinos en California. Iré allá. Tomaré el primer avión. Iré a mi casa, me cambiaré, juntaré un poco de ropa, y me iré directamente al aeropuerto, al de Knoxville, no el de Nashville. -¿Y cómo llegarás al aeropuerto? Ya no tienes automóvil, ¿lo has olvidado?

-¡Llamaré un taxi! ¡Un autobús! ¡Te aseguro que llegaré allá! -¿Crees que no te seguirán hasta California?

-¡No, no creo que lo hagan! ¡Acudiré a la policía, si es necesario! ¡A estas alturas, todavía soy una ciudadana honrada! Me protegerán. Acudiré a la policía cíe California. Eso es lo que haré.

-Si regresas a tu casa, tal vez no llegues con vida a California. -Eso dices tú. ¿Por qué tendría que hacerte caso? Nadie quiere matarme. Es a ti a quien quieren matar. No sé por qué. No quiero saberlo. Incluso, quisiera que salgas de esto con el pellejo sano, en serio. Pero no quiero participar rnás. Me voy a mi casa.

-Supongo que tener en cuenta que no veo para conducir no te hará cambiar de opinión, ¿verdad? ¿Cómo me las arreglaré hasta que se me normalice la visión?

Esa cruda apelación a las reservas de compasión cíe Summer no resultó.

-Frankenstein, no quisiera parecerte insensible, pero ese es tu problema. -Vaciló, conmovida aun a pesar de sí misma-. Si quieres, puedes ocultarte en mi casa un par de días. Hasta que puedas ver. -Sí, claro. Es el primer sitio en que buscarán.

-Entonces, deja el automóvil y toma un autobús. O un tren. O un avión. Haz lo que quieras. No me importa. Yo me voy a mi hogar. Durante unos minutos, Steve guardó silencio, y Summer llegó ala conclusión de que había desistido de discutir, y empezó a relajarse. En realidad, estaba cansada. ¿Qué hora serían, las cuatro, las cuatro y media? Su cuerpo ansiaba una cama. ¡Que le hablaran de días pesados! -¿Tienes algo de dinero en tu casa?

Habló así, de pronto, y la hizo sobresaltarse. Lo miró con suspicacia.

-¿Por qué?

-Estaba pensando que, tal vez, pudieses prestarme un poco. Necesito dinero para combustible.

-Tengo un poco en una taza, en uno de los armarios de la cocina. No mucho, unos treinta dólares. Puedes tomarlo. -Gracias. Te lo devolveré.

La parte que no dijo fue: "Si salgo vivo de esto". Pero Summer la oyó como si la hubiese dicho en voz alta. La culpa levantó otra vez su molesta

cabeza. Lo miró, pero Steve tenía la vista fija adelante, a través del parabrisas.

-Tengo una tarjeta bancaria. -¿Ah, sí?

-Puedo retirar unos doscientos dólares de una sola vez. También puedo darte ese dinero.

-¿No estaría en tu bolso?

-Guardo mis tarjetas de crédito en un lugar mucho más seguro. -¿Ah, sí? ¿Dónde?

-En el congelador. Dentro de una barra de hielo. De ese modo, antes de usarlas, tengo que derretir el hielo. Uso las tarjetas. Es una especie de sistema casero para no tentarme a gastar más de lo que puedo.

-Muy astuta, Rosencrans. El dinero escasea, ¿eh? Summer se encogió de hombros.

-Me las arreglo.

-Lo que me prestes, me aseguraré de devolvértelo. Lo prometo. A menos que...

La voz se fue perdiendo.

-A menos que estés muerto. ¿no? -terminó ella, con sequedad.

Steve pisaba suelo seguro, y Summer sabía que lo hacía de manera deliberada, pero incluso así, la idea de verlo muerto empezaba a molestarla. Estaba segura de que eso era lo que él pretendía.

-Por la mañana, llamaré a mi abogado y haré que te incluya en mi testamento.

-Muy gracioso. El hombre rió.

-Está bien, si me muero, no te lo devolveré. De lo contrario, lo haré. Confía en mí.

-Te creo.

La sorprendió descubrir que era cierto. Sabía que si le hacía un préstamo, se lo devolvería con la única excepción de que se lo impidiera la muerte. Tal vez fuese secuestrador, ladrón de automóviles, provocador de escándalos, asesino, pero Summer apostaría los ahorros de toda su vida a que no era la clase de miserable capaz de dejar deudas sin pagar.

-Me alegro. -Así debe ser.

Summer tomó por la Ruta 231, que iba directamente a Murfreesboro. Estaba a no más de quince minutos de su casa. -¿Estás seguro de que no quieres que te lleve ante Sammy? No debe de estar metido en nada deshonesto. Apostaría mi vida por eso. -Tal vez tú apuestes la tuya, pero yo no estoy dispuesto a apostar la mía. De todos modos, gracias.

Pasó rugiendo una camioneta roja, en dirección opuesta. Los faros impidieron que Summer echara un vistazo al conductor... pero nadie los perseguiría en una camioneta. ¿No?

Estaba volviéndose tan paranoica como el mismo Frankenstein. El coche pasó una cuesta y, de pronto, las luces de Murfreesboro aparecieron ante ellos. Aunque a esa hora no había demasiadas: un Sav'a. -Stop, un cuartel de bomberos, un par de farolas, alguna señal de tráfico. Al mismo tiempo que el Chevy se acercaba al cruce donde Summer tenía que doblar a la derecha, un coche de la policía se detuvo junto a la luz que tenían justo enfrente.

Sintió que Frankenstein se ponía tenso. Ella también. Por primera vez en su vida se preguntó si el policía del automóvil sería amigo o enemigo.

No le agradó la sensación.

Cambió el semáforo, y el coche policial pasó junto a ellos sin detenerse. Summer exhaló y dobló a la derecha. No era agradable sentirse perseguido.

Se alegraba de que hubiera terminado, casi.

Su casa estaba ubicada en Propiedades Albemarle, un pequeño barrio residencial, más o menos a un kilómetro y medio de la carretera principal. Como casa, no era nada extraordinario: un vulgar rancho de dos dormitorios, en una calle de casas similares, modestas, de dos o tres dormitorios, de ladrillos, pero ella misma consiguió la hipoteca, dio el anticipo, y cumplía por sí sola con las mensualidades. Era algo de lo que estaba muy orgullosa, y ese orgullo se traslucía en la casa. Era la mejor cuidada de la manzana, con un adorno de color crema impecable, el porche de cemento, el sendero bordeado de canteros con flores, meticulosamente pulcros. Construida en el fervor de posguerra de la década del cincuenta, tenía un sauce añoso en el jardín delantero, y una profusión de arbustos bien cuidados, apoyados contra el basamento.

La puerta del garaje estaba cerrada, tal como la había dejado. La luz del porche, encendida, como la dejó la dueña de casa. Las cortinas corridas: el interior, a oscuras. Todo estaba silencioso, tranquilo, apacible. Tal como debía ser.

De pronto, el motor del Chevy le pareció demasiado ruidoso cuando recorrían la calle dormida.

-Hazme un favor -dijo Frankenstein, cuando Summer le indicó con un ademán cuál era su casa-. Da vuelta a la esquina antes de detenerte, y hagamos el resto del trayecto a pie. Por si acaso.

El modo en que dijo "por si acaso" erizó los nervios de Summer hasta tal punto, que obedeció sin chistar. Al dar la vuelta, había una casa con un cartel de EN VENTA. Summer se metió en su sendero para coches, puso la palanca en punto muerto -estaba volviéndose tan diestra que los engranajes no hicieron el menor ruido- y luego hizo el gesto de apagar el encendido.

Frankenstein vio cómo manoteaba, sorprendida.

-¿No recuerdas que no tenemos llave? De todos modos, nece-sitamos dejar el motor en marcha. Por si acaso.

-¿Puedes dejar de decir eso? -¿Qué?

-Por si acaso. Estás poniéndome nerviosa. ¿Realmente crees que hay alguien en mi casa?

Frankenstein hizo una pausa.

-No -dijo, al fin, abriendo la puerta de su lado-. No creo que estén ahí... todavía. En realidad, creo que cuentas con unas veinticuatro horas antes de que desistan de buscarnos tierra adentro y aparezcan por aquí. Pero ya me he equivocado otras veces. Y este tipo de error no se puede cometer dos veces.

¡Vaya con la tranquilidad que le daba! Sin apagar el motor, Summer se bajó del automóvil.

Capitulo 13

-¿Por qué será que sigo sintiendo que cometo un grave error? La pregunta de Frankenstein parecía dirigida más bien a sí mismo que a Summer. Avanzaba con rapidez por la acera, las manos metidas en los bolsillos delanteros, los hombros encorvados para evitar, según Summer, que se apresuraba para no perderlo, el frío de las horas que preceden al alba. La luna se veía baja en el este, lanzando una luz pálida y fría sobre el barrio dormido. Una brisa punzante formaba remolinos con los caparazones desechados de las cigarras, apartándolos del camino. A lo lejos, maulló un gato callejero. Aparte de eso, la noche era absolutamente silenciosa, salvo por los chirridos de las cigarras, tan omnipresente que Summer ya no lo registraba. -No irás muy lejos sin dinero para combustible.

-Eso es lo que me digo y me repito. ¿Sabes qué me contesto? Muerta, tú tampoco llegarás muy lejos. -Aminoró el paso cuando aún faltaban tres casas para llegar, y se detuvo al abrigo de una gran mata de lilas, en el límite más alejado de la casa vecina a la de Summer-. ¿Todo tiene aspecto normal? ¿No hay luces que no debería haber? ¿Ni cortinas corridas? ¿Cualquier cosa fuera de lo habitual? -Todo parece estar tal como lo dejé. -Está bien. Dame la llave y espera aquí.

Hasta ese instante, a Summer no se le había cruzado la terrible verdad por la cabeza:

-No tengo la llave -dijo, en voz débil.

Steve le lanzó una mirada. Sospechó que, si pudiera descifrarla, esa expresión sería el modelo de la desaprobación. Dadas las circunstancias, la hinchazón enmascaraba todo, salvo la resignación que vibró en la voz del hombre.

-La llave esta en tu bolso, ¿cierto? -Cierto.

-Por qué será que no me sorprende... Como sea, ¿por qué te-néis las mujeres esos idilios con vuestros bolsos? ¿Qué tiene de malo el viejo y querido bolsillo? Por lo menos, no es algo que se pueda dejar olvidado.

Summer no se dignó responder.

-¿No tienes ninguna llave de mas escondida bajo una piedra falsa, entre la vegetación?

-No.

-¿Alguna ventana sin asegurar? -No. Soy muy cuidadosa con eso. -Muy bien. ¿Alguna sugerencia para entrar? -Bueno... mi vecina de al lado tiene llave. Summer señaló la casa de las lilas.

-Maravilloso. Bastará con que llames a la puerta, y le pidas la llave... esperando que sea madrugadora, porque todavía no ha amanecido. Claro que, si es muy observadora, tendrás que pergeñar alguna explicación para tu blusa desgarrada, para ese porrazo del tamaño de un huevo, para explicar por qué te falta una zapatilla, y...

-Está en Florida -lo interrumpió Summer, recordando. -Eso nos conviene mucho. ¡Dejarle la llave a una vecina que está en Florida...!

-Tiene hijos en edad escolar, estamos en vacaciones de verano, y su esposo los llevó a Florida. Son las primeras vacaciones que tienen en dos años.

-Me alegro por ellos. ¿Tienes alguna objeción de que rompa la ventana?

-¿En estas circunstancias'? Desde luego que no. -Espera aquí.

Antes de que Summer pudiera decir sí o no, desapareció, rodeando la mata. A decir verdad, no era mala idea esperar mientras él iba a revisar su casa, sobre todo teniendo en cuenta que había asesinos merodeando por allí, aunque el matiz machista de la situación le provocaba cierto resentimiento. Sin embargo, si alguien tenía que ser asesinado, era preferible que fuese él y no ella... ¡y que los principios feministas se fueran al infierno!

Se aferró a esa idea, y estiró el cuello para asomarse tras el arbusto y ver qué pasaba en su casa.

Pero pasaban los minutos, y no ocurría nada. ¡Nada!. ¿Habría entrado? En el tiempo transcurrido ella ya habría roto la ventana. ¿0 tendría la intención de dejarla allí afuera, sin otra palabra en lo que quedaba de la noche?

La casa de Summer parecía intacta. Hasta donde podía ver, nadie había encendido ninguna luz en el interior. Por fuera parecía tan desolada como cuando pasaron con el automóvil.

¿Dónde estaría Frankenstein?

Tal vez se había tropezado con la manguera de riego; la había dejado extendida a través del jardín trasero para regar las nuevas zinias amarillas que acababa de plantaren el contorno del patio. 0, quizá, tenía dificultad en pasar por la ventana. Tenía hombros anchos y las ventanas de la casa de Summer, de tamaño convencional, no eran tan grandes. Tal vez estaba saqueando la casa.

Quizá se había metido en otra casa, por error. 0 lo tenían atrapado los malos.

Quizá... "y así podría seguir para siempre", pensó, irritada. Le daría cinco minutos más, y después iría hacia el automóvil, y buscaría a Sammy lo más rápido que pudiera. Si a Frankenstein no le gus taba, lo lamentaba mucho. Esa ausencia que se prolongaba estaba asustándola.

Se le formó carne de gallina en los brazos. El viento soplaba, la mata de lilas se balanceaba. las cigarras chirriaban. La escarchada luz lunar se encendía y se apagaba, proyectando sombras retorcidas, alar gadas cono dedos que se estiran sobre los prados, las calles desiertas y las aceras.

Summer se sintió como atrapada en una mala película de terror, esperando que apareciera el monstruo. A lo mejor, eso era lo que estaba haciendo. Por lo menos, estaba esperando a Frankenstein.

No tuvo tiempo de esbozar, siquiera, una sonrisa, cuando lo vio. Sólo un atisbo de la silueta que doblaba la esquina más lejana de su propia casa. Eso quería decir que aún no había podido entrar. Tal vez los cristales resultaban mucho más resistentes de lo que cualquiera de los dos hubiese supuesto. 0, más bien, ahora que lo pensaba, la última vez que redecoró la casa había pintado las ventanas cerradas.

De todos modos, si todavía estaba afuera, seguramente necesitaba ayuda.

Summer salió del amparo del arbusto y se escurrió -no había otro modo de decirlo- por detrás de la casa de la vecina. Lo más difícil fue pasar por encima de la cerca cíe cadenas que cerraba su propio Jardín trasero. Su pie calzado encajó a la perfección en las aberturas en forma de diamante, pero los dedos del pie descalzo le dolieron como el demonio cuando le tocó el turno de colaborar.

El jardín de los vecinos mostraba signos de los niños que habitaban la casa. El de Summer, en cambio, era un oasis de césped aterciopelado y flores de colores. Dedicaba muchas horas al jardín, sin reparar en lo que eso decía acerca de su vida. Sin esposo ni hijos para distraerla, con una vida social que consistía en veladas ocasionales con un pequeño círculo de amigas y sus poco excitantes salidas con el dentista divorciado, había consagrado buena parte de su tiempo libre y casi toda su pasión a su casa. Le agradaba pensar que se notaba.

Sintió la frescura y el alivio de la espesa alfombra de césped bajo el pie maltratado. En la oscuridad, las brillantes cabezas de las zinias, balanceándose, delimitaban el jardín. Summer las acarició con

la mirada, mientras trasponía con cuidado un macizo de satinados impatiens, que rodeaba el pequeño estanque de nenúfares, su emprendimiento del verano anterior, y se dirigía hacia el otro extremo de la casa. En un impulso, tiró al pasar de una estaca que sobresalía de una tomatera. Como arma, la vara de casi un metro de lamo no era muy eficaz, pero era mejor que nada. Si bien no esperaba tener que usarla, como los Boy Scouts, estaba convencida cíe la conveniencia de estar preparada.

Llegó a la conclusión cíe que Frankenstein debía de estar intentando romper la ventana del cuarto de reserva. No lo tenía a la vista, pues estaba al dar vuelta la esquina, en la parte más íntima del jardín, donde la cerca formaba un enrejado para lo que pensaba hacer ese verano: los rosales trepadores de la variedad Zefirine.

Summer aspiró la fragancia dulce y picante, mientras ciaba la vuelta a la casa. Los delicados capullos rosados contra el follaje verde oscuro habían florecido bajo sus cuidados, y ya casi ocultaban la cerca. El éxito de esos agregados fue tanto, que el año siguiente pensaba plantarlas a lo largo de tosía la cerca. Imaginándolo, sintió un cosquilleo de expectativa, que debía de ser la primera emoción agradable que sentía desde hacía horas.

Pero, al menos, había identificado el origen de sus emociones ingratas, se consoló, sintiendo que el placer se evaporaba a la vista de la cruda realidad: ¡allí estaba él, espiando encima de la cerca, aplas tando las pobres flores con el pecho! Lástima que no tuviesen espinas; por negligente. se merecía unas cuantas heridas. ¡Las Zefirines eran delicadas...!

-¡Puedes quitarte de encima de mis rosas? -le dijo entre dientes, encrespándose en defensa de sus queridas flores.

Para subrayar. lo pinchó en el trasero con la punta aguzada ele la vara.

-¡Ay!

El hombre llevó la mano a la zona castigada, y giró hasta quedar de cara a Summer.

¡No era Frankenstein! Los ojos de la mujer se dilataron y se le abrió la boca, al ver que el sujeto blandía su propia estaca. Entonces vio que no era ninguna estaca: era un rifle... con el cañón apuntado a su cintura.

No pudo entender cómo había cometido semejante error. El tipo no llevaba pantalones recortados. siquiera. Si se hubiera permitido pensar un minuto, habría comprendido...

"Anota otro para su colección." -Suéltala.

Con la punta del rifle, el hombre indicó la vara. En realidad, Summer lo obedeció. Más bien, la vara de la tomatera se le cayó de las manos, repentinamente laxas.

-Bueno, bueno. bueno -dijo el hombre. Aunque la semipenumbra del amanecer le oscurecía los rasgos, por el tono de la voz Summer supo que estaba en serios problemas-. ¿Qué tenemos aquí? Otra bella dama. ¿Qué te parece si tú y yo echamos a andar hacia dentro?

Supuso que lo tenía la alternativa de negarse, y su única esperanza residía en pensar rápido.

-Estoy revisando la casa de mi vecina, liada mas -mintió. Las palabras brotaron. fluidas, de sus labios. nuentras el miedo se le asentaba en el estómago como una piedra-. Me imagino que usted debe de ser la persona que contrató para que vigilara la casa, pero le importan mucho sus rosas, y...

-Cállate -le replicó el hombre, en tono brutal, amenazándola con el rifle-. Y date la vuelta, ya.

Summer abrió la boca, volvió a cerrarla, y giró. Era evidente que desperdiciaba aliento tratando de convencerlo de que la dejara irse. De golpe, le pareció que el denso perfume de las Zeferines la asfixiaría. Por un instante, jugó con la idea de salir huyendo. ¿Acaso sería capaz, ese individuo, de dispararle a sangre fría? Tras reflexionar un instante, se respondió: "Por supuesto que sería capaz". Pero, ¿se arriesgaría a disparar, a revelar su presencia en ese barrio de casas tan próximas entre sí? Sin duda, un tiro efe arma de fuego despertaría a alguien, y ese alguien... ¿qué haría? ¿Precipitarse a auxiliarla? ¿Lla-mar a la policía? Quizá, darse la vuelta y dormirse de nuevo, atribuyendo el ruido a fuegos artificiales o al escape defectuoso de un automóvil.

¿Quería Summer correr el peligro de que apretara el gatillo? De pronto, comprendió que. aunque saliera corriendo, el tipo no necesitaba disparar para detenerla: con la cerca de su propia casa bastaría. Era imposible que Summer la traspasara antes de que el hombre la alcanzara. ¿Por qué no había puesto rosales comunes para cercas rodeando el jardín, como fue su primera intención? ¿Por qué, entre tantas posibilidades, eligió una cerca con eslabones de más de un metro de alto?

Pues para mantener alejado ele sus flores al perro de la vecina. La existencia de un perro mestizo al que le gustaba cavar le arrebataba la última, mísera esperanza de escapar.

Y lo peor era que el maldito perro ni siquiera estaba para ladrar y alertar a sus patrones sobre el peligro en que Summer se hallaba. Por primera vez, los dueños lo habían dejado en una residencia para perros mientras se iban de vacaciones.

Pensaren las noches que el aullido del animal la había despertado, y ahora que lo necesitaba... Pero esa era la eterna historia de su vida. -Vamos, muévete.

Hincándole el arma en la región lumbar, la hizo ir hacia las puertas de cristal que daban al patio. Cuando Summer se detuvo, el hombre estiró el brazo y golpeó en el vidrio. Como no pasó nada,

lanzó un gruñido exasperado. Repitió la llamada después de un momento, sin apartar ni un instante la boca del rifle de la cintura de la

mujer. Esta vez, se alzó la cortina y alguien escudriñó fuera. Se oyó el clic de la cerradura que se abría, y luego se abrió la puerta.

Summer fue empujada al interior.

El comedor, que se comunicaba con el patio, estaba a oscuras. Por el tenue resplandor que entraba desde la cocina, al echar un vistazo comprobó que todo estaba como lo había dejado. Una mesa de roble con sillas -que no eran antiguas sino viejas, y a las que una restauración había realzado el encanto-, un armario de pino para la loza que ella había pintado a mano con un diseòo igual al del empapelado, y eso completaba el mobiliario. No había nada fuera de su sitio. ni el centro de mesa de azucenas frescas, colocadas en un frágil florero de cristal, ni los dos juegos de loza buena que había dejado preparados para cuando volviese a almorzar con Jim, su amigo dentista. el domingo después de la iglesia.

Aunque no era probable que concertara la cita. -¿Quién es ella?

El que abrió la puerta era más bajo que el primer individuo, y hablaba con el acento arrastrado de los montañeses. Sin duda, era de la región. Summer tampoco creía que fuese un matón de la funeraria pero en la oscuridad no podía estar segura.

El que la había traído se alzó de hombros:

-Estaba merodeando por ahí. Dice que es una vecina. -Llévala abajo.

-Mi marido se preguntará dónde estoy, e... -intentó, desesperada.

-¡Calla, y camina!

De un empujón, la impulsó hasta la cocina. La sensación del rifle debajo de la cintura la hizo seguir moviéndose.

La luz de la cocina era tenue porque provenía del sótano, y llegaba desde la puerta entreabierta. La obligaron a pasar por esa puerta, siempre apuntándola. Tras ella, los dos sujetos hablaban en voz baja, aunque no pudo discernir las palabras.

La escalera que bajaba al sótano era de madera teñida de gris, Había aclarado las paredes con una mano de pintura blanca. Contra la del fondo. estaban la lavadora v la secadora y, encima, un cesto con ropa doblada. Los otros elementos eran un televisor viejo, pero que todavía funcionaba -que se encendía casi únicamente cuando la visitaban sus sobrinos-, una bicicleta fija que pocas veces usaba, y un sofá con dos sillas que habían sido desalojados de la sala el año anterior, cuando compró un juego de muebles nuevo.

Frankenstein estaba esparrancado en el sofá, mirándola bajar. Tenía las manos apoyarías sobre el regazo, y las muñecas unidas entre sí con cinta aislante gris. De una comisura de la boca le manaba sangre fresca. Junto a él había otro bandido con una pistola, cuando Summer y sus acompañantes aparecieron a la vista.

-¿Quién es? -le preguntó a Frankenstein el malhechor que lo custodiaba.

-No la he visto en mi vida -respondió él.

Le lanzó una rnirada tratando de advertirle que no lo contradi-jese. Pero no tenía por qué preocuparse: Summer no tenía la más mínima intención cíe hacerlo. Al echar una mirada alrededor, se topó con un cuadro que, aunque horroroso, atraía la vista.

Cerca de la escalera, pero fuera del campo de visión de Summer hasta que casi llegó al final, vio a una mujer pelirroja atada a una silla de la

cocina. Lo primero que pensó Summer fue que la silla no tenía por qué estar en el sótano. Era una silla alta, con ese tipo cíe respaldo similar a una escalera, que había comprado sin terminar, que había teñido de verde oscuro con sus propias manos, y que pertenecía al conjunto de la cocina. Entonces se le ocurrió observar mejor a la mujer, y toda otra preocupación se borró de su mente. Estaba caída hacia delante como si careciera de huesos, y lo único que le impedía caer al suelo eran las cuerdas que la amarraban. "Tenía la cabeza colgando de tal modo que la barbilla descansaba en el pecho, ocultándole el rostro de la vista de la observadora. El cabello era como un rasar de dos colores: raíces oscuras, y ondas rojizas. El atuendo era idéntico al que llevaba puesto Summer: el uniforme de Daisy Fresh.

La diferencia residía en que la delantera cíe la blusa de la mujer estaba teòida de un escarlata intenso. Bajo la silla había un charco del mismo color. Le llevó unos segundos comprender que eso que pare cía pintura de un rojo intenso derramada sobre la mujer y el piso era, en realidad, sangre.

Espantada, Summer identificó a la mujer como Linda Miller, la mitad de su equipo de inútiles del sábado por la noche. Se convenció de que, casi con seguridad, estaba muerta.

Capitulo 14

-Andaba, furtivamente, por ahí afuera.

El hombre que estaba detrás de Summer había cometido el monumental error de empujarla desde atrás.

-¿Ah, sí?

La mirada del tercer matón se paseó otra vez sobre Summer, voló hacia Linda Miller, y por último hacia Frankenstein.

-¿Es ella la tipa que estaba en el camión, Calhoun? -Ya he dicho que no la he visto en mi vida.

Los ojos del sujeto se entrecerraron y, sin advertencia previa, asestó un golpe cruzado en la cara de Frankenstein, con la culata del arma. El golpe hizo un desagradable ruido sordo cuando tocó el blan co, y abrió un tajo en la pobre mejilla. La cabeza de Frankenstein cayó bruscamente hacia atrás; hizo una mueca pero no exhaló un ruido. Summer, sí.

-¡No lo golpeen! -gritó, acongojada-. Sí, yo era la que estaba en el camión.

-Ah. -El tercer malhechor sonrió, mientras la sangre manaba de la herida que acababa de causar en el rostro de Frankenstein. Sintiendo que se le revolvía el estómago, Summer vio cómo la sangre comenzaba a correrle por la mandíbula hinchada y descolorida-. Así que vives en esta casa, ¿cierto? Tú eres Summer McAfee. -Cierto.

Debían de haber hallado su bolso.

Frankenstein le lanzó una mirada de advertencia, pero a esta altura de los acontecimientos ajuicio de Summer no había diferencia en que admitiese o no su identidad, salvo que el tipo de la pistola no lo golpearía cíe nuevo. Hiciera ella lo que hiciese, le parecía obvio que terminarían muertos. ¡Horrible idea, imposible de creer! ¡Era muy joven para morir! "Piensa", se ordenó a sí misma, desesperada. Pero no se le ocurría nada.

Ahora que ya había admitido su identidad, los matones se relajaron un poco. El tercero, que tenía un erizado bigote negro, similar a la orla de cabello que rodeaba la coronilla calva, echó un vistazo al cuerpo de Linda Miller, con aire casi afable. Tendría algo menos de cincuenta años, estaba vestido con vaqueros manchados, sueltos, y una camisa deportiva de punto doble. Su rostro estaba bronceado y arrugado por una prolongada exposición al sol. Teniendo en cuenta que las manchas oscuras de los pantalones muy probablemente fue-sen de sangre, era increíble que pareciera bondadoso.

-Supongo que ella estaría diciendo la verdad -dijo-. Se parece bastante a la fotografía de la licencia de conducir, tienes que admitirlo.

-Me pareció un poco raro que estuviese sacando un televisor de su propia casa -dijo el segundo, el que había abierto la puerta del patio, mientras empujaba a Summer para que recorriese el tramo de escalera que faltaba.

Era un sujeto bajo, robusto, de alrededor de cincuenta años, cabello entrecano, muy corto, con pantalones grises y rompevientos de naylon azul marino.

-¿0 sea que de verdad estaba robando la casa?

El primer malhechor rió entre dientes. Summer miró atrás y observó, fascinada, cómo se sacudía la panza que formaba un bulto encima del cinturón vaquero que le sujetaba los pantalones. Era la primera vez que Summer podía observarlo con buena luz, y la asombró haberlo confundido con Frankenstein, aún en la oscuridad. Por más que el monstruo pesara una tonelada, tenía el físico de un deportista: todo tendones y músculos. Este, en cambio, aunque ancho, era tofo. Incluso su cabello era diferente, tanto en el color como en el peinado: era castaño cobrizo, largo alrededor de las orejas, y no corto, como lo llevaba Frankenstein. El único parecido que descubrió entre los dos hombres era la altura, que en ambos casos era de poco menos de un metro ochenta, y en que los dos usaban camisetas de punto negras. La del bandido era fina. La de Frankenstein, en cambio, era una camiseta demasiado ajustada, con el dibujo de un bu] Iterrier bebedor de cerveza, y letras que decían: "Leyes de Perro".

Debió de haber estado ciega para cometer semejante error. Sin duda, la preocupación por las rosas debió de nublarle la mente por un instante.

-Diablos, ahora entiendo por qué no pudimos lograr que dije-ra otra cosa. No sabía qué decir.

-Sí, bueno... -El tercer sujeto se encogió de hombros-. De todos modos, teníamos que matarla. Lo que podríamos habernos ahorrado fue el esfuerzo de hacerla hablar antes. Yo creí que era una tipa dura. Jamás he conocido a un hombre al que no pudiese romperle algo, con rnás razón, una chica.

El primero meneó la cabeza.

-Aún así, no debiste matarla hasta estar seguros de que no sabía nada. Si hubiese sido la que buscábamos, estaríamos en apuros. -Eh, fue un accidente, ¿estamos? Me escupió en la cara y, por un minuto, me perdí. De cualquier modo, podíamos haberle sacado todo lo que necesitábamos a este Calhoun.

-Con las chicas es más fácil. Y más divertido.

-Sí, claro, por eso ahora tenemos otra con la que trabajar. ¿Es tu novia, Calhoun?

-No, diablos. Me gustan las mujeres jóvenes y rubias. Ella no sabe nada de todo esto. Por Dios, es encargada de limpieza. Cuando vosotros me dejasteis en la funeraria, ella estaba limpiándola, y yo la amenacé con un cuchillo y la obligué a sacarme de allí. Estáis per-diendo tiempo con ella.

-Si él no nos dice la verdad, lo reventaremos a golpes, hasta que la diga- advirtió el tercero, mirando a Summer-. ¿Tú eres su novia? -S í.

Estaba dispuesta a decir cualquier cosa si eso le ahorraba otra paliza a Frankenstein. Todavía trataba de digerir la idea de que Linda Miller estuviese robando su casa cuando la reataron. Supuso que era posible. Linda era nueva en el pueblo, y sólo había trabajado unas serranas para Daisy Fresh. Ella, con su compañera de limpieza, Betty Kern, se presentaron juntas a solicitar el empleo, y pidieron trabajar juntas. Y Summer no vio motivos para no emplearlas: las referencias presentadas eran correctas. Pero ahora pensaba que, tal vez, no fuese casual que no se hubieran presentado en Harmon Brothers, aunque sabían que era un trabajo importantísimo para Daisy Fresh, y que Summer tendría que hacerlo sola porque era prácticamente imposible conseguir sustitutas en el último momento, para esa hora de la noche. Como plan, era casi infalible. Sintió un ramalazo de furia hacia Linda por su traición pero, al echar un vistazo al cuerpo ensan-grentado, amarrado a la silla, la furia fue reemplazada por compasión, y un miedo enfermizo por sí misma. Por malo que fuera lo que había hecho Linda, no merecía ser asesinada así. Nadie lo merecía.

Eso los incluía a ella y a Frankenstein. El miedo le aceleró los latidos del corazón. No podía creer lo que estaba sucediendo. Era demasiado. Era imposible que esto estuviese pasándole a ella. -¿Ves? Con las chicas es más fácil. -Sí.

El tercero parecía decepcionado. En respuesta a una indicación con la cabeza, Summer fue empujada hacia el sofá, y obligada a sentarse junto a Frankenstein. Cuando cayó sobre el tapizado de falso chintz, su pierna rozó la de él. El, ni la miró. Tenía la atención fija en los tres matones, que ahora se erguían frente a ellos: un trío de duros. de expresiones ceñudas. Summer percibía la rigidez en el cuerpo de su compañera de infortunio. Estaba esperando, esperando... pero, siendo realistas, ¿qué era lo que podía hacer?

Era hora de que irrumpiese la cuadrilla armada.

¿Dónde se metía Arnold Schwarzenegger, ahora que, de verdad, lo necesitaba?

A propósito, ¿dónde estaría Betty Kern? ¿Estaría implicada en el robo? Si así era, ¿sería posible que hubiese escapado e ido en busca de ayuda?

-Bueno, Calhoun, ¿serás un tipo listo y nos dirás dónde está el camión, o antes tendremos que lastimar a tu chica? -preguntó, afable, el tercer malhechor.

La amenaza redondeó los ojos de Summer. Si la presión aumentaba, ella les diría donde estaba el camión en un abrir y cerrar de ojos. Ni soñando se dejaría hacer daño para ocultar el paradero de un camión aplastado, que llevaba cadáveres.

-Ya os he dicho que no es mi novia. Si queréis hacerle daño, adelante.

Frankenstein hizo un gesto de indiferencia, y Summer se puso

tensa. El hombre que estaba a su lado parecía un muelle enrollado. Le dirigió una sonrisa torcida al atacante. El rostro golpeado parecía expresar desdén. Summer tragó saliva, pero no dijo nada.

-Quizá deberíamos hacerte daño a ti, imbécil.

Estrelló la culata de la pistola contra la frente de Frankenstein, El ruido de metal golpeando sobre hueso hizo crisparse a Summer Se le revolvió el estómago al ver que la cabeza del hombre giraba bruscamente al costado. Por un instante, cuando parpadeó después de recibir el golpe, Summer lo miró a los ojos. Ambos. Casi obstruidos por la carne hinchada que los rodeaba. estaban abiertos, y le produjeron un asombroso impacto. Vio que eran tríos, duros, con los iris casi tan negros como las pupilas. No eran los ojos de una persona que quisiera tratar, ni conocer, siquiera. Por lo común, le darían escalofríos. En ese momento, en cambio, chispearon de dolor y de rabia. Y, según creyó, le transmitieron sin hablar la advertencia: "No digas nada".

Pero, ¿por qué'?", tuvo ganas de preguntar, a gritos, aunque lo preguntó en silencio. El le devolvió la mirada sin expresión, por otra fracción de segundo. Después, se le tensó la boca y se enderezó. Fijó la vista en el Nombre que tenía delante, con la misma expresión que si estuviese acostumbrado a que lo golpearan con una pistola.

Sin embargo, si eso era posible, su cuerpo estaba más tenso que antes.

Entonces. Summer comprendió. No supo si lo había pescado en el aire, coleo un mensaje telepático del cerebro de Frankenstein al de ella, o de su propia imaginación, pero lo captó. Por alguna razón desconocida, los malos querían apropiarse del camión más que del propio Frankenstein, y no sabían dónde estaba. Esa inforrrnación era lo que los mantenía vivos. Los por qué y para qué no los comprendía, pero entendía que, por su propia vida. no podía desfallecer. Si era capar. Le bastó echar un vistazo a la cara de Frankenstein, convertida en un globo purpúreo, a Linda Miller, para comprender que no sabía cuánto tiempo podría aguantar si empezaban a concentrarse en ella. Quizá fuese preferible una muerte rápida a horas de tortura.

Vamos. Arnold, muévete!

Un terror helado se apoderó de ella. Tenía que afrontarlo: Arnold no iría. Terminator no haría un heroico rescate de último momento. Esto era la vida real. Socorro.

El tercer sujeto le agarró la mano, y se la sacó a la fuerza del regazo, donde la tenía apoyada. Por un momento, le sonrió, y acarició la piel suave de los nudillos con su pulgar áspero. Summer sintió como si una tarántula le reptara por la mano. Quiso retirar la mano y gritar, gritar, gritar sin cesar.

El Señor ayuda a los que se ayudan. Era baptista sureña, educada en la escuela dominical, y le habían inculcado ese dogma desde la infancia. Su madre, directora de coro, lo decía de otro modo: Alaba al Señor, pero pasa la munición.

El matón se llevó la mano de Surnrner a la boca y la besó ligeramente en el dorso. Los secuaces reían entre dientes. Summer se estremeció de asco.

"Por favor, Señor", rogó, "envíame rápido la munición." -Depende de ti, cariño. Puedes decirnos ahora mismo lo que queremos saber, de manera

fácil, o podemos empezar a romperte los dedos, uno por uno. Empezaría con este meñique. Llevaría menos de un segundo... y duele muchísimo.

Le retuvo la mano entre las suyas, y acarició el frágil meñique con el pulgar. Luego, de pronto, lo rodeó con su mano grande, para que Summer pudiese sentir la fuerza del apretón.

Summer supo que podía romperle el dedo con tanta facilidad como si fuese una rama, y se paralizó, por anticipado. Se congeló, esperando el dolor.

-Entonces, hablarás. Pero no te hagas ilusiones: hablarás. Y bien, ¿dónde está el camión?

-Ya os he dicho que ella no... -refunfuñó Frankenstein, levantándose a medias.

De repente, el matón número dos le aplastó el cañón de la pistola contra la sien, con aire de disfrutarlo.

-Tú vuelve a sentarte, muchacho -le dijo, y Frankenstein lo obedeció con desgana, lentamente.

-Se lo diré -dijo Summer en una voz aguda que le costó reconocer, lanzando una mirada asustada a Frankenstein.

Miró, ahora, al tipo que le apretaba el meñique. El primer malhechor se asomaba sobre su hombro como un genio maléfico. El segundo seguía con la pistola apoyada en la sien de Frankenstein.

-Les... les diré todo lo que quieran saber. Pero... pero no me hagan daño. A él tampoco

-Cierra tu estúpida boca -gruñó Frankenstein.

-Cierra la tuya, o te volaré la cabeza -replicó el segundo, apretando con crueldad el caòón de la pistola contra la cabeza del prisionero.

Frankenstein Lizo una mueca y guardó silencio. Los matones intercambiaron miradas satisfechas.

-Bien, ¿dónde está el camión?

Por un instante. Summer tuvo que pensar. Se suponía que Frankenstein era su novio. ¿verdad? No podía llamarlo así. -St-steve lo abandonó, ¿saben? No andaba muy bien, porque estaba lleno de disparos. Dijo que, tal vez, una bala hubiera perforado alguna parte del motor. Por eso lo dejó.

-¿Dónde? ¿Dónde lo dejó?

Como un solo hombre, se inclinaron hacia ella. -En un campo.

-¿Qué campo?

-No lo sé. Un campo, ¿estamos? Tendría... tendría que mostrárselo. -Intentó dar un matiz desesperado de ruego a su voz-. Pero sólo si me prometen que después nos dejarán irnos.

-Por supuesto, cariño. Tú nos llevas, nosotros os dejamos ir. La promesa era tan creíble como las lágrimas del cocodrilo, pero Summer logró esbozar una tímida sonrisa de alivio. Siempre había sido buena actriz -en una época creyó que podría hacer carrera, incluso-, y en las presentes circunstancias, estaba lista, dispuesta y en condiciones de realizar la actuación de su vida. Por su vida. -¿Lo ves? No era tan estúpido decírselo.

Dirigió el comentario, aderezado de patética jactancia, a Frankenstein, que la miró ceñudo y le refunfuñó:

-No seas imbécil.

Al menos no era ningún tonto, su monstruo.

Unas manos la aferraron de los antebrazos y la hicieron levantarse.

-No tiene sentido llevarlo a él. Podríamos deshacernos de él aquí.

Aunque el segundo tipo hizo el comentario en voz baja, Summer lo oyó, y no trató de ocultarlo.

-¡Han prometido soltarnos si yo los guiaba! ¡A Steve también!

-Claro, cariño. por supuesto que os dejaremos ir. A los dos. En cuanto recuperemos nuestro camión. Tú, cállate, torpe -le espetó al segundo matón, el que había hablado.

El tercero aferró con mano dura el antebrazo de Summer y la impulsó hacia la escalera.

-Tráelo -le ordenó, sobre el hombro. -Pero…

-Puede que ella esté mintiendo. Quizá no se acuerde. Cualquier cosa. No quemaremos los puentes hasta estar seguros.

Así que los malos no eran tan estúpidos. El ánimo de Summer, que había empezado a elevarse. se hundió otra vez. Pero, por lo menos, había ganado un poco de tiempo.

Empezaba a subir la escalera cuando lo oyó: el ruido de los tacones altos, o algún tipo de calzado extraño, que atravesaba el piso de linóleo de la cocina, en dirección al sótano.

¿Arnold?

¿La caballería? ¿Betty Kern? Casi sin darse cuenta, Summer dejó de subir y contuvo el aliento. Todos quedaron inmóviles, escuchando.

Capitulo 15

Una mano tapó la boca de Summer. Fue arrastrada hacia atrás y abajo. y luego, parada sobre sus propios pies, otra vez. Los cinco, tanto verdugos como víctimas, reunidos en un pequeño grupo com pacto, al pie de la escalera, estiraban los cuellos en un intento inútil por ver en la oscuridad, más allá de la cuña de luz que emergía de la puerta entreabierta del sótano.

Una pistola se apoyó con rudeza en la sien de Summer. El tercer sujeto seguía tapándole la boca. Despedía un fuerte olor a cerveza. En circunstancias menos apremiantes. le habría dado arcadas.

Frankenstein estaba de frente a ella, también con una pistola contra la cabeza, cortesía del segundo matón. Bajo el pie descalzo, el suelo de cemento duro y áspero. Más fría aún, la boca de la pistola contra la sien.

-Ve a ver -le murmuró el tercero al primero.

Summer y Frankenstein intercambiaron miradas tensas. El primero subió, cauteloso, hacia la puerta, con la espalda pegada a la pared. Tenía la pistola apuntada y lista.

Los extraños pasos se detuvieron.

Summer supo que estaba conteniendo el aliento.

El primer malhechor llegó a la cima de la escalera y prestó atención. Silencio.

Summer abrigó esperanzas. Imaginó que todo un escuadrón de policías amistosos estaba agazapado en la cocina, dispuesto a abalanzarse al rescate.

¿Policías con tacones altos? Difícil. Bueno, entonces, Arnold.

La imagen de Terminator con sandalias de tacón alto fue suficiente para hacerla sonreír, aun en semejante situación

Se decidió por Betty Kern. Diablos, a estas alturas, se conformaría con cualquiera.

El primer sujeto los miró. El que retenía a Summer le quitó la mano de la boca para hacer un violento gesto de silencio. El primero tragó con dificultad y, de golpe, abrió de par en par la puerta del sótano. Summer se pasó la lengua por los labios secos, y esperó.

No sucedió nada.

Un momento después, el clic, clic volvió a empezar. El primer malhechor se pegó a la pared, la pistola en el brazo extendido, apuntada a cualquiera que apareciese.

Summer dejó de respirar.

De pronto, un bulto de unos veinte centímetros de altura, de pelo castaño claro, apareció en el charco de luz y avanzó hasta el borde de la escalera. Unos ojos saltones, de color chocolate, se clavaron en Summer. -¡Muffy! -gimió esta.

Tembló el diminuto lazo de satén rosado que adornaba la coronilla de la pequinesa. Aparte de eso y de los ojos de apariencia líquida, la perra parecía una bola de pelos en movimiento. No dio señales de haber visto a nadie, excepto a Summer. Empezó a bajar las escaleras, pasando con delicadeza de un peldaño a otro. sin hacer el menor caso del hombre armado.

-¡No es rnás que un maldito perro!

Miss Muffet, Gran Campeona de Marle, ahora retirada del ring, no era sólo una perra. Era la adorada de la madre de Summer, y ganadora de más batallas en el ring que Mike Tyson. Los últimos diez aòos, dondequiera que hubiese ido Margaret McAfee, también iba Mluffy, ya fuese en tren. automóvil o crucero. La única razón por la que en ese momento Muffy no estaba en California, visitando a Sandra, la hermana de Summer, junto con su patrona, era que uno de los hijos de Sandra estaba afectado desde hacía poco tiempo por una violenta alergia al pelo de perro. Por lo menos, eso afirmaba Sandra.

Summer fue la elegida para ser la niñera... eh... más bien perrera. Gracias, ma. Gracias. hermana.

Se imaginaba a su hermana mayor riéndose de ella. Muffy no era, precisamente, una huésped bienvenida. Además de perder pelo. tenía otros hábitos desagradables.

-¡Ese bicho casi mata del susto a Charlie!

La tensión entre los malhechores se disolvió en una explosión de hilaridad, a costa del pobre Charlie.

-¿Qué clase de gatito eres, Charlie?

-Gato es el término exacto. Miau. ¡Asustarse de un pequeño perro!

-¡Callaos, imbéciles!

A Charlie no le causó gracia. Bajó la escalera tras Muffy, con el entrecejo fruncido.

-¡Ven aquí, perrito, perrito. perrito!

El que custodiaba a Frankenstein chasqueó los dedos llamando al animal. Muffy se acercó a los pies del sujeto. Al ver que se sometía, con regia dignidad, a que le rascaran la cabeza, Summer tuvo ganas de estrangularla con el licito. Hubiese estado más dispuesta a perdonarla si no fuera porque

el sujeto mantenía todo el tiempo el cañón de la pistola contra la espalda de Frankenstein.

-Lindo perrito -dijo el matón, en tono almibarado. Maldito animal inútil. ¿Por qué no habría sido un Doberman? -Várnonos.

El tercer sujeto adoptó otra vez una actitud práctica. El segundo dejó de acariciar a Muffy y se irguió. Charlie se detuvo, a dos peldaños del pie de la escalera.

-Tú, muévete.

El tercero empujó a Summer con la pistola. Desesperanzada, se dispuso a obedecer.

-¡Mierda! -chilló el segundo.

Summer saltó en el aire. Pero no fue la única, aunque no era la que tenía una expresión asesina en la cara cuando volvió a posarse sobre los pies.

-¡El maldito perro me ha meado en el pie!

Summer miró hacia abajo. Todos miraron. La bocamanga de los pantalones grises del segundo estaban mojadas y un charco se extendía rápidamente alrededor de su calzado Florsheim. Con digni- dad sin igual, Muffy ya subía otra vez la escalera, a pequeños saltos. Uno de los desdichados hábitos de Muffy, consistía en mear a cualquiera que no le agradase.

Todavía no estaban salvados. ¿Tienes un arma en la casa? -No.

La dueña de la casa era firme partidaria del control de armas. Además, le daban miedo.

-Lo imaginaba.

-Podríamos llamar a la policía...

-¿Quién diablos crees que está en el sótano? Ven, várnonos. Se arrancó con los dientes la cinta adhesiva, y se precipitó hacia la puerta más próxima, que resultó ser la del garaje.

Unos golpes formidables sacudieron la puerta del sótano. Tras una mirada nostálgica al teléfono de la cocina, que estaba programado para marcar el número tic emergencia de la policía con sólo pulsar un botón, Summer agarró a Muffy y corrió tras el hombre.

Steve tuvo que usar el pie para apartar algo que estorbaba el paso: una figura oscura, tirada sobre el piso de linóleo.

Cuando pasó corriendo tras él, Summer comprobó que se trataba de Betty Kern. Muerta, sin duda. Junto al cuerpo, estaba caída la caja de caoba donde guardaba la platería que le había regalado su madre cuando Summer se casó. Tenedores, cuchillos y cucharas aparecían desparramados por el suelo.

Bonita ayuda podía esperar.

Cuando Summer llegó al breve tramo de escalones, Frankenstein ya había hallado el botón que accionaba la puerta automática, y lo había apretado. Se esparció por el garaje la luz grisácea del amanecer, mientras el hombre se encorvaba para pasar bajo la plancha que ya se levantaba. En el garaje había un automóvil... y no era el de la dueña de la casa.

Era un último modelo de Lincoln Continental, azul marino. Summer los conocía porque su madre tenía uno, pero amarillo intenso.

El estrépito que provenía de la cocina en forma de juramentos y golpes ahogados le indicó que los maleantes aún estaban encerrados en el sótano. Eso les daría unos minutos... ¿se atrevería a hacerlo?

La imagen del viejo Chevy, perseguido por esa esbelta maravilla la decidió. Lo haría.

Dejó caer a Muffy, que gruñó para demostrar su indignación mientras aterrizaba sobre sus débiles patas con más fuerza de la habitual, corrió hacia el automóvil, soltó el retén y levantó el capó. No le llevó más que unos segundos arrancar los cables de los contactos. Un disparo, seguido del ruido de madera astillada, fue la señal de que se le había acabado el tiempo. Era evidente que habían decidi-do abrirse paso a tiros. Summer pulsó el botón que accionaba la puerta del garaje, y se precipitó por ella mientras empezaba a cerrarse. Muffy la siguió, pegada a sus talones, y Summer la alzó otra vez. Al llegar a la calle, miró a un lacto y otro de la calle, pero no vio a Frankenstein por ningún lado.

Era muy probable que las hubiese abandonado a ella y a Muffy a su suerte. El muy hijo de...

Pero corrió por la calle. Por el medio, hacia el sitio donde ha-bían dejado el coche con el motor en marcha.

Sin previo aviso, el Chevy apareció inclinado por la esquina, rugiendo, hacia Summer. Bajo, negro, y como alado, le cambió la imagen mental de algo que se movía como un murciélago saliendo del infierno. Recordando la advertencia de Frankenstein de que él no veía lo suficiente para conducir, se apartó de un salto del borde del camino en el mismo instante en que chirriaron los frenos. El Chevy se detuvo a sacudidas, a un metro y medio de donde había estado ella. Una nueva forma en que podría morir esa noche.

Se abrió la puerta del pasajero.

-Jesús, Rosencrans, por qué has tardado tanto?

Ya habría tiempo para explicaciones y recriminaciones. Apretando a Muffy contra el pecho, Summer se metió en el vehículo. No tuvo tiempo de cerrar la puerta antes de que Frankenstein arrancara. Impulsada contra el asiento, se aferró con las uñas al vinilo y rezó para no ser arrojada al pavimento. Muffy, que no era ninguna tonta, reptó hasta meterse bajo el asiento.

-¡Cierra la puerta! -gritó Frankenstein.

Summer le dirigió una mirada asesina. Sujetándose del respaldo con toda su alma, dejó caer un puñado de cables que no recordaba haber conservado en la mano, y se estiró para apoderarse de la puerta, que flameaba locamente. En el mejor de los casos, su situación era precaria, y si Frankenstein llegaba a tomar una curva... pero logró atrapar la manija y cerrar la portezuela.

Por un momento, se sintió floja como un fideo hervido.

Se hundió en el asiento, con la cabeza gacha y las manos en el regazo. Con fastidio. notó que tenía las manos negras de grasa. "Cómo caen los poderosos", se lamentó por sus otrora preciados dedos. Pasaron rugiendo ante su propia casa en el mismo instante en que los matones se precipitaban fuera por la puerta principal. Los tres corrieron por el jardín delantero y vieron, con expresiones enloquecidas, cómo el Chevy pasaba de largo.

Al verlos, Frankenstein debió de pisar con más fuerza el pedal, porque el Chevy hizo chirriar los neumáticos, como debe hacerlo todo buen automóvil de los aòos cincuenta que se precie. Corrieron hasta el final de la calle, y doblaron la esquina sobre dos ruedas.

Aunque se vio aplastada contra la puerta que acababa de cerrar, Summer ni parpadeó. Se felicitó por haberse acostumbrado a coquetear con la muerte.

Patinaron hacia la izquierda, pasando por la entrada que marca-ba el comienzo de las Propiedades Albemarle. De pronto, la vista de Frankenstein captó los objetos que estaban entre los dos asientos.

-¿Qué diablos es eso?-preguntó, señalando el pequeño montón de cables negros, retorcidos.

Teniendo en cuenta el estado de su vista, tal vez le parecieran serpientes. Serpientes del infierno, como el automóvil. Un murciélago infernal, que llevaba serpientes infernales.

Summer rió entre dientes.

El hombre la miró. Ya se le veían los dos ojos, si bien no eran más que una ranura. Summer abrigó la esperanza de que pudiese ver. -Mantén la vista en la carretera -le advirtió.

Tal vez no sirviera de nada, pero por lo menos no habían chocado. Aún.

-¿Qué son? Estaba perplejo.

-Cables de contacto -le explicó, acomodándose mejor en el asiento. Y al ver la mirada atónita del hombre, añadió-: Para que no nos sigan. Eso hicieron las monjas en La novicia rebelde. * Eh, me gustan las películas.

Frankenstein le lanzó otra mirada. Le temblaron los labios, Y luego rompió a reír.

* Sonrisas y lágrimas.

Los malos uno y tres prorrumpieron en carcajadas. Summer sonrió. Se desató un módico infierno.

Por cortesía de Frankenstein, que le metió las manos en el cinturón, Charlie voló en el aire. Agitando piernas y brazos, erró a Summer por unos milímetros, y aterrizó con un golpe. Los otros dos no fueron tan afortunados. Charlie los hizo caer como bolos.

-¡Corre! -vociferó Frankenstein.

Y como no era ningún caballero, ya había saltado sobre Muffy estaba a mitad de camino de la escalera. Los matones maldecían y se retorcían, tratando de recuperar el equilibrio y las armas.

Summer saltó tras Steve. Sólo se detuvo para recoger a Muffy: realmente, no podía dejar el tesoro cíe su madre a merced de un trío de asesinos. Mientras ella la levantaba, sonó un disparo cíe pistola que pareció una explosión, en aquel lugar atestado. Algo se estrelló contra la pared, encima de su cabeza inclinada, lanzando lo que parecía una lluvia de arena. ¡Una bala! ¡Si no se hubiese inclinado para levantar a Muffy, le habría acertado!

Con la perra metida bajo el brazo, subió a saltos los dos escalones que faltaban, y se zambulló por la puerta como un defensa que se abalanzara hacia los tobillos de un contrincante sobre la línea de la meta.

Los malos ya subían la escalera a toda velocidad.

La cabeza de Summer se estrelló contra la pared opuesta a la puerta del sótano. Vio las estrellas, y cayó esparrancada, boca debajo. Muffy salió retorciéndose de debajo cíe ella, y le lamió la cara. La ingrata mujer la apartó.

La puerta del sótano se cerró con un portazo. Frankenstein apretó el botón que cerraba el picaporte. ¡Los malos estaban encerrados en el sótano! ¡Estaban salvados, salvados, salvados!

-Cerradura ordinaria -refunfuñó Frankenstein, cuando el picaporte empezó a matraquear.

Para más seguridad, se apoderó de una cíe las tres sillas que aún quedaban en la cocina y la apoyó a modo de cuña bajo el pomo de la puerta.

Summer se incorporó con dificultad, y fijó la vista en la puerta, el corazón martillándole en el pecho. El ambiente estaba lleno de juramentos ahogados y amenazas de los matones, que se abalanzaban contra la puerta desde el otro lado. Viendo cómo se sacudía la delgada madera bajo el resuelto ataque, Summer contuvo el júbilo del principio.

Capitulo 16

Se les acabó la buena suerte en la Ruta 165, al Sur de las Llanuras Tellico. O, más bien, el combustible.

Conducía Summer. Ya era de día, pero estaba tan cansada que casi no podía fijar la vista. Se había limpiado las manos lo mejor posible en el pantalón, y ya no estaban negras de grasa, sino de un gris pálido, y los bordes de las uñas, negros. No podía mirarlas sin sentirse incómoda. Junto a ella, Frankenstein contemplaba, ceñudo, un mapa que había encontrado en la guantera. Los últimos quince minutos estuvo intentando planear una trayectoria de huida que les brindase la mejor posibilidad de no ser hallados. Pero algo le dificultaba la tarea, ya fuese la visión borrosa o el mismo agotamiento que sufría Summer.

-Necesitamos seguir hacia el sur, por la 165. Tendríamos que dar con un camino de grava que va de este a oeste, en una media hora. No puedo hallarlo en el mapa, pero he estado ahí. Sé que está.

Su voz ya resonaba áspera de fatiga.

Put. Put. Una tos. Daba la impresión de que el Chevy tenía un ataque de tos. Summer frunció el entrecejo y apretó el pedal. Por un instante, el vehículo respondió. Después, dio otro resoplido agónico, y empezó a frenar.

-¡Jesús, nos olvidamos del combustible!

Aparentemente. Frankenstein estaba tan horrorizado como ella. Miró, estupefacta, el indicador del nivel de combustible, a me-dida que el iba deteniéndose, hasta casi reptar. ¿Cómo pudie-

ron olvidarse de algo tan importante? Pero, aunque lo hubiesen recordado, ¿qué podían haber hecho? Summer sintió como si recibiera el golpe de un bate entre los ojos: no tenían dinero. Había olvidado recoger los treinta dólares que tenía en la casa.

Tanto esfuerzo, para nada. -Sal de la carretera.

Ahora, estaban en la montaña, y el camino -todos los cami-nos- iban cuesta arriba. Laderas empinadas, cubiertas de bosques, se elevaban inclinarías hacia el cielo, a la izquierda de Summer; a la derecha, había una

pendiente de unos trescientos metros. Delante, se distinguían más montañas, que emergían de la niebla matinal, coronadas de nieve que, a lo lejos, se confundía con nubes blancas.

Un águila bajó en picado y se elevó sobre sus cabezas, al mismo tiempo que Summer acercaba el automóvil al borde rocoso. Estaban a mitad de camino de una ruta tortuosa entre montañas, sin señales de civilización en ninguna dirección. Después de haber pasado un camión cargado de carbón que se dirigía a los Llanos de Tellico, no habían visto ningún otro vehículo.

-¿Y ahora, qué hacemos? -preguntó Summer, al estacionar. Se había hecho muy diestra con los cambios, y colocó el freno de mano para evitar que el Chevy rodara cuesta abajo.

Abrió la puerta; Frankenstein se encogió de hombros. Summer había estacionado del lado izquierdo, en la parte que iba hacia el norte, de modo que el automóvil se abrazara a la montaña en lugar de aferrarse, precariamente, al borde del precipicio.

Summer también se bajó, tironeando distraída del tirante roto del sostén, para volver las cosas a su lugar. Muffy fue tras ella, se escurrió pasando el borde del camino, y se dejó caer entre la hierba alta.

Muffy siempre tuvo tendencia a marearse cuando viajaba. -Ahora, caminaremos.

Frankenstein ya había abierto la puerta. Además de los libros de texto y la gorra de béisbol, en el asiento trasero había cuatro latas de cerveza sin abrir, en su envase plástico, un rompevientos con ca-pucha, un par de zapatillas de deporte, de caña alta. Eran grandes. -Debe de ser un tipo grandote.

Frankenstein les dirigió un vistazo fugaz, y las dejó caer a sus pies, Junto con la cerveza, la gorra y el rompevientos.

-¡Caminar!

La frase anterior de Frankenstein acababa de registrarse en la conciencia de Summer. Estaba tan cansada que casi no podía estar cíe pie, menos todavía poner un pie delante del otro.

-¡Debes cíe estar bromeando! -No. Salvo que sepas volar.

Se dio la vuelta, y se encaminó en la dirección por la que habían venido. Demasiado agotada para hacer nada, salvo apoyarse en el automóvil y ver cómo él se alejaba, se sintió aliviada cuando vio que, por fin, se inclinaba para recoger algo de un lado de la carretera, y regresaba a donde ella estaba. Por un rnornento, temió que las dejara abandonadas a ella y a Muffy.

Aunque estaba demasiado cansada para preocuparse.

-¿Para qué es eso? -le preguntó, cuando estuvo al alcance de su voz.

Llevaba una vara cíe metal oxidado de un metro de largo, más o menos.

-Para abrir el maletero, a ver si hay algo que nos sirva. Insertó un extremo de la barra en la ranura, junto a la cerradura. Después de unos poderosos impulsos -a Summer la impresionó el modo en que sobresalían los bíceps bájo las mangas cortas de la ca-miseta cuando hacía fuerza- el metal se arqueó y se abultó, a ambos lados de la cerradura.

Pero el maletero seguía cerrado. Summer empezó a sonreír.

Salvo por el nuevo tajo en la mejilla, esa mañana el rostro de Frankenstein no era tan temible... o quizá se había acostumbrado a su aspecto. Los dos ojos estaban amoratados, pero ya se abrían lo suficiente

para poder distinguir el color de los iris sin esfuerzo. Los magullones del rostro iban del rnarrón claro al púrpura, pasando por el amarillo y el verde. Por eso, cuando lo poco que quedaba de piel con coloración normal se teòía de rojo brillante por la ira o el esfuerzo, ella no hacía más que admirar el simpático agregado a una gama tan asombrosa de colores.

-¿De qué te ríes? -dijo entre dientes, cuando fracasó en su enésimo esfuerzo por hacer saltar la cerradura.

Summer se lo dijo, y agregó:

-Me parece que lo que necesitas es un abrelatas.

Frankenstein le dirigió una mirada mortal. Summer le sonrió. El hombre dio un impulso hacia abajo a la barra... que casi la dobló en dos.

Pero el maletero seguía cerrado.

Sumiller rió entre dientes. Frankenstein maldijo. Retiró la barra de la hendidura, y después de ver lo retorcida que había quedado, la arrojó a un lado.

-¡Jesús! -vociferó, sin provocación a la vista.

El grito hizo saltar a Summer, que luego siguió la trayectoria de su mirada.

Con aire remilgado, Muffy se alejaba trotando del pie del hombre.

-¡Este maldito animal me ha meado el pie!

Dio un puñetazo al maletero que, por supuesto, se abrió. Summer no pudo evitarlo. Rió con tanta fuerza que tuvo que sentarse en el suelo. Tanto rió, que cuando Muffy se le subió al regazo no pudo hacer otra cosa que hundir la cara entre los pelos de la perra, que olían a talco, tratando de ahogar las carcajadas. Le dolían los costados, y creyó que moriría por no poder recuperar el aliento. Cuando captó la expresión amargada de Frankenstein, rió aún más.

-Eso es lo que ella hace jadeó, en una especie de disculpa, cuando logró inhalar lo suficiente para hablar.

-¿Hace eso? ¿La perra va por ahí meando los pies de las personas, y lo único que se te ocurre decir es que ella hace eso? Jesús. -No le gustan mucho los hombres... de todos modos, allá, en mi casa, te salvó el pellejo. Y ha conseguido que abras el maletero. -Yo he abierto el maletero.

-Sin ayuda de Muffy, no lo habrías logrado.

-Entonces, la dejaré vivir, por gratitud concluyó, limpiandose el pie en la hierba del costado del camino, y volviendo junto al coche.

Desapareció de la vista mientras revolvía dentro.

Ya segura en el regazo de Summer, Muffy lanzó un solo ladrido breve y delicado.

-¿A qué le ladra?

La cabeza cíe Frankenstein emergió del maletero. -Creo que está diciendo que tiene hambre.

-¿Que está diciendo que tiene hambre? ¡Por favor! No serás tina de esas mujeres estúpidas que tratan a sus perros como a niños, ¿no?

-No es mi perra. Es de mi madre. Y no es ninguna estúpida. Mi madre, quiero decir, no Muffy.

La fatiga le entorpecía la lengua.

-Entonces no se parece mucho a ti. Tu madre, quiero decir. -Frankenstein estaba pescando con mucha rapidez el modo de hablar de

Summer. Sus ojos aparecieron un instante sobre la tapa del maletero-. No vives con tu madre, ¿verdad?

Parecía un tanto alarmado.

-No. Se mudó a Santee, en Carolina del Sur, cuando mi padre se jubiló. Mi padre murió hace cinco aòos. Mi madre sigue viviendo en Santee, pero viaja mucho.

-¿Y qué haces tú con la bestezuela?

-La cuido. -Hizo una mueca-. Mi hermana Sandra (mi madre está pasando unos días en casa de Sandra) dice que su hijo mayor es alérgico al pelo de perro. Aquí, entre nosotros, creo que miente. A Muffy no le gusta Will, el marido.

-Apuesto a que Will tampoco le tiene mucho cariño a Muffy. -Puede ser.

Frankenstein cerró de un golpe la puerta del maletero, con tan mala suerte que se abrió otra vez y casi le dio en la nariz. Saltó hacia atrás y le lanzó a Summer una mirada que la desafiaba a reírse.

De todos modos, se rió.

-Mueve tu trasero perezoso y ven aquí a ayudarme con esto. Parecía fastidiado, y la sonrisa de Summer se ensanchó. -¿Ayudarte con qué?

-Vamos a empujar el coche, para tirarlo por la pendiente. ¿Alguna pregunta?

Más o menos un millón, pero lo único que logró fue balbucear: -¿P-por qué?

-Porque me resulta divertido. ¿Por qué crees? Porque ellos lo vieron, y pueden identificarlo. Si encuentran el automóvil, nos encuentran a nosotros. De todos modos, pronto tendríamos que desha-cernos de él. Probablemente, ya esté circulando una OB.

-¿OB?

-Orden de búsqueda Te lo dije, esos tipos son policías. Por lo menos uno de ellos: el del bigote. Trabaja en el distrito de Cannon. Yo lo veía a menudo. Se llama Carmichael. El también me conoce. Summer se estremeció y, de repente, se le acabó la risa. -¿Estás seguro?

-Tan seguro como una cita con una ramera. Y ahora, ¿quieres ayudarme a empujar este coche?

"No, en realidad no", pensó Summer, pero se levantó. Frankenstein abrió la puerta del lado del conductor, y puso una mano sobre el volante. Summer fue hasta la trasera y se apoyó contra el parachoques. No le gustaba empujar, pero ya lo había hecho antes. El Mustang de 1966 que condujo durante toda la escuela superior tenía problemas de carburador. El motor se paraba cada vez que se detenía ante un semáforo. Hasta que pudo ahorrar lo suficiente para hacerlo arreglar, tuvo que empujar muchas veces.

-¡Iuuju, Rosencrans!

Surnmer espió por el costado del automóvil. La rebelde tapa del maletero le impedía ver.

-Estamos en una pendiente. Me dispongo a poner la palanca en punto muerto. ¿Eso te dice algo?

Summer pensó.

-Quítate de ahí atrás, tonta. Empuja desde delante. Así, cuando empiece a rodar hacia atrás, no te aplastará.

Buen argumento. Demasiado cansada para ofenderse por haber sido llamada tonta, Summer fue hasta la delantera del vehículo. -¿Lista?

Asintió.

-Te he preguntado si estabas lista -bramó.

-¡Sí! -respondió ella, también gritando, después de cerciorarse de que Muffy estaba a salvo, repantigada sobre la hierba.

La perra estaba extendida sobre el vientre, la cabeza sobre las patas delanteras, atenta. Por su apariencia, podría decirse que sólo una ración de alimento especial la haría moverse.

"Qué inteligente", pensó Summer, sintiendo que su propio estómago refunfuñaba.

-¡Cuando diga suéltalo, lo sueltas! ¿Entendido?

Surnmer asintió de nuevo. Entonces, recordó que no podía verla, y gritó:

-¡Sí!

Frankenstein farfulló por lo bájo una frase poco halagadora. A continuación, el coche empezó a desplazarse hacia atrás.

No hizo falta empujar demasiado. El Chevy empezó despacio pero, a medida que Frankenstein lo hacía maniobrar cruzando la carretera, adquirió velocidad. Al final, corría tan rápido que Summer tuvo que trotar para no quedarse atrás.

¡Suelta! -gritó Frankenstein.

Summer ya lo había hecho. Steve se apartó de un salto, y la mujer contempló, fascinada, cómo el automóvil saltaba sobre el borde del abismo. Hubo un instante de gloria en que pareció colgar sus pendido, con el telón de fondo de la montaña, el cielo y los árboles, con toda la apariencia de un inmenso y pesado murciélago. Luego, la parte de atrás se hundió, y desapareció de la vista.

Segundos después, oyeron el estrépito, o más bien una serie de ellos. Luego, silencio. Ninguna explosión. Nada espectacular. Ni siquiera se incendió.

Claro: ¡si no tenía combustible!

-No se ve desde la carretera-comentó Frankenstein, con evidente satisfacción, dándose la vuelta hacia la mujer.

Todavía estaba en el borde rocoso, mirando hacia abajo. Sus ojos se posaron brevemente en la mujer, y luego miraron más allá, al camino.

-Rosencrans, viene un coche. Sal de la carretera.

Summer miró atrás. Un Honda blanco acababa de doblar la curva y se acercaba a ellos, alegremente. Fue hacia el costado de la carretera, y se quedó de pie junto a Muffy y el lío de artículos que Frankenstein había sacado del Chevy.

Empezó a martillarle el corazón. El Honda se acercaba... no serían otra vez los matones...

De pronto, Frankenstein apareció a su lado.

-¿Crees que ellos...? -empezó a decir, mirándolo ansiosa. -Cállate -le dijo.

Deslizándole un brazo por los hombros y otro por la cintura, la hizo girar de modo que su propia espalda quedó hacia la carretera, y la cabeza de Summer sobre su hombro, y entonces cubrió la boca de la mujer con la propia.

Capitulo 17

No se sacudió la tierra. Ni sonaron campanas. Dentro de la cabeza de Summer no explotaron estrellas. Rodeada apretadamente por los brazos de Frankenstein, inclinada hacia atrás, aferrada a un par de hombros muy anchos para no caerse sobre el trasero, aguantó unos labios duros y cálidos contra los de ella, y esperó a que el beso terminara. Ni siquiera participó la lengua de él.

No cabía duda de que la mente de Frankenstein estaba en otra parte, igual que la de ella.

Por fin, el hombre alzó la cabeza, echó una mirada cautelosa hacia la montaòa, y dejó a Summer otra vez sosteniéndose sobre sus propios pies.

-No hay loros en la costa.

Su tono era tan imperturbable como si hubiese besado a un maniquí de tienda. Azorada, Summer reconoció que esta despreocupación le picó la vanidad.

-Bien.

Si la voz de ella resultaba fría, mucho mejor. En realidad, empezaba a sentirse más bien caliente. Por el fastidio. Claro que no pensaba dejárselo entrever. A fin de cuentas, el beso tampoco la había conmovido a ella. ¡Y si él hubiese usado la lengua, se la habría mordido!

-Eran sólo turistas. Una familia. El asiento de atrás estaba repleto de juguetes y de chicos. -De pronto, le sonrió-. Cuando vieron cómo nos arrullábamos, la mamá y el papá volvieron las

cabezas. Creo que hasta aceleraron: no había que escandalizar a los chicos.

¡Ese beso no habría escandalizado a Shirley Temple! Mientras lo veía inclinado sobre la pila de artículos junto a la carretera, Summer seguía rumiando: ¿habría perdido el atractivo hasta ese punto?, ¿él sería gay?

No, no era posible que fuese gay: ¿cómo entender si no, el escándalo con la esposa del amigo? Debía de ser Summer: algo en ella no lo atraía. No se habría sentido más ofendida si la hubiese insultado. De hecho. habría sido preferible.

-Eh, por lo menos vamos a comer.

Frankenstein levantó una caja con ocho paquetes sin abrir de galletitas de mantequilla de cacahuete para que Summer las viese. Las miró con expresión amarga. Muffy. en cambio, respondió con más entusiasmo: al ver la caja, se incorporó y ladró.

-Después -le dijo Frankenstein, dejando caer la caja sobre el montón.

Además de las galletas, del maletero salieron un bolso de deporte donde había una camiseta anaranjada, unos pantalones cortos de nailon negro, unos calcetines deportivos blancos hechos una bola, otro par de zapatillas inmensas, y una pelota de balóncesto. También había una manta deshilachada, un gato de esos que se usan para desmontar neumáticos, y un tubo de pastillas de menta. Junto con el mapa y los artículos hallados en el asiento trasero, eran todo un botín.

Summer pensaba que su amigo dentista tampoco sentía demasiada pasión por ella. Por él, se había hecho colocar un DIU, y casi no le fue

necesario. "Afróntalo", se dijo, "tienes treinta y seis años. Empieza la cuesta abajo. Estas vieja. Ya no eres más una gatita provocativa."

No entraba en discusión quc Summer no quisiera tener relaciones sexuales con Frankenstein, no las tendría aunque él le ofreciera un millón de dólares. como Robert Redford a Demi Moore en aquella estúpida película, "Una proposición indecente". Quería que él la deseara, por su orgullo. A ella no se le exigía desearlo.

Y si no era coherente, ¿qué importaba?

El ceño de Summer hubiese asustado a un alce macho. Frankenstein, en cambio, no le prestó atención. Estaba muy atareado guardando todo, menos la pelota, la gorra y el gato dentro del bolso. Hizo rebotar una vez la pelota contra el asfalto, con expresión melancólica. Por fin, la lanzó por encima del acantilado, y contempló la trayectoria descendente con verdadera pena. Luego, sin decirle una palabra a la mujer. se encasquetó la gorra, que era negra, con la pala-bra Bulls escrita en rojo en el frente, y se encaminó hacia el bosque.

¿Vienes o no? -le preguntó sobre el hombro, deteniéndose junto a la primera línea de árboles. al ver que Summer enfurruñada, no llacía otra cosa que fijar la vista en su espalda.

-Me falta un zapato -le dijo, aunque sólo en ese preciso momento tomó conciencia del hecho.

Al parecer, el monstruo no la oyó. Se alejaba, ya era sólo una sombra entre los troncos oscuros.

Un retumbar advirtió a Summer que se acercaba otro vehículo. Levantando a Muffy y murmurando maldiciones, se apresuró a seguir al hombre.

Tal como imaginó, sintió que el suelo del bosque que era musgoso y desagradable le picaba en la planta del pie descalzo. Por unos momentos, siguiendo a Frankenstein, que se adentraba más y más entre los árboles, casi no podía ver, hasta que sus ojos se adaptaron a la penumbra.

Se encontró en un bosque prinutivo. Era bello, de un verde lujurioso, había enredaderas que se arrastraban desde el suelo para entrelazarse en torno de las ramas retorcidas, y los rayos oblicuos del sol formaban temblorosas columnas de luz, pasando entre el entoldado de hojas que se extendía allá arriba. Tuvo la sensación de que había pasado a otro mundo, a través del espejo. Un mundo en el que ella, Frankenstein y Mufly eran los intrusos. Un mundo que no estaba hecho para los humanos sino para criaturas como las ardillas de cola peluda que la contemplaban, cautelosas, desde un peñasco. Un sitio donde los caparazones dorados de las cigarras que se pegaban a la corteza áspera y gris tenían ojos y veían, y la música que tocaban sus anteriores ocupantes subía de volumen a cada paso que Summer daba, internándose en el dominio ajeno.

Nunca había sido una entusiasta de la naturaleza, y ese bosque la puso nerviosa.

¿Puedes esperar? -estalló. dirigiéndose a la espalda de Frankenstein que se alejaba.

Casi corrió para alcanzarlo. Era sorprendente la velocidad que desarrollaba, con esa cojera.

-Jesús, que lenta eres.

Summer se acercaba jadeando, y el hombre la miró con expresión de desaprobación.

Summer estaba demasiado sin aliento para hacer otra cosa que rechinar los dientes. Muffy, engañosamente pequeña, pesaba una tonelada. Y hasta ahí, el camino iba en subiría.

Dejó a la perra en el suelo y se acercó hasta Frankenstein con desgana, Muffy la siguió.

-¿Y ahora, qué? -preguntó. -¿Cómo qué? Ahora, caminamos.

-¿A dónde? ¿Tienes un plan? ¿0, sencillamente, caminaremos hasta caernos por el fin de la tierra?

-Jesús, hablas mucho. Reanudó la marcha.

-Dime sólo una cosa: ¿por qué tendría que seguirte? Quizás esté más segura sola.

Dejó de caminar y se quedó, los brazos en jarras, mirando al hombre con expresión adusta.

Frankenstein también se detuvo, se encogió de hombros, y giró de cara a la mujer:

-Es tu decisión, Rosencrans. Tal vez estés más segura sola. Si crees que puedes encontrar el camino de vuelta a la civilización sin mí. y si crees que no te atraparán en cuanto lo logres, y que no tratarán de sonsacarte mi paradero. No quisiera ser un aguafiestas pero yo. en tu lugar, pensaría en lo que les hicieron los malos a esas dos mujeres, por el solo hecho de que estaban en tu casa. Porque creyeron que una de ellas eras tú.

Summer se estremeció. Se había esforzado por no recordar el destino de Linda Miller y de Betty Kern. Cada vez que evocaba el cuerpo yerto y ensangrentado de Linda, una pregunta surgía en su mente: "Morir así, ¿dolerá mucho?".

Claro que dolía.

Apartó la idea. Era demasiado horrible. Erigió una vez más las barreras protectoras. No pensaría en eso. Si lo hacía, estaba segura de que se enroscaría formando una bola, en el preciso lugar en que esta-ban, y no se movería nunca más.

.-Rosencrans, ¿acaso supones que te llevo conmigo por el placer que me brinda tu compañía? -dijo Frankenstein con voz dura-.

Estás equivocada. Ahora que vamos a pie, llegaría mucho más rápido si os dejara a ti y a ese animal de porquería. Te dejo venir conmigo porque te lo debo: si no fuera por mí, no te habrías visto metida en este embrollo. Por eso, en cierto diodo irle siento responsable por ti. Pero si tú quieres asumir la responsabilidad de ti misma, date el gusto.

Se dio la vuelta y la abandonó, avanzando entre los árboles. Mientras las palabras penetraban en el cerebro de Summer, se quedó mirándolo fijamente. Luego, magnetizada por el recuerdo de las dos mujeres, que murieron en lugar de ella, rompió a trotar tras él. -¿Podrías decirme a dónde vamos, por lo menos? -jadeó, dócil, cuando lo alcanzó.

El no pareció sorprendido al verla. Tampoco demasiado complacido.

Mi padre y yo teníamos un campamento de pesca por estas montañas, ¿entiendes? Allí nos dirigíamos cuando nos quedamos sin combustible y, ahora que lo pienso, no fue tan malo. Es probable que yendo a pie estemos más seguros. Ellos no lo esperarían, y estarán vigilando las carreteras. El

campamento debe de estar a unos tres días de caminata, hacia el este. Nunca iba nadie allí, excepto nosotros dos. Supongo que podremos ocultarnos allí unos días, mientras intento ordenar este embrollo. Tiene que haber una salida, pero ahora estoy demasiado cansado para verla.

-Quizá deberíamos...

Pero descubrió que estaba hablándole a la espalda del hombre, que había reemprendido la marcha. Era evidente que no le interesaban las sugerencias de Summer, entre las cuales estaba la de llamar a su hermana, que era abogada y vivía en Knoxville. Sin embargo, en realidad no quería involucrar a su hermana en esto, pensó mientras seguía al hombre. Tenía la sensación de que las personas que se mez-claban en este asunto terminaban muertas.

"Un campamento de pesca", pensó. La llevaba a un campa-mento de pesca. Por lo menos, había pensado en un destino. Inspirando una honda bocanada de aire, decidió seguirlo. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Unos momentos después, tal vez extrañado por el silencio de la mujer, Frankenstein volvió la cabeza para mirarla, y aminoró el paso, mientras 121 veía avanzar renqueando hacia el.

-¿Por qué cojeas? -le preguntó. -Me falta un zapato.

Frankenstein siguió caminando pero, al menos, la dejó traspo-ner la distancia entre los dos.

-¿Cómo perdiste el otro?

A Summer se le cruzó la idea de estrellarle en la cabeza el próxi-mo objeto sólido con que se topara, pero eso sería más fatigoso que explicarle. Era obvio que no había advertido que le faltaba un zapato en todo el transcurso de la aventura.

-No preguntes.

Tampoco estaba dispuesta a explicárselo.

Summer oyó un gemido plañidero que la hizo mirar hacia atrás. Era Muffy que iba quedándose atrás, y que ahora estaba tendida sobre la barriga, encima de las hojas.

-Vamos, Muffy -la instó. La perra movió la cola. -Ven aquí, Muffy.

Dejó de caminar y chasqueó los dedos: Muffy no se inmutó. -¡Jesucristo! -refunfuñó Frankenstein-. Debí de estar loco para cargar con Kathy la Charlatana y su porquería de perra. ¿Por qué diablos no podías dejar a ese maldito animal en tu casa? A ella no la habrían torturado.

-No podía dejar a Muffy -replicó Summer, indignada. -Entonces, hazla caminar o llévala en brazos. Frankenstein reanudó la marcha.

-Vamos, Muffy. Ven, Muffy. Por favor, Muffy.

Pero los halagos de Summer fueron inútiles. Era evidente que la perra no tenía intenciones de moverse más.

Summer retrocedió para ir a buscarla.

Caminaron hasta que a Summer le dolieron las piernas. El colmo fue cuando tropezó con el pie descalzo contra un gran peñasco que la alfombra de hojas caídas le había impedido ver, sobresaliendo por el sendero.

-Eso es -dijo entre dientes, y se dejó caer sobre el suelo, sin importarle más si Frankenstein la dejaba o no.

Estiró las piernas y se masajeó los dedos lastimados, mientras Muffy, recostada sobre las hojas, jadeaba a su lado. Cuando el dolor se alivió un

poco, se reclinó contra un árbol v contempló las ramas retorcidas, intentando deshacerse de todo pensamiento que no fuese grato.

El rostro castigado de Frankenstein se interpuso en su esfuerzo por serenarse.

-¿Qué te pasa? Summer lo miró, ceñuda.

-Me he hecho daño en un pie. Hace veinticuatro horas que no duermo. Tengo hambre. Estoy enloquecida de miedo. Tengo las muñecas magulladas, un chichón en la cabeza, el mentón golpeado, rne duelen las costillas, se me rompió un tirante del sostén, y perdí un zapato. Encuna, estoy aquí. perdida en un lugar salvaje con un asesino que parece haber salido de una película de monstruos, mientras asesinos aún peores me persiguen para matarme. Eso es lo que me pasa.

-¿Se te ha aliviado el pie? Summer asintió.

-¿Te parece que puedes seguir? -No daré un maldito paso más. Frankenstein la miró largo rato, pensativo. -Como quieras -y emprendió de nuevo la marcha.

¡Un momento! ¡No era así como funcionaba! El tenía que com-prender que ella estaba realmente agotada, y sentarse junto a ella para calmarla, ofrecerle unas galletas de mantequilla de cacahuete, y llevar a la maldita perra.

No abandonarla en medio del bosque, sin otra protección que una bola de pelos, sabiendo que unos crueles asesinos la perseguían. -¡Maldito seas, Steve Calhoun! le espetó a la espalda del hombre que se alejaba, mientras forcejeaba para levantarse.

Cuando logró levantar a Muffy y seguir tras él, ya casi lo había perdido de vista.

Al fin, desapareció tras una piedra que sobresalía. Se proyectaba unos dos metros escasos de la ladera de la montaña, y estaba a menos de tres metros del suelo. Frente a ella crecían profusamente enredaderas y arbustos, transformando ese espacio casi en una cueva. Eso fue lo que Summer descubrió cuando siguió los pasos de Steve tras la colgadura vegetal. El estaba sentado sobre el suelo, la gorra junto a él, y buscaba algo dentro del bolso cuando Summer dejó caer a Muffy y se derrumbó a su lado.

-Podemos descansar un rato aquí. No sé tú, pero yo tengo los pies destrozados.

Casi no la miró, mientras sacaba la manta del bolso. Summer, tan agotada y sin aliento que no podía ni hablar, lo miró con odio. ¿El tenía los pies destrozados? ¿Y ella, entonces?

-¿Qué quieres hacer, primero, comer o dormir?

-¿Dormir? ¿Vamos a dormir? -La perspectiva la alegró de tal manera que, por un momento, olvidó buena parte de su animosidad hacia él-. ¿Dónde?

Steve esbozó una sonrisa torcida.

-Aquí mismo, Rosencrans. ¿Qué esperabas, un hotel de lujo? -¿Aquí? -Miró alrededor-. ¿Al aire libre? Podría haber osos, lobos, o... cualquier cosa.

-Después de los asesinos, los osos y los lobos me parecen bastante dóciles. Además, no creo que haya lobos en las Smokies. Summer advirtió que no dijo nada de los osos. Iba a señalárselo cuando Muffy ladró, y se removió sobre su regazo.

-Tiene hambre -le recordó Summer-. Tal vez eso signifique que primero debemos comer.

-Si crees que pienso compartir la poca comida que tenemos con un perro, te equivocas.

-Ella te salvó la vida-señaló Summer.

-Gracias -le dijo Frankenstein a Muffy-. Ahora, ve y caza una linda ardilla jugosa.

-No es esa clase de perro. Caramba, es una Gran Campeona. Una perra de exposición. Mi madre la trata como a una hija. Creo que no ha salido nunca sin correa.

-Mala suerte-repuso, arrojándole a Summer un paquete de galletas-. Tenemos exactamente ocho paquetes de galletas, cuatro cervezas, y un tubo de pastillas de menta que se interponen entre nosotros y la muerte por hambre. Cuando esto se termine, nosotros cazaremos ardillas.

Había seis galletas en un paquete de papel celofán. Bajo la mirada suplicante de Muffy, Summer desgarró el envoltorio con los dientes. Aunque sonara insensible y frío, lo que decía Frankenstein era cierto. Tenían que ahorrar cada migaja de comida para sí mismos.

Sin embargo, le pasó a Muffy una galleta.

Frankenstein, masticando la suya, las observó con clara desaprobación.

-Mujeres -murmuró, moviendo la cabeza.

-Te hemos salvado el pellejo -replicó Summer, incluyendo a la perra en el plural-. Y debería añadir que más de una vez. Para subrayar el argumento, le dio otra galleta a la perra. ¿Quieres una cerveza?

Al parecer, había decidido dejar como estaba la cuestión de Muffy y las galletas por el momento, pues sacó una Stroh del paquete, y se la ofreció.

-Detesto la cerveza.

Pero la aceptó con una mueca.

-Yo, por mi parte, dejé de beber cerveza hace tiempo, pero es la única bebida que tenemos, salvo que descubras algún manantial cerca.

Summer hizo una mueca y arrancó la tapa. Si no hubiese estado tan sedienta, no lo habría hecho. Por lo general, bastaba el olor de la cerveza para que se sintiera real. Pero se llevó la lata a la boca y bebió. Tras el sabor y la consistencia de las galletas de cacahuete, la cerveza tibia era mojada. Era lo mejor que se podía decir de ella. -No entiendo cómo la gente puede tragar esto -dijo, frunciendo la nariz y pasándole la lata-. Ten, puedes terminarla. Sólo he bebido un sorbo.

-Sí, bueno, creo que gustar de la cerveza requiere de cierta práctica. ¿Acaso eres una de esas santurronas abstemias?

-De hecho, lo soy -respondió, ofendida por la condena del hombre a las personas sensatas que preferían no beber alcohol-. ¿Qué eres tú, alcohólico?

-Sí -respondió, y le devolvió la lata, sin probar el contenido-. ¿Quieres más?

Atónita por la admisión, Summer negó con la cabeza. -¿Seguro? -insistió Steve.

Summer repitió la negativa. El hombre se encogió de hombros, se levantó y virtió el resto de la cerveza en la hierba, junto a la entrada de la cueva. La mujer seguía observándolo cuando se dejó caer otra vez junto a ella, aplastó la lata con la mano, y la metió en el bolso deportivo.

-Bien podrías dejar de mirarme así -le dijo, con cierto humor retorcido, al descubrirla mirándolo-. No la he bebido, ¿verdad? Y yo también estoy sediento como el demonio.

Derrotada, Summer bajó la vista y se concentró en romper en trozos pequeños la última galleta para dársela a Muffy, que le lamió los dedos, agradecida. Cuando la levantó de nuevo, Frankenstein es taba extendiendo la manta sobre el suelo rocoso. Era ese tipo de manta que uno podría tener en la trasera del coche para cuando va al campo, tejida a máquina, con un diseño de sortijas de boda dobles. El fondo era color crema, y los anillos formaban pequeòos cuadrados con florecillas, de algodón malva y azul pizarra. Estaba deshilachada en los bordes, tenía un agujero en una punta, y estaba tan desteòida que, a primera vista, era difícil distinguir el malva del azul.

Bajo la mirada de Summer, Frankenstein se acostó y se envolvió en la manta, como una salchicha en un pan. Sólo se le veía la cabeza, que apoyaba en el bolso de gimnasia.

Cerró los ojos. A la vista de cualquiera, estaba a punto de quedarse dormido.

-Eh, ¿y yo? -protestó Summer, indignada.

Steve abrió los ojos. La miró, ceñudo, largo rato y luego, sin decir palabra, extendió los brazos, abriendo la manta para ella, adoptando el aspecto de un pájaro que estaba a punto de volar. El mensaje era claro: aquí está la cama. Si quieres usarla, tendrás que compartir-la conmigo.

Summer repasó rápidamente las alternativas. Eran pocas, y ninguna muy atrayente. En ese momento, lo que más necesitaba era dormir. Estaba tan cansada que sentía como si tuviese arena en los ojos. Si hubiese sido una flor, haría tiempo que estaría marchita.

Frunciendo el entrecejo, se sacó el único zapato, tironeó, pensativa, del tirante del sostén, y se arrastró a los brazos del hombre. Se cerraron alrededor de ella, estrechándola. Segundos después, la espalda contra el pecho de Steve, la cabeza apoyada sobre el bolso junto a la de él, estaba refugiada en la tibieza del hombre y de la manta.

Si tenía en cuenta las circunstancias, era absurdo que, de pronto, se sintiera a salvo, pero así era como se sentía.

La respiración regular del hombre le agitaba el cabello. Por el modo en que sonaba, se había dormido en cuanto ella se quedó quieta. Mientras ella, a su vez, se dormía. sonrió un poco. De golpe, se le presentó una imagen de sí misma intentando explicarle a su madre qué había ocurrido para acabar durmiendo con Frankenstein.

Capitulo 18

Steve durmió profundamente, sin sueños. Cuando al fin abrió los ojos, estaba mirando a Deedee.

¡Era imposible, pero parecía flotar a unos dos metros encima de él, extendida en forma horizontal, incluso con la espalda apoyada en el techo! La recorrió con la vista, incrédulo. La aparición llevaba botas vaqueras, tejanos desteñidos muy ajustados, y una chaqueta de cuero de motociclista. El cabello rubio muy rizado le caía sobre los hombros y le aureolaba el

rostro, que lucía una sonrisa resplandeciente, enmarcada de abundante lápiz de labios rojo, y un par de brillantes ojos azules, con mucho rimmel.

Sin duda, era Deedee.

Pero Deedee estaba muerta.

Al recordarlo, un escalofrío de horror le recorrió la espalda. La aparición agitó los dedos con las uñas rojas hacia él.

Steve aulló, y se incorporó de golpe. O lo hubiese hecho de no haber estado enredado con una mujer que dormía, y una manta que, más bien, parecía un torniquete.

-¿Una pesadilla? -murmuró la mujer, Rosencrans, adormilada, agitando unas pestañas sin maquillaje, al tiempo que luchaba por despertarse.

Ganó el sueño. En cuestión de segundos, estaba otra vez dormida.

Incluso en esa posición, medio sentado, apoyado en los codos, que fue todo lo que pudo hacer en semejantes circunstancias, Summer, acurrucada contra el pecho de Steve parecía no percibir los fuertes latidos de su corazón.

"Una pesadilla", repitió, para sus adentros. Sí, claro, eso debió de ser. Steve lanzó una rápida mirada de soslayo al techo de rocas, y comprendió que no pudo haber sido otra cosa. Sobre su cabeza, en la piedra no había otra cosa que musgo y telas de araòa.

Deedee estaba muerta, por Dios.

Nunca en su vida había tenido una pesadilla semejante. Una pesadilla estando despierto. Eso era lo que creía. Quizá no estaba despierto. Tal vez lo hubiese soñado todo, y se despertó sólo cuando se sentó.

Jesús.

Delante de la caseta de los botes, no había estado dormido. Podía ser la concusión. A lo mejor, aunque la doble visión mejoraba con rapidez, los ojos le hacían tretas de una manera bastante macabra. Quizá tuviese visiones de Deedee, como castigo, hasta el fin de su vida.

En los tres años desde que muriera, no había tenido una sola visión de Deedee. Si esas imágenes tan vívidas eran una especie de castigo, ¿por qué aparecían ahora?

¿Quién diablos podía saberlo? Necesitaba un trago.

No era la primera vez que sentía unas ganas terribles desde que había dejado el alcohol, hacía seis meses. Nadie sería capaz de creer lo que le había hecho a su mente y a su cuerpo, y para qué hablar de su alma en esos dos aòos y medio. La bebida casi lo destruyó por segunda vez. Había librado la batalla de su vida para librarse de él y mantenerse libre.

Hubo un momento en que sintió la tentación de convencerse de que una cerveza no le haría daño. Lo único que lo salvó fue la gracia de Dios, y la pregunta sarcástica de Rosencrans con respecto a si era alcohólico. Comprendió que tendría que combatir las ganas de beber durante toda su vida. Era una batalla que estaba decidido a ganar. Rechazar una cerveza a la vez.

Se acostó de nuevo, acomodó entre sus brazos a la mujer dormida de manera que no lo estrangulase con la cabeza apoyada en su pecho e intentó restarle importancia a lo que había visto. Necesitaba aprovechar la oportunidad, y volver a dormirse. Acababa de pasar cuarenta y ocho horas infernales. Su mente necesitaba descanso para pensar, y su cuerpo, para reponerse.

Cuando cerró los ojos, debió de alegrarse porque su preocupación por lo que había visto en el techo fue rápidamente reemplazada. Pero había que ver qué la había reemplazado. Tratando de no pensar en nada, advirtió que su mente estaba fuera de control. Su cuerpo, también. A cada exhalación, percibía con mayor nitidez el género de la persona acurrucada junto a él. Decididamente femenina. Redondeada, llena de curvas, deseable y femenina. Los pechos parecían perforarle dos agujeros en el tórax.

Pese a sus mejores intenciones de no hacerlo, Steve recordó el aspecto que tenían desnudos: bellos pechos blancos, con cimas rosa-das, tan tersos que parecían brillar a la luz de la luna. Pechos de exposición. La materia de que estaban hechas las fantasías masculinas.

Había hombres a los que les gustaban las piernas, a otros, los traseros. Steve, era hombre de preferir pechos.

Recordó la sensación, cuando apretó uno. Apartando el recuerdo, se concentró en dormir.

Pero cuanto más intentaba no pensar en lo que sentía tan suave, tibio y excitante encima de él, más intensa se hacía la sensación.

La cosa terminó con la rnás formidable erección que había tenido estando sobrio, en tres años.

Rechinó los dientes y abrió los ojos. Como el sueño era imposible, lo único que le quedaba era pensar. Desentrañar el rompecabezas. Intentar imaginar qué era lo que estaba sucediendo, quién estaba detrás de eso, y cómo él mismo -y ella- podrían salir enteros de la situación.

Unos minutos después, admitió que era inútil. No podía apartar la mente del sexo. Hacía mucho que no tenía relaciones y, desde el punto de vista físico, la mujer que tenía en los brazos era del tipo que le gustaba: plena y femenina.

Esa mañana, había descubierto que tenía los labios más suaves del mundo. Por suerte, tenía el suficiente control de sí mismo para no dejarse llevar.

En las circunstancias presentes, el sexo con Rosencrans representaba una complicación que se sumaría a las que ya tenía en la vida.

De repente, sintió un escozor en la nuca. Tenía la clara sensación de ser observado. Sin poder evitarlo, lanzó una cauta mirada al techo.

No era Deedee.

Claro que no. Se sintió tonto, pero aliviado.

Entonces, vio a la perra. Estaba sentada junto a la cama improvisada, la ridícula cabeza con el lazo inclinada a un lado, y los ojos saltones fijos en algo, detrás de Steve.

Giró la cabeza con tal brusquedad que casi se quiebra el cuello. Desde una esquina, Deedee agitaba los dedos hacia él.

Steve lanzó un grito ronco, y se levantó de un salto, olvidando mujer, manta, y todo.

Se desvaneció. Deedee se desvaneció, ante sus propios ojos. Pero, en realidad, no se desvaneció, porque nunca estuvo allí. Estremecido, Steve observó a la perra. Había perdido interés en lo que atrajo su atención, fuera lo que fuese, y se rascaba la oreja. Maldito animal.

-¿Es hora de irnos?

Rosencrans estaba despierta otra vez. Contempló los adormilados ojos almendrados que parpadeaban, y advirtió la nariz recta, la textura tersa de la piel, y los labios grandes, de suavidad inolvidable. Como ya había recuperado la visión, podía ver que era una mujer muy atractiva -no, una mujer muy hermosa-, incluso así, aturdida, sucia y desarreglada. Se apoyaba, confiada, contra él, con las manos enlazadas en la nuca de Steve, dejando que él cargara con todo su peso. Sintió esa figura tibia en los brazos, contra su cuerpo, y descubrió la explicación de las súbitas apariciones de Deedee.

Debía de haberlas provocado la culpa. Porque Rosencrans era la primera mujer que había deseado estando sobrio, desde la muerte de Deedee.

Capitulo 19

-Tenemos que salir de aquí.

Frankenstein habló con tanto apremio que despejó la niebla de sueòo que rodeaba a Summer.

-¿Por qué?

¿Los malos estaban sobre la pista? Desesperada por librarse, se despabiló de inmediato, y forcejeó contra la manta que, de súbito, le pareció una camisa de fuerza.

-Porque debemos hacerlo.

Le retiró las ruanos de su cuello, y se las devolvió. Humillada al descubrir que había estado aferrada a él -¡aferrada a él, nada menos!-, Summer sacó las manos y retiró el cuerpo de todo contacto con el hombre, mientras se concentraba en desembarazarse de la manta.

El monstruo parecía tan ansioso de librarse como ella. -¿Viene alguien? - Se hizo evidente el miedo de la mujer en el tono y en las miradas fugaces que lanzaba a la boca de la cueva-. ¿Has oído algo? ¿Has visto algo?

-No.

Frankenstein plegó la manta. Abrió el bolso, sacó algunas cosas, y luego metió la manta dentro.

-Entonces, ¿qué pasa?

Había algo en los gestos del hombre que la asustaba. Lo veía frío, impersonal, brusco, hostil. Eso no era nuevo, pero había algo rnás. Parecía casi... asustado. Por el amor de Dios, ¿qué habría pasado mientras ella dormía?

-Nada. Necesitarnos seguir, eso es todo. Toma, ponte esto. No puedes andar con esa ropa de conserje. Te destacas como un faro. Frankenstein se incorporó y le arrojó un lío de prendas. Cuando sus miradas se toparon, la de él era hostil. Summer se sintió perpleja. ¿Qué estaría pasando? ¿Qué había hecho ella?

Al recibir las prendas, vio que le había pasado los pantalones cortos de baloncesto y la camiseta.

-No puedo ponerme esto -dijo, sosteniendo en alto la camiseta. Al menor vistazo, que fue la única forma en que la miró, se veía que la camiseta no estaba hecha para una mujer. Tenía escote y aguje-ros para los brazos tan grandes, y tirantes tan delgados que dejaban al descubierto casi de la cintura para arriba.

-¿Cómo que no puedes ponértela? Si no te gusta el color, o algo así, lo lamento.

Surnmer tuvo la impresión de que se esforzaba por resultarle odioso.

-No se trata del color, estúpido. Es la forma. ¿Ves?

Sostuvo la camiseta sobre sí misma. El borde le llegaba hasta más abajo de los muslos, y en la parte de abajo tenía abundante tela... pero arriba, donde importaba, no había casi nada.

El ceño de Frankenstein le indicó que entendía.

-Ten -le dijo, sacándose su propia camiseta y entregándosela-. Cambiemos.

Surnmer aceptó la camiseta, le pasó a él la suya, y trató de no mirar con demasiado interés los hombros anchos, el pecho musculoso y velludo, y la cintura compacta, con un tenue atisbo de vello que sobresalía de los pantalones recortados, demasiado ajustados.

Aunque el hombro y el costado izquierdos florecían de magullones que iban del púrpura al amarillo, el cuerpo que se distinguía debajo era de contextura poderosa.

A Summer siempre le habían atraído los hombres grandes y musculosos.

Steve se pasó la camiseta por la cabeza y tironeó para acomodarla. La palabra Nike se proyectó sobre su abdomen. Los hombros y la parte superior del pecho quedaron casi desnudos. Sus miradas se encontraron.

Surnmer apartó la vista, por si acaso él era capaz de leerle la expresión.

-Date prisa, ¿quieres? -le dijo Steve, recogiendo la gorra del suelo, y salió fuera llevando el bolso.

Muffy salió tras el, arrastrando las patas.

Sola, Summer se quitó el uniforme de Daisy Fresh y se puso los pantalones cortos y la camiseta. Los pantalones eran negros, de nailon delgado pero, por suerte, eran de corte amplio y le calzaban bastante. bien, hasta poco antes de las rodillas. Lanzando una mirada fugaz a la entrada del escondite, se sacó el sostén, y le hizo un nudo firme en el tirante. Cuando volvió a ponérselo, reclescubrió el placer de sentirse sostenida de ambos lados.

-¿Todavía no estás vestida? -preguntó impaciente Frankenstein, desde la entrada.

Summer se pasó la camiseta por la cabeza. Le apretaba un poco en el busto y las caderas, pero tirando del borde, pudo estirar la tela lo suficiente para tener un aspecto que suponía decente.

Y si pudiera ducharse, cepillarse los dientes y el cabello... -Ya casi -gritó, pasándose una mano por el cabello enredado. Ya desarmada el moño, el cabello le caía por la cara y la espalda. Era fino y lacio como barba de maíz, y en ese momento caía sin gracia. Summer anheló disponer de quince minutos sola en una ducha, con champú, secador de pelo, un buen cepillo redondo y un poco de fijador. Aunque su cabello fuese de un simple tono castaño, si se esforzaba adquiría buen aspecto.

¿La habría besado con más entusiasmo si la hubiese visto alguna vez maquillada y con el cabello arreglado?

Summer se esmeró todo lo que pudo para hacerse una trenza que dejó colgar a la espalda. El único problema era cómo sujetarla en la punta. Como la blusa, de todos modos, estaba echada a perder, resolvió arrancarle una

tira y se la ató a la trenza. Era más difícil de lo que había imaginado, y fue necesario desgarrar primero la tela con los dientes.

Frankenstein entró en el momento en que Summer mordía la blusa.

-No puede ser que ya tengas hambre.

Summer le hizo una mueca, desgarró la blusa, y se ató el pelo. -¿Cómo estoy? -le preguntó, indicando su arreglo. -Como si llevases acampando una semana -le respondió, arrojándole un par de zapatillas negras de caña alta.

Summer las miró, y negó con la cabeza. -No puedo usarlas. Son demasiado grandes. -Es mejor que andar descalza.

-Póntelas tú, y yo usaré las otras.

-Mira, Rosencrans, tendremos que caminar kilómetros. Kilómetros, ¿entiendes? No puedes andar con las otras. Te torcerías el tobillo, y si eso sucediera, que me condenen si te llevo en brazos. O podrías pisar una botella rota, o una víbora. Podrías...

La víbora la convenció. -Dátaselas.

Se las dio. Summer vio que dentro estaban los calcetines de atletismo. Poniendo mala cara, se sentó y se las puso. Mientras lo hacía, vio que él se ponía el otro par de zapatillas, blancas, de caña baja, sin calcetines.

-¿Cómo es que tú te quedas con las de caña baja, y yo con estas?

-Porque estas me van. A ti no. Te he dado las de caña alta porque así podrás atártelas alrededor de los tobillos, y no se te caerán. Buen argumento. Buena idea. Summer hizo lo que le sugirió. Cuando terminó, Steve ya había recogido la ropa que ella se quitó, la había metido en el bolso, recogió el gato y salió fuera otra vez.

Cuando Summer salió, lo vio escudriñando a lo lejos, la boca tensa, los ojos sombreados por la visera de la gorra de béisbol. No cabía duda de que estaba fastidiado por algo. Summer supo que, si podía discernir todo eso por la expresión del hombre, era porque la hinchazón había cedido. Se preguntó una vez más cómo sería en es-tado normal. ¿Sería guapo? Era imposible decirlo, juzgando por esa cara todavía llena de cortes, magulladuras y manchas de sangre.

Deseó que la besara de nuevo. Pero esta vez, con entusiasmo, sólo para saber cómo besaba Frankenstein.

-¿Qué estás mirando?

Al girar la vista, la sorprendió mirándolo, y reaccionó con agresividad. Summer se puso encarnada, incómoda por sus propios pen-samientos. Steve frunció el entrecejo.

-Tienes que lavarte la cara -logró farfullar, orgullosa de sí misma por su frialdad y la velocidad de su respuesta.

-Tú también -respondió Steve, emprendiendo la marcha cuesta arriba, sin añadir palabra.

Muffy, apoyada sobre su trasero peludo, se debatía entre los dos humanos que se separaban, y gimió, lastimera. Summer también la ignoró.

Cuando emergió del abrigo de un arbusto cercano, misión cumplida, se alegró para sus adentros al descubrir que Frankenstein la esperaba, junto a Muffy, con los brazos cruzados sobre el pecho, el hombro apoyado en un árbol, la visera sobre los ojos. Si bien no creía que la dejara abandonada, no estaba del todo segura. Ahora, sí. Cuando se le aproximó, sintió que irradiaba hostilidad. Doce horas atrás, la sola vista del monstruo con

semejante ceño, la habría aterrado. Ahora, convencida de su flamante certeza de que no la deja-ría, sintió la suficiente confianza para mirarlo, también ceñuda. -¿Ya estás lista? -preguntó el hombre, sarcástico.

-Sí, señor -respondió, con un saludo burlón, complacida de ver que él la compensaba con un ceño más profundo aún.

-Ten. Podernos comer mientras caminamos.

Le arrojó un paquete de galletas, se dio la vuelta, y reanudó la marcha. Más bien, la emprendió a zancadas.

Capitulo 20

El cartel clavado a un árbol donde el sendero se bifurcaba decía: HAW KNOB, ALTITUD, 1.667 metros. La flecha señalaba hacia arriba.

Cuando Frankenstein se dirigió al este, Summer exhaló un suspiro de alivio. A esas alturas, hacer montañismo en serio sería demasiado para ella.

-Guau.

Unos ojos perrunos de color chocolate la miraron suplicantes. Muffy se debatió en sus brazos. Sin molestarse en bajarla -la perra ya había dejado bien claro que no pensaba caminar-, Summer pasó

el peso al otro brazo, y disparó una mirada mortífera a la amplia espalda masculina que iba a poco más de tres metros delante de ellas. Aquel tipo era incansable. Habían caminado sin interrupción durante días; esa era la impresión de Summer. En ese momento, anochecía, y Summer estaba exhausta. Le dolían los pies: esas zapatillas tan grandes le habían sacado ampollas en los talones, a pesar de los gruesos calcetines. Le dolían los brazos: Muffy, pese a su pequeñez, pesaba una tonelada. La insensible propuesta de Frankenstein fue que la lanzara sobre el borde del acantilado, si se cansaba de llevarla en brazos; él no se ofreció a llevarla.

Y Summer no pensaba pedírselo.

Su más caro deseo era que Muffy le meara otra vez el pie, pero, si no se detenían, no podría hacerlo.

Un insecto la picó en el costado del cuello, y se rascó, desanimada. Era sólo una de las muchas picaduras que había coleccionado. A la puesta del sol, los mosquitos habían salido a cenar.

Jamás en la vida se le ocurrió que podía envidiar a un mosquito, pero ellos, por lo menos, tenían con qué cenar.

Sunlmer tenía tanta hambre que le dolía. Sentía como si su estómago estuviese hundiéndose: se lo imaginaba como un globo desinflado.

Quedaban tres paquetes de galletas. Frankenstein ya había dicho que debían quedar para la mañana siguiente. La cabeza de Summer lo entendió, pero su estómago, en cambio, no, de ninguna manera. -Guau -rogó Muffy.

-Cállate -le dijo Summer, hundiendo su torturada nariz en el pelo de la perra.

Sabía qué había provocado ese ladrido acongojado. Ella también lo olió: comida.

Más adelante, arriba, y a la izquierda, había un alojamiento. Frankenstein lo rodeaba, ansioso de evitar a la gente lo más posible. Por supuesto, tenía razón. Cuanto menos atrajesen la atención, sobre todo teniendo en cuenta las huellas de golpes que exhibía, mejor. Pero, aun

entendiéndolo, el aroma la atraía como un imán: humo de leña y carne asada. ¡Mmm!

Se le hizo la boca agua. Le gruñó el estómago. Muffy gimió, y Summer le rascó detrás de la oreja, en señal de simpatía.

Muffy se sacudió la mano. Lo que quería no era amor sino comida.

Más arriba, Frankenstein avanzaba entre los árboles, sin mirar a los lados. Claro, él estaba más allá de una sensación tan humana como el hambre.

Había estado molesto toda la tarde. Si Summer hubiese tenido otra posibilidad, lo habría dejado hacía rato.

Pero no tenía otras posibilidades.

A su derecha, pasó una pareja paseando en la oscuridad, de la mano. Vieron a Sunlmer entre los árboles, y la saludaron con las manos. Summer les respondió el gesto, y los vio alejarse hacia la posa da. Ella iba por un camino perpendicular a la trayectoria de la pareja; más arriba, Frankenstein ya la había cruzado. Tras un rápido vistazo, comprobó que ya lo había tragado la oscuridad de más arriba. Si no estaba alerta, lo perdería.

Aminorando el paso sin advertirlo, Summer contempló, envidiosa, a la pareja que cruzaba un breve puente decorativo que llevaba hasta la zona de estacionamiento. Más allá de la pareja, se detuvo un autornóvil, y los faros iluminaron varios coches ya estacionados y la tela de algodón claro del vestido de la mujer. El compañero llevaba una chaqueta de color azul pálido y corbata, y la llevaba de la mano. Era evidente que iban a cenar.

Summer ansió estar en la piel de la mujer. Ni por el hombre ni por el vestido, sino por la cena. Al imaginar la cena de la que pronto daría cuenta, casi se le llenaron los ojos de lágrimas.

De repente, Summer advirtió que Frankenstein se había perdido de vista. Aceleró el paso, y se esforzó por no pensar en la comida. Era imposible. Su nariz era atacada sin piedad. La vista se le escapaba hacia el costado. La posada estaba iluminada, igual que varias cabañas que la flanqueaban. Por las ventanas sin cortinas, vio siluetas de personas dentro de los edificios. La pareja que había estado observando llegó a la terraza de piedra. Otra pareja se les acercó, y se estrecharon las manos todos. Luego, entraron... seguramente para cenar. Al tratar de alcanzar a Frankenstein, dejaría atrás lo que empezaba a considerar corno la última avanzada de la civilización. El olor tentador de la carne asándose la retenía.

A Frankenstein no le importaba si ella moría de hambre.

En ese mismo instante, podría darse la vuelta y convertirse otra vez en parte de la civilización, uniéndose a los que estaban en el alojamiento. La compañía de esas personas era preferible, con mu- cho, al asesino gruñón que, desde hacía horas, ni se dignaba echarle una mirada. Un asesino que escapaba por salvar su propia vida... y cuya existencia misma la ponía en peligro a ella. De no ser por él, nadie habría manifestado el menor interés en matarla.

Y ese era el único motivo por el que Steve le permitía seguir con él. Saberlo la encrespaba.

Pero aunque optara por la posada, no tenía dinero para comida ni para habitación. Lastimada y desarreglada como estaba, su aspecto llamaría la

atención. Si pedía ayuda... ¿qué ayuda podían darle esos inocentes? Sin duda, llamar a la policía.

Summer tembló. Aunque no estaba convencida de la afirma-ción de Frankenstein de que la policía estaba en el bando de los rnalos... tampoco estaba de lo contrario.

De algo sí estaba segura: no quería averiguarlo a su propia costa. Apretando los dientes para eludir el endiablado anzuelo de la civilización, Summer siguió caminando. Muffy gimió. El viento producía un rumor sordo entre los árboles. Las ranas croaban, y los grillos les respondían. Las cigarras cantaban. A lo lejos, sonó la bocina de un coche. La fragancia ahumada del asado fue debilitándose. También el rumor de voces.

¡Adiós, civilización! El estómago de Summer gruñó una triste despedida. Tuvo la sensación de que Muffy se hundía en sus brazos. Casi chocó con Frankenstein. que esperaba bajo un árbol que ella lo alcanzara.

-Si no puedes mantener el ritmo, te quedas sola -le refunfuñó, mientras Summer parpadeaba, sorprendida, y luego se dio la vuelta y siguió caminando.

Dirigiéndole una inútil mirada ceñuda a la espalda del hombre, Summer lo siguió.

Pronto, desapareció el sendero. Steve iba abriéndose paso entre la maleza. En la penumbra, Summer tropezaba con piedras y raíces de árboles que no veía. El ritmo que marcaba Frankenstein era mata dor. A medida que la posada iba desvaneciéndose, hasta no ser más que un recuerdo entrañable, el miedo de Summer a perderlo de vista aumentaba.

Su típica mala suerte determinaría que lo perdiese lejos del alojamiento.

-Más despacio -jadeó después de un rato. El siguió caminando.

-No puedo mantener este ritmo. Siguió caminando.

-Me muero de hambre. Siguió caminando.

-¿No podríamos hacer un alto, al menos? Ya es bien entrada la noche.

Siguió.

-Imbécil -murmuró Summer, y también siguió caminando. El viento gemía por el camino. Arriba, se oyó un crujido, seguido del estrépito de algo que se rompía y de un ruido sordo. Summer saltó adelante como un conejo ahuyentado por un le-brel, y se aferró del brazo de Frankenstein.

-¿Y ahora, qué te pasa? -dijo él, tan gruñón como siempre. -¿Qué ha sido eso?

Estaba tan asustada, que no le importó. -¿Qué?

-Esos ruidos.

-Una rama que se caía. ¿Qué creías que era?

Desde la cara en sombras, Steve la miró. Summer se sintió tonta y le soltó el brazo.

-No sé. Un oso, un oso hambriento, que pretendía cenarnos a Muffy y a mí.

El hombre gruñó, despectivo, murmuró por lo bajo algo así como: "No sería tan afortunado", y siguió caminando.

Summer lo miró, ofendida. Ya casi no lo veía cuando se apresuró para alcanzarlo. Se prometió a sí misma que prefería dejarse comer por una docena de osos antes que volver a dirigirle la palabra.

En un silencio hostil, vadearon arroyos, traspasaron árboles caídos, y cruzaron claros. Summer tropezó con ramas caídas, se enredó en zarzas, y siguió caminando. La noche olía a hojas húmedas, a estiércol de caballo y, un poco menos, a flores. ¿Espuelas de caballero?, se preguntó distraída, con una parte de la mente. ¿O lirios del valle? Había un definido matiz de madreselva.

El peso de Muffy le colgaba de los brazos, y hacía que le dolieran la espalda y los hombros. Varias veces, la dejó en el suelo y siguió caminando, pero siempre tuvo que volver sobre sus pasos pues la perra se negaba terminantemente a moverse.

-Tendría que dejarte -musitó, la tercera o cuarta vez que esto se repitió.

Acurrucada en los brazos tibios de Summer, Muffy le lamió la barbilla.

¿Qué hora sería? ¿Medianoche? ¿La una o las dos de la madrugadada? ¿Acaso Frankenstein pensaría caminar toda la noche, maldito sea? Tenía que orinar. Tenía miedo de que, si se detenía para hacer-o, Frankenstein desapareciera. Tendría que ceder y pedírselo... pero o estaba segura de tener aliento suficiente.

Dando un ladrido, Muffy saltó de sus brazos y salió corriendo por entre los árboles.

Fue tan inesperado, que Summer no atinó más que a quedarse mirándola, con la boca abierta.

Adelante, Frankenstein siguió caminando.

-¡Eh! -lo llamó, y después, más alto-: ¡Eh, Frankenstein! El hombre se detuvo y miró alrededor. Frenética, le hizo señas, aun sin estar segura de que la viese en la oscuridad. Al parecer, la vio o, al menos, captó la urgencia del gesto, y retrocedió sobre sus pasos. -¿Y ahora, qué?

La voz ya era venenosa. -Muffy se ha escapado. -¡Qué!

Summer lo repitió, señalando en la dirección por donde la vio desaparecer. Steve maldijo.

-Tenemos que encontrarla. Es una pista inconfundible. Tiene un aspecto tan ridículo que a uno se le queda grabada.

-¡No tiene aspecto ridículo!

Aunque estaba cansada, Summer sacó de algún lado un arranque de indignación, en defensa de Muffy.

-Tú ayúdame a encontrar a la maldita perra, ¿de acuerdo? Pero Muffy no aparecía por ningún lado.

Se separaron, rastreando entre los árboles, en trayectos paralelos, llamando a la perra en voz baja.

La única respuesta fue un súbito ulular, y el revoloteo de un búho sobre sus cabezas: debían de haberlo perturbado en su cacería, Cuando no se lo vio ni se lo oyó más, Summer. que se había puesto en cuclillas al oírlo, se levantó y empezó a caminar otra vez. A cada paso, echaba una mirada cautelosa hacia arriba y alrededor. ¿Quién podía saber qué otras criaturas podrían estar acechando?

Summer fue la primera en olerlo: humo. Se cruzó, sigilosa, ante Frankenstein, que se había detenido. El también lo olió. Avanzaron juntos a través del bosque, hacia el aroma, con precaución. Si los atrajo a ellos, era probable que también hubiese atraído a Muffy.

A través de los árboles, vieron la silueta de unas seis tiendas de campaña, recortadas contra una fogata. Alrededor de la hoguera, estaban sentados tres hombres y un grupo de jóvenes de uniforme. Uno de los hombres estaba hablando. Lo que decía tenía embelesados a los chicos, Un campamento de boy scouts, seguramente escuchando cuentos de fantasmas. Summer reconozco los uniformes y sonrió. Estaban asando sobre el fuego salchichas y malvaviscos ensartados en ramas.

Cuando lo comprendió, su estómago lanzó un poderoso gruñido.

-¡Eh, miren! ¡Alguien está robando nuestras cosas! -¡Es un mapache!

-¡Es una zarigüeya! -¡Es un oso! -¡Agarra la ballesta! -¡Qué ballesta! ¡Agarra el rifle!

Todos a una, hoy scouts y jefes se levantaron y corrieron hacia el sitio donde Summer y Frankenstein los observaban, entre los árboles. A la cabeza del grupo, corría una pequeña criatura peluda que, a ojos de cualquiera, parecía un ser de fantasía. Arrastrándose por el suelo tras ella, se balanceaba una bolsa de plástico de almacén. La criatura llevaba las asas en la boca.

Capitulo 21

Frankenstein se apoderó de Muffy y de la bolsa, y corrió. Summer, también. Con toda la tribu de boy scouts gritones persiguiéndolos, volaron por el bosque a grandes saltos. A Summer se le engancharon los pies en una enredadera, y se cayó. Para su sorpresa, Frankenstein regresó a buscarla. La aferró de la mano, la hizo levantarse, y la arrastró tras él.

Poco a poco, el ruido de la persecución fue debilitándose.

A Summer empezó a dolerle el costado. Retirando la mano de la de Frankenstein, aminoró el paso, apretándose el costado, hasta que se detuvo del todo.

-No daré un paso más.

Habló en tono decidido. Le costaba esfuerzo respirar.

-No eres muy atlética, ¿verdad? -le rezongó, dándose la vuel. ta y mirándola, ceñudo.

-Cierto, no lo soy. Si querías una atleta como Jackie Joyner-Kersey, la hubieses secuestrado a ella. Estoy segura de que habría estado encantada.

-Eres un grano en el trasero, ¿sabes?

-Tú no eres un rayo de sol, señor Macho- le replicó Summer, mirándolo con odio desde su posición agazapada.

Para su sorpresa, el hombre sonrió. Era la primera sonrisa que le veía desde hacía horas.

-Así, agachada, pareces el Jorobado de Notre Dame.

-Entonces, hacemos una linda pareja de monstruos, ¿eh, Frankenstein?

El hombre rió, y Summer le lanzó una mirada bastante poco afectuosa. Ella no llevaba nacía, pero él iba cargado. Tenía el bolso colgado del hombro derecho, el gato y la bolsa colgando de la mano derecha. Muffy iba metida bajo su brazo izquierdo, como una pelota de fútbol. Summer sabía que ella sola pesaba una tonelada. Y ese maldito ni siquiera respiraba agitado.

-Está bien, ha sido una buena carrera. Te has ganado un descanso. Además, tu perra consiguió la cena.

-¿Es comida?

Olvidando toda idea de disgustarse con él, Summer miró con ansias la bolsa.

-Mira tú misma. Se la dio.

Summer miró. En la bolsa había tres paquetes cerrados: salchichas, panecillos, y malvaviscos. Un encendedor de plástico amarillo, todavía con la etiqueta del precio pegada, se deslizó por la costura del fondo de la bolsa.

-Es un festín -dijo, maravillada. Frankenstein recuperó la bolsa. -Ven, busquemos un lugar para cocinar. Summer gimió.

-Ya te he dicho que no puedo caminar más. Ni un paso más. -No iremos lejos. Sólo buscaremos un sitio donde podamos encender fuego sin incendiar el bosque. No me abandones ahora, Rosencrans. Quizás esté cambiando nuestra suerte.

-McAfee -lo corrigió, sin fuerzas, poniéndose otra vez en marcha.

Hizo una inspiración profunda. notando aliviada que podía, y lo siguió, con desgana. No tanto a Frankenstein como al alimento.

Después de un cuarto de hora, más o menos, llegaron a un arroyo ondulante que brillaba, oscuro, en la sombra. Summer taba tan agotada que habría caído dentro si Frankenstein no se hu biese detenido en la orilla. La nariz de Summer se topó con la espalda del hombre.

-Por aquí -le dijo. seòalando al otro lado. La mujer lo siguió, frotándose la nariz hacer fuego y pasar la noche.

Gracias a Dios.

Al otro lacio de la corriente había un área pedregosa, erizada de peñascos. Se extendía unos doce metros, hacia un acantilado alto, coronado de pinos de puntas agudas, recortados contra el cielo. Claro, en contraste con el cielo de la noche, el acantilado parecía haber sido tallado en piedra caliza. La luna arrancaba un brillo apagado a los cristales incrustados en la piedra.

Frankenstein se metió en el agua. Summer lo imitó, haciendo antes una inspiración profunda, y apretando la mano contra el costado, que aún le dolía.

Comparada con la temperatura del aire. el agua estaba fría. Helada, a decir verdad. Se le arremolinaba en los tobillos y las pantorrillas, y le subió hasta las rodillas. Al ver que Frankenstein chapoteaba hacia la orilla opuesta, Summer comprobó que, incluso en medio de la corriente, el agua casi no le sobrepasaba las rodillas.

No se ahogaría. No se mojaría el borde de los pantalones cor-tos, siquiera. Aprovechó para sacar un poco de arena del fondo sembrado de piedras, y se frotó las manos y la cara.

Cuando se enjuagó la arena con más agua helada, se sintió mejor.

Mientras se dedicaba a las abluciones, Frankenstein había llegado a la otra orilla. Se sacó la gorra, la apoyó, también a Muffy, y al gato de los neumáticos sobre la orilla, y se ello la vuelta para tenderle una mano a la mujer. Por lo menos, eso es lo que ella imaginó, y chapoteó para salirle al encuentro. Viendo la preocupación por ella, el fastidio de Summer hacia él disminuyó un tanto.

Steve se detuvo a menos de un metro, se inclinó por la cintura, y metió la cabeza en el agua.

Lo inesperado de la acción sobresaltó tanto a Summer que perdió el pie. La suela de la inmensa zapatilla resbaló sobre una piedra musgosa, y por unos instantes, se debatió, desesperada. Luego, cayó, lanzando un grito asustado, en medio de una gran salpicadura.

Cuando el agua le cubrió la cabeza, todavía tenía la boca abierta. Lo súbito de la caída, la impresión de encontrarse sumergida en agua helada, le provocaron pánico. Se ahogó. y agitó los brazos como una gallina decapitaría.

Una mano la aferró del frente de la camiseta, y la arrastró hacia arriba. Su cabeza emergió de la superficie. tosió, hizo arcadas y escupió, tratando de llenar de aire sus pulmones cargados de agua. Estaba empapada, y así él la ayudó a ponerse de pie, y tíos manos tibias la sujetaron de los codos. Alzando la vista, vio la cara sonriente y mojada de Frankenstein.

Este procuraba sostenerla a la distancia de un brazo, para que no le mojara la ropa.

-Si te ríes, te mataré. Te lo juro -le dijo entre dientes, a través de una cortina de pelo chorreando.

Steve rió.

Summer pensó en patearlo pero, con su mala suerte, resbalaría y terminaría ciándose otro chapuzón.

Pensó en pegarle, pero supuso que la eludiría. Y seguramente, también terminaría en el agua.

En cualquier caso, él reiría mucho más.

Se dio la vuelta y fue hacia la orilla, golpeando con fuerza el suelo con los pies. Las zapatillas repletas de agua parecían pesar cien kilos cada una.

Chapoteando por la orilla, goteando, temblando. Summer se rodeó con los brazos. Debía de tener un aspecto singular, porque Muffy echó un vistazo a la aparición que salía del arroyo, y empezó a retroceder.

Creyó escuchar una risa disimulada a sus espaldas.

Lanzó a Frankenstein una miraría sobre el hombro, que debió de haberlo calcinado.

¡Estaba furiosa! ¡Furiosa con él, consigo misma, con el mundo entero! ¡Si la Providencia había planeado todo lo acontecido las últimas veinticuatro horas como alguna clase de entretenimiento cósmico, estaba dispuesta a lanzarle a la Providencia una patada en los dientes!

Además, estaba congelándose.

-Ten -le dijo Frankenstein, en voz un tanto ahogada, sacándole los dedos helados de su propio brazo, y metiéndole en ellos la manta-. Quítate esa ropa mojada, antes de que pesques una pulmonía. Yo encenderé el fuego.

Dirigiéndole una mirada envenenaría, Summer se retiró tras un gran peñasco con toda la dignidad que pudo, aferrando la manta. Cuando salió, un rato después, envuelta en la manta como un niño papú, sosteniendo con gesto rígido su ropa escurrida, el cabello retorcido en un rollo empapado, la alivió descubrir que el hombre no le prestaba la menor atención. Le daba la espalda, mientras intentaba hacer crecer una llama vacilante que lamía, desanimada, una pila de ramas. Muffy estaba extendida a su lado, como una pequeña alfombra de piel.

Summer colgó la ropa de las ramas, cuidando de sujetarla bien, para que no se cayera durante la noche. Dio vuelta a las enormes zapatillas, y las

puso boca abajo sobre una piedra. Cuando terminó, el fuego estaba encendido, y Frankenstein estaba ensartando salchichas en una rama.

Comida. Ninguna otra cosa la habría impulsado a acercarse al fuego… y a él.

Era muy consciente de su desnudez, bajo la manta.

-Ten le dijo el hombre cuando se acercó, y le entregó otra rama donde había cuatro malviscos ensartados.

Mirándolo con desasosiego, Summer se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. De pronto, la manta se separó en la delantera, dejando expuesta la cara interna de un muslo pálido. Lanzándole una mirada a Frankenstein que, gracias a Dios, estaba con la vista fija en las llamas, acornoció mejor la tela de algodón contra su cuerpo. Una vez recuperado el recato, ella también se concentró en el fuego y en tostar la parte de la cena de la que debía encargarse.

Steve la ignoró. Summer lo ignoró.

El viento, todavía tibio, soplaba suavemente por el claro. Las llamas danzaban señalando su paso sobre el pequeño montón de leña. Allá arriba, parpadeaban las estrellas, orladas por un círculo de pinos altos.

Frankenstein estaba a menos de un metro y, como ella, se sentaba sobre el suelo endurecido con las piernas cruzadas. Por mucho que intentara fingir que no estaba allí, su visión periférica captaba una figura voluminosa.

El cabello húmedo brillaba, renegrido, a la luz de las llamas. El lacio derecho de la cara del hombre, el que estaba más cerca de ella, no estaba tan lastimado como el izquierdo. Todavía tenía algunos magullones, pero la mayor parte de la hinchazón había cedido. Yase podía notar que tenía pómulos altos, más bien planos, nariz recta de puente alto, labios finos, y mentón obstinado. El color natural de la piel era un poco pálido, ajuicio de Summer. De adolescente, debió de haber sufrido acné, pues en la mejilla se distinguían rastros de cicatrices antiguas.

"No es un hombre apuesto", concluyó, presumida. Y recordó aquel beso desinteresado.

Steve la miró. Los ojos, negros como el cabello, estaban rodeados por moretones idénticos. Eran duros, peligrosos. Los ojos de un hombre que no temía morir… o matar.

Una sola mirada de esos ojos debía hacerla estremecerse. Sorprendida, descubrió que así era… pero no de miedo.

Se apresuró a apartar la vista, para que él no creyese que lo miraba. Cuando volvió a mirarlo, él tenía otra vez la vista fija en el fuego.

Summer se sorprendió admirando la anchura de los hombros, descubiertos por la camiseta anaranjada, que la luz del fuego hacía brillar, y los músculos protuberantes de los brazos. Bajo los tensos pantalones, muslos y pantorrillas también eran musculosos, y además, velludos. El escote bajo de la camiseta revelaba que el amplio pecho estaba generosamente cubierto de rizos de sedoso vello negro.

No era apuesto, pero sí masculino. Intensa, poderosamente masculino. La pura fuerza de la masculinidad era mucho mas seductora que la mera apostura.

Al llegar a esa conclusión, Summer se topó con la mirada del hombre. Durante no más de un segundo, las miradas se encontraron y se

sostuvieron. Después, como si nada importante hubiese ocurrido, Frankenstein volvió a concentrarse en las salchichas que estaba asando sobre el fuego.

Summer, por su parte, sintió como si la hubiese atacado un rayo. ¿Cómo era posible sentir frío, miedo y hambre... y, al mismo tiempo, una poderosa atracción hacia el hombre que había provocado todo eso?

Teniendo en cuenta que, además, ¡él no reparaba, siquiera, en que era mujer!

Cuando estuvieron listos los malvaviscos, Summer se sentía tan enfurruñada como lo había estado Steve todo el día. Además, estaba tan hambrienta que no pudo esperar a que los malvaviscos se enfriaran. Sacó uno de la vara que todavía burbujeaba, de tan caliente, y se lo metió en la boca.

De inmediato, se quemó la lengua.

-¡Oh! ¡Ah! -boqueó, y tragó, desesperada, la cerveza que Frankenstein, atento, le pasó.

Con la lengua cocinada como una patata frita, y la pegajosa dulzura del malvavisco como barrera, la bebida no le supo tan horrible.

-Creí que odiabas la cerveza -observó él, cuando al fin ella bajó la lata.

-La odio.

La lengua aún le ardía, y la movió con cuidado.

-¿No fuiste a fiestas con los compañeros de la facultad? Sacó con cuidado una salchicha de la vara.

-No. -Summer se alzó de hombros-. No hubo facultad. Con embelesado interés, vio cómo equilibraba la rama junto al fuego, abría un panecillo y colocaba con cuidado la salchicha dentro. -¿Nada?

Dio un gran mordisco. -No. Eh, ¿y yo?

Indignada, se apoderó de la rama que él había dejado, donde aún había tres salchichas. Steve fue lo bastante atento para cambiar el paquete de panecillos por un malvavisco.

-¿Cómo fue eso? Se lo comió entero. -¿Qué?

Summer dio el primer mordisco a la salchicha. Le supo maravillosa, fantástica, divina. Si escribiera para la Guía de los Turistas, le hubiese adjudicado cinco estrellas.

-¿Cómo es que no fuiste a la universidad?

-Fui a Nueva York, para trabajar de modelo. De adolescente, asistí a una escuela de modelos en Murfreesboro (te aseguro que las clases me costaron un ojo de la cara), y me convertí en modelo a

media jornada. Después de graduarme en la secundaria, la escuela me consiguió unas entrevistas en algunas agencias de Nueva York. Una me contrató, y el resto, como dicen, es historia. Siempre creí que tendría tiempo de sobra para ir a la Universidad. Estaba equivocada. Dio otro mordisco a la salchicha: ambrosía.

-¿Y cuanto tiempo te quedaste en Nueva York?

Muffy se acercaba al hombre sobre la barriga, con la lengua colgando, meneando la cola con aire abyecto. Lanzó un delicado ladrido, y Frankenstein la miró, ceñudo. Luego, para asombro de Sumrner, partió un tercio de su salchicha y se lo dio a la perra. -Trabajé como modelo hasta dos meses antes de cumplir los veinticinco. No de alta costura, como yo

esperaba, sino para lencería, sobre todo para catálogos, y algunos trabajos hechos a mano. En aquel entonces, la lencería no era tan importante como ahora, y lo otro no era nada importante. Pero tenía un pasar decente, iba a muchas fies-tas interesantes y, en general, me divertía. Entonces, de pronto, aparecieron otras chicas, mas jóvenes, que eran las que requerían. Así, de repente -chasqueó los dedos-, se había terminado. Era demasiado vieja. Por eso volví al hogar.

Fue un error chasquear los dedos, pues Muffy hizo su imitación de una alfombra que repta en dirección a Sumrner. Y no tuvo más alternativa que darle su parte de malvavisco.

-¿Cuánto hace que sucedió eso? -Once años.

-Así que tienes treinta y seis. -Espantoso, ¿no?

Dio otro mordisco a la salchicha y trató de fingir que no le importaba. Sí, le importaba. No estaba preparada para envejecer. Necesitó mucho esfuerzo de adaptación para no ser más joven y esplendorosa. Nunca había imaginado levantarse por la mañana y contar las patas de gallo alrededor de los ojos al aplicarse la máscara, y luego una coloración para cubrir los cabellos grises que cada vez asomaban, más numerosos, entre el castaño. Pero, por supuesto, le había sucedido.

Se alegraba de que la lucha por superar todo eso ya hubiese pasado.

Salvo cuando un hombre, en especial uno que le interesaba tanto como empezaba a interesarle Frankenstein, daba la impresión de no adjudicarle un gramo de atractivo sexual. Era en esos casos cuan-do envejecer volvía a dolerle.

Capitulo 22

-Para mí, treinta y seis está muy bien. Yo tengo treinta y nueve.

-En los hombres es diferente. Apuesto a que, si tienes oportunidad, saldrás con chicas de veinte.

En el tono de Summer vibró el disgusto.

-No. Me gustan las mujeres lo bastante mayores para saber lo que hacen, pero suficientemente jóvenes para hacerlo, de todos modos.

Summer lanzó una exclamación escéptica: -¡Ja, ja!

Steve rió, y sacó otro malvavisco de la rama.

-Bueno, ¿qué pasó cuando volviste al hogar? Cuando dices hogar, te refieres a Murfreesboro, supongo.

Asintió.

-Nací en Murfreesboro, y cuando dejé de tener trabajo en Nueva York, volví a mi pueblo natal. ¿No sabes que los nacidos en Tennessee, por mucho que nos alejemos, siempre volvemos?

-Creo que he oído eso en algún lado. -Frankenstein mordió la segunda salchicha con el mismo gozo con que había atacado la primera-. ¿Volviste con tu familia? Padres, hermanos.

-Marná, papá, hermana mayor Sandra, hermana menor Shelly. Yo era la del medio. La cabeza dura, que jamás escuchaba a nadie. Papá solía decir que yo siempre tenía que aprender las cosas del modo más difícil. Quiso enviarme a la Universidad; yo acepté el dinero, pero me fui a Nueva York. Mis hermanas, por su parte. quisieron estudiar. Sandra es ahora técnica

médica allá, en California, hace quince años que está felizmente casada, tiene cuatro hijos maravillosos. Shelly vive en Knoxville. Es abogada. tiene un matrimonio feliz de nueve años, tres hijos estupendos. Luego, yo: divorciada, sin hijos, encargada de limpieza.

Rió sin humor. Las hermanas. más sensatas, habían elegido el camino que los padres trazaron para ellas; Summer, por su parte, desoyó todo consejo para seguir una estrella... y en el trayecto se quemó los dedos.

-Por lo menos, tuviste valor para intentarlo.

Viniendo de Frankenstein, del que sólo esperaba una burla a sus expensas, el comentario la asombró. Dio varias vueltas a esa idea en una y otra dirección, y por fin lo miró con verdadera gratitud. Jamás se le había ocurrido estudiar su decisión desde ese punto de vista, y sintió que se deshacía un nudo pequeño pero duro de arrepentimiento, que hacía mucho tiempo se le pudría dentro.

Antes de que pudiese decir algo, Steve continuó:

-Entonces, ¿qué hiciste tú, modelo de lencería de Nueva York, al regresar a tu pueblo, a Murfreesboro?

Summer esbozó una pequeña sonrisa.

-Me casé, ¿qué otra cosa podía hacer? Con el apuesto médico, hijo del jefe de policía. Pese al pequeño defecto de que era judío, mis padres estaban encantados. Y pese a mi pequeño defecto, de ser de la iglesia baptista, los padres de él estaban encantados. Hasta yo estuve encantada... durante un tiempo. Se gastó.

-¿Qué pasó?

Por extraño que pareciera, en la voz del hombre vibró la simpatía.

Summer mordió la salchicha.

-Se casó con la modelo de lencería, no conmigo. Cuando descubrió que mi peso normal estaba unos diez kilos por encima del que tenía al casarme con él, y que mi cabello no se rizaba a menos que yo me pusiera rizadores, y que mis labios no eran rojos sin lápiz de labios, cambió drásticamente.

-¿Ah, sí? -Frankenstein respondió al acto de la alfombra de Muffy arrojandolo le un trozo de panecillo-. Así que, te divorciaste ¿eh?

-No de inmediato. Ojalá lo hubiese hecho. Se pasó cinco largos años intentando volver a convertirme en la mujer con la que se había casado. Femenina, atractiva, y espléndida veinticuatro horas al día. Y yo pasé esos mismos años permitiendo que lo hiciera. Qué tonta.

Sin querer, asomó en su voz la amargura que Summer creyó olvidada hacía mucho. ¡Las cosas que había hecho por Lem...! Se obsesionó por la ropa, mantuvo la casa impecable, preparó comidas con sobras, recibió a los amigos y colegas de él con la atención servil a los detalles propia de una vana Martha Stewart... y pasó mucho tiempo mirando películas en vídeo, mientras Lem trabajaba todas las horas del Señor. Poco a poco, iba volviéndose loca de desdicha y, para complacerlo, hacía dieta permanentemente, hasta el punto de morir de hambre. En ocasiones, cuando ya no podía soportarlo más, esperaba a que Lem saliera de casa y se atiborraba con cualquier cosa que pudiera encontrar: helado, pan, caramelos que había escondido con ese fin. Después, por supuesto, se sentía mal. Enferma del estómago, pero también de vergüenza, por no poder ser la chica con la que Lem creyó haberse casado. Como Lem le decía repetidas

veces -cada vez que ingería una comida normal-, no sabía que se había casado con una cerda.

Con Lem, siempre se sintió una cerda. Frankenstein la contempló, pensativo.

-Más tonto él, diría yo. Para ser un saco viejo de treinta y seis, no estás nada mal.

Summer le obsequió una sonrisa radiante.

-No sé qué te propones, Frankenstein, pero si sigues halagándome así, tal vez lo logres.

El sonrió:

-Te juro que ha sido un cumplido. -Eso dicen todos.

-Ten un malvavisco. Quizá te endulce. -Quizá.

Compartieron el último malvavisco tostado. Summer saboreó la pegajosa golosina que se le derretía en la lengua, y lamentó su fin. Frankenstein debió de sentir lo mismo, porque se lamió el resto gomoso de los dedos cuando terminó su propia mitad.

-¿Qué pasó después que te divorciaste de cómo se llama?

-Lem. Doctor Lemuel C. Rosencrans, urólogo. ¿De verdad te interesa escuchar el resto de la historia de mi vida?

-No tenemos televisión. No hay nada mejor que hacer. Summer le hizo una hueca.

-Bueno, me divorcié. Divorcio sin culpables, sin hijos, y como Lem ya era médico cuando me casé con él, y como en la casa no había ningún bien importante del cual valiese la pena hablar, terminé casi sin dinero. Fue un golpe. Hasta ese momento, jamás supe lo que era tener que preocuparme por lo que iba a comer al día siguiente. En esa época, mis padres vivían en Santee, y mi padre estaba enfermo. El divorcio los angustió mucho, y yo no quería cargarlos con más cosas de las que ya tenían encuna. Mis hermanas estaba casadas y ya no vivían en el pueblo. Estaba decidida a lograrlo sin ayuda de nadie. El problema era que no tenía estudios ni preparación para ningún trabajo. Había sido modelo de lencería y ama de casa: trata de encontrar empleo con ese tipo de referencias en Murfreesboro. Estaba demasiado vieja y gorda para exhibir ropa interior, y ya no tenía marido ni casa. Pero sí había algo que había sacado de mi matrimonio: te juro por Dios que sabía limpiar. Entonces, empecé a limpiar casas ajenas. Y así nació Daisy Fresh. Desde aquel momento, me sostuvo, y ha crecido todos los años.

Frankenstein engulló el último bocado de salchicha.

-No sé cómo decírtelo, Rosencrans, pero es una historia de éxito.

A Summer le encantó el comentario. -Gracias.

-Supongo que, a esta altura, habrás sacado a no sé cómo se llama de tu cabeza. ¿Ha habido otros hombres?

-Estoy saliendo con una persona. Jim Britt, dentista. -¿Es serio?

Summer vaciló, y al fin decidió decirle la verdad: -No.

-Bien.

Lo miró con prudencia. -¿Qué quiere decir eso?

-Odio la idea de que te conviertas otra vez en la esposa insignificante de algún doctor.

La expresión del hombre era imperturbable.

-Eso no volverá a pasarme jamás, créeme. Aprendí la lección. Se estremeció exageradamente, observando con nostalgia cómo Steve doblaba el borde de la bolsa de malvaviscos para protegerlos de la tentación. Todavía quedaba más o menos una docena. La prudencia indicaba que esos, más las salchichas, los panecillos, las galletas y las pastillas de menta que quedaban se ahorrasen para futuras comidas.

-Si estamos jugando a las Veinte Preguntas, yo tengo algunas que hacerte: ¿tú fuiste a la Universidad?

-Sí. A la Eastern de Kentucky. Me doctoré en apoyo a la Ley. Pero no lo hice en cuanto salí de la secundaria. Primero, me alisté en la Infantería de Marina.

-¿Por tu voluntad?

La mayoría de los hombres de esa generación que conocía habían pasado todos sus años de formación tratando de evitar el servicio militar.

Steve sonrió: -Sí.

-¿Por qué?

-Digamos que me tragué toda esa basura de ser de los pocos, el orgullo...

-¿En serio?

-Y no quería que me alistaran por la fuerza. Pensé que me iría mejor si me alistaba antes de que me atrapasen.

-¿Y fue así? O sea, ¿te fue mejor?

-Debe de ser, porque todavía estoy entero. Sin embargo, muchos de mis amigos se las ingeniaron para pasar los años más pesados del servicio militar en la Guardia Nacional.

-¿Estuviste en Vietnam?

Bajó la voz, y lo miró con renovado respeto. Steve sonrió.

-No, pero me aguanté durante un tiempo allá. En el preciso momento en que terminé el entrenamiento básico, las tropas empezaron a volver al país. Nunca en mi vida he agradecido tanto algo. Pasé casi todo mi servicio militar en Carolina del Norte. Eso significa que perdí la ocasión de ser un gran héroe de guerra.

-Pero no te mataron. -Así es como lo veo yo.

-¿Te casaste... estás casado? -Divorciado.

Lo dijo en tono tranquilo. No apareció el menor vislumbre de bloqueo.

-¿Cuándo?

-Hace tres años. Cuando mi vida se fue al infierno en canoa. Además de todo lo que me había pasado, mi esposa me dejó. Y se llevó a mi hija.

-¿Tienes una hija?

Por alguna razón, la idea de que pudiera ser padre no se le había ocurrido.

-Sí. Ahora tiene trece años. La he visto exactamente tres veces desde que tenía diez. -La amargura con que lo dijo le reveló que era un tema delicado-. No quiere verme. Me culpa de todo lo que pasó, incluso del divorcio. Dice que le he destrozado la vida. En la escuela, los chicos se burlan de ella por ser mi hija.

-Lo siento.

Al presenciar ese dolor mal disimulado, a Summer sus propios recuerdos del pasado le parecieron opacos, en comparación.

-Sí. Yo también.

-Así que tu esposa se divorció de ti... ¿por lo que pasó?

En su intento por ser discreta, la lengua de Summer se trabó en las últimas palabras.

-¿Te refieres al pequeño episodio de adulterio? Oh, sí. -Lo siento -repitió.

Sabía que las palabras eran insuficientes, pero no se le ocurrió nada mejor.

-Yo no. Por el divorcio, ya no. Nunca fuimos buenos uno para otro. Mi esposa solía decirme que yo jamás la amé realmente, y tenía razón.

-¿La conociste en Carolina del Norte? Negó con la cabeza.

-Elaine era de Nashville. La conocí cuando salí de la infantería. Era dos años menor que yo, y estuvimos casados once años. Tal vez, tres de ellos fueron buenos. Sentía celos de cualquier mujer a la que yo le dijera dos palabras. Y yo jamás la engañé, lo juro sobre la Biblia. Por lo menos, hasta...

La voz se perdió, pero Summer lo entendió.

-¿Cómo se llamaba?

La expresión de Steve fue inescrutable, pero no fingió ignorar a qué se refería ella.

-Deedee. -¿La amabas?

-¿A Deedee? -Guardó silencio un instante, con mirada reflexiva-. Estuve loco por ella desde que éramos adolescentes. Hasta que logré lo que había estado ansiando durante veintidós años: que ella y yo nos complicáramos en una historia al rojo vivo... que no se pareció en absoluto a lo que había esperado. Eramos como el agua y el aceite, nada compatibles. Pero la amaba. Sí, la amaba. Al final, no bastó. Para mí, no. Y para ella, tampoco.

La cruda angustia que se percibía en aquella voz le advirtió a Sumrner que no insistiera con el tema. Al ver que, de pronto, se atareó partiendo en pedazos la última salchicha para Muffy, ha ciendo gala de tacto, Summer se levantó y se alejó hacia la oscuridad, murmurando algo acerca de atender las demandas de la naturaleza.

Cuando volvió, al principio Steve no la miró. Estaba en cuclillas junto al fuego, atento a alimentar el fuego con ramas. Lo observó creyéndolo abstraído, y lo vio agarrar una lata de cerveza recién abierta que tenía al lado, y darle un gran trago.

Summer recordó que le había dicho que era alcohólico, y se alarmó.

Debió de sentir la mirada de ella sobre sí, porque alzó la vista. Sin quererlo, la mirada de Summer se posó en la lata que él seguía teniendo en la mano.

Sabiéndose observado, se llevó la lata a los labios y bebió otro trago generoso.

-Deja de preocuparte -le aconsejó, cuando terminó y se lim-pió la boca con el dorso de la mano-. No querrás que muera de sed, aquí en el bosque, ¿no? -Al verle la expresión, de pronto rió-. Además, es agua. Llené la lata vacía en el arroyo.

-En ese caso, espero que no te dé disentería.

No fue fácil emplear un tono liviano, como supo que debía ser. Sentía tanta simpatía hacia él que le costó un gran esfuerzo disimularlo.

Por instinto, Surnmer comprendió que a Steve no le gustaría nada que sintiera compasión por él. Lo sabía con tanta certeza como que siempre existirían los impuestos y la muerte.

La superficial advertencia le provocó una mueca. -Jesús, no lo había pensado.

-Ya es demasiada tarde.

Inesperadamente, Summer bostezó hasta que le crujieron las mandíbulas. Con el estómago lleno, era capaz de quedarse dormida de pie. Necesitaba dormir más que ninguna otra cosa. Miró a Frankenstein y vio que, de pronto, parecía turbado.

Se atareaba guardando lo que quedaba de comida, envolviéndolo en la bolsa de plástico blanco, y abriendo el cierre del bolso para almacenarlo, supuso. Cuando ella bostezó, le sonrió.

-Creo que para ti ya es hora de acostarse, Bonzo.

En efecto, hora de acostarse para Bonzo. Estuvo de acuerdo. Pero aparecía un pequeño, un diminuto problema.

Sólo tenían una manta. Y Summer estaba envuelta en ella.

Capitulo 23

-¿Necesitas pijama?

Frankenstein revolvió el bolso y sacó algo. Summer reconoció, con alivio, el uniforme de Daisy Fresh. Tal vez no estuviese demasiado limpio, pero era ropa. Por suerte, no tendría que dormir desnuda. -Gracias.

Recibió las prendas y se retiró tras una roca para ponérselas. Sin la ropa interior, su trasero desnudo se pegaba a los pantalones de poliéster, y sus pechos colgaban, libres, bajo el nailon delgado de la blusa. Echó un vistazo, y vio que los pezones se evidenciaban a través de la tela.

Se envolvió otra vez con la manta y se sintió mejor: así no estaba tan expuesta.

Cuando salió de atrás del escondite, vio que el hombre se había embutido en el rompevientos con capucha y había arrastrado el bolso hasta un sitio cerca del fuego. Estaba tendido de espaldas, la cabeza apoyada en el bolso, y los brazos cruzados sobre el pecho.

Tenía los ojos cerrados y, cuando Summer se acercó, vacilante, los abrió.

-Buenas noches -le dijo.

Incrédula, Summer vio que cerraba de nuevo los ojos. Y a juzgar por el ritmo de su respiración, segundos después estaba dormido. ¿Buenas noches?

Era evidente que no tenía motivos para temer la posibilidad de compartir la manta con él. En apariencia, estaba conforme, no, más bien ansioso de dormir solo, desafiando el aire frío de la noche, por no tener que compartir la manta con ella.

Antes no se había mostrado tan quisquilloso. ¿Habría adivinado que ella estaba cada vez más interesada en él? ¿Creería que podía ser atacado mientras dormía?

A Summer le ardió la cara.

Echó un vistazo alrededor, a la oscuridad que había más allá del círculo parpadeante de luz que lanzaba el fuego, y tembló. Podía haber cualquier cosa en esa oscuridad.

Sin embargo, no estaba dispuesta a rebajarse, pidiéndole a Frankenstein que la dejara dormir con él.

Apretando más la manta, se arrodilló, limpió un espacio de ramas y piedras, y se acostó. Chasqueó la lengua llamando a Muffy, y cuando se aproximó la acurrucó junto a ella, halo la manta.

Muffy suspiró y se acomodó, y Summer ya no se sintió tan sola. Cerrando los ojos, se dispuso a dormir.

La situación se hizo paradójica: ahora que quería dormir, no podía. Acurrucada en posición fetal, no lejos del fuego -o de los pies de Frankenstein-, usando un pliegue de la manta como almohada, intentó de todo para adormilarse, desde contar ovejas hasta imaginar las flores que plantaría el verano siguiente en el jardín. Todo fue inútil. Su mente estaba despierta y activa; las emociones oscilaban entre la ofensa por la falta de interés de Frankenstein y el miedo por lo que la rodeaba.

No le había dirigido ni una mirada sugestiva, siquiera, durante la cena. Debía de saber que ella estaba desnuda bajo la manta, pero ese conocimiento, al parecer, no lo perturbaba en lo más mínimo. Se oyó un chillido.

Summer abrió de golpe los ojos. ¿Qué había sido ese ruido? Mirando alrededor, no vio nada que se moviera, salvo las llamas, y el pecho de Frankenstein que subía y bajaba con regularidad. Más allá del pequeño círculo de luz del fuego, la oscuridad era impenetrable. Algún animal -uno pequeño, quiso creer- debía de haber chillado en algún punto lejano del bosque.

Sus párpados empezaron a bajar otra vez. ¿Por qué Frankenstein no le había hecho ninguna insinuación? En las presentes circunstancias, ningún hombre habría vacilado. ¿Podía ser que la preocupación por la situación en que se hallaban le hubiese debilitado el impulso sexual? ¿Estaría demasiado cansado por la extenuante caminata?

Se le cruzó la idea de que él era demasiado caballero para apro-vecharse de la situación, pero la desechó con desdén. ¿Frankenstein, un caballero? No lo creía.

Se oyó un crujido restallante.

¿Qué había sido eso? Abrió otra vez los ojos. Tampoco se veía nada más que las piedras, el fuego y Frankenstein. Muffy, acurrucada bajo su barbilla, dormía profundamente. La piel le cosquilleaba la nariz, pero por nada del mundo habría apartado a su compañera de sueño. Aunque la seguridad que le brindaba la perra era ilusoria, y ella lo sabía, tenerla cerca la hacía sentirse mejor.

Si hubiese un oso merodeando por ahí, ¿cuánta ayuda podría brindarle Muffy?

"Por lo menos, ladraría", se dijo. Y se vio obligada a añadir: "Espero."

Según su experiencia, Muffy sólo ladraba cuando quería hacerse entender con respecto a la comida. Oh, bueno, podría pensar que un oso merodeador era algo para comer.

Lo más probable sería que el oso decidiera comerse a Muffy. Cerró los ojos una vez más. "Duerme", se ordenó. "Duerme." Pero el sueño no acudía, ni con la mejor voluntad.

"¿No seré del tipo de Frankenstein?", se preguntó. ¿No la veía atractiva? Por lo general, los hombres se desmayaban al verla.

En esa frase, lo principal era el tiempo pasado.

Lo más probable era que, pese a su jocoso comentario, Frankenstein prefiriese a las chicas de veinte, de cuerpo firme.

Una mujer de treinta y seis, con patas de gallo y un cuerpo voluptuoso, tal vez no lo excitara.

La mayoría de los hombres no tenían suficiente sensatez para apreciar una sabiduría duramente adquirida, y cierta experiencia en la vida, y preferían una adoración ciega y estúpida.

En síntesis, la mayoría de los hombres pensaba con el pene. Y era evidente que el de Frankenstein no pensaba en ella.

Furiosa, trató de convencerse de que así estaba bien. Y con ese pensamiento, por fin se durmió.

Poco después, un grito ronco la despertó bruscamente.

Se incorporó de golpe, con el corazón palpitante. Todavía estaba muy oscuro. ¿Haría mucho que estaba dormida? No tenía idea. Lo único que sabía era que estaba mortalmente asustada.

Alguien había gritado.

Miró alrededor y vio que Frankenstein estaba a gatas sobre manos y rodillas. el rostro ceniciento, y tenía la vista fija en un punto, más allá del fuego. No era necesario ser un genio para deducir que fue él el que había lanzado el grito que la despertó.

-¿Qué es? ¿Qué pasa?

Bailaron en la mente de Summer imágenes de osos agresivos y, arrastrando consigo la manta y a Muffy, traspuso los pocos metros de suelo rocoso que los separaban. Frankenstein no la miró siquiera cuando ella apoyó el hombro y la cadera contra él.

-¿Mira... mira allí! Señaló a la oscuridad.

Summer miró, pero no vio otra cosa que las sombras de las ramas que se balanceaban. Ella también estaba a gatas. Con los costados tocándose, miraron algo que estaba más allá del círculo de luz.

-¿Qué? ¿Qué es?

El corazón de Summer latió con fuerza, y se le secó la garganta, mientras escudriñaba las sombras movedizas, para descubrir lo que los amenazaba. Para que Frankenstein se asustara así, debía ser, por lo menos, un hombre lobo. O los malos.

-¿No la... no la ves?

La voz era ronca, desbordante de horror. -¿A quién? ¿A quién tengo que ver?

Casi se le saltaron los ojos de las órbitas del esfuerzo con que observaba en la dirección que Steve indicaba. Cualquier peligro que rondara y que ella no alcanzaba a ver, era lo bastante espantoso para horrorizar a Frankenstein y, por lo tanto, también a ella. Estaba lista, dispuesta a aterrarse, sólo por su fe en él.

-Deedee -pronunció, casi con un graznido.

¿Deedee? ¿Quién era Deedee? Jadeando de miedo y tratando de perforar la tiniebla con los ojos, Summer se esforzó por recordar. ¿No era ese el nombre de la mujer que...?

-¡Deedee está muerta! -estalló.

-¿Acaso crees que no lo sé? -La miró con expresión enlo-quecida-. ¡Pero está aquí... mira! ¡Oh, Dios mío, está aquí! Estaba conmocionado.

Observándole el rostro, en lugar de mirar a la noche vacía, Summer supo que debía de haber sufrido una pesadilla. Claro, eso era. Era la única explicación. Y ahora que lo pensaba, ya había tenido otra, antes.

¡Por Dios, me has dado un susto terrible! Aturdida por el alivio, se puso en cuclillas. -¡Maldición, mira a la perra!

El tono apremiante la hizo ponerse otra vez a gatas. Aunque sabía que era ridículo, Summer miró... y sintió escalofríos que le corrían por la espalda. Muffy estaba en el interior del círculo de luz, la cola y las orejas erguidas, y miraba con fijeza al mismo sitio donde miraba Frankenstein. El sitio donde aseguraba haber visto a Deedee, muerta hacía mucho tiempo.

¿Podía ser que los dos hubiesen visto un fantasma? ¡Tonterías! Eso no existía.

Si ha y algo extraigo...

En medio de las sombras, más allá del fuego, algo empezaba a cobrar forma. Los ojos de Summer se dilataron. Se le cortó el aliento. Junto a ella, Frankenstein parecía convertido en piedra y, como ella, tenía la atención clavada en algo que se movía fuera del círculo de luz.

Muffy estaba con las orejas y la cola enhiestas, alerta, mirando. ... erg tu vecindario, ¿A quién vas a llamar?

Le martilleó el corazón. Realmente, de verdad, ¿estaría a punto de ver un fantasma vivo... o como fuera?

Allí -no se equivocaba- se materializaba una silueta .sólida, fuera del círculo de luz, y avanzaba hacia ellos.

¡Ghostbusters!

Muffy ladró, Summer gritó, Frankenstein aulló, y la cosa levantó vuelo.

Como hechizada, Summer vio cómo tres ciervos de colas blancas saltaban, casi al mismo tiempo, por encima de la hoguera, y se perdían en la noche.

-Jesús. -La respiración de Frankenstein era trabajosa. Vol-vió a mirar al sitio que lo había atraído antes-. Ella se ha ido. -¿Cómo que se ha ido? Claro que se ha ido. Nunca estuvo ahí. Idiota, casi me matas del susto.

Le dio un puñetazo en el brazo. Se había asustado tanto que aún le costaba respirar.

-¡Eh, me haces daño! -Frankenstein le sujetó las manos, antes de que lo golpease otra vez-. ¡Tengo una herida, ahí!

-¡Ha sitio un mal sueño!

-Un mal sueño. -Apretó las manos sobre las de ella. Summer lo miró a los ojos, y vio una expresión atormentada-. ¿Tú no has visto nada?

-He visto unos ciervos. -Jesús.

-Has tenido una pesadilla.

-Creo que estoy volviéndome loco. -Cerró los ojos-. ¿Tú no crees en... fantasmas?

Summer negó con la cabeza, sin pensar que él no podía verla. -No seas tonto.

-Así me siento. -Gimió-. ¿Y entonces, por qué sigo viendo a Deedee?

-¿Ya la has visto antes? -Sí. ¡Oh, sí!

Los abrió otra vez. -¿Cuándo?

La expresión de Frankenstein se volvió cerrada. -Antes.

-Por ejemplo, ¿cuando gritaste en sueños? -Sí.

-Eso significa que fue una pesadilla, igual que esta noche. Lo que debes preguntarte es qué la provocó.

Frankenstein rió, aunque sin alegría. -Eso, creo que puedo deducirlo. -¿Ah, sí?

-Sí.

Summer esperó, pero él no parecía dispuesto a explicarlo. -Dímelo.

-Rosencrans, créeme que no te agradará saberlo. -Sí.

En los ojos de Steve apareció un súbito brillo. -¿Seguro?

-Seguro.

-¿Estás convencida?

-¿Puedes dejar esa actitud absurda y decírmelo?

-Está bien. Recuerda que tú lo has pedido.

Le apretó las muñecas con las manos-. Sólo veo a Deedee cuando tengo una erección.

-¿Qué?

No pudo creer lo que oía.

-Ya me has oído. Y sólo tengo una erección cuando pienso en hacerlo contigo.

Summer trató de soltarse las ruanos, pero él la retuvo. ¡Ahora entendía por qué le sujetaba con tanta fuerza las muñecas! ¡Temía que volviese a golpearlo! ¡Y con buenos motivos!

-¡Pedazo de mentiroso, ofensivo, hijo de una...!

-Juro por Dios que digo la verdad -dijo, y apoyó uno de los puños sobre la bragueta, para demostrárselo.

De pronto. Summer se quedó inmóvil. Bajo la lona tirante, el bulto pétreo era inconfundible.

-¿Ves? -le preguntó en voz queda. Y no reía.

La mirada de la mujer se topó con la de él, y se le cortó el aliento. La pasión que ardía en aquellos ojos negros, mortíferos, era real.

-Frankenstein...

-Me parece mejor que me llames Steve -dijo, con una insinuación de risa, y la atrajo a sus brazos.

Summer se acercó, dispuesta, apoyándose sobre el pecho de él, mientras los brazos del hombre le pasaban por la espalda. Los de ella le rodearon el cuello.

-Steve -exhaló, mirándolo a los ojos. La miraron, radiantes.

-Así es mejor -dijo, y rodó sobre ella, haciéndola acostarse de espaldas, mientras él se inclinaba sobre ella, apoyado en los codos.

Con las manos en los hombros de él, Summer contempló aquel rostro magullado, golpeado, nada apuesto, y sintió que sus entraòas se licuaban.

Entonces, Steve bajó la cabeza y la besó.

Capitulo 24

Esta vez, la tierra se sacudió. Sonaron campanas. En la cabeza de Summer estallaron estrellas. La boca de Steve era dura, caliente y, para su asombro, muy tierna. Le tocó los labios con la lengua, la deslizó entre sus dientes entreabiertos, y se apoderó de su boca. Una mano cálida y fuerte

encontró su pecho izquierdo y se cerró sobre él, a través del nailon. Todo giró alrededor de Summer.

Temblorosa, correspondió al beso con abandono, los ojos cerrados, los brazos rodeándole el cuello. Cuando las manos del hombre separaron los bordes desgarrados de su blusa para acariciarle los pechos desnudos, ella arqueó la espalda para permitirle mejor acceso. Cuando la boca de Steve abandonó la de ella y se deslizó hacia abajo por el cuello, cerrándose sobre un pezón, endurecido corno una piedra, Summer apretó la cabeza de él, acercándolo más, mientras él pasaba de uno a otro.

Jamás en la vida había sentido semejante pasión. Impacientada con la ropa, sus manos reptaron bajo el rompevientos y la camiseta de él, para tocarle la espalda. La piel era tibia y tersa. Los músculos, fuertes. Summer acarició esos contornos duros, embelesada con su fuerza. Deslizó las palmas por la espalda, y las metió bajo la cintura de los pantalones.

-Jesús.

Frankenstein -Steve- se apartó, se sentó con brusquedad, y se quitó ambas prendas de un solo tirón, sacándolas por la cabeza. Summer contempló los hombros anchos, la extensión del pecho con

la cuña de rizado vello negro, el hueco de la garganta, los chatos pezones masculinos, y el nítido círculo del ombligo que asomaba so-bre la pretina del pantalón, y se le secó la boca. Lo deseaba. ¡Oh, cuánto lo deseaba!

Con manos torpes, Steve trató de soltarse el botón de los pantalones. Summer le apartó las manos y lo desabrochó. Luego, encontró el pasador de la cremallera y lo bajó.

Oculta tras el algodón de los calzoncillos, la flagrante evidencia de su deseo hacia ella se proyectó hacia fuera por la V abierta del pantalón. Summer contuvo el aliento, y recorrió con el índice todo el largo del bulto.

-Rosencrans, vas a hacerme estallar la cabeza -le dijo.

A continuación, sin darle tiempo a recordarle que, dadas las circunstancias, ella era Summer, caramba, se colocó encima, su boca sobre la de ella, sus manos entre los dos, manoteando el cierre de los pantalones de la mujer.

No había cierre. Los pantalones de poliéster ordinario tenían cintura elástica. Al descubrirlo, Steve siguió adelante. Metió la mano dentro, pasó sobre la barriga suave, hasta el nido de vello entre las piernas. Summer se olvidó de respirar cuando él la acarició con dedos sabios.

Encontró el pequeño capullo que anhelaba su contacto, y lo acarició hasta volverla loca. Sentía que ascendía en una espiral cada vez más alta...

De repente, Steve se quedó inmóvil. Con los dedos detenidos en medio de la tarea, el cuerpo que había estado presionando rítmicamente contra el de ella, se puso rígido. Summer gimió, se re torció, empujó suplicante contra la mano de él, rogándole que continuara. No se movió.

Summer abrió los ojos. No la miraba a ella. Con la mano dentro de los pantalones de ella, el brazo rodeándole la espalda, y el cuerpo femenino trémulo bajo el suyo, jadeando, dispuesto a que lo gozara, Steve tenía la cabeza levantada, y la vista fija en la oscuridad.

-Steve... -murmuró, incorporándose unos centímetros del suelo, y apretando los pechos desnudos contra el tórax de él.

El contacto entre sus pezones palpitantes y los músculos duros, cubiertos de vello, fue tan placentero que casi olvidó por unos instantes que el hombre no le prestaba atención.

-Está aplaudiendo -dijo Steve, de pronto. -¿Qué?

Enlazándole los brazos en el cuello, aplastando los pechos contra el tórax de él, Summer le besó el costado del cuello. -¡Jesucristo! Tengo que salir de aquí.

Le apartó los brazos, se levantó de un salto, y se subió el cierre de los pantalones.

-¿Qué?

Summer cayó de espaldas en la tierra y se quedó mirándolo, perpleja.

-Ven, tenemos que irnos.

-¿De qué estás hablando? -chilló.

Steve se apoderó con gesto brusco de la camiseta tirada en el suelo y se la puso.

-Ponte esto -le dijo, arrojándole el rompevientos. -¿Qué te pasa?

La mujer se sentó y lo contempló, incrédula, viéndolo guardar la manta a manotazos dentro del bolso.

-¡Maldición!, ¿quieres vestirte?

La mirada de él la abrasó. De súbito, Summer tuvo aguda conciencia del aspecto que debía presentar, el trasero enfundado en poliéster negro plantado sobre la tierra, la blusa colgando, abierta, sobre los pechos plenos, coronados de rosa, expuestos a la vista, el cabello revuelto en torno de la cara, los ojos ardiendo de pasión, seguramente.

De prostituta. Ese era el término que buscaba.

Súbitamente avergonzada, juntó los bordes de la blusa, abrochó los pocos botones que quedaban, recogió el rompevientos y, para terminar, se lo puso.

-Ten. Date prisa.

Mientras ella se vestía, Steve había recogido la ropa húmeda que estaba colgada de las ramas para secarse.

El "ten" acompañó a las zapatillas y las medias, que cayeron junto a ella. Summer las miró parpadeando, sin poder creerlo, viendo que Steve metía el sostén y las bragas dentro de los pantalones cortos y la camisa, y todo eso dentro del bolso.

-Debes de estar bromeando. ¿En serio, nos vamos? Ponte las zapatillas!

Sonó como un rugido en sordina. La hostilidad irradiaba de él como los rayos del sol.

-¡Bueno, muérete, Frankenstein!

Indignada, Summer se apoderó de las medias todavía húmedas, y se las puso con rnovirnientos bruscos. Mientras se ataba los cordones de las zapatillas que aún chorreaban, él también se calzó.

Ni la furia cíe la mujer pareció alcanzarlo. Fue corno si hubiese desconectado -no, en realidad, olvidado- la pasión que aún latía en las venas de Summer, con vida propia.

-Yo llevaré a la perra. Vámonos.

De pie, con la gorra de los Bulls firmemente encasquetada, Frankenstein echó tierra sobre el fuego. A continuación, aumentando más aún la furia de

Summer, se encaminó hacia la oscuridad, sin dirigirle otra palabra, sin lanzar una mirada hacia atrás para asegurarse de que lo seguía.

¿Cómo se atrevía a tratarla tan mal? Summer lo siguió, indignada. Lo que multiplicaba su furia era que no tenía valor para alejarse en dirección opuesta. Haber saltado así en medio del acto de amor más explosivo que hubiese vivido, y lanzarse a correr en medio de la noche sin un motivo lógico que pudiese explicarlo era el comportamiento más irritante con el que se hubiese topado.

Que la condenaran si volvía a dirigirle alguna vez la palabra. Con Frankenstein en la delantera, a un ritmo enloquecido, bajaron valles y subieron laderas, rodearon montones de piedras caídas, cruzaron una nube muy pestilente de olor a mofeta en la más absoluta oscuridad. Bajo las hojas caídas, el suelo de un salto de agua subterráneo por el que pasaron estaba resbaladizo, y en las zonas barrosas, parecía chupar el calzado de Summer. Las ramas proferían extraños crujidos a cada impulso del viento. El olor intenso de las agujas de pino y los otros olores de tierra, hojas y moho, rnás tenues, reemplazaron al de la mofeta.

Por fin, salió el sol, y unas nubecillas de vapor flotaron, lánguidas, para recibirlo. Unos dedos de niebla se arrastraban por el bosque y seguían avanzando. Los pájaros trinaban. Las cigarras cantaban.

El amanecer cedió lugar a la maòana plena, y el aire fue entibiándose. Se secaron las gotas de rocío que habían destellado al sol como joyas entre los árboles. Las ardillas salieron a desayunar. Summer quería desayunar.

Delante de ella, con Muffy metida bajo el brazo como una pelota de fútbol, Frankenstein seguía y seguía, como una versión humana del conejo de la publicidad de pilas.

Ya había tenido tiempo de pensar en toda la situación fallida, y sabía qué era lo que lo empujaba. En mitad del acto amoroso, imaginó que veía otra vez a Deedee.

Y eso, lo mirara como lo mirase, no le caía nada bien a Summer. Clavando la vista en la espalda ancha, con expresión endiablada, Summer empezó a canturrear.

-Si hay algo extraño...

Esa canción idiota se le había pegado desde el momento en que conoció a Steve.

Mientras lo seguía, iba canturreando. El caminaba. Subió un poco la voz. Steve siguió caminando. Summer cantó bastante fuerte. Con la espalda tensa, el hombre empezó a aminorar la marcha. -... en tu vecindario / A quién vas a llamar?

Cantó más bajo, pero los versos eran inconfundibles. Frankenstein dejó de caminar, giró, y la miró, ceñudo. Summer también se detuvo, ladeó la cabeza, sonrió, y conti nuó:

-¡Ghostbusters! ¡Na na na na na na! ¡Na na na na na na! -¿Estás burlándote de rní?

Era obvio que no podía creer en semejante atrevimiento. -¿Yo?

Summer dejó de cantar y sacudió la cabeza, con aire de fingida inocencia. Steve la miró un momento con dureza, luego giró sobre sus talones y reanudó la marcha.

Summer lo siguió.

-Si hay algo extraño…

-Por favor, ¿podrías dejar de cantar esa maldita canción?

En la mirada que le lanzó sobre el hombro la furia era palpable. Daba la impresión de que tenía que hacer grandes esfuerzos para contenerse.

-Lo lamento. No sabía que te molestaba -dijo Summer, con infinita dulzura.

Cuando Steve le daba la espalda otra vez, agregó: -¡No le temo ti ningún fantasma! -¡Maldición, Rosencrans! ¡Cierra la boca!

Desistió de contenerse, y casi vibraba de furia cuando se volvió hacia ella.

Summer, sin poder evitarlo, rió entre dientes. -También puedes dejar de reírte.

-Me reiré cada vez que se me antoje. Y si quiero cantar, también lo haré respondió, en tono cordial, y se lanzó a cantar de nuevo.

-¿Quieres terminarla? -vociferó.

Muffy se sobresaltó ante el súbito estallido, y Steve, con expresión impaciente, la dejó en el suelo. Summer, a una distancia segura de unos tres metros, siguió cantando.

-¡Na na na na na na!

-¡Maldición, Rosencrans, te lo advierto!

Con los puños apoyados en las caderas, los ojos la miraban lanzando chispas.

-¿Por qué te molesta la canción? -le preguntó, sonriente-. No porque imagines que te persigue un fantasma tienes que tomarlo de forma personal.

-¡Tú…!

Contuvo una palabra que, estaba segura, no era muy halagüeña, aunque sus ojos la dijeron con claridad. Ya no tenía los puños sobre las caderas. Las manos le colgaban a los lados, y abría y cerraba los dedos como si ansiara retorcerle el pescuezo. Descubiertos por la camiseta sin mangas, los músculos de los brazos se tensaron hasta sobresalir como las colinas que acababan de cruzar. La visera de la gorra le sombreaba los ojos.

Summer sabía que aludir a la obsesión de Steve con Deedee era un golpe bajo, pero no le importó. Era hora de que el Señor Macho comprendiera lo ridículo de su historia de fantasmas.

-No le temo a ningún fantasma -cantó, provocativa.

Casi vio salir vapor de las orejas de Steve. Tenía todo el cuerpo tenso.

-Ya fue suficiente, Rosencrans -dijo, entre dientes. Summer le sonrió:

-¿Si hay algo extraño / En tu vecindario / A quién vas a llamar? ¡Ghostbusters! ¡Na na na…!

Nunca llegó a los últimos na. Con un grito de furia, Steve se despojó del gato y del bolso, y se arrojó hacia ella. Con un chillido, Summer se dio la vuelta para correr. pero no había dado dos pasos cuando la mano del hombre se cerró sobre su nuca.

-Te crees valiente, ¿no es cierto? -le preguntó, haciéndola girar hacia él, con las manos sobre los hombros-. Vamos, canta otra vez. Te desafío.

Summer miró el rostro duro, furioso, lastimado y golpeado. Vio señales de peligro en los ojos negros, y en la mandíbula apretada. Pero alzó la barbilla y empezó a cantar:

-Si ha y algo extraño…

Las manos le apretaron los hombros, amenazadoras. Los ojos negros ardieron. Si alguna vez un hombre llevó el ansia asesina escrita en su persona, en aquel momento, ese era Frankenstein.

Capitulo 25

Summer no se dejó impresionar.

-¿Qué vas a hacer, matarme? -Por Dios, que me gustaría hacerlo-

Daba la impresión de que en cualquier momento iba a lanzar fuego por la boca.

-Intimidarme no resultará -le dijo Summer, y le guiñó un ojo, provocativa- Yo no soy un gato asustadizo, corno tú. -¿Qué?

-Gato asustadizo -repitió en voz baja, y añadió-: ¡No le temo a ningún fantasma!

-¡Maldita seas, cállate! -Na na na na na na.

-¡Ahh!

Fue un grito de furia pura y, por un momento, Summer casi tuvo miedo. Las manos le apretaron los hombros… y entonces la atra- jo hacia él, le echó la cabeza atrás con una mano que entrelazó en el pelo, y aplastó su boca en la de ella.

Fue la primera vez que la besaba un hombre con una gorra de los Bulls. Estaba segura de que debía de simbolizar algo. Summer abrió la boca para inhalar una bocanada trémula, y la lengua del hombre invadió la dulce cavidad tibia como un ejército conquistador. Le temblaron las rodillas. Tenía la cabeza echada atrás. La boca, arrasada sin piedad, con impulso feroz, sin que hubiera liada en el mundo que pudiera hacer para impedirlo.

Siendo así, deslizó los brazos alrededor del cuello de él. Por eso lo había provocado así. Esto era lo que quería. Steve… -susurró, dentro de la boca de él.

Y correspondió al beso con una pasión más caliente que cualquier fuego. Los brazos de Steve le rodearon la espalda, los hombros, aplastándola contra él.

-Dios, Rosencrans -gimió.

La sacudió una breve carcajada, y se retorció un poco entre los brazos de él, para apartar la boca.

-Summer -le dijo, los labios a milímetros de los de él-. Mi nombre es Summer.

-Summer -murmuró Steve, dócil, abrasándola con la mirada. Esbozó una sonrisa suave-. Bella, sensual Summer. Embelesada más allá de lo que podía expresar, Summer levantó una mano que estaba aferrada al hombro de él para acariciarle el áspero cabello de la nuca.

Le quitó la gorra, y la vio caer al suelo. El no lo notó, pues sus ojos seguían clavados en los de ella.

-Bésame, Steve -susurró, acercándole la boca mientras hablaba.

Pegada a él, lo sintió temblar- Oyó la brusca inhalación cuando rozó su boca con la de ella. Entonces. algo pasó. Steve miró hacia arriba, se quedó inmóvil, y se apartó un poco de ella- Summer percibía la súbita resistencia de su cuerpo.

Deedee. ¿Estaría viendo a Deedee?

Estaba decidida a borrar a Deedee de la cabeza de Steve. -Steve... bésame- Por favor.

Una desvergonzada. Eso era: una desvergonzada. Pero lo deseaba con ferocidad, con pasión, más de lo que había deseado nada en su vida.

Y estaba dispuesta a luchar por lo que quería.

Metiendo una mano entre el corto cabello rizado, le obligó a bajar la cabeza. Rozó sus labios con los de ella con suavidad, tentándolo, y deslizó la lengua dentro de la boca de él. Le acarició los dientes y el paladar con la lengua. Tocó la lengua de él con la suya. la acarició, intentó imitarla a sumarse al juego. Le mordisqueó los labios.

Y él seguía sin responder.

Froto la pelvis arriba y abajo contra el bulto duro de los pantalones de él .

Steve hizo otra brusca inhalación trémula, y la miró de nuevo. En sus ojos había una expresión atormentada.

-Hazme el amor -susurró Summer-. Por favor.

-Oh, Dios, cuánto lo deseo-gimió, como si admitirlo lo condenara al fuego eterno del infierno.

Cuando Summer alzó la cara, él se apoderó de su boca.

El beso fue tan devorador, que cerró los ojos y le entregó el alma.

Había ganado. Lo sabía. "Supera esto, muchacha", desafió a la ausente Deedee, al tiempo que su conciencia giraba bajo el asalto a los sentidos, y ya no escuchó nada rnás.

Una mano le aplastó el pecho. Summer sintió el calor y la fuerza de esa mano a través de la tela del rompevientos y de la blusa. Arqueó la espalda y se pegó a él, temblando. Steve la hizo doblarse sobre su brazo, y la besó corno si no pudiera saciarse de su boca. Unos ramalazos de electricidad recorrieron el cuerpo de Summer cuando él bajó el cierre del rompevientos, lo apartó, y luego abrió la blusa de un tirón. Cuando la mano se abatió sobre su pecho desnudo, Summer jadeó de puro placer. El pezón se irguió bajo la palma ahuecada. Steve lo estiró con delicadeza entre el pulgar y el índice. Summer jadeó dentro de la boca de él.

Los brazos enlazados al cuello de él fueron lo único que la sostuvo cuando Steve le soltó la cintura para abarcar los pechos con las dos manos. Su boca devoró la de ella con ansias, mientras la mano rozaba, moldeaba, encerraba y acariciaba.

Summer se sintió caer. Estaba cayéndose. No, estaba elevandose, era arrastrada, no tocaba el suelo con los pies, en más de un sentido, cuando Steve la alzó en brazos. Summer abrió los ojos y se encontró con el mentón magullado, duro y tenso, los ojos negros que chispeaban, salvajes. La llevaba en brazos, acurrucada contra su pecho duro.

La boca apretaría contra el costado barbudo del mentón, Summer se aferró a los hombros anchos y se rindió a la desacostumbrada sensación de sentirse pequeña, indefensa y femenina. El la llevaba sin esfuerzo, como si no pesara nada. Sabía que era fuerte, pero esta mani-festación de virilidad la impresionó. La fuerza de Steve la excitó, No pronunció palabra. No pudo, porque se había quedado sin habla. Pero sus ojos hablaban por ella. Tenía los párpados pesados de pasión, los ojos encendidos de deseo. Toda ella estaba encendida de deseo.

Nunca se había sentido así por ningún hombre. Era increíble encontrarse así, perdida por Frankenstein, y a los treinta y seis. Aferrándose a él, Summer se sujetó con fuerza mientras Steve andaba metros y metros entre los árboles, hasta que la fragancia delicada de las flores le llegó a las narices. Cuando miró, vio que había encontrado un cenador natural. Hasta donde alcanzaba la vista, el kudzu, la invasora enredadera japonesa que se extendía con rapidez hacia el Sur, cubría la tierra, la maleza baja y los troncos de los árbo-les, y todo aquello que no se moviera con regularidad. Las trompetas pálidas de la madreselva estallaban por doquier a través de la con-quistadora, enredándose en las ramas bajas de un círculo de ol-mos robustos. Las domésticas caras doradas de los dientes de león aparecían aquí y allá, a través de la alfombra de enredaderas. Violetas de intenso color anidaban entre el follaje. Summer contuvo el aliento, al tiempo que Steve se inclinaba para depositarla sobre un lecho de flores y hojas verde oscuro.

Como escenario romántico, era perfecto. No podría haberlo hecho mejor, aunque lo encargara ex profeso.

Luego, se echó sobre ella y Summer dejó de pensar del todo- El beso fue duro, caliente, lento, y la excitó hasta lo intolerable. Le hizo latir la sangre en los oídos.

Cuando, al fin, Steve alzó la cabeza, Summer jadeaba para recobrar el aliento.

-Estoy duro como una pica -le murmuró, apartándole el cabello de la cara con manos poco firmes.

-¿Y qué vas a hacer al respecto? -respondió la mujer, también en voz queda, con sonrisa trémula.

-¿Qué quieres que haga? -Esto.

Summer se apoderó de la mano de Steve y la puso sobre su pecho. La apretó, gozando del calor de la palma fuerte, cálida, masculina. Al contacto, el pezón se irguió de tal modo que casi le dolió.

-Ah -exclamó él.

La inundó con una mirada intensa, mientras la acariciaba. Sentirla mano de él sobre la piel le provocó deseos de retorcerse. Quería sentirla en todo el cuerpo-.. quería sentirlo a él en todo el cuerpo. Queria que le hiciera el arnor hasta que le suplicara que se detuviese. Recordó cómo la había tocado antes, el éxtasis que le provocó con el sólo contacto de sus dedos, y sintió que una pulsación caliente, pesada, le latía entre los muslos.

Quería que la tocara allí. -¿Eso es todo?

La voz era ronca, aunque una extraña semisonrisa le jugueteaba en la boca. ¿Cómo era posible que él sonriera, mientras ella enloquecía de deseo por él?

Decidió enloquecerlo también a él.

-No -murmuró, y atrapándole la muñeca, deslizó la mano de él hacia abajo-. También quiero que me toques aquí.

Le puso la mano entre sus piernas.

Steve inspiró de golpe, con ruido áspero, desgarrado. -Y quiero tocarte aquí.

Habló en voz tenue, poco más de un susurro, ronca de deseo. Llevó la mano a la delantera de los pantalones de él. La cerró sobre la carne tensa, con tela y todo, y apretó.

-Nena, me calientas.

La frase salió en forma de gemido, entre los dientes apretados. La mano entre las piernas de Summer era dura y caliente. Steve se movió, cambió de posición y se deslizó hacia abajo por el cuerpo de la mujer. A través de la tela negra, apretó la boca contra la V de entre las piernas, oprimiendo con las manos el trasero, buscando con los dedos la hendidura entre las nalgas suaves.

Summer dejó de respirar cuando él abrió la boca contra la tela basta, cubriendo el vértice donde se unían sus piernas. El corazón le golpeó con tanta fuerza que le sonó como un martillo neumático en los oídos. Sentía la boca húmeda y caliente que le quemaba a través de la tela. Abrió más la boca, apretando los labios, la lengua, los dientes contra ella, mordisqueándola, mordiéndola. Summer gimió, apretando con las manos puñados de kudzu y violetas, liberando así el perfume de las flores, que se elevó en el aire, mezclado con el de la madreselva y el sexo.

Steve alzó la cabeza un instante y la miró a los ojos, con los suyos centelleantes. Luego, le bajó de un tirón los pantalones lasca las rodillas y repitió el ejercicio de encontrar el capullo secreto que dolía y pulsaba de deseo, acariciándolo con la punta caliente de la lengua.

Summer gritó- Sus muslos se separaron por propia voluntad.

Para brindarle mejor acceso a esa parte de ella que gemía por él, pero la trabaron los pantalones en las rodillas. Tendida, aplastada por el peso del hombre, incapaz de hacer nada para aliviar la dulce agonía, se dejó llevar por Steve hasta el límite del éxtasis, y aún más allá, sin separar las piernas, siquiera.

-Oh, deténte- No te detengas.

Aferró con las manos los cortos mechones del pelo de él, queriendo apartarle la cabeza. El se estiró, le sujetó las muñecas, y la obligó a bajarlas, apretándolas contra la tierra a cada lado de sus ca deras que se mecían. Quedó por completo indefensa. Estaba convirtiéndola en un objeto que se debatía, anhelante, hambriento, en una cosa abyecta y suplicante.

-¡No te detengas!

Summer cerró con fuerza los ojos y gimió, mientras la lengua y la boca de Steve la llevaban cada vez más alto. Y el hecho de tener las rodillas trabadas, de estar sujeta por el cuerpo de él, imposibilitada de escapar a la marca de fuego de su potente tortura sexual, la hizo más dulce aún. Insoportable. Jamás imaginó que se pudiera sentir algo semejante.

Llegó con un estremecimiento que la hizo gritar y arquearse contra la boca de él, alzándose del lecho de hojas.

Cuando terminó, cuando Summer volvió a ser quien era, abrió los ojos y jo vio mirándola. Los ojos negros chispeaban, el rostro magullado era duro y decidido, y los labios se fundían en una línea recta, implacable.

-Ahora me toca a mí -dijo, poniéndose de rodillas sobre ella- Con rnovirnientos breves y salvajes, le quitó las zapatillas y las medias, tiró de los pantalones hasta sacarlos del todo, le quitó la blusa, se sacó su propia camiseta, y se libró de zapatos, pantalones y calzoncillos. En los instantes posteriores de la pasión, Summer esta demasiado débil para hacer otra cosa que observar, mientras él los desnudaba a los dos.

Una vez más, notó que tenía el tipo de cuerpo que a ella le staba: sólido, musculoso, y de vello abundante.

Steve ya se acomodaba sobre ella- El peso del voluminoso cuer-la aplastó contra el suelo. Descubrió que había un guijarro en alguna parte, cerca de la base de su columna. El tenía urgencia, y ella staba dispuesta, pero su propia urgencia se había agotado.

Eso creyó, hasta que él la besó de un modo que le cortó la respiración, y le chupó los pechos y le separó las piernas con los muslos. Dejó que lo sintiera, duro, caliente y palpitante, tocando apenas el lugar donde podía penetrar en el momento que se le antojara. Pero decidió no entrar.

En lugar de eso, jugó con ella hasta que la tuvo, otra vez, tensa y temblorosa, como la cuerda de un violín demasiado tirante. Entonces, la penetró. Lentamente. Era duro, muy caliente, y la llenó hasta estallar. La besó en la boca con pasión feroz, le impidió todo movimiento rodeándola con los brazos, y se quedó dentro de ella, bien profundo, varios segundos, sin prisa.

Cuando se retiró y luego se deslizó dentro otra vez. Summer estaba en llamas. Habría hecho cualquier cosa que él quisiera. Cualquier cosa. Se lo dijo.

Steve apoyó las manos a ambos lados del tórax de ella, puso los brazos rígidos, hasta levantar por completo su peso de encima de ella. El único punto de contacto era donde los cuerpos se unían. Se movió lentamente adentro, afuera, adentro otra vez, hasta que Summer alzó las caderas involuntariamente, anticipándose a cada embestida. Luego, el hombre inclinó la cabeza y se apoderó de uno de los pezones hinchados con la boca.

Summer gimió.

Steve levantó la cabeza y sonrió, una sonrisa lánguida, sabia, que reconocía la pasión de ella, la gozaba, y prometía más. Las profundidades bullentes de sus ojos negros expresaban toda la sabia maldad de la serpiente.

-Steve... -sollozó, suplicando que terminara.

Los ojos del hombre parpadearon, y se apoyó otra vez sobre ella, abrazándola, sosteniéndola contra él, y poseyéndola con caliente apremio, hasta llegar a un febril ardor. Pero esta vez, alcanzó la cima junto con ella- Cuando la llevó más allá del borde, él también cayó. El grito ronco del hombre se unió al de ella, mientras se proyectaban juntos al espacio.

Pasó mucho, mucho tiempo hasta que pudo levantarse lo sufíciente como para salir de encima de la mujer.

Capitulo 26

"Igual que el cuerpo, el alma vive de aquello que la alimenta."
JOSIAH GILBERT HOLLAND

Deedee supo que empezaba a entender cómo era eso de ser fantasma.

Al principio. la desorientaba aparecer siempre aquí, allá, y en cual-quier lado, sin ton ni son. Se encontró en la sala de su hogar de la infancia, donde descubrió a su madre y a su tía Dot, que vivían juntas desde que ambas

habían enviudado en el término de un año, hacía ya ocho. Estaban intentando comunicarse con ella a través de un tablero de Ouija.

-Te digo que la vi, con la misma claridad que te veo a ti -estaba diciendo la madre de Deedee.

-No te contradigo, Sue. Lo que digo es que no la trae el tablero Ouija.

-Puede ser que tú no sepas usarlo.

-He usado tableros Ouija toda mi vida, así que, debo de saber cómo usarlos. Fue uno de ellos el que me aconsejó que me casara con Jett, cuando yo hubiese elegido a Carl Owens, lo sabes.

-Eso no me lo hace mucho más recomendable -replicó la madre.

Era cierto: las peleas de tía Dot con tío Jett eran legendarias. Deedee casi lo había olvidado.

Esta vez, por mucho que se esforzó, no pudo materializarse. Pero sí controlar el señalador.

-E-S-T-O-Y-M-U-Y-B-I-E-N... -Dorothy Jean, ¿eres tú la que mueve eso? -¿Sabes que no sería capaz! ¿Oh, por todos los cielos! -T-E-Q-U-I-E-R-O-MA.

-¡Deedee! ¡Ohmidiosl ¡Es mi nena! ¡Deedee, Deedee! -¡Cálmate, Sue! ¡Pregúntale qué pasó aquella noche! ¡Rápido, pregúntale!

Las feas manos de la madre y la tía, enrojecidas por las tareas, impulsaron el señalador de plástico, una a cada lado, arrastrando, frenéticas, el borde forrado de fieltro alrededor del tablero. Pero Deedee ya era absorbida otra vez hacia el sitio de donde venía.

Cuando emergió otra vez, lo hizo sobre una sala de grabaciones en Nashville. Una bonita rubia de unos veinticinco años, con auriculares y una minifalda escarlata, arrullaba en el micrófono.

Deedee observaba a la cantante desde la cabina de control, separada de la sala por un muro de plexiglás, donde dos hombres escuchaban, ceñudos, una voz que, para ella, era delgada como un junco. -Tenemos que darle más volumen, Bill.

-Bueno, de cualquier modo, no ganaremos nada. Eso es todo lo que tiene. Pero no importa. Podremos resolverlo. Demonios, con el equipo que tenernos podernos arreglar cualquier cosa.

-Está anotada para cantar en Nashville Live, el sábado por la noche. "Agony" ya es el número dieciocho, y en ascenso. Nadie ha oído cantar hasta ahora. Si no conseguimos que salga mejor, los críticos se abalanzarán sobre ella con cuchillos.

-Demonios, si pudiera lo haría, ya lo sabes. Esta chica es guapa y canta bien, pero los dos sabemos que jamás habría olido, siquiera, un contrato para grabar si no estuviese casada con Hank Ketchum.

-Tienes que admitir que haberse casado con el jefe de Jalapeno Records fue una jugada magistral para su carrera. Lástima que no lo pensé yo.

-En tu caso, creo que él no te lo habría propuesto. De cualquier modo, como Ketchum es el que firma nuestros cheques, será mejor que cerremos el pico. -Bill apretó un botón y habló por el

micrófono-. Hallie, cariño, trata de sostener un poco más esas notas altas, por favor. Y a ver si puedes ponerle un poco más de emoción. Imagina que acaba de escaparse tu perro.

-Lo intentaré, Bill.

-Gracias, con eso rne bastará. ¿Quieres empezar desde el comienzo?

-Está bien.

Bill apretó otra vez el botón del micrófono, hizo una seña a los músicos, y se dejó caer otra vez en la silla.

-Para Nashville Live, tendremos que ponerle un coro de muchos cantantes que le hagan el fondo, y esperar que salga bien.

Sufro, estoy sufriendo tanto por ti ¿Qué pensaste que haría?

Los dos hombres del control se irguieron en sus asientos, fijaron la vista en la rubia que cantaba, y se miraron entre sí, incrédulos. -¡Bueno, que me condenen! ¡Esa chica sí que canta! -¡Maldición! ¡Es lo que buscarnos!

En el escenario. Deedee se debatió por conservar el control de las cuerdas vocales de las que se había apoderado, y puso lo mejor que tenía en la canción. Siguiendo la letra en el TeleProm Ter, cantó con toda el alma, y se sintió más cerca del Paraíso en esos minutos de lo que había estado en vida... o en la muerte.

...Tenderme y dejarme morir... no está en. mí Pero aún sufro una agonía.

Al apagarse las últimas notas, Deedee sintió la conocida sensación de ser absorbida. Trató, en vano, de mantenerse.

Quería quedarse...

Retumbó una voz que salía de la cabina de control. -¡Hallie, cariño, eso ha estado estupendo! ¡Magnífico! Con sus cuerdas vocales recuperadas, Hallie contestó, agitada: -Gracias, Bill. Algo se apoderó de rní...

Pero Deedee se perdió el resto cíe la conversación pues, una vez más, era arrastrada por el remolino.

Cuando estuvo otra vez en reposo, era de noche, y se encontraba en un pequeòo y pulcro cementerio rural. Vio a su esposo en cuclillas junto a la tumba.

Encaramada sobre la lápida, con las piernas cruzadas, Deedee se inclinó hacia delante -siendo fantasma, podía hacerlo sin caerse de narices-, y leyó la inscripción:

TAYLOR DEIDRA ANN CUMMINS

NACIDA EL 2 1 DE ENERO DE J958 - MUERTA EL. 15 DE MAYO DE 1992

El amor es eterno

Mitch estaba acuclillado junto a la tumba de ella.

Contempló la cabeza rubia inclinada, y se preguntó si Mitch habría pensado la inscripción. Suponía que sí, pues era típico de él. Ciertamente, a la madre de ella no se le habría ocurrido algo tan poé-tico.

Había amado a Mitch con desesperación desde que tenía trece años, casi hasta el instante en que murió. Habían tenido altibajos -algunos altos, muchos bajos-, pero siempre lo había amado.

Ahora, lo veía desde una perspectiva nueva. En realidad, el amor no era eterno. Por lo menos, en este caso.

En ese momento, Mitch levantó la vista, y Deedee se preguntó si podría verla. No había sentido el cosquilleo característico de cuando se materializaba, y él no gritó, no se desmayó, ni siquiera palide-ció; eso la llevó a la conclusión de que no la veía.

Pero ella sí lo veía a él. Era tan apuesto como siempre, con ese cabello rubio ondulado, los ojos intensamente azules, el rostro de rasgos clásicos ligeramente bronceado. Daba la impresión de que hubiese adelgazado desde

la última vez que lo vio, pero con su más de metro ochenta de altura, siempre había sido delgado, de modo que no estaba segura.

Arrodillado junto a la tumba, vestido con pantalones y un rompevientos, era la viva imagen del viudo apenado.

Eso, siempre que no se tuvieran en cuenta sus manos cubiertas de tierra. Al lado de él había tina pala, y aunque sobre la tumba había crecido la hierba, por alguna razón parecía fresca. Demasiado fresca para una sepultura de tres años.

Habia sido removida.

¿En qué andas, Mitch Taylor?", pensó, furiosa. En el mismo instante en que sentía el cosquilleo, en que los ojos de Mitch se dilataban, también sintió que era arrastrada hacia atrás.

En esta ocasión, cuando se detuvo, era una tarde cálida y soleada. Así era al aire libre. Pero se hallaba en una cueva, flotando cerca del techo, y mirando hacia abajo veía a una pareja dormida, envuelta en una manta, sobre el suelo que estaba a menos de dos metros debajo de ella.

El hombre era Steve... tenía la cara hecha una pena; a la mujer no la conocía. Pero se los veía muy íntimos.

Deedee estaba observándolos, interesada, cuando Steve abrió los ojos.

La vio. Lo supo de inmediato. Como se sobresaltó, perdió el control sobre sus átomos, y se desvaneció.

Cuando pudo integrarse de nuevo, estaba en un rincón de la misma cueva, y un perro de extraòo aspecto la miraba. Steve estaba acostado otra vez, y la mujer se acurrucaba sobre su pecho. El estaba despierto. La mujer, no.

Por cierto, la mujer no era Elaine, la esposa de Steve.

En cierto modo, era sorprendente. Salvo por el traspiés con ella, Steve fue siempre recto como una flecha. Deedee no creía que hubiese engañado antes a Elaine. Y hubiese agregado "o desde entonces".

si no fuera porque tenía la evidencia de lo contrario bajo sus narices. Si bien siempre supo que él se sentía atraído hacia ella, tuvo que esforzarse mucho para seducirlo. La avergonzaba confesar que lo había hecho para darle una lección a Mitch. Mitch, capaz de bajar-se a toda velocidad el cierre de los pantalones ante cualquier perra que se le cruzara, necesitaba con urgencia una lección.

El esposo de Deedee estaba enredado en una más de sus aventuras ardientes. cuando ella decidió equiparar las cosas, seduciendo a Steve. Tras catorce años de matrimonio, Deedee ya conocía la con ducta de Mitch, detectaba todas las señales. Y también sabía que Steve era una de las pocas personas en el mundo a las que su esposo tenía verdadero cariño. Mitch, apuesto, intrigante, abusador, por lo general sólo era amigo de las personas mientras las necesitaba. Pero la amistad con Steve había sobrevivido treinta años. Existía un lazo genuino entre ambos.

Steve, con ser quien era, había perdido la cabeza por ella durante tres semanas, y luego empezó a sufrir las torturas de los condenados.

No podía soportar la culpa de haber engañado a su esposa, y peor aún, de ponerle los cuernos a su mejor amigo.

Siempre había sido tan correcto...

"Será por eso por lo que lo quiero tanto", pensó Deedee. No lo amaba, nunca lo había amado, pero lo quería como a un hermano. Como decía la canción -infinitas canciones-, le había hecho daño. Mucho daño.

Con súbita comprensión, supo que eso era lo que la mantenía ligada a la tierra.

No podría irse al Cielo hasta que no hubiese reparado el daño.

Capitulo 27

Steve, acostado boca abajo sobre el kudzu, percibiendo el olor a moho, sentía que la humedad y el frescor de la tierra, debajo de las enredaderas, se le metía en los huesos.

Casi tenía miedo de levantar la vista. La última vez que miró, antes de perder del todo la cabeza, Deedee se balanceaba desde las ramas del olmo alto, a la izquierda de su propia mano extendida, colgando cabeza abajo por las rodillas, y haciéndole la serial de aprobación con los pulgares hacia arriba.

Lo recordó, y tuvo que luchar para contener un gemido. Estaba perdiendo la razón. Eso debía de ser.

O tal vez su inconsciente trataba de decirle algo. Las repetidas apariciones de Deedee serían el modo de recordarle que se concentrara. Tenía una doble misión: primero, mantenerse vivo el tiempo suficiente para comprender por qué su hermano y todo el mundo querían matarlo y cómo resolverlo; y segundo, descubrir cómo había hecho Deedee para entrar en su oficina, aquella noche fatídica.

Lo que menos necesitaba era que una mujer lo distrajese. ¿Qué hombre sería capaz de pensar con claridad, si tenía la mente invadida por imágenes de sexo?

Bueno, habían tenido relaciones. Bien. Quizás así, tanto él como ella se lo hubiesen quitado de la cabeza por un tiempo.

Una boca suave y húmeda le rozó la oreja. "Dios, ¿ya está otra vez caliente conmigo?", pensó Steve, y sintió que su miembro se endurecía.

"Está bien. tal vez no me lo haya sacado del todo de la cabeza, y ella tampoco. Quizás ya esté deseando otra sesión."

Lo superaría. No había más remedio.

"Enfría las cosas", se amonestó, severo. En ese momento, tener el cerebro hecho puré, y una erección de la dureza de un ladrillo por una mujer, podía representar la muerte de los dos.

No se permitiría pensar otra vez en sexo hasta que estuviesen a salvo.

Levantó la vista, ceñudo, para advertir a la tentadora, en palabras muy claras, que no siguiera mordisqueándole la oreja.

Pero los ojos que vio no eran de un cálido matiz almendrado sino de color chocolate, saltones. Se quedó mirándolos, mientras el animalejo al que pertenecían le echaba al rostro su detestable aliento perruno, y ladeaba la cabeza, con aire interrogante. Sacudido por un estremecimiento de asco, Steve comprendió quién había estado lamiéndole la oreja: ¡una perra le había provocado una erección! -¡Mierda!

Se sentó de golpe, oprimió las palmas contra los ojos para aclararse la mente, y lanzó una mirada cautelosa al denso entoldado de ramas que se cernía allá arriba.

Deedee no estaba, gracias a Dios.

Steve exhaló un suspiro de alivio, y miró a la mujer que estaba tendida junto a él, y que en todo su desnudo esplendor se destacaba sobre el profundo verde satinado del lecho de kudzu.

"Al menos, podría dormir boca abajo", pensó, resentido, al comprobar que su miembro, esta vez sin ninguna ilusión, se erguía al instante.

Después de haber probado aquello que anhelaba, estaba demostrando ser insaciable.

Pero, debía reconocer que estaba muy bien. Summer. El nombre le iba mucho mejor que Rosencrans. por eso seguía llamándola así. Tenía los ojos cerrados. Las pestañas formaban hermosos semi círculos contra las mejillas. Dormida, se la veía ruborosa, saciada, satisfecha, tal como debía verse una mujer después de la pasión. Sin duda, había olvidado por un tiempo que estaban huyendo para salvar la vida. A juzgar por la aflicción que manifestaba, daría lo mismo que estuviese acostada sobre las sábanas más suaves. el colchón mas mullido, en el mejor hotel del país.

La enemiga se sentó, parpadeando para despabilarse, aún desnuda como una recién nacida, pero mucho más tentadora. No hizo el menor intento por cubrirse, mientras lo veía subirse el calzoncillo, y luego los pantalones cortos. Aunque Steve se negaba, resuelto, a mirar en dirección a ella, el mero recuerdo de los pezones sonrosados y de la mata castaòa y de las colinas y los valles lo enloqueció. -Vístete -le dijo con aspereza.

Nunca debió llevar consigo a una mujer. Pero, ¿qué alternativa tenía? Ninguna. Saberlo no le servía de nada. Recogió la ropa de ella con gesto brusco y se la arrojó.

-¿Pasa algo malo?

El tono era dubitativo, confuso. La voz era gutural, sensual, de contralto -¿cómo era posible que no hubiese notado antes lo seductora que era?-, y le evocó, al instante, los gritos que lanzó cuando hicieron el amor.

¿Podría quebrarse un pene? Porque sentía como si el suyo fuese a romperse, metido dentro de los pantalones demasiado ajustados. Dándole la espalda, tironeó de la bragueta en un vano intento por aflojar la presión, y recogió la camiseta.

-Tenemos que movernos.

Sabía que su tono era hostil, pero no podía evitarlo: esta situa-ción era imposible. Allí estaba, frente a la posibilidad concreta de que su vida se acortara en medida considerable, teniendo que cargar con una charlatana y su melindrosa mascota, al tiempo que la pobla-ción completa -al parecer- de la galería de los malvados seguía pegada a sus talones, y una visión fantasmal lo atormentaba a cada vuelta que daba, y lo único que él quería era quitarse las ganas... otra vez. Y otra. Y otra.

Con ella. Con Summer.

Maldición. Qué endiablada situación...

-Así que eres uno de esos -dijo esa voz sensual, con helado desdén.

-¿De cuáles?

Seguía dándole la espalda, mientras se calzaba.

-Uno de esos que pam, pim, pum, y después, ni las gracias, -¿Qué?

Con eso, lo logró. Tuvo que darse la vuelta para mirarla. Tenía una rodilla levantada, la otra a un costado, y parecía la mujer más seductora del mundo, desnuda en medio de las hojas verde oscuro, las flores purpúreas, y los árboles de corteza gris del refugio, y lo miraba con desagrado.

-Debí haberlo adivinado -dijo, gélida.

Se levantó y caminó junto a él, con dignidad majestuosa.

El contuvo el aliento, sintiendo que el deseo lo aferraba por las pelotas. Tenía la vista clavada en su cuerpo y la veía caminar, desnuda, en medio del bosque, el trasero lujurioso que se balanceaba, la espalda erguida, el cabello flotándole por los hombros.

¡Por Dios, qué trasero! ¡Avergonzaría a lady Godiva!

-¿A dónde vas? -le preguntó, sintiendo que estaba a punto de quebrársele la voz.

-Prefiero usar pantalones cortos. Está haciendo calor; ¿acaso no lo has notado?

Por supuesto que lo había notado. Tuvo que meter la mano dentro de sus propios pantalones para acomodarse, bajo amenaza de quedar doblado por el dolor.

La siguió, recogiendo zapatillas, medias, ropa, y la perra. Cuando llegó junto a ella, Summer ya había sacado el sostén y las bragas del bolso que él le arrojó, y se los había puesto. Las prendas eran blancas, lisas, fuertes y sensatas, más que seductoras. El sostén tenía un nudo en un tirante.

Entonces, ¿por qué lo excitaba?

Demonios, todo en ella lo excitaba. Si no se cuidaba, terminaría excitándose por la maldita perra melindrosa.

El animal le lamió la muñeca. Alarmado, la bajó.

-Ahora que ya nos hemos sacado eso de la cabeza, tal vez podamos unir nuestros cerebros y pensar una manera de salir de todo esto.

Al enderezarse, se encontró con una mirada que era un helado desafío. Summer se metió dentro de los pantalones de nailon como si él no estuviera allí, se los subió, los acomodó en la cintura y luego, para alivio y pena de Steve, se puso la camiseta negra por la cabeza. La llenaba tan bien, que hasta el bull terrier que la adornaba parecía jadear de lujuria.

Quizás ella se hubiese sacado eso de la cabeza, pero él no. Más bien tenía la sensación de que el veneno estaba extendiéndose.

seductora del mundo, desnuda en medio de las hojas verde oscuro, las flores purpúreas, y los árboles de corteza gris del refugio, y lo miraba con desagrado.

-Debí haberlo adivinado -dijo, gélida.

Se levantó y caminó junto a él, con dignidad majestuosa.

El contuvo el aliento, sintiendo que el deseo lo aferraba por las pelotas. Tenía la vista clavada en su cuerpo y la veía caminar, desnuda, en medio del bosque, el trasero lujurioso que se balanceaba, la espalda erguida, el cabello flotándole por los hombros.

¡Por Dios, qué trasero! ¡Avergonzaría a lady Godiva!

-¿A dónde vas? -le preguntó, sintiendo que estaba a punto de quebrársele la voz.

-Prefiero usar pantalones cortos. Está haciendo calor; ¿acaso no lo has notado?

Por supuesto que lo había notado. Tuvo que meter la mano dentro de sus propios pantalones para acomodarse, bajo amenaza de quedar doblado por el dolor.

La siguió, recogiendo zapatillas, medias, ropa, y la perra. Cuando llegó junto a ella, Summer ya había sacado el sostén y las bragas del bolso que él le arrojó, y se los había puesto. Las prendas eran blancas, lisas, fuertes y sensatas, más que seductoras. El sostén tenía un nudo en un tirante.

Entonces, ¿por qué lo excitaba?

Demonios, todo en ella lo excitaba. Si no se cuidaba, terminaría excitándose por la maldita perra melindrosa.

El animal le lamió la muñeca. Alarmado, la bajó.

-Ahora que ya nos hemos sacado eso de la cabeza, tal vez podamos unir nuestros cerebros y pensar una manera de salir de todo esto.

Al enderezarse, se encontró con una mirada que era un helado desafío. Summer se metió dentro de los pantalones de nailon como si él no estuviera allí, se los subió, los acomodó en la cintura y luego, para alivio y pena de Steve, se puso la camiseta negra por la cabeza. La llenaba tan bien, que hasta el bull terrier que la adornaba parecía jadear de lujuria.

Quizás ella se hubiese sacado eso de la cabeza, pero él no. Más bien tenía la sensación de que el veneno estaba extendiéndose.

-Sí, claro.

Fue una respuesta pobre, lo reconocía, pero no pudo evitarlo. Casi no podía pensar, mucho menos hablar. Con un mohín en los labios. Summer recogió los zapatos y las medias de ruanos de él, y los dejó caer al suelo. Luego, levantó el bolso y se lo arrojó hacia la cintura.

-¡Agárralo! -¡Ay!

Lo atajó con un quejido. Se lo había lanzado con fuerza. Con los ojos entrecerrados, vio cómo ella se dejaba caer al suelo para ponerse las medias y las zapatillas. y supuso que era afortunado por que, en lugar del bolso, no le hubiese arrojado el gato de los neumá-ticos.

Sin duda, la dama estaba furiosa.

-Has pensado qué hacer cuando lleguemos a tu campamento de pesca, ¿verdad? -preguntó. mientras se enrollaba los cordones en los tobillos y los ataba-. No es un plan muy astuto llegar hasta allá, y después ponerse a pensar, si no te molesta que lo diga.

"Un momento: sí me molesta, a menos que a ella se le ocurra algo mejor", pensó Steve.

Estaba a punto de decírselo cuando ella se puso de pie, alzó a su ridícula mascota, y se alejó a zancadas.

Lo dejó, para que él recogiese el gato, la gorra, se la pusiera, y la siguiera. Descubrió que no le gustaba mucho seguirla. No era su estilo.

Sobre todo porque la líder que seguía tenía un trasera que le hacía la boca agua, que le daba una punzada con cada balanceo de "ven para acá".

Capitulo 28

-¿Qué quisiste decir con eso de pam, pim, pum, lo que sea? -le preguntó Frankenstein, de repente.

Estaba sentado en el suelo, la espalda apoyada en un árbol, una pierna estirada delante, la otra flexionada en la rodilla, la maldita gorra simbólica de los Bulls casi sobre los ojos. Se habían detenido a comer galletas de mantequilla de cacahuete, agua, una salchicha cruda para Muffy, junto al agua verde claro de un arroyo rizado. Debía de ser el final de la tarde; Summer había perdido la cuenta del tiempo y no estaba segura, pero tenía la sensación de que eran las últimas horas de la tarde. El sol pasaba, oblicuo, entre los árboles, moteando el suelo y la roca donde estaban sentados. El día había sido caluroso, unos treinta y dos grados, y el bosque los protegía del exceso de ca-lor. Les quedaban la humedad y los mosquitos, que, a juicio de Summer, eran lo peor.

El sudor le perlaba la frente. Sentía el cabello sucio, después de casi tres días sin lavárselo. No quería pensar, siquiera, en cómo debía de oler. Le picaba la pierna, y se rascó, distraída, una gran picadura roja en la pantorrilla.

-No sé de qué estás hablando -replicó con frialdad Summer, todavía furiosa consigo misma por haber caído, casi de cabeza, en otra relación desastrosa con otro hombre, también desastroso.

No sólo consigo misma. Cada vez que recordaba lo desinhibida que se había mostrado con él, las cosas que dijo, hizo y sintió. quería morirse. Y lo más humillante era que no podía evitarlo: cada vez que recordaba las cosas que él le había hecho con las manos, la boca y el cuerpo, sentía una conmoción. Y esa conmoción volvía a enfurecerla. Entonces, cuando ella aún se entibiaba en el resplandor de la más maravillosa sesión de amor físico que había experimentado, él le demostraba que no había significado absolutamente nada para él. Ella no significaba absolutamente nada para él.

Se había calentado, y quería sexo, esa era la cruda verdad. Una vez que consiguió lo que quería, no tenía más interés en ella. No tenía ni los buenos modales -ni la sensatez- de fingir lo contrario. ¿De qué se asombraba?

-Lo que dijiste... cuando estábamos allá. Dijiste que era uno de esos de pam, pim, pum, y algo de las gracias.

Se cuidó de mantener un tono neutral. Estaba bien, porque no se necesitaba gran cosa para provocarla y que se abalanzara sobre él como una gallina furiosa.

Summer dejó de masticar y tragó.

-¡Oh, Dios!, no serás de esos hombres que tienen que repasar toda la escena cada vez que han hecho el amor, ¿no? ¿Qué pretendes, aplausos?

Fue comprensible que se sintiera satisfecha al verlo entrecerrar los ojos:

-Lo único que quería saber es qué quisiste decir.

-Nada. -Bebió agua de la lata de cerveza, que había enjuagado con cuidado. En las presentes circunstancias, la cerveza sería la gota que desborda la copa: le provocaría un violento malestar-. Olvídalo.

-No quiero olvidarlo.

-¿Qué eres, medio bulldog? ¿Acaso no puedes dejarlo como está?

Frankenstein, sin inmutarse por el filo de su voz, negó con la cabeza.

-No.

Summer lo miró, ceñuda.

-Está bien. Si de verdad quieres saberlo, te lo diré. Mi ex marido era así. Quería tener relaciones cuando él lo deseaba, y si no lo complacía al instante, se pasaba días enfurruñado. Aprendí que era más fácil hacerlo que soportar sus pucheros. Entonces, teníamos re-laciones, por lo general nos llevaba unos cinco minutos, y en cuanto terminábamos, saltaba de la cama, corría a darse una ducha, y seguía con su vida. Pam, pim, pum, no te doy ni las gracias, ¿entiendes? Y eso era todo lo que me daba en materia de amor, romanticismo. o simple bondad humana, hasta que se calentaba otra vez. Entonces, el proceso volvía a comenzar. ¿Sabes cómo me daba cuenta de que tenía ganas? Bebía cerveza. Eran las únicas ocasiones en que lo hacía. -Summer miró la lata que tenía en la mano, y frunció la nariz-. Odio el sabor de la cerveza.

-Yo no soy tu ex marido.

-No, ¿verdad? -La sonrisa de Summer no fue grata de ver. En ese momento, no se sentía muy bondadosa-. Entonces, no tengo que soportar nada de esa porquería de ti, ¿cierto? Y no la soportaré. -Bebió otro sorbo de agua, y dijo lo que había estado pensando desde hacía kilómetros-: He decidido llamar a Sammy.

-¿Qué?

Frankenstein casi se ahogó con su agua.

-Me has oído perfectamente. He decidido llamar a Sammy. No sé cómo harás tú para salir vivo de este embrollo y, para decirte la verdad, no me importa demasiado. Pero yo voy a llamar a mi ex suegro, al que sigo queriendo mucho y que, por casualidad, sigue siendo el Jefe de Policía de Murfreesboro, y le pediré que venga a buscarme. Puede que tú no confíes en él, pero yo sí.

Frankenstein se quedó mirándola. Summer comió la última galleta con exagerada despreocupación. En las últimas horas, sus ideas se habían aclarado. Seguir involucrándose con Steve Calhoun y con sus problemas era provocar el desastre en todos los frentes. Ese tipo podría romperle el corazón. Tal vez lo mataran. Le había llevado tiempo entenderlo pero, gracias a Dios, lo entendió. Una de las cosas que había aprendido en el curso de su vida era que tenía que cuidarse, pues nadie lo haría por ella.

Y, ciertamente, Frankenstein no lo haría. -No puedes hacer eso.

-Ah, sí que puedo. Intenta detenerme. -Sería como un suicidio.

-También lo sería quedarme contigo. Prefiero correr riesgos con Sammy.

Frankenstein bebió más agua. -Qué lástima. No es posible.

-¿Cómo que no es posible? Lo será, si yo así lo quiero. No me digas qué hacer.

-Alguien tiene que decírtelo. Eres tan eficaz para cuidarte corno ese perro absurdo.

-¿Ah, sí? Me desagrada señalártelo, pero me parece que Muffy y yo somos mucho más eficaces para cuidarnos que tú para cuidarte a ti trismo. Nosotras no nos metimos en este embrollo: fuiste tú. Todos nos persiguen por tu culpa. Aquí, el problema eres tú, y he llegado a la conclusión de que para resolver el problema, Muffy y yo tenernos que alejarnos de ti.

-Un momento. Todo esto se debe a que estás furiosa conmigo por lo que pasó esta mañana, ¿no es cierto?

-No sé a qué te refieres.

-Oh, sí que lo sabes. Estás furiosa conmigo porque hemos hecho el amor.

-¡No lo estoy! -Ya lo creo que sí. Summer hizo una honda inspiración.

-No estoy furiosa contigo porque hayamos hecho el amor. -No, lo estás porque hemos hecho el amor y tú lo has disfruta do.

Summer sintió que le ardían las mejillas.

-Estás muy satisfecho contigo mismo, ¿verdad, Frankenstein? ¿Por qué estás tan seguro de que lo disfruté?

-Sé cuándo una mujer lo pasa bien durante una relación sexual. -¿Ah, sí? Bueno, tú también lo pasaste bien.

-Cierto. -La miró de lleno a los ojos-. Lo pasé estupendamente. Estuviste grandiosa. ¿Eso es lo que querías oír? ¿Ahora está todo bien?

-No quiero oír más nada de ti.

Summer virtió el resto del agua en el suelo y se levantó. -No sé qué es lo que te ha puesto tan mal. Tú viniste a mí, ¿recuerdas? Lo quisiste, lo tuviste. Entonces, ¿por qué no dejas de comportarte como una virgen ofendida?

-¡Yo no fui a ti!

-¿Ah, no? Bésame, Steve. ¿Qué fue eso? Tócame aquí. A mí me parece que eso es venir a mí.

-Tal vez quise distraerte de ese fantasma al que tanto temes.

¿Se te ha ocurrido pensarlo? De paso, ¿cuál fue el problema? ¿Creíste volver a ver a Deedee?

Esto Último fue dicho en un falsete burlón... y con eso dio en el blanco. Lo supo al ver que se le tensaba la mandíbula, y que echaba humo... si los humanos podían hacer tal cosa.

Se miraron, furiosos. Muffy, al verlos, metió la nariz debajo de las patas. Ninguno de los dos contendientes humanos le prestó la menor atención.

-Muy bien -dijo, de pronto, Frankenstein, proyectando la mandíbula-. Si eso es lo que quieres, estoy de acuerdo. Llama a tu suegra. Quizás, el tiempo que les lleve a él y a sus camaradas hacerte hablar, me dará la hora extra que necesito para escapar. Puede que sea muy afortunado, y también conviertan en sushi al animalejo. -¡Deja a Muffy fuera de esto!

-Con mucho gusto. -Se puso cíe pie, metiendo los restos del almuerzo en el bolso-. Vamos, Rosencrans. Si quieres probar suerte con la ley, te ayudaré a encontrar un teléfono.

Bien. Eso era lo que quería: un teléfono.

-Hay un camping a unos ocho kilómetros al sur de aquí -continuó Frankenstein, colgándose el bolso al hombro y metiendo el gato bajo el brazo-. Por lo menos, lo había. Ven, nena, vamos a llevarte con papá. Será un alivio librarme de ti.

Frankenstein emprendió la marcha, golpeando el suelo con fuerza. Summer tuvo que alzar a Muffy y seguirlo.

Si no hubiese estado tan furiosa, para cuando llegaron a las afueras del camping, habría pensado mejor en lo que se disponía a hacer. La insinuación de que podían convertirlas a ella y a Muffy en sushi había dado en el blanco. No podía olvidarse de Linda Miller y de Betty Kern.

Pero ya no podía retroceder. Estaba demasiado enfadada. De cualquier modo, contra cualquier argumento que pudiese presentar Frankenstein, ella había tomado la única decisión cuerda. Estaba casi segura. Sammy la

quería, como si fuese la hija que nunca tuvo. Nunca le haría daño. Estaba segura, todo lo segura que podía estarse.

Lo primero que le indicó que habían llegado a destino fue oír risas de niños.

-Hiawatha Village. Solíamos acampar aquí, a veces, cuando yo era niño. Ve a la del gerente, que está en el centro del camping. Estoy seguro de que podrás convencer a alguien de que te deje usar el teléfono. Si tuviera alguna moneda, te la prestaría.

Daba la impresión de que estaba ansioso de dejarla. Summer miró adelante, a lo que parecía ser un área de juegos, todavía un poco lejos, y vaciló. ¿Tenía que hacerlo?

-¿Estás arrepintiéndote? -le preguntó él. Sonó burlón.

-Puedes venir conmigo -le dijo. Por enfadada que estuviese, no le gustaba la idea de dejarlo solo, en el bosque, sabiendo que había asesinos siguiéndolo- Sammy no está complicado, lo siento en los huesos.

-Créeme, Rosencrans, tus huesos carecen de intuición. Son buenos para saltar, pero no les pidas mucho más.

Eso fue el colmo. Fue la gota que desbordó el vaso. Summer enderezó la espalda, alzó el mentón, y empezó a caminar, sin despedirse, siquiera.

-¡Rosencrans!

Summer volvió la mirada. Frankenstein había abierto el cierre del bolso, y tenía el uniforme de ella, hecho una pelota, en una mano. Cuando lo miró, le arrojó las prendas.

Al atrapar la ropa, estuvo a punto de dejar caer a Muffy. Las agarró con torpeza, y metió la pelota bajo un brazo. Imitando a Frankenstein, metió a Muffy bajo el otro.

-¿Estás segura de que no quieres cambiar de idea? -le pre-guntó, cuando las miradas de ambos se encontraron un instante. Summer negó con la cabeza.

-¿Estás seguro de que tú no quieres cambiar la tuya? Frankenstein meneó la cabeza, y alzó una mano, a guisa de saludo. Summer no hizo caso de segundos, terceros y cuartos pensamientos que la importunaron y, dándole la espalda, empezó a caminar.

Había hecho lo correcto. Lo sabía, aunque su fastidioso cora-zón lo ignorase.

-¡Eh, Rosencrans!

Se dio la vuelta otra vez:

-Tienes unas tetas y un trasero magníficos. Si los dos salimos enteros de esto, tal vez vaya a verte.

Antes de que ella pudiera replicarle, se dio la vuelta y se perdió caminando entre los árboles.

Summer se encontró verdaderamente sola. De pronto, todo ínfimo ruido le pareció tremendo: el canturreo de las cigarras, el chillido áspero de un azulejo enfurecido, las carcajadas lejanas de los niños. El bosque le resultó más grande, oscuro, amenazador.

Muffy gimió. Summer inclinó la cabeza y frotó la nariz contra el pelaje de la perra. Por lo menos, no estaba tan sola.

Sin embargo, no se sintió mucho mejor por saberlo. Lo que sí sentía era una enorme pérdida. Por un momento, temió ponerse a llorar. ¡Ella, que jamás lloraba!

Apretó los dientes para que no le temblaran los labios. Estaba mejor sin Steve Calhoun. Al dejarlo, había dado el primer paso para librarse de este lío.

Ningún hombre valía tanto como para arriesgar la vida. Sostenida por ese pensamiento, Summer caminó entre los árboles, pasó por el patio donde los chicos jugaban en anticuadas hamacas y otros cabalgaban animales de plástico, montados sobre resortes fijos al suelo con cemento, y otros correteaban por una selva de aparatos para gimnasia, de aspecto decrépito.

Ni ellos ni los padres, de apariencia fatigada, le prestaron la menor atención.

Siguió caminando, pasando ante remolques para acampar y tiendas de campaña. La gente iba y venía, ocupada en sus asuntos, y nadie le hacía el menor caso. Frente a una de las tiendas, estaban una pareja y su hijo adolescente, de expresión enfurruñada, sentados en sillas de plástico plegables. El matrimonio discutía, mientras el chico chasqueaba los dedos al ritmo de la música que oía por los auriculares que llevaba puestos.

-Disculpe, ¿podría indicarme dónde está la oficina del gerente? -le preguntó a la mujer, que interrumpió la discusión con el es-poso y miró con suspicacia a Summer, que se aproximaba.

-Por allí -le dijo, señalando con el pulgar hacia un camino de grava-. Pero, le advierto, querida: en este camping no se admiten perros.

-Gracias.

Summer se alejó a toda prisa. Algo en el modo en que la miró la mujer la inquietó. Otra vez tuvo la sensación de que podría haber cometido un error.

Quizás, a fin de cuentas, debió quedarse con Frankenstein.

Pero se convenció de que había tomado la decisión justa mientras avanzaba por el camino de grava hacia lo que, esperaba, fuese la oficina del gerente. Bastaría una llamada telefónica a Sarnmy, y sus problemas acabarían. El vendría a buscarla, la llevaría a un sitio seguro, y le conseguiría una cama, una bañera, y…

Duchas. Estaba pasando ante las duchas públicas.

La cabeza de Summer giró cuando la idea se le hizo evidente. El cartel sobre el edificio de hormigón, en la puerta pintada de azul era inconfundible:

DUCHAS PARA MUJERES

Antes de ver a Sarnmy, antes de enfrentarse al gerente en su madriguera, para pedirle el teléfono, podría darse una ducha. ¡Podría estar limpia!

Era probable que esa mujer la mirara así porque ella parecía prima carnal del Monstruo del Lago Negro.

No por mucho tiempo.

Incapaz de resistir la llamada del agua caliente, enfiló hacia las duchas.

Dentro, no había nadie, seguramente porque eran las primeras horas del anochecer, hora extraòa para que la gente normal se duchara. Las paredes de hormigón estaban pintadas de blanco, y el suelo de baldosas era de un azul desteñido. Para Summer, aunque el revoque era viejo y el moho decoraba los rincones, la belleza del ambiente no se desmerecía un ápice.

Gavetas azules abolladas, cortinas de ducha que alguna vez fueron blancas, y un espejo atravesado por una rajadura desde la esquina superior derecha aparecían, a sus ojos, como ele-mentos que habrían estado perfectos en el Palacio de Buckingham.

¿Qué importaba si olía a moho y a humedad? ¡Estaba en un verdadero cuarto de baño!

Muffy se retorció, y la bajó. La perra olfateó el aire, suspicaz, y se apretó contra los tobillos de Summer.

No le hizo caso. Fue al excusado y usó la instalación: el papel higiénico era un lujo tan emocionante que casi besó el rollo. Luego, revisó los ocho cubícalos, buscando jabón. En el cuarto, tuvo suerte. No sólo había un rectángulo blanco de rico perfume en la jabonera, sino también todo un juego de maquillaje en un estuche plástico con cierre sobre el anaquel para el champú que colgaha de la flor de la ducha.

¡Maná del Cielo!

Summer tiró el bulto con el uniforme de Daisy Fresh sobre un banco que estaba fuera del cubículo. Al hacerlo, le llamó la atención un ruido. Bajó la vista, y vio un encendedor tirado en el suelo, bajo

las ropas. El encendedor. El Bic amarillo que los acompañó a ella y a Frankenstein en sus aventuras. Al ser arrojado al descuido dentro del bolso, debió de quedar enganchado en sus ropas.

¿Cómo haría Frankenstein esa noche para encender el fuego, sin ese encendedor?

"No me preocuparé por él", se dijo, obstinada. "Tendrá que arreglárselas solo, por el momento. Tal vez, Sammy también pueda re-solverle sus problemas."

Steve había estado muy ansioso de que ella lo dejara.

Pero no pensaría en Frankenstein. En ese momento, no. Ahora se daría una ducha, se pondría un poco de maquillaje y luego, limpia, y habiendo recuperado la apariencia humana, llamaría a Sammy.

El podría resolver este lío. Si alguien podía salvar a Frankenstein, era Sammy.

Levantó el encendedor tratando de no tropezar con Muffy que la seguía a la ducha, y abrió el estuche de maquillaje. Los cosméticos eran marcas ordinarias, baratas pero adecuadas: brillo de labios, un tubo de máscara para pestañas violeta -¿violeta?-, sombra para párpados, colorete en polvo de un rosado insípido, y un polvo com-pacto traslúcido, por suerte. Tuvo la impresión de que el maquillaje pertenecía a una adolescente rubia. Pero ahora era de ella. El que encuentra, guarda.

También había un cepillo pequeño y un envase de fijador para el cabello.

¿Quién podía pedir más?

Guardó el encendedor en el estuche, lo cerró, y abriendo el agua caliente, se dedicó a gozar de la ducha.

Media hora después, ya vestida, estaba ante el espejo rajado. Se había lavado, no sólo el cuerpo sino también el cabello, con el jabón perfumado, y luego cepilló los mechones húmedos alrededor de sus dedos, hasta que se dieron por vencidos y se rizaron en las puntas. Fijó los rizos rebeldes rociándolos con fijador, y a continuación se concentró en el rostro. El

magullón de la frente estaba volviéndose amarillento... lo que hacía destacar los matices dorados de sus ojos,

se consoló, mientras se pasaba un poco de máscara por las pestañas. Un toque de polvo en la nariz -por nada del mundo usaría ese espantoso colorete en las mejillas y, además, después de dos días al aire libre sin filtro solar, no necesitaba más color-, y ya estaba casi lista. Como toque final, se aplicó brillo a los labios.

Si la viera Frankenstein en ese momento...

Muffy, que había huido hacia las duchas a la primera bocanada de fijador pero que ahora estaba otra vez contra sus tobillos, lanzó un solo ladrido.

Summer la miró. Tenía la cola erguida, y las orejas también. Miraba en dirección contraria a la de Summer, hacia la puerta.

Al levantar la vista, Summer tuvo el tiempo justo de ver por el espejo a Charlie, el malhechor del sótano, que entraba por la puerta de la sala de duchas.

Todavía llevaba puesto el mismo cinturón vaquero muy adornado.

Capitulo 29

Con movimientos lentos, casi por propia voluntad, pues la mente de Surnmer había dejado de funcionar, las manos manotearon los cosméticos esparcidos alrededor del lavabo. Brillo de labios, polvo compacto, máscara, fijador para el cabello...

Charlie la miró a los ojos a través del espejo. Le sonrió, exhi-biendo unos dientes amarillentos. Muffy gruñó. Con las rodillas flojas, Surnmer contuvo el poderoso deseo de darse la vuelta para mirar lo de frente. Con el estómago muy apretado contra el borde del lavabo, sus ruanos continuaron la búsqueda desesperada.

-¿Me recuerdas?

Summer no contestó. No podía. "Calma", se recomendó. "Debo conservar la calma."

-Claro que me recuerdas -respondió el mismo Charlie, y rió entre dientes-. ¿Dónde está Calhoun?

Avanzó con paso pesado hacia ella, observando el cuarto de baòo con la mirada. Después de unos segundos, debió de resultarle obvio que Surnmer estaba sola, porque se relajó, y en su paso apare ció cierto balanceo. Tan confiado estaba de que la tenía atrapada, que no se molestó en exhibir la navaja de aspecto feroz que llevaba en una mano.

-No sé.

El pánico le afinó la voz. El corazón le martilleó. Luchando por respirar, entreabrió los labios. Un terror crudo y paralizante amenazó con dominarla.

"Mantén la calma", se repitió. -Claro, no sabes.

-No lo sé. Nos... separamos hace un tiempo. Charlie se encogió de hombros.

-Es obvio que ahora no quieres decírmelo. Me lo dirás después... y te aseguro que así será más divertido. Por lo menos para mí. A ti tal vez no te lo parezca.

La miró otra vez por el espejo y sonrió.

-Eh, qué limpia estás. Debo decir que, incluso en tu sótano, estabas muy bonita.

Oh, Dios, los ojos del sujeto se paseaban por todo el cuerpo de ella, en el espejo. Summer se sintió sucia. ¿Tendría en mente la violación, además de la tortura y el asesinato? Fuese lo que fuese, no pen-saba entregarse tranquilamente. Lucharía.

No sabía si tendría fuerzas para luchar, pues el miedo le había vuelto los músculos fláccidos como espaguetis. ¡Ah!, ¿por qué habría dejado a Frankenstein?

Charlie cubrió los seis metros que los separaban en lo que fue, para Summer, un abrir y cerrar de ojos. Y sin embargo, no parecía tener la menor prisa.

Ya estaba muy cerca de ella, la barriga prominente de él casi le tocaba la espalda, y el terror le provocó marcos. Pero no la mataría allí donde estaba. Necesitaba encontrar el camión... y a Steve. Recordarlo hizo circular cierta medida de coraje por sus venas. Apretó con fuerza los artículos que había buscado y encontrado.

-Será un placer para mí hacerte decir todo lo que sabes.

La mano, tibia y de dedos cortos, se cerró sobre la nuca de la mujer. Un espasmo de asco le recorrió la espalda.

De pronto, Charlle miró hacia abajo, con expresión desagradable.

-Ah, no, no lo harás -dijo, y antes de que Summer supiera a quién o a qué le hablaba, llevó el pie atrás y propinó una cruel patada a algo-. No volverás a mearme el pie.

Esa especie de estropajo de piel castaña que era Muffy voló por el aire, y aterrizó con un quejido lastimero sobre las baldosas, bajo el lavabo.

La distracción le dio la oportunidad que necesitaba. Se soltó de Charlie, se tiró hacia la izquierda... y tropezó con Muffy, que estaba acurrucada para protegerse, lanzando agudos quejidos.

Cayó pesadamente sobre el codo y la cadera. Por un instante, el dolor que le produjo el golpe en el hueso contra el piso de mosaico casi la paralizó. Apenas alcanzó a aferrarse a los elemen tos que tenía en las manos, sintiendo unas punzadas eléctricas que le recorrían el brazo. Boqueando como un pez, se volvió de espaldas.

-¿Así que quieres jugar, perra? -Charlie avanzaba hacia ella, con una horrible sonrisa. Se paró junto a ella, y se agachó-. Jugaremos.

Balanceó el cuchillo a centímetros de la cara de Summer. Le dirigió una sonrisa despectiva, amenazadora. En las fosas nasales le crecían largos pelos, y tenía una verruga en el mentón. Juntando todo su valor, y sin hacer caso de los pinchazos, que la debilitaban, Summer alzó los puños apretados y los levantó contra su pecho.

Tenía el encendedor en la mano derecha. Lo encendió, y brotó una pequeña llama. Casi al mismo tiempo, apretó una válvula con el pulgar izquierdo. Era la válvula del cilindro de metal rosado que con-tenía el fijador para el cabello.

El repugnante perfume dulzón le llegó a las narices segundos antes de que el líquido se encontrara con la llama.

-¿Qué diablos...? -empezó a gritar Charlie.

Con un rugido asordinado, una lengua de fuego se elevó sesenta centímetros en el aire. Charlie, que estaba agachado, la recibió en pleno rostro. Gritó, soltó el cuchillo, y fue tambaleándose hacia atrás, agarrándose la cara con las manos, mientras el aire se llenaba de olor a quemado. Summer soltó la válvula y miró, con horrorizada fascinación. Lo que veía de la cara del hombre era de un rojo brillante. Llamas diminutas le lamían las raíces del cabello.

No esperó a ver más. Sin soltar su lanzallamas casero, se arrastró a gatas hacia la puerta. Muffy iba, primero delante, luego debajo de-ella, también corriendo. Summer se enredó con la perra, y estuvo a punto de caerse de narices.

-¡Perra! ¡Te mataré por esto, perra!

Sollozando, ya con la cara descubierta, Charlie se lanzó hacia ella, abriendo y cerrando los brazos como si fueran unas pinzas gigantescas que intentaran atraparla. Al parecer, tenía afectada la visión y no podía ver bien. Tambaleándose en pos de la mujer, parecía un engendro del infierno. La piel quemada le colgaba del rostro en largas tiras. La superficie que quedaba estaba en carne viva. Habían desaparecido cejas y pestañas. Las llamas que antes bailaban en las raíces del cabello ya se habían extinguido, dejando pequeñas colum-nas de humo.

Eludiendo los brazos extendidos, Summer se esforzó por con-tener un grito. Gritar no le serviría de nada. Lo único que haría sería alertar a los camaradas de Charlie que, seguramente, anda-rían cerca.

-¡Te mataré!

El aullido no era de este mundo. A Summer se le erizó el cabello. Llegó hasta la puerta y se incorporó, manoteando el picaporte. En ese momento, tuvo la impresión de que el hombre la veía. Tenía los ojos enfocados en ella. Aún aterrada como estaba, logró aferrar el pomo de la puerta. Abrió de un tirón en el preciso instante en que se lanzaba hacia ella, y salió disparada... para chocar contra un sólido pecho masculino.

Por un instante, después del choque, quedó muda. Unas rudas manos masculinas la aferraron por los hombros, haciéndole daño. Lágrimas de desesperación asomaron a sus ojos, enturbiándole la vista. El pánico la dejó ciega y paralizada. No podía ver nada, ni sentir nada.

Y más cruel parecía porque había estado a punto de escapar. -¡Perra!

El monstruo aullante que era Charlie salió embistiendo por la puerta. El que la había capturado, la hizo a un lado de un empujón. Summer cayó al suelo, se raspó las rodillas en el sendero de grava que rodeaba el edificio, pero no le importó agarrarse de la hierba para escapar. Dios estaba brindándole otra oportunidad de escapar, y no estaba en ella cuestionar los por qué y los para qué de ese don.

Summer se puso de pie, vacilante, miró temerosa hacia atrás preparándose para correr... y vio a Frankenstein que golpeaba a Charlie con el gato para neumáticos con todas sus fuerzas.

Hubiese reconocido esa gorra de los Bulls en cualquier lado. Charlie cayó como un árbol bajo el hacha. Se fue hacia atrás, su cabeza golpeó la puerta metálica con estrépito, y se quedó inmóvil.

-¡Ten esto, canalla! -dijo Frankenstein, con un pie encima de él.

-¡Steve, oh, Steve!

Nunca en la vida había estado tan contenta de ver a alguien. Fue hacia él tambaleándose, y casi se derrumbó sobre su pecho. Ambos brazos, incluso el que llevaba la herramienta, la rodearon. La abrazó con fuerza. Summer sintió algo que debían de ser los labios de él rozándole la coronilla.

-¡Oh, Steve! -¿Estás bien?

La apartó un poco. para observarle atentamente la cara. Surnmer hizo una profunda inspiración, asintió, y se arrojó otra vez a sus brazos.

-¿Qué le ha pasado a él?

Cuando levantó la vista, vio que Steve estaba mirando la cara estropeada de Charlie.

-Yo... yo se lo he hecho. Le castañeteaban los clientes. -¿Fuiste tú? Jesús, ¿qué le has hecho?

Sólo en ese momento Summer comprobó que seguía aferrando el encendedor y el fijador.

-Yo... yo... esto -tartamudeó, extendiendo las manos para que pudiese verlas.

-¿Le has encendido el cigarrillo o le has rociado el cabello? -preguntó en tono seco, librándola de las armas.

Las hizo girar en las manos, examinándolas. -Lo he quemado.

-¿Lo has quemado?

-Si rocías el fijador sobre la llama, obtienes una especie de lanzallamas. Lo vi en F/X2.

-¿F/X2?

Parecía totalmente perplejo. -Es una película.

Estaba temblando. Steve la abrazó otra vez, apretándola contra su reconfortante calor.

-Jesús.

Miró otra vez a Charlie, luego a Surnmer, y en su cara apareció una expresión maravillada.

-Summer, eres grandiosa.

Desde el otro lado de la puerta, llegó un gemido. -¡Muffy!

Summer podía reconocer ese sonido donde fuera. Steve se inclinó para guardar el rociador y el encendedor en el bolso deportivo que estaba a sus pies, y luego abrió la puerta. La pequeña perra, cojeando sobre la pata trasera, salió eludiendo el cuerpo inanimado de Charlie para acurrucarse a los pies de Summer.

-El la pateó -dijo la mujer, alzando a Muffy. -¿Ah, sí?

Steve vio que Charlie se removía y gemía, y hacía intentos de incorporarse.

-Esto es por Muffy -dijo, adusto, abatiendo el gato de hierro sobre la cabeza de Charlie.

El malhechor cayó hacia atrás como si lo hubiesen derribado a hachazos. Se derrumbó con tanta fuerza, que la cabeza rebotó; entonces, Steve lo golpeó otra vez, en el pecho. El ruido del golpe hizo encogerse a Summer de manera instintiva.

-¡Basta! -No pudo soportarlo-. ¡Vas a matarlo!

-El estaba tratando de matarnos, ¿recuerdas? -dijo Steve-. De todos modos, nunca mato a sangre fría. Sólo quería dejarlo fuera de combate por un tiempo.

Steve levantaba otra vez la herramienta para volver a golpearlo -sospechaba Summer-, cuando una adolescente rubia de vaqueros muy ajustados y una mujer mayor, robusta, con pantalones cortos de ciclista y una enorme camisa rosada, doblaron por la esquina del edificio.

-Debo de haberlo dejado aquí... -estaba diciendo la muchacha.

Pero al ver a Steve y a Summer que la miraban, y a Charlie tirado a los pies de ambos, se interrumpió. La mujer los vio al mismo tiempo y, sujetando a la muchacha del brazo, la obligó a detenerse. Los ojos de las dos se dilataron como platos, y abrieron la boca, con la vista fija en la escena.

-Ya nos íbamos -se apresuró a decir Steve, levantando el bolso del suelo, cerca de sus pies, y tirando de Summer, para alejarse de las dos atónitas mujeres.

Summer lo siguió, dócil. La niña y su madre empezaron a retroceder, luego se dieron la vuelta y corrieron en la dirección de la que venían.

A lo lejos. Summer oyó ulular las sirenas. Miró hacia el lugar de donde llegaba el sonido. Un Lincoln Continental de color azul oscuro apareció a la vista, avanzando lentamente hacia ellos por el sendero de grava que dividía el camping en dos.

Un Lincoln Continental azul oscuro... ¡Ella conocía ese auto-móvil!

-Son ellos -dijo, apremiante, pero Steve ya los había visto. Le arrebató a Muffy, se la metió bajo el brazo, sujetó a Summer de la mano y tiró de ella, doblando por la esquina de las duchas. fuera de la vista del automóvil. Entonces, hechó a correr.

Con los dedos entrelazados en los de él, Summer también corrió como si los persiguieran todos los demonios del infierno, lo que, en cierto modo, era verdad.

Mientras salían del camping, el volumen de las sirenas aumentó. Corrieron entre los árboles, saltando sobre arbustos pequeños y troncos caídos, hasta que encontraron un camino que llevaba colina arriba. Era difícil mantenerse al ritmo de Frankenstein a toda carrera, pero el terror daba alas a sus pies y fuerza a sus pulmones. Además, tenía un miedo mortal de soltarle la mano. Por nada del mundo permitiría que la dejara atrás.

Por fin, se detuvieron a recuperar el aliento sobre lo que, según Summer, era una pequeña elevación, los dos doblados por la mitad. casi, jadeando. Muffy, a la que dejaron en el suelo, se dejó caer con un gemido, y se quedó jadeando como si hubiese corrido todo el ca-mino, cosa que de ningún modo había hecho.

Mirando alrededor, Summer descubrió con sorpresa que la pequeña elevación era más bien un acantilado de piedra, y que estaban en el borde, desde el cual se dominaba el camping, extendido ante ellos como un patio de juegos infantiles. La sorprendió más aún ver las luces azules de una docena de automóviles de la policía, por lo menos, que emitían destellos frente a un edificio chato que debía de ser la ducha de las mujeres.

-No llamé a Sarnmy -dijo, confusa.

¿Habrían aparecido tantos policías porque la muchacha y la mujer denunciaron una paliza? Pero eso era imposible. Summer ha-bía oído las sirenas cuando todavía tenía ante sí a las mujeres.

-No era necesario. -Steve metió la mano en el bolsillo trasero y sacó algo, que al desplegarlo, resultó ser la portada de un perió-dico de la maòana-. Mira esto.

Se lo dio. Sumlner lo miró, y ahogó una exclamación.

Allí, a todo color, desde la primera plana, en tres fotografías muy claras, la miraban Steve, ella misma y Muffy, a la que el titular identificaba como la Gran Campeona de Margie, Miss Muffet.

El titular que estaba encima de las fotos, en enormes negritas, decía:

CALHOUN, SU NOVIA, UNA PERRA,

BUSCADOS EN RELACION CON UN DOBLE HOMICIDIO.

Con la boca abierta, Summer leyó el relato. Ella, Muffy y Steve eran protagonistas de una cacería estatal, tras el hallazgo de los cadáveres de Linda Miller y de Betty Kern, encontrados en su casa. La policía trabajaba con dos hipótesis: o ella y Steve, cuyas huellas aparecían en la escena, eran cómplices en el crimen, o él se las había llevado a ella y a la perra como rehenes. En cualquiera de los dos casos, se pedía a los ciudadanos que los vieran que no intentaran aprehenderlos sino que avisaran a la policía. Se los creía armados, y extremadamente peligrosos.

-¿De dónde has sacado esto? -le preguntó Summer, atónita.

-De la oficina del gerente. Llegué a la conclusión de que tú estabas cometiendo un error, y fui a buscarte. No estabas donde esperaba que estuvieras, pero sí estaba el gerente. También, esto. Estaba leyéndolo cuando yo entré. Tuve que quitárselo.

-¡Oh, Dios mío! ¿No habrás...?

Lo miró, pensando de inmediato en asesinato.

-No, no lo hice -respondió él con sequedad-. Ya te he dicho que no asesino a sangre fría. Sólo lo mandé a dormir un rato. El no tuvo oportunidad de decírselo a nadie, y nadie me vio. Me aseguré bien de ello. Alguien debe de haberte reconocido a ti, o a la perra, te dije que llama la atención con su extraño aspecto, y llamó a la policía.

-Le pedí a una mujer que me indicara dónde estaba la oficina del gerente -recordó Summer-. Por el modo en que me miró...¡debe de haber sido ella!

-Es probable.

Estaba contemplando la escena que se desarrollaba abajo. A lo lejos, las personas parecían hormigas, y empezaban a juntarse alrededor de los coches de policía.

-Quizá deberíamos volver-dijo Summer, titubeante, miran-do la escena-. A fin de cuentas, son policías...

Steve negó con la cabeza, y ella no discutió. En lo que a ella concernía, ahora su seguridad estaba junto a él.

Capitulo 30

Todavía estaban allí de pie, contemplando el espectáculo que se desarrollaba más abajo, cuando una diminuta camioneta entró lentamente, y se detuvo junto a los coches policiales. Se bajó un hombre y, casi al instante, se le unieron dos oficiales de policía uniformados. El hombre y los oficiales dieron la vuelta a la camioneta, dispersando a la multitud. El hombre subió al interior de la camioneta, hizo algo, y salió de nuevo.

Esta vez, lo acompañaba una jauría de perros atraillados. Summer oía los ecos agudos de sus gritos desde donde estaba. Muffy se irguió, e inclinó la cabeza para mirar.

-Jesús, han traído perros.

Un tercer policía se acercó al grupo donde estaban los animales, y le pasó al que los llevaba un bulto de algo que parecía ropa. El hombre recibió el bulto, y se inclinó para dárselo a oler a los perros. -¿Dejaste algo en la sala de duchas?

Steve dobló el periódico hasta convertirlo en un pequeño rectángulo.

Summer pensó:

-El... el estuche de maquillaje. Eh... ¡y mi uniforme! ¡Mi uniforme de Daisy Fresh! ¿Te parece que les darán a oler mi uniforme a los perros?

-Me parece que sí -respondió Steve, sombrío, y se guardó el periódico doblado en el bolsillo trasero.

Cuando Summer miró de nuevo, el que llevaba a los perros los soltó. Eran cinco sabuesos castaòos y negros, y se dispersaron olfateando el suelo. Segundos después, uno de los que estaban cerca del edificio aulló. -Ha encontrado la pista.

Los otros perros siguieron al líder, y los cinco arrancaron a toda velocidad hacia el bosque, ladrando a todo pulmón.

-Oh, Dios, ¿qué vamos a hacer? ¿Tienes un plan? Miró a Steve, desesperada.

-Sí -le respondió, inclinándose para alzar a Muffy, para luego agarrar el bolso y la mano de Summer-. Correr como locos. Gran plan. Pero Summer no lo dijo. No tuvo ocasión. Corriendo, arrastrada por Steve, le costaba respirar, y mucho más hablar. El ladrido de los perros era un acicate lejano pero poderoso. Corría tan rápido que sus pies casi no tocaban la tierra. Casi parecía flotar... tal vez porque estaba mareada.

No sabía si era por la altura, el hambre o el miedo.

Bajaron por una hondonada llena de matorrales, en cuyo fondo corría agua. A mitad de la cuesta, hacía un brusco giro hacia la izquierda, y se convertía en un arroyo caudaloso.

Steve se metió chapoteando en el agua helada, arrastrando a Summer consigo. La mujer resbaló sobre las tersas piedras marrones que cubrían el lecho, y cayó sobre una rodilla perturbando a un cardumen de peces pequeños, que se dispersaron.

-¡Ay!

Se le clavó una piedra en la rodilla, pero no tuvo tiempo de sufrir como era debido. Steve ya tiraba de ella para levantarla. -¿Por qué tenemos que correr por un arroyo? -gimió, mientras se frotaba la rodilla lastimada.

A juzgar por cómo se sentía en ese momento, jamás podría volver a caminar, y mucho menos a correr.

-Porque los perros no pueden rastrearnos en el agua. -Steve se detuvo un par de segundos, el tiempo suficiente para echarle un vistazo a la pierna y cerciorarse de que no tenía una herida grave-. Creo que no.

-Ah, maravilloso. Crees que no. Eso es tranquilizador. Espero que tengas razón.

Sin molestarse en responder. Steve le dio un tirón para hacerla moverse de nuevo. Con el paso seguro de una cabra, vadeó el agua que les llegaba a

los tobillos. Resbalando, maldiciendo y orando a cada paso, Summer lo siguió en medio de chapoteos.

Los ladridos de los perros se hicieron más débiles.

Por fin, para cuando los pulmones y el corazón cíe Summer parecían a punto de estallar, Steve salió del arroyo y se dejó caer, boca abajo, sobre la orilla cubierta de hiedra. Sumrner cayó junto a él. también boca abajo, esforzándose para respirar.

Muffy, tendida junto a ella como si estuviera exhausta, aunque no había dado un solo paso, tuvo la audacia de jadear.

Sumrner no tuvo fuerzas más que para mirar, fastidiada, a la consentida mascota.

-Ahorra aliento. No podemos detenernos mucho tiempo -le aconsejó Steve, inhalando grandes bocanadas de aire.

-¿A dónde vamos? ¿Todavía nos dirigimos hacia el campamento de pesca?

Steve meneó la cabeza.

-Ese era el Plan A, y se ha estropeado. Si la policía piensa rastrear estas colinas con los perros, nos encontrará en menos que canta un gallo. Ahora, nos atendremos al Plan B.

-¿Cuál es el Plan B? -preguntó Sumrner con gran recelo. Aunque estaba agotado, Steve logró esbozar una breve sonrisa. -Estoy pensándolo, ¿estamos? ¡Vamos!

Sumrner gimió, pero Steve fue inexorable. Ya estaba de pie otra vez, arrastrándola hacia él, haciéndola correr, aunque todavía le temblaban las piernas por la última maratón. El sol les daba en la espalda mientras corrían cuesta abajo, por el medio del bosque, y empezaba a hundirse tras los majestuosos picos purpúreos. En cualquier otra circunstancia, Sumrner habría apreciado los cálidos violetas, anaranjados y rosados que se arremolinaban en el cielo, hacia el poniente; en las presentes, sólo echó un vistazo fugaz a la deslumbrante belleza del cielo... y se aferró a la esperanza.

¿Los perros podían seguir rastreando en la oscuridad? Hasta los perros necesitarían descanso en algún momento.

Una motocicleta sucia avanzó rugiendo hacia ellos desde el este. Apareció volando, saltando sobre la cima de una colina, y deslizándose medio de costado por la ladera resbaladiza. La conducía un hombre de aspecto juvenil, vestido con pantalones vaqueros y chaqueta de cuero. Steve aminoró el paso, y Sumrner con él.

-¿Y ahora, qué? -jadeó, preparada para ver a un truhán detrás de cada árbol.

Steve la miró, sonrió, y le soltó la mano.

-El Plan 13 -respondió, y se acercó a saltos a la motocicleta que se aproximaba.

El vehículo se detuvo junto a él con un floreo, y el conductor se apeó, Summer lo miró con desconfianza, mientras apoyaba la moto sobre el soporte, apagaba el motor, se sacaba el casco, y palmeaba a Steve en la espalda. Hasta palmeó la cabeza de Muffy.

Conocía a Steve. Era amistoso, ¿Cómo demonios...?

Summer se acercó cautelosa, De acuerdo con su experiencia, si algo parecía demasiado bueno para ser cierto, por lo general lo era, Y la aparición inesperada de un aliado parecía demasiado buena para ser verdad.

Steve sonreía cuando se volvió para llamarla, El hombre que estaba junto a él permanecía más serio, Era más o menos de la edad de Steve y de altura similar, pero más delgado, Tenía el cutis aceitunado, y el cabello negro como petróleo, y lacio, Summer supo que era de ascendencia aborigen,

-Este es Renfro. Renfro, Summer. Ten, ponte esto,

Renfro saludó a Summer con la cabeza, mientras Steve le entregaba a ella un casco de intenso color amarillo que desprendió de la trasera de la moto, y luego miró a Steve, preocupado.

-Déjame al perro.

Steve se puso el casco que había usado Renfro, y negó con la cabeza.

-No, La mitad del Estado y una jauría de perros están persiguiéndonos. Si te encuentran con esta perra, sabrán que nos has ayudado, y eso no sería bueno para tu salud.

-No me importa.

Renfro estaba atando el bolso y el gato a la trasera de la moto, -De todos modos, gracias, amigo, Y gracias por venir, Te debo una. -Que os vaya bien, -Renfro les sonrió, exhibiendo unos dien tes muy blancos, y terminó con lo que estaba haciendo, por su propia iniciativa-, Como siempre.

Steve rió.

-¿Cómo volverás? Renfro se alzó de hombros.

-Andando. Pediré que rne lleven. Tornaré un autobús. Llamaré a mi padre. Me las arreglaré.

-Si te topas con la cuadrilla armada que nos persigue... -No me molestarán. Estoy paseando por el bosque. ¿Qué motivo tienen para molestarme? Y si me atacan los perros, podría denunciarles.

Lo dijo esperanzado, con una ancha sonrisa. Summer comprendió que era una broma, y sonrió.

-¿Tienes puesto el casco?

Steve se dio la vuelta para observarla con severidad, tironeó de la correa que sujetaba el casco en la barbilla para cerciorarse de que estaba ajustada. Su propio casco estaba en su sitio. Summer echó de menos la gorra de los Bulls. que estaba guardada en el bolso.

-Ah, casi lo olvidaba. -Renfro metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y sacó unos billetes plegados-. Cuarenta dólares. Es todo lo que tenía en la tienda.

-Gracias, viejo. -Steve aceptó el dinero, y lo metió en su bolsillo trasero-. Cuídate.

-Tú también.

Steve pisó el arranque, montó la moto, e indicó a Summer que subiera.

-¿Y qué hacemos con Muffy? -preguntó, mirando la bola de pelo que había a sus pies.

-Tendrás que llevarla. Trata de que no se vea. Podrías meterla debajo de tu camiseta.

Summer levantó a Muffy, se alzó el borde de la camiseta y metió a la perra dentro. Luego, trepó con torpeza a la motocicleta. Era, más o menos, del tamaño de una bicicleta para adulto, pero más gruesa. Descubrió que

tenía soportes para los pies, y una barra de metal con-tra la que podía apoyar la espalda.

Encaramada en el estrecho asiento forrado de tela plástica negra, se sintió segura como un gato sobre un alambre.

Renfro los contempló con su amplia sonrisa.

-Parecéis una típica familia norteamericana. Papá, mamá, y el hijo por nacer -palmeó el bulto que formaba Muffy en la zona de la barriga de Summer- sobre una Yamaha. Puede que os contraten para hacer publicidad en televisión.

-Nos vemos, Renfro. -Steve arrancó.

La moto rugió, Renfro saludó con la mano, y partieron.

Nunca en su vida Summer había viajado en un medio que le sacudiera los huesos de aquel modo.

Si hubiese podido. se habría aferrado a Steve con todas sus fuerzas, mientras zigzagueaban sobre el suelo irregular. Pero Muffy, no muy conforme con el nuevo estilo de transporte, estaba entre los dos. Sólo para sujetarla, necesitaba usar un brazo. El otro, estaba clavado alrededor de la cintura de Steve.

Subieron y bajaron por la montaña, enfilando hacia el norte, en lugar de continuar hacia el este, corno habían hecho cuando iban a pie. Tantas veces la moto se deslizaba de costado sobre hojas húme das, piedras escondidas y raíces, que Summer se acostumbró a la sensación de que, en cualquier momento, caerían a tierra. En dos ocasiones, cuando llegaban a la cima de una colina, recibía el regalo de bellos paisajes, de montañas que se ondulaban a lo lejos, coronadas por halos de nubes. La escena era de película, pero los peligros, más bien reales. Las cuestas empinadas, muy pobladas de árboles, terminaban inesperadamente en precipicios escabrosos. A veces, daba la impresión de que el suelo se había terminado, y caía en saltos de cientos, y hasta miles de metros.

Hasta el momento, Steve se las había arreglado para pasar con bien por varias de esas caídas. Pero Summer no era optimista. Ultimamente, se sentía como el personaje de un antiguo programa de televisión, Hee Haw: si no fuera por la mala suerte, no tendría ninguna suerte en absoluto.

Sintiéndose más allá del miedo, Summer cerró los ojos para protegerse del viento, y se encomendó a la Providencia mientras esquivaban árboles, piedras y raíces a velocidades que superaban los cien kilómetros. Antes ya había comprendida que no podía hacer nada para que su precario asiento fuese más seguro. Su vida y la de Muffy estaban en manos de Steve. Lo único que podía hacer era rogar que supiera lo que hacía... y que no salieran disparados sobre una loma para terminar volando sobre un acantilado.

Sorpresa, sorpresa.

Alrededor, el mundo se oscurecía. Las sombras alargadas cruzaban el suelo como barrotes de una celda. Subieron a otra cuesta. La rueda trasera se despegó del suelo. A lo lejos, donde Summer clavaba la vista por pura autoprotección, se elevaban las montañas en la atmósfera oscura.

Inesperadamente, la moto se proyectó hacia el cielo como un potro encabritado. Esta vez, las dos ruedas se despegaron de la tierra. Summer chilló, se aferró con ambos brazos a la cintura de Steve, aplastando a Muffy entre la espalda de este y su propio estómago para que no pudiese soltarse

aunque quisiera... y cerró los ojos. Cuando el vehículo aterrizó rebotando, estaban sobre asfalto, corriendo cuesta arriba.

-¡Vas a matarnos! -gritó en la oreja de Steve. -¡Esto es diversión! -le respondió él, vociferando. Diversión. Claro, cómo no. Siento la necesidad la necesidad de velocidad... Otra vez estaba atacado del síndrome de Top Gun. -¿Será legal andar con esta cosa por la carretera? -gritó Summer.

-Eh, esta chica se mueve de las dos maneras: sobre la ruta, o fuera de ella.

Cualquier cosa que significara eso, Summer decidió no preocuparse. En ese momento, los hombres y sus juguetes masculinos estaban fuera de su capacidad de comprensión.

Era una carretera de dos carriles, y a juzgar por la niebla que se arrastraba sobre ella, estaban a considerable altura en las montañas. Summer tembló, pero no de miedo, ni por lo fantasmagórico del paisaje. Era porque los pantalones cortos y la camiseta le ofrecían escasa protección contra el aire que corría hacia atrás. Estaba congelándose.

Pero aparentemente habían eludido a los perseguidores, al menos por un tiempo. Había otros vehículos en la carretera: algunos automóviles, algunos remolques, todos turistas. Nada de policías. Nada de malos muchachos. Con los cascos puestos, y circulando en motocicleta, cosa que sus perseguidores ignoraban -eso era lo que Summer esperaba-, Steve y ella resultaban, a todos los efectos, invisibles. Simplemente, un par de turistas de vacaciones en las montañas.

-¿A dónde vamos? -gritó.

El viento le devolvió la pregunta, arrojándosela a la cara. -No lo sé. A México, tal vez -respondió Steve, también a gritos.

¿México? ¡No quería ir a México! ¡Además, enfilaban haciael norte, no hacia el sur!

Cuando abrió la boca para decírselo, tragó un insecto. Mientras hacía arcadas y escupía, decidió quedarse en paz hasta que se detuvieran. Sin duda, pronto se detendrían. La vibración constante le deja-ba el trasero entumecido. Cambió de posición en el asiento, pero no obtuvo ningún alivio.

Summer sabía que era absurdo preocuparse por incomodidades sin importancia, cuando uno huía para salvar la vida. Pero no podía evitarlo: tenía el trasero dormido, las piernas acalambradas, los pies insensibles, y estaba congelándose. El viento que le daba en la cara era incesante. Frío, cargado de insectos, le azotaba la piel, y también la insensibilizaba.

Y tenía hambre. Se moría de hambre. Huir para que no la mataran estaba resultando un tanto drástico pero eficaz como dieta. Bien podría hacer un anuncio publicitario, venderlo, y hacerse rica.

En una señal verde a un lado de la carretera se leía: CAMINO A LOS APALACHES. Debajo, había un pequeño mamífero castaño de pie sobre sus patas traseras, olfateando el aire. Delante, hasta donde al canzaba la vista, se extendían kilómetros de bosque verde azulados, e innumerables picos montañosos que emergían de la niebla, uno tras otro. La vista era bellísima, gloriosa... Summer supo que estaba con-templando las montañas Smokies en todo su esplendor natural.

La respuesta mental inmediata a esa instructiva noción fue, ¡Hurra!

A medida que anochecía, menguaba el tráfico. Echando una mirada atrás, Summer vio los puntos gemelos de los faros de un automóvil que se dirigían cuesta abajo. Estaban solos en la cima de la montaña, salvo por un antiguo remolque azul que iba delante de ellos. Volando en la oscuridad, aferraría como un mono al hombre que había conocido hacía sólo tres días, Summer se vio invadida por una repentina nostalgia del hogar. Echaba de menos a su madre. A sus hermanas, a sus sobrinos. Hasta echaba de menos a sus cuòados, con los que no siempre estaba de acuerdo. ¡Qué habría dado por estar a salvo en su propia casa, abrigada y cómoda, bien alimentada, y por haberse despertado de esta terrible pesadilla!

De pronto, tuvo aguda conciencia del hombre al que se aferraba. ¿Realmente querría que Steve Calhoun no fuese más que una creación de sus sueños? Si pudiera hacerlo desvanecerse con sólo agitar las manos, junto con el resto de la situación. ¿querría hacerlo?

La respuesta fue perturbadora: no. Deseaba librarse de las circunstancias, pero no del hombre.

En ese estado cercano a la meditación que le provocaban el frío, el viento y la molestia de la incesante vibración, se le ocurrió preguntarse por qué no querría librarse del hombre que la había raptado, aterrorizado, maltratado, y expuesto a numerosas amenazas a su vida y a su integridad física, y que aún era capaz de ser la causa indirecta de su muerte. No era su tipo, para nada. No estaba segura al cien por cien de cuál era su tipo de hombre, pero sí de que Steve no lo era.

¡Por Dios, ni siquiera era guapo! Lem, pese a todos sus defectos, al menos era guapo. Steve Calhoun era grosero y rudo, le gusta-ban la violencia, la velocidad y el peligro, se burlaba de ella, admitía haber tenido un problema con el alcohol (supuestamente superado), y estaba obsesionado con un fantasma. Además, era famoso, no tenía trabajo, lo buscaba la policía, y huía para salvar la vida.

Por arduos que fuesen los esfuerzos de su imaginación, no se parecía al Caballero de la Brillante Armadura. Siempre había añorado, en secreto, un Caballero de la Brillante Armadura.

Pero, en el camping, había vuelto a buscarla. Eso era algo. Algo muy importante.

No podía ser que estuviera enamorándose de él.

¿Era posible? Si así era, en ese mismo instante hacía saber a la Providencia que lo consideraría sólo otra de la larga lista de bromas pesadas que le jugaba la vida.

Cuando la noche era ya tan cerrada que Summer casi no podía verse la mano puesta frente a la cara, el remolque se había detenido, seguramente para acampar. Eso era lo que ella suponía que hacían los remolques. Nunca había acampado, y si la presente experiencia era una muestra de los placeres de la vida al aire libre, no preveía hacerlo nunca en el futuro.

¿Acaso no se detendrían nunca? Sería la primera en admitir que las molestias físicas eran muy eficaces para apartar la mente de los problemas, pero ya era suficiente. Sospechó que si no paraban pronto para que pudiese estirar sus ateridos músculos, no volvería a caminar jamás. Descontando el haz del faro de la motocicleta que cortaba la niebla, y que ahora rodaba por

la carretera en grandes olas. no había ninguna otra luz. Ni luna, ni estrellas, ni luces de alumbrado público. Oscuridad total.

Summer pensó en los precipicios que flanqueaban la carretera, a su izquierda, en la falta de una valla de seguridad, y en la altitud a que se encontraban. Un movimiento en falso, y se precipitarían hacia la nada. De repente, se le ocurrió una absurda imagen de sí misma, Steve, Muffy y la motocicleta, como E. T. y sus amigos, volando en el espacio en bicicleta, ante una luna llena. Las únicas dos diferencias entre esa imagen y la de la película eran: número uno, esa noche no había nada de luna; y número dos, la motocicleta no podía volar. Más bien, podrían chocar y morir…

Fue un esfuerzo, pero el dolor de los músculos la ayudó: por fin, logró apartar de su mente ese último pensamiento alegre. Muffy se quejó, y Summer le dio unas palmadas de consuelo. La perra se había acomodado en su lecho tibio de barriga y camiseta con asombrosa docilidad. Pese a las palmadas, gimió otra vez, y Summer captó el mensaje: quería orinar.

Se inclinó adelante para gritar en la oreja de Steve: -¿Qué? -le preguntó Steve, a gritos.

-¡Muffy tiene que hacer pis! -¡Sosténla a un lado! Divertido. Qué divertido. -¿Puedes detenerte?

-En cuanto encuentre un sitio.

Siguieron un trecho. Muffy gemía, Summer la palmoteaba, la motocicleta andaba. Y aunque oír y hacerse oír por encima del rugido del motor exigía un esfuerzo considerable, hablar con Steve por lo menos le daba una ocupación. Summer se inclinó adelante otra vez. -¿Tienes idea de dónde estamos?

-Sé exactamente dónde estamos. -Y bien, ¿dónde?

-¡Estamos perdidos! -respondió gritando, y rompió a reír como una hiena.

De no ser porque tenía miedo de esos precipicios que la esperaban con la boca abierta, Summer le habría dado un puñetazo.

Capitulo 31

Summer no hubiese podido decir por qué Steve decidió detenerse donde lo hizo. Simplernente, salió de la carretera hacia un sitio tan negro como cualquier otro por el que hubiesen pasado.

lejos de ella cuestionar un regalo de los dioses, y por eso se apeó con piernas temblorosas de la grupa del potro metálico mientras aún podía. De niña, había montado mucho a caballo, y por eso sabía que en ese momento se sentía diez veces peor que después de haber cabalgado.

Muffy se acuclilló de inmediato junto a la motocicleta. Summer tuvo que contener la prisa por hacer lo mismo, y se adentró, vacilante, en la oscuridad.

El viento soplaba sin cesar, y a cada minuto era más frío. Miró alrededor, al panorama de las montaòas sumidas en la oscuridad, los árboles, el cielo sin luna, y tembló. Por una vez, las cigarras estaban en silencio. Quizá se hubiesen enterrado por otros diecisiete años... o tal vez se hubiesen congelado, corno ella sentía que podía pasarle. Pero había otras criaturas vivas en el bosque. Summer oía los ruidos de su presencia. Mientras se ocupaba de sus asuntos al amparo de un árbol, a menos de

cinco metros de donde Steve se ocupaba de la moto, tuvo la impresión de que millones de ojos ocultos la observaban en la oscuridad.

Seguramente pensarían: "¡la cena!"

Fue tal la prisa con que corrió a reunirse con Steve, en la relativa seguridad que le brindaba, que casi se rompió el cuello.

Mientras ella se ocupaba de sus menesteres, él había acomodado la moto en el soporte central y, cuando volvió, estaba sacando el bolso de la trasera. Muffy con el lazo ridículamente ladeado, se acurrucaba a sus pies.

A Summer se le ocurrió que la perra tenía tanto miedo como ella del lugar en que se hallaban, y se inclinó para levantarla, no sin sufrir varios tirones dolorosos.

Muffy la recompensó con un lengüetazo en la barbilla. -Podríamos pasar la noche aquí. Está tan oscuro que es peligroso seguir.

¡Bravo, bravo! Pero no lo dijo en voz alta, y siguió a Steve hacia los árboles.

-Quisiera preguntarte algo -dijo, en dirección de Steve, mientras juntaba ramas para el fuego-. Tu amigo Renfro, ¿apareció por casualidad?

-¿Michael Jordan tiene pelo?

Arrodillado en el suelo, Steve despejaba un círculo de piedras, ramas y demás desechos, dejando la tierra lista para encender fuego. Summer tuvo que pensarlo:

-No -dijo, al fin. -Exacto.

Tenía el cerebro tan calcinado por los sucesos del día, que también tuvo que pensar eso.

-¿Acaso estás diciendo que no fue casual la aparición de Renfro? -preguntó al fin, cargando con una pila de ramas hasta donde estaba Steve, y dejándolas caer a su lado.

Estaba helada hasta los huesos. Se estiró, abrió el bolso, y sacó el rompevientos del fondo.

-Lo has captado.

Mientras se ponía el rompevientos, Steve examinaba con cuidado las ramas, descartando algunas, y empezó a acomodar las otras con esmero. La fina prenda no hacía nada en favor de las piernas de Summer, que eran como dos columnas de hielo. Sacó la manta del bolso, y también se envolvió en ella.

-¿Te comunicaste con él por señales de humo o por percepción extrasensorial?

No pudo evitar el impulso de ser sarcástica. Además, se sentía a punto de desmayarse de frío. Con su mala suerte, seguro que terminaba en pulmonía. Pero no le preocupaba demasiado. A esas alturas, la neumonía estaba la última en su lista de preocupaciones.

Steve la miró de soslayo.

-Usé el teléfono de la oficina del gerente. Después de ver el periódico, supe que no era buena idea escondernos en el campamento de pesca. Rápidamente, teníamos que poner mucha distancia entre nosotros y todos los que nos perseguían. Conozco a Renfro desde que éramos niños. Solíamos ir a pescar a menudo, él, mi padre y yo, y a veces montábamos en motos de tierra. Está loco por las motocicletas, y siempre tiene un montón, en diferentes estados de reparación. Adrninistra una tienda de souvenirs junto

con su padre, en una reserva indígena, a unos cuarenta y dos kilómetros de Hiawatha Village. Cuando lo llamé y le dije lo que necesitaba, dijo que no había problema. Ya había leído los periódicos, y al parecer no lo sorprendió en absolu-to lo que supo de mí. Por eso, cuando tuvimos que huir, lo hicimos en esa dirección, porque yo sabía que él vendría por allí. En apretada síntesis, ahí tienes el Plan B.

-Dio resultado -admitió Summer, acercándose más a la pila de ramas de forma cónica, mientras Steve la encendía con el siempre útil encendedor.

Estaba convencida de que nunca más iba a recuperar el calor de su cuerpo.

-Mis planes siempre dan resultado -repuso Steve, con sonrisa presumida.

-¿Ah, sí? ¿Y cuál es tu plan para salir de esto? No creo que sea buena idea ir a México.

Steve metió la mano en el bolso, y sacó lo que quedaba de comida. Volvió a cerrarlo, y se apoyó contra el tronco de un pino alto. -Yo tampoco lo creo -dijo, mientras ensartaba salchichas de aspecto laxo en una rama, y se la pasaba a Summer para que la tuviera.

Summer trató de no pensar en los varios tóxicos que podían agazaparse en la carne que había estado sin refrigerar todo un día, por lo menos, y sostuvo la rama sobre el fuego. Aunque fuera peligroso, se comería esas salchichas. Estaba famélica.

Empleando su imitación de alfombra, tendida entre los dos humanos, Muffy ladró, lastimera. Summer y Steve se miraron. Steve le pasó a la perra una galleta de cacahuete un poco estropeada.

-He estado pensándolo -continuó el hombre, acomodando los panecillos sobre una piedra que había acercado al fuego-. Para nosotros, huir no es la solución. Ahora que ya han determinado que nos persiguen por asesinato, todas las fuerzas policiales de Estados Unidos nos buscarán. Si piensan que cruzamos fronteras estatales, el FBI irá tras nosotros. Si creen que salimos del país, será la Interpol la que nos busque. Tal como va nuestra suerte, es probable que salgamos en la próxima edición semanal de Los más buscados de Estados Unidos. Los buenos policías, y te aseguro que superan en número a los malos por amplio margen, son ahora nuestros enemigos, igual que los malos, y que los malhechores que no son policías. Los policías buenos nos arrestarán, y nos mandarán a donde los malos puedan atraparnos, o nos tirarán a matar, si nos resistimos. Eso haría yo de estar en lugar de ellos. Es lo que haría cualquier policía.

¿Tirar a matar? -repitió Summer, en tono desmayado. Steve asintió, y empezó a ensartar los malvaviscos en un palo. -Tienes que entender que ahora somos malos -le dijo-. Somos criminales, buscados por la policía.

-¡Oh, Dios mío! -Summer se horrorizó-. Quizá nos con-vendría llamar a un abogado. Mi hermana es abogada. Y está el tipo que se ocupó de mi divorcio. A decir verdad, no lo hizo muy bien, pero podría recomendarnos...

Steve negaba con la cabeza.

-No necesitamos un abogado. Si de algo no debemos preocuparnos, es de responder a cargos criminales. Si nos atrapan, ni siquiera iremos a juicio. Según quién nos agarre, iremos o no a prisión. -Oh -dijo Summer, en voz ahogada. La realidad era aterradora.

-Presta atención: estás quemando las salchichas.

Volviendo la atención a las demandas del presente, se concentró en las salchichas. Steve tenía razón: la parte que ahora había puesto hacia arriba estaba negra y ampollada. Qué suerte que le gustaran las salchichas así. Diablos, a esas alturas le habrían gustado de cualquier manera.

-¿Y entonces, qué vamos a hacer?

A Summer no se le ocurrían demasiadas alternativas. Pero se consoló pensando que tal vez estuviese fatigada.

-Pienso que lo más conveniente para nosotros es volver al galpón de los botes. Tenemos que descubrir qué es eso que todos buscan con tanto afán. Si es lo que sospecho, nos comunicaremos con los medios de difusión y les contaremos la historia. Si conseguimos que los medios nos respalden -y creo que hay buenas probabilidades, porque adoran las historias con escándalos policiales- estaremos relativamente a salvo. -Echó un vistazo a las salchichas, sacudió la cabeza, y le quitó el palo de las manos-. Creo que ya están hechas.

Quizá la dureza del tono se debía a que la cena estaba negra como el carbón.

-Pero ya sabemos lo que hay en el furgón. Hay cadáveres. Summer aceptó una salchicha y la metió dentro del panecillo que le dio Steve; olía un poco a rancio, pero estaba caliente. -Nena, te aseguro que no nos persiguen como locos sólo porque quieran presentar sus respetos a los muertos. -Mordió la salchicha. Muffy gimió. Distraída, Summer arrancó un pedazo de panecillo y se lo dio-. Si no hubiese en el furgón algo que anhelaran tener, ya estaríamos muertos. Y no se trata de esos cadáveres.

-¿Y qué piensas que es?

Summer intentó recordar el interior del furgón. No vio más que los ataúdes y su contenido, pero en realidad no había mirado bien. -Lo rnás probable es que sean drogas. Podrían ser muchas cosas, pero estoy convencido de que son drogas. Tal vez coca, o smack. Marihuana no, porque ocupa mucho espacio.

Sacó un malvavisco del palillo, y se lo metió entero en la boca. Luego, abrió una de las dos latas de cerveza que quedaban, y se la pasó a Summer. Ella vio que la otra estaba en el suelo, junto a su pierna. Ya estaba abierta, y le lanzó una mirada interrogante.

-Odio la cerveza -fue lo único que dijo. -Bébela.

Recibió la lata con una mueca, y la apoyó contra su pierna. Steve bebió un gran trago. Como Summer tenía tantas cosas de qué preocuparse, no pudo rnás que esbozar un gesto fugaz de aflicción por su propio consumo de cerveza, en contra de su antigua afirmación de rechazo al alcohol. Si era cierto que en la lata aún había cerveza, cosa que dudaba, pues corno ya empezaba a conocerlo bien, sospechaba que no era así.

-¿Agua? -aventuró, alzando una ceja e indicando la lata.

Steve la miró con cierta sorpresa. -¿Por qué lo dices?

-Es agua, ¿no? -Sí.

-Lo supuse.

Sus labios se curvaron en una expresión satisfecha. No se había equivocado al deducir la personalidad del hombre.

-Te crees muy astuta, ¿eh?

-Sí. -No pudo menos que sonreír-. ¿De dónde la has sacado?

-Volqué la cerveza y llené las latas con agua, en un grifo que había en el camping, cuando fui a buscarte. ¿Ves ese agujero pequeño en la tapa? Es fácil, siempre que después lo tapes con algo. En este caso, goma de mascar.

-¿O sea que la mía también es agua? Summer miró la lata con auténtico entusiasmo.

Steve asintió. La mujer le sonrió, y bebió un gran sorbo. Y aun-que el agua estaba tibia y tenía un sabor metálico, le supo maravillosa. Bebió otra vez, y luego retomó el tema que estaban tratando.

-Por favor, ¿podrías contarme cómo terminaste atrapado en la funeraria, la otra noche? Al parecer, todo comenzó ahí.

Steve negó con la cabeza, y devoró otro malvavisco.

-No, todo no empezó ahí. En realidad, empezó hace más de tres años. Tiene relación con el caso que estaba investigando cuando yo... cuando Deedee murió.

De pronto, se puso pensativo, más bien, todo lo pensativo que se puede estar mientras uno se lame los restos de malvavisco de los dedos. -Sigue -lo instó, un poco irritada.

Deedee empezaba a ponerla nerviosa.

-¿Quieres saberlo todo? -La expresión del hombre fue inescrutable-. De acuerdo. Se suponía que era confidencial, pero en estas circunstancias, pienso que tienes derecho a oírlo. Diablos, hasta podría ser que me ayudaras a desentrañarlo. Hasta ahora, creo que se me escapa algo. La clave.

Rió, y le dio a Muffy la punta más quemada de la salchicha, sin que la perra tuviese que pedirla. Muffy la engulló, ansiosa.

-Sabes que soy... era detective en la Policía del Estado de Tennessee.

Era tanto una pregunta como una afirmación, y Summer asintió.

-Hace unos tres años y medio, mis superiores me pidieron que investigara una posible corrupción en el departamento de policía de una ciudad pequeña del Estado. -Echó una mirada a Summer, titubeó, y sorbió agua-. Diablos, ya que estamos, te diré que se trataba del Departamento de Policía de Murfreesboro. El que me lo pidió fue el Jefe Rosencrans. Al parecer, la corrupción, la supuesta co-rrupción, estaba tan extendida en ese departamento que necesitaba ayuda externa para desarraigarla. No sabían qué efectivos estaban limpios, si es que alguno lo estaba.

-¿Eso no prueba que Sammy no está involucrado? Lo único que tendríamos que hacer es ponernos en contacto con él, e... -intervino Summer, ansiosa.

Steve negó con la cabeza.

-No prueba nada. ¿Nunca has oído hablar del farol, y del doble farol? Que el viejo Rosey nos haya pedido que investigáramos no significa que no esté metido. Puede ser que haya pensado en iniciar la investigación como un modo de ocultar su participación en lo que estaba sucediendo. Diablos, no lo sé. Cuando uno ha sido detective tanto tiempo como yo he sido, o era, se aprende a no confiar en las apariencias. Aunque algo parezca una vaca, suene como vaca, y huela como vaca, no significa que sea una vaca, ¿me entiendes?

Summer lo pensó, y asintió. La fatiga estaba cobrándose su tributo. En ese momento, su cerebro no era tan ágil como debía ser, pero estaba

bastante segura de haber captado la idea principal: tal vez Sammy estuviese entre los buenos, y tal vez no.

-Como sea, investigué, y llegué a la conclusión de que había algo podrido en Murfreesboro. Algo muy podrido. A esos tipos se les pagaba por encubrimiento... pero, ¿quién les pagaba? ¿Y por qué? Era una investigación muy secreta. Nadie tenía que saberlo, salvo mi superior inmediato, y el Jefe Rosencrans. Al parecer, toda la acción se centraba en torno de la funeraria de Harmon Brothers. En ese lugar estaba desarrollándose algo... una operación con drogas en gran escala. Si bien no tuve oportunidad de demostrarlo, estoy bastante seguro. Lo que no sé es si la gente de la funeraria está involucrada, o sólo aporta el terreno. Sospecho que algunos -sean empleados o dueños-, tienen que estar al tanto, pues de lo contrario habrían denunciado que veían a desconocidos yendo y viniendo del cementerio a horas inusitadas. No se registraron denuncias, me cercioré. También sospecho que puede haber cierta gente de la alta sociedad del Estado, metida en esto. Algunos políticos. Y algunos policías. Estaba llegando al fondo de la cuestión... y entonces fue cuando Deedee murió.

-Se suicidó -dijo Summer en voz baja, deseosa de que lo afrontara.

Steve la miró, con expresión dura, intensa.

-¿De verdad? Eso es lo que se dice. Diablos, parece haber buenos argumentos, por lo menos por escrito. Es cierto que tuvimos un romance, y yo lo rompí de manera un poco abrupta. Pero, ¿Deedee sería capaz de colgarse por eso? Siempre me costó creerlo. No puedo imaginarme a Deedee matándose por mí. Ni por nadie. Deedee no era de esas. Era... vibrante, se podría decir, a falta de una palabra mejor. Era de esas personas que aferran la vida con las dos manos y le retuercen la cola hasta que les da todo lo que piden.

"Puede ser que no quieras verlo", pensó Summer, creyendo que tal vez, si lo ayudaba a sacarlo todo afuera, ejercería un efecto curativo. Era hora de que el fantasma de Deedee descansara en paz.

-¿Dejó una nota de suicidio, o una... cinta de vídeo?

-Sí. -A Steve se le enrojecieron los bordes de las orejas. Bebió un sorbo, y miró a Summer de soslayo-. Alguien... no puedo creer que fuera Deedee; puedes apostar tu vida a que yo jamás vi la cámara, si es que estaba... que nos grabó... eh... haciéndolo. En esa cinta había bastantes escenas candentes; lo sé, porque durante el curso de la investigación para decidir si me despedían o no, tuve que verla tres veces. Deedee era un... espíritu libre. Le gustaba probar cosas diferentes. Que la ataran, o tener relaciones sexuales en lugares insólitos.

-Encima de tu escritorio, por ejemplo.

El tono de Summer fue seco. Sabía que era una idiotez resentirse por los encuentros sexuales que hubiese tenido Steve antes de conocerla, y desde luego que si fueron con una mujer ya muerta no representaban ninguna amenaza, pero de todos modos la exasperaba. Porque suponía que, para Steve, Deedee estaba viva. Hasta tenía visiones de ese fantasma.

Comprender cuánto necesitaba que Steve apartara a Deedee de su vida, viva o muerta, la impactó.

-Con que eres fanática del National Enquirer, ¿eh? -le preguntó, alzando una ceja en gesto irónico.

-En realidad, creo que lo vi en Hard Copy.

-Jesús. -Steve levantó la lata como para beber un trago, pero la dejó otra vez en el suelo sin beber-. Cuando se diluyó el embeleso de haberlo hecho con Deedee (comprende que yo la deseaba desde hacía años), empecé a sentirme muy culpable. Estaba Elaine. Era mi esposa. Cuando nos casamos, estábamos enamorados. Por lo menos, yo lo estaba. No puedo hablar por ella. Cuando nació la niña, la llama se apagó, aunque seguimos conservando las apariencias. No me interpretes mal: Elaine era, es, una buena mujer, una buena madre. No estoy dispuesto a decir lo contrario para justificar lo que hice.

Levantó la lata, y esta vez sí trasegó la mitad del contenido. Cuando la dejó, se limpió la boca con el dorso de la mano, y miró a la mujer. En la oscuridad, sus ojos eran dos discos negros, de expresión inescrutable.

-Peor que Elaine, era con Mitch. Mitch es, era, mi mejor amigo. Fuimos juntos al jardín de infancia y a la escuela primaria. Conocimos juntos a Deedee, cuando estábamos en la escuela superior. Mitch era defensa de nuestro equipo de fútbol. Yo, centro. Lo único que no hicimos juntos fue alistarnos en la Infantería de Marina. El fue a la Universidad. Pero cuando yo salí del servicio, también fui a la Uni-versidad, y terminé en la policía del Estado, junto con Mitch. El fue detective un año antes que yo. Diablos, si cuando Elaine y yo compramos nuestra casa en Nashville, él compró una en la misma calle. La noche en que nació mi hija, él estuvo en el hospital, regalando cigarros. Nos emborrachamos juntos. Estábamos más unidos que muchos hermanos. Me acosté con la esposa de mi mejor amigo. No tengo disculpa. Lo sé, te lo aseguro.

Calló. Endureció el mentón, y Summer pudo ver el perfil pétreo del hombre, que contemplaba fijamente las llamas. Después de un momento, como si sintiera el peso de la silenciosa simpatía de la mujer, la miró con expresión melancólica.

-Deedee y Mitch habían estado casados desde hacía mucho tiempo, y él la engañó durante años. Puede que ella también lo engañara, no lo sé. ¿Cómo puede saberse? De todos modos, esa vez él estaba metido en un asunto que, según Deedee, era bastante importante. Necesitaba un hombro sobre el cual llorar y qué mejor que el mío? Todos nosotros habíamos sido amigos desde siempre. Nunca quise que sucediera lo que sucedió. Simplemente, pasó. Una noche, yo estaba bebiendo, ella se sentía sola, y... pasó. -Se tapó la cara con las manos-. Dios, si pudiera volver atrás, sólo a ese momento. Si pudiera borrarlo, lo haría.

Mirándolo, contemplando sus hombros anchos, caídos en gesto de derrota, la cabeza gacha, viendo a este hombre fuerte, deprimido, en actitud de honda desesperación, Summer supo la triste verdad: Estaba enamorada de él.

Que Dios la amparase.

Y no soportaba verlo herido. Aun cuando la causa del dolor fuera su pena por otra mujer, tenía que hacer algo para aliviar ese dolor.

Se arrastró hacia él y lo envolvió en sus brazos, con manta y todo, rodeándole los hombros para consolarlo.

Apretó la boca contra su mejilla áspera, sin afeitar.

Steve apartó las manos de su cara. Alzó la cabeza, y sus ojos negros escudriñaron los de ella con el intenso ardor del fuego.

Capitulo 32

El bosque estaba sumido en una oscuridad completa, a no ser por el resplandor anaranjado que lanzaban las llamas vacilantes. Las sombras que proyectaba el fuego saltaban y danzaban como fantas mas paganos entre los troncos negros de los árboles. El viento gemía arriba, entre las ramas. Pequeñas bestias pasaban sigilosas, y chillaban.

Summer observó aquellos ojos negros impenetrables, aquel rostro feo, de intenso magnetismo, los hombros anchos, el áspero cabello negro.

Estaba enamorada de este hombre. La asustaba tanto saberlo, que casi se sintió enferma... pero también le provocó euforia. Steve inclinó la cabeza y la besó en la boca.

Summer cerró los ojos. Fue un beso tierno, dulce, y las emociones que evocó, tan intensas, que le dieron ganas de llorar.

De pronto, inesperadamente, interrumpió el beso. Se echó atrás, y Summer abrió los ojos, perpleja.

-Esto es un error -dijo, con voz insegura.

Dolida, Summer empezó a apartarse. Pero entonces, recordó que este era Steve, el orgulloso, inalcanzable Steve, al que ella amaba. El mismo Steve que había sido herido, y aún sufría. Steve, el que la necesitaba.

En lugar de desistir, apretó más los brazos en torno del cuello del hombre. Cerró los ojos, levantó la cabeza, y encontró los labios de él con los suyos. Cuando su boca tocó la de él. él no se apartó, pero

tampoco respondió. Era como si estuviese besando a una estatua, frotando con sensualidad los labios contra aquella boca reseca por la intemperie.

Se le resistía. ¿Por qué? Por Deedee. Summer lo supo por instinto. Estaba enzarzada con Deedee en una batalla por el alma de Steve.

Y no tenía importancia que Deedee estuviese muerta.

Steve mantuvo los labios cerrados, obstinado. Summer, que jamás había seducido ex profeso a ningún hombre, en ese momento lo hizo. Recorrió el contorno de la boca de Steve con la lengua, son deando en la unión de los labios. Sintió cómo se ponían tensos todos los músculos del cuerpo del hombre, que resistía.

-Bésame, Steve -murmuró, contra su boca.

Hasta el cuello estaba tenso, sintió, al acariciarle la nuca con dedos tiernos, tratando de hacerle bajar la cabeza.

-Por el bien de los dos, necesito mantener la cabeza clara -dijo Steve, con voz estrangulada.

Summer le sonrió, se acomodó en el regazo de él, y arregló la manta para que los abrigara a los dos. Sus brazos le rodeaban el cuello. Las rodillas levantadas, los muslos largos y musculosos de un lado, y el abdomen tibio y el pecho ancho del otro, formaban un buen nido para el trasero de Summer. Le rozó el tórax con los pechos. Las manos de Steve, por su propia voluntad, de eso estaba segura, encontraron la cintura de la mujer y se apretaron allí.

-Esta noche no necesitas tener la cabeza clara.

Sin esfuerzo, Steve podría haberla bajado de su regazo. Summer lo sabía, porque ya había experimentado la fuerza de él. Y no tenía dudas de que no tendría el menor escrúpulo en herirla, si lo que quería era librarse de ella. Pero no era eso. Lo sabía.

-Summer...

Pese a sus protestas, los ojos negros estaban fijos en la boca de Summer.

-Shhh.

Le puso un dedo en los labios para silenciarlo. No podía dejar de mirarlo. Estaba tan cerca, que podía ver cada marca, cada magulladura, cada cicatriz en su piel. Veía, uno por uno, cada pelo de

la barba que sombreaba, áspera, la mandíbula oscurecida, la leve hinchazón que todavía deformaba el lado derecho de la cara, los bordes amarillentos de un hematoma violeta oscuro en la frente, los círculos violáceos en torno de los ojos. El corte en el pómulo empezaba a curarse, igual que el de la comisura de la boca. Verlo así, golpeado, debería disminuir su atractivo pero, por extraño que pareciera, no era así. Tenía la apariencia de un gladiador fatigado, concluyó para sí, absorbiendo cada rasgo cíe aquella cara, desde las cejas negras pobladas, el bulto en el puente de la nariz, que era como un cuchillo, hasta la curva inesperadamente tierna del labio inferior, sobre el mentón obstinado.

-Mira, no quisiera involucrarme...

Tenía la respiración entrecortada. Summer le sonrió con ternura.

-Yo tampoco, pero creo que ya es demasiado tarde. Entonces se movió, alzó la boca hacia él y, al mismo tiempo, atrajo la cabeza de Steve hacia ella. El se dejó, pero no le dio más estímulo que ese, y Summer no se engañó creyendo que no hubiese podido detenerla, si quería.

Summer cerró los ojos y rozó los labios de él con los suyos, primero con suavidad, con la delicadeza provocativa de una mariposa. No hubo respuesta. Su boca acarició la de él rogando, prometiendo. Steve siguió resistiéndose... pero la brusca inhalación de aire le dijo todo lo que necesitaba saber.

Esta batalla la ganaría ella.

Lo sintió grande, cálido y sólido contra sí. Se acurrucó más cerca, cambió de posición para quedar medio tendida sobre el pecho de Steve, los pechos apretados cerca de los músculos duros, los brazos en torno de su cuello.

Steve abrió la boca para decir algo -otra protesta, sin duda-, y lo venció, metiéndole la lengua dentro de la boca.

El se puso rígido, como si se le hubiesen tensado todos los músculos en un espasmo. Este gladiador suyo, ¿pelearía hasta el final? Summer echó la cabeza atrás, abriendo los párpados, lánguida. Los ojos negros ardieron en los suyos, quemándola corno las brasas de la hoguera. Le dio un beso suave, fugaz, pero Steve siguió incólume. Summer le sonrió, mientras sus pechos le rozaban el tórax. Los ojos de Steve se entornaron, y se le endureció el mentón. Summer percibió la suspensión momentánea de la respiración.

Y luego:

-Al diablo -murmuró el hombre, con voz espesa, y su boca se abatió sobre la de ella.

La besó como su estuviese famélico por la boca de ella. Acarició y devoró, una vez con la lengua, otra con los labios, los brazos apretados alrededor de la cintura de la mujer, sujetándola como si nunca más fuese a soltarla. Summer respondió al ansia de él con la propia, los brazos enlazados en el cuello del hombre, la cabeza echada atrás, sobre el hombro de él. De pronto se sintió floja, como si los músculos se le hubiesen convertido en gelatina. Creyó que, si él la soltaba, no podría sentarse por sus propios medios. Por fortuna, no había posibilidades de que la soltara. Sentía la pasión del hombre bullendo corno en una caldera; su calor ya la abrasaba. Steve estaba ahora al mando del beso, y ella no hacía más que seguirlo.

Cuando, al fin, la boca se separó de la suya para deslizarse, ardiente, desde la mejilla de Summer hacia la oreja, la mujer gimió. Steve le mordió el lóbulo tierno con dientes que, más que castigar, excitaban, y luego besó la piel tersa de abajo.

-Te deseo -murmuró, acariciándole la oreja con su aliento cálido.

La frase fue increíblemente seductora, dicha con aquella voz ronca, entrecortada. Summer empezó a temblar.

-Yo también te deseo.

Entrelazó los dedos en el cabello de él, y apretó la boca contra el hueco tibio, debajo de la oreja. Sentía bajo los labios cómo se aceleraba el pulso de él.

Steve tenía la espalda apoyada contra el tronco del pino, y Summer, acostada sobre su pecho, las piernas rodeándolo, la manta alrededor de los dos. Steve ahuecó las manos detrás de la cabeza de Summer, y la echó atrás para que su boca llegara con más facilidad al cuello suave.

Summer alcanzó a divisar unos murciélagos que cazaban insectos contra el cielo nocturno, y cerró los ojos, negándose a recordar dónde estaban o por qué. Desechó toda noción, salvo la sensación de las manos, la boca, el cuerpo de Steve. Era lo único que quería, que necesitaba... sólo Steve.

La boca de Steve trazó el recorrido bajando por el cuello de la mujer, mordisqueando, chupando y lamiendo la suave columna. Por fin, llegó al hueco palpitante en la base de la garganta. Se detuvo ahí

un momento, los labios apretados contra la piel. Summer sentía la dureza de su boca, la aspereza del mentón sin afeitar, la lengua tibia y húmeda, que exploraba, lánguida, la blanda depresión. Entonces, una mano grande y cálida encontró su pecho.

La cabeza le dio vueltas. El pezón se irguió instantáneamente, empujando contra la palma a través del rompevientos, la camiseta y el sostén. Steve encontró el capullo anhelante, lo acarició con el pul gar, lo apretó entre los dedos, haciéndolo girar con delicadeza a uno y otro lado. El placer fue tan intenso, que Summer jadeó.

De repente, anheló sentir la piel de él contra la suya. Pasó las manos por su pecho, las metió debajo de la camiseta, y gozó de la carne dura, cubierta de vello. Le acarició el pecho, el vientre. Era cálido, tan cálido... que lo único que deseaba era acercarse más a ese calor.

Sus dedos inquisitivos encontraron la pretina de los pantalones. Encontró el botón, lo soltó, bajó el cierre. La boca de Steve le quemaba la piel del cuello, la ruano en el pecho de pronto se puso rígida, y tuvo la

impresión de que había dejado de respirar. Entonces, metió los dedos dentro de los calzoncillos, cruzó el abdomen tenso, y se cerró sobre esa parte grande, cal lente, hambrienta de él que estaba hecha para ella.

-¡Jesús!

Cuando cerró los dedos sobre él, lo hizo gemir una vez, luego otra. De repente, Steve giró con ella, acostándola de espaldas con tanto apremio que perdió la orientación espacial y tuvo que aferrarse

a los hombros de él, únicos puntos firmes en un mundo que giraba. Por un momento, quedaron enredados en la manta. Jurando por lo bajo, Steve los libró de ella, y la arrojó a un lado. Luego, se colocó encima de Summer, el cuerpo duro, pesado, la respiración que emergía en jadeos rápidos, entrecortados. Su boca se pegó a la de ella con hambrienta pasión, que encendió en ella el mismo fuego. Summer devolvió el beso con igual ardor, y deseó que le hiciera el amor con una ferocidad que jamás, hasta ese instante antes de Steve, se creyó capaz de sentir.

Con una mínima parte del cerebro que aún funcionaba, comprendió que él era lo que había estado buscando durante años: un hombre que la necesitara, un hombre a quien amar. Steve.

Con manos inseguras, la desvistió, y Summer tuvo que ayudarlo. Incapaz de bajar el cierre del rompevientos hasta el final, desistió y le sacó la prenda a tirones por la cabeza. Ella todavía tenía la cami-seta y el sostén, y los apartó, impaciente, dejándolos debajo de las axilas. Cuando sus dedos hallaron los pechos, se apretaron sobre las suaves prominencias con una fuerza como para lastimarla. aunque no la lastimaron, Summer gimió, y se olvidó de ayudarlo a sacarle la ropa. El le besó los pechos, y Summer creyó que ese placer tan exquisito la mataría. Entonces, de repente, sintió que sacaba las manos y la boca. Abrió los ojos, y vio que le había quitado las manos de encima sólo para sacarse los pantalones, la camisa, los zapatos. Con manos trémulas, se incorporó para ayudarlo, pasando su boca ansiosa sobre el cuerpo, mientras los dos tiraban de la ropa de él.

Cuando terminó, fue el turno de ella. Steve le sacó la camiseta y el sostén por encima de la cabeza, sin molestarse en desabrocharlo. Sus manos se posaron en los pechos, y bájó la cabeza para besarlos, pero Summer lo eludió.

Tenía otra idea en mente.

Apoyándole las manos en los hombros, lo empujó sobre la suave y resbaladiza alfombra de hojas caídas, besándole el cuello, recorriendo con su boca la piel cálida, áspera de vello en el pecho, mordisqueando el abdomen tenso, camino de su objetivo.

Cuando lo encontró con su boca, el hombre gimió. Estaba grande, caliente y duro cuando lo besó, lo lamió, lo tragó entero. Los músculos rígidos, los ojos cerrados de Steve; y por un momento, mien tras lo llevaba cada vez más alto, Summer gozó de su propio poder. Era suyo, todo suyo, y ella estaba poseyéndolo.

Entonces, las manos del hombre se enredaron en su pelo, la apartaron de sí, y la hicieron levantarse. El se volvió junto con ella, acostándola de espaldas, y sacándole pantalones y bragas con una rápida serie de movimientos casi frenéticos. Pantalones y bragas quedaron a la altura de los tobillos, y seguía con las zapatillas puestas, pero Steve no podía esperar a

terminar de desvestirla. Con un queji-do, se puso otra vez encima. Los muslos de la mujer se separaron por propia voluntad, y le rodeó el cuello con los brazos, dándole la bienvenida. El la penetró con ruda urgencia, y Summer jadeó. El gruñido de Steve la enardeció más aún. Su propio deseo la hizo alzarse y caer al ritmo de los movimientos del hombre que entraba y salía, y otra vez, en un ritmo incansable. La cabeza de Summer estaba echada hacia atrás. la boca abierta mientras él la poseía, y ella también a él. Le clavó con fuerza las uòas en la espalda musculosa; apretó con los muslos las caderas del hombre. Estaba enloquecida de placer, delirante. temblorosa. En su mente no había lugar para nada que no fuera el embeleso de su propio deseo... y de la convicción de que era Steve.

Steve le apretó las nalgas con las manos, levantándola para poder penetrarla más hondamente, y con un gemido ronco, su boca atrapó el tierno pezón del pecho izquierdo.

Summer no pudo soportarlo más. Dentro de ella, glorioso. estalló un placer más intenso que el que era capaz de imaginar. -¡Oh, Steve! ¡Steve! ¡Steve!

Se estremeció, y se aferró a él, gritando su dicha a la oscuridad infinita. El respondió con un último impulso salvaje, y con su propio grito ronco, temblando, quedándose dentro de ella.

Entonces acabó, con el final abrupto de una tormenta pasajera. Summer quedó tendida, laxa, sobre el suelo, consciente de una larga lista de molestias. Tenía un montículo de hierba entre los hombros. Se le estaban helando las piernas. Aquella especie de gran tronco que tenía encima pesaba una tonelada.

Y empezaba a llover.

Capitulo 33

-Está lloviendo.

Le besó fugazmente la mejilla erizada de pelos. -¿Eh?

Steve no abrió los ojos, no levantó la cabeza, no le sonrió, no se movió.

-Digo que está lloviendo. -Una gruesa gota se estrelló en su nariz, como para subrayar la afirmación. Le tocó el hombro-. Vamos a empaparnos.

Entonces, abrió los ojos. En las profundidades negras y peli-grosas brilló una chispa, y Steve se movió, y le besó la nariz. -Eres maravillosa -le dijo.

-Tú también -le respondió, sonriendo. -Seguro que se lo dices a todos.

Ella agitó las pestañas con exagerada coquetería. -No. Sólo a los que son guapos.

Steve rió:

-Me han dicho muchas cosas en la vida, pero nunca que soy guapo.

-Es evidente que te has juntado siempre con una clase de mujer equivocada.

-Evidente.

Otra gota salpicó la frente de Summer. En ese momento, Muffy apareció junto a ella lloriqueando y escrutándole, ansiosa, el rostro.

No estaba segura, pero sospechaba que Muffy jamás había estado balo la lluvia.

-Maldita voyeurista -musitó Steve-. Seguro que lo ha vis-to todo.

Se apartó rodando de Summer, y se sentó, con las rodillas flexionadas, los brazos sobre estas, y lanzó en torno una mirada pre-ocupada, prestando mayor atención a las ramas bajas de los árboles circundantes. ¿Para qué? Luego, Summer imaginó el motivo.

Cayeron más gotas, y el fuego siseó y chisporroteó. -¿Buscas a Deedee? -preguntó la mujer, con dulzura, incor-porándose y volviendo bragas y pantalones a su posición correcta. Steve le echó una mirada, entrecerró los ojos, apretó los labios y, por fin, asintió.

-Pienso que está persiguiéndome.

Summer no pudo evitarlo. Aunque su tono había sido burlón, vio todo rojo. ¡No había ganado la batalla para perder la guerra! Agarró una piña del suelo y se la tiró. Le dio en la barbilla. -¡Eh! -dijo Steve, frotándose la barbilla, con aire sorprendido-. ¿Por qué has hecho eso?

Summer le tiró otra, y también dio en el blanco. Se incorporó y se inclinó sobre él, aferrándolo de las orejas, haciéndolo girar la cabeza, mirándolo furiosa, a la cara vuelta hacia arriba, con la nariz a escasos milímetros de la de él.

-¡No quiero oír una palabra más de Deedee! Ni una sílaba, ¿entendido?

Por un momento, pareció alarmado. Entonces, sonrió, estiró los brazos, la aferró de la cintura y la hizo sentarse en su regazo. -Me gustan las mujeres celosas -dijo, y la besó.

Llevó las manos a sus pechos desnudos y los acarició. El estaba desnudo; ella, a medias, y el beso empezaba a excitarla...

Una ducha de gotas de lluvia los separó.

-Va a haber tormenta -dijo Steve levantando la cabeza, al oír un trueno lejano-. Tenemos que encontrar refugio.

-¿Qué sugieres?

Sabía tan bien como él que no había ningún refugio en kilómetros a la redonda.

-Guarda todo, menos la manta. Se me ha ocurrido una idea. Summer se vistió, e hizo lo que le pedía, mientras él se ponía los pantalones cortos, se calzaba, y se perdía entre los árboles. A lo lejos, un relámpago cruzó el cielo. El viento empujó a la lluvia con más fuerza a través del claro. El fuego siseó y danzó. En cualquier momento, habría un diluvio.

-Ven.

Era Steve que reapareció, apagó el fuego con los pies, recogió el bolso, a Muffy, y se encaminó otra vez hacia los árboles. Summer no creía que un bosque fuese el mejor lugar donde estar durante una tormenta con rayos, pero lo siguió, apretando la manta contra el pecho.

Era capaz de seguir a aquella silueta de hombros anchos hasta el infierno, y de regreso.

Bajo un grupo de lo que parecían cedros, a juzgar por la fragancia, había armado un tosco refugio con dos mesas de picnic dadas vuelta, una encima de otra -Summer supuso que así redoblaba la seguridad de que la lluvia no entraría por las hendiduras del techo-y puesto ramas de pino a los costados.

-Dame la manta.

Se la dio, y andando a gatas bajo las mesas, la extendió sobre el suelo. La lluvia empezó a caer con fuerza. Summer se apresuró a reunirse con Steve. Se instalaron, se acostaron, se arroparon en la manta, y la espalda de

Summer cubierta con la camiseta quedó apoyada contra el pecho desnudo de Steve, que le rodeó la cintura con los brazos. Usaron el bolso de almohada. El calzado de ambos y las medias de Summer estaban juntos, cerca de una de las paredes improvisadas.

Rugieron unos truenos amenazadores. La lluvia arreció. Muffy gimió y miró a Summer con aire suplicante. Summer la acercó a su pecho y también la abrigó con la manta.

Los tres se encontraban cómodos en el tosco refugio, mientras la lluvia caía alrededor, sin tocarlos. El aire era frío, húmedo, y olía a lluvia y a hojas. El tamborileo de la lluvia sobre el techo que forma ban las mesas era sedante. Con los brazos de Steve alrededor, Summer se sentía abrigada y seca y, pese a las circunstancias, contenta. -Háblame de tu novio dentista.

La voz de Steve fue como un retumbar bajo en la oreja. Summer lo miró sobre el hombro, y sonrió para sí.

-Es muy buen dentista -dijo, recatada.

-¿Te acuestas con él?

Summer giró para quedar de cara a él y poder pellizcarle la nariz:

-Eso no es asunto tuyo. -¿Ah, no?

-No.

-¿Piensas volver a verlo?

-¿Quieres decir, si sobrevivimos a esto? -Eso es lo que quiero decir.

Summer lo miró. -Puede ser. -¿Puede ser? Los ojos negros se entrecerraron.

-Depende de si tengo un motivo para no volver a verlo. -¿Qué clase de motivo?

-No sé... alguien nuevo que haya aparecido en mi vida. -¿Lo hay?

-Mmm.

-Esa no es una respuesta. -Es la mejor que te daré.

-¿Ah, sí? -La besó en la boca, con labios cálidos, perezosos, y posesivos-. ¿Sabes una cosa? Yo creo que hay alguien nuevo en tu vida.

-Pensé que no querías involucrarte.

Steve le sonrió, lánguido, y el efecto de esa sonrisa, tan próxima, fue devastador.

-No quería. Pero, como tú dijiste, ya es demasiado tarde. -¿En serio?

-Sí.

-¿Estás involucrado? -Parece que sí, ¿no es cierto? -¿Y qué pasa con Deedee?

Steve suspiró, rodó hasta quedar de espaldas, y atrajo consigo a Summer, la manta y Muffy, que estaba enredada en ella. La perra se indignó ante un trato tan poco considerado, salió retorciéndose del abrigo, y se acurrucó sin salir del refugio. Ninguno de los humanos le prestó la menor atención.

-Nena, creo que te confundes en lo que a Deedee se refiere.

Jamás tuvimos la clase de historia amorosa que tú pareces suponer. Lo que hubo entre nosotros nunca fue para perdurar. Tanto ella como yo lo sabíamos desde el principio. Está bien, yo sigo imaginando que la veo, no puedo evitarlo. Maldición, sé que está muerta, y además no creo en fantasmas. ¿Te gustaría oír la única explicación que se me ha ocurrido?

-¿Qué es?

Estirada sobre él, bien envuelta en la manta, levantó la cabeza, apoyó las manos sobre el pecho de Steve, y la barbilla sobre las manos, y lo miró a la cara.

-Hasta que te conocí, nunca la había visto. Ni una vez, en los tres años que pasaron desde que murió. Pienso que ahora la veo por la culpa que me provoca lo que siento por ti.

-¿En serio?

En el rostro de Summer apareció una expresión esperanzada. -En serio.

-¿Y qué es lo que sientes por mí? Steve sonrió.

-Excitación.

Summer le pellizcó el pecho, y él gritó y se frotó la zona dolorida.

-¿Eso es todo?

Le lanzó una mirada furiosa. -Eh, para mí es importante.

Summer apretó los labios, se apartó de él, cruzó los brazos sobre el pecho y le dio la espalda, todo en un solo movimiento. -¿Qué más quieres? -protestó, apoyándose en un codo para espiarle la cara, vuelta hacia el otro lado.

-¿De ti? -Summer rió-. Absolutamente nada. -Ya estás furiosa conmigo.

Le dio un beso en la oreja. Ella respondió con un codazo en el pecho, y Steve gruñó, se encogió, y se inclinó otra vez sobre ella.

-Seguramente, quieres que te diga que para mí hay algo especial entre nosotros. Que entre tú y yo, tal vez, haya algo definitivo. ¿Es eso?

-No quiero que me digas nada. Ni quiero que me hables, siquiera. Yo...

-Bueno la interrumpió, echándole el aliento cálido en la oreja-. Eso es lo que pienso.

Summer tardó un momento en registrarlo. -¿Qué?

Se volvió, para verle la cara, y él le dedicó una sonrisa algo torcida, a juicio de Summer.

-Me has oído perfectamente. -Repítelo.

-Jamás.

-Steve Calhoun, ¿intentas decirte que te has enamorado de mí? -Supongo.

-¿Lo supones?

Como en el semblante de Summer la indignación era evidente, Steve se apresuró a retroceder.

-Está bien, lo sé. Lo creo. -¿Lo crees?

Esta vez no fue indignación, sino rabia simple y pura. -Por Dios, Summer, ¿qué rnás quieres?

-Quiero que me digas, sin vueltas, que te has enamorado de mí, si eso era lo que tratabas de decirme.

Por un momento, la miró en silencio. Estaban cara a cara, tendidos de costado, envueltos en la manta, las cabezas a pocos rnilímetros, sobre el bolso de nailon azul. Summer, rígida de furia, tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Steve se estiró hacia ella, le sujetó las dos manos, y las apartó del pecho, no sin cierta resistencia. Luego, se las llevó a la boca y depositó un beso sobre los nudillos de las dos.

-Pienso que tal vez fuiste enviada para rescatarme de la oscu-ridad exterior -dijo, en voz baja-. Cuando te conocí, allá en la funeraria, en realidad no me importaba vivir o morir. Ahora, sí.

-Steve -murmuró, conmovida por sus palabras y por la ter-nura infinita de aquellos ojos negros.

-Calla -le dijo-. Ahora que me has hecho empezar, déjame terminar. Durante años, no pude contemplar el futuro con ninguna clase de esperanza ni alegría. Ahora, cuando pienso en el futuro, en un futuro contigo, siento ambas cosas. ¿Será porque me he enamorado de ti? ¿Quién sabe? Pero estoy dispuesto a intentar algo... si tú lo estás.

-Oh, Steve.

Escudriñándole el rostro, Summer comprendió que había hablado con toda sinceridad. Se le desbordó el corazón. Eran dos personas lastimadas por la vicia, que habían encontrado en el otro lo que necesitaban para curar sus heridas. Y eso era un milagro. No había otra palabra para expresarlo. Summer se acurrucó más cerca; se soltó las manos para recorrer el contorno duro de la boca de él, para tocar con ternura las heridas que estaban curándose.

-Si tú no puedes decirlo directamente, yo sí: estoy enamorada de ti.

-¿Sí?

En la boca de Steve se formó una extraña sonrisa ladeada. -Sí -respondió con suavidad, besándolo en la boca. Espiando desde la entrada del refugio improvisado, un ángel que aún no estaba listo para públicos multitudinarios estalló en vivas. Ninguno de los dos protagonistas la oyó. Pero Muffy, sí, y ladeó la cabeza, extrañada.

Capitulo 34

Esa noche, los cielos lo celebraron. Los truenos dieron su aprobación, rugiendo. Los relámpagos estallaron en exclamaciones de alabanza cruzando el cielo. La lluvia se derramó en infinitos aplausos. Summer y Steve, envueltos en la manta, y uno en otro, no oyeron nada.

Ella le contó cómo había sido, de verdad, estar casada con Lem, la bulimia que le provocó, lo arduo que había sido curarse y volver a ser ella misma.

El le contó que había bebido demasiado durante años, de cuan-do la vida le explotó en la cara y él se fue al fondo, y vivió la borrachera destinada a acabar con todas las borracheras: un fin de semana perdido, que duró casi tres años.

Ella le contó que Lem la dejó para casarse con una enfermera de veintidós años.

El, que la pena por el desastre en que había caído fue la causa de la muerte de su padre.

Y se abrazaron, lloraron, rieron, hicieron el amor... y se curaron.

-¿Y qué te decidió a volver? -preguntó Summer, soñolienta, varias horas después, hacia el final del relato de Steve sobre sus vagabundeos de los últimos tres años.

El estaba tendido de espaldas, con la cabeza de ella en el hom-bro. El suelo era duro. El aire, frío. A través de la manta, las agujas de pino la pinchaban en las partes más sensibles, pero a Summer no le

importaba. Desnuda, envuelta en la manta, y abrigada por el calor de horno del cuerpo de Steve, se sentía tonta, bendita, feliz. Bajo la palma de la

mano, que tenía apoyada sobre el pecho velludo del hombre, sentía el latido firme del corazón.

-¿A Tennessee, te refieres?

Uno de los brazos musculosos estaba metido bajo la cabeza de Steve, y el otro, en torno de los hombros de la mujer. Hablaba con la vista fija en las tablas bastas del techo improvisado. De inmediato, Summer pensó que imaginaba a Deedee cerniéndose allá arriba, pero desdeñó la idea por mezquina. Tenía la íntima sensación de que Steve ya no vería a Deedee. "¡Si sabe lo que es bueno!", añadió, vehemente, para sí.

-Bueno, como ya te dije, estaba en Nevada. Las tarjetas de crédito y los ahorros me habían durado bastante, pero ya estaba sin blanca. Una tarde, desperté en un prostíbulo: el de Mabel, donde el lema es: "El cliente siempre está primero". A mi lado había una muchacha, y estábamos desnudos, ¡ay, no me pegues!, pero yo no recordaba cómo había llegado allí, ni tampoco nada de lo que habíamos hecho. Por otra parte, era una muchacha muy hermosa.

Steve sonrió, evocándola, y luego gritó porque Summer le dio un tirón a un rizo de vello del pecho.

-Jesús, eres cruel. -la miró de soslayo, sonrió y continuó-. Ni siquiera recordaba qué día era. Le pregunté, y me dijo que era Nochebuena. Eso me revolvió el estómago. Me levanté, me vestí, y volví al hotel en el que paraba. Era barato, veinticinco por noche. Tal vez cambiaran las sábanas una vez por semana. -Tomó aliento-. Empecé a pensar en la Navidad, y levanté el teléfono y llamé a mi hija. Hacía mucho que no hablaba con ella, porque cada vez que llamaba Elaine me decía que ella no quería hablarme. Pero en esa ocasión atendió mi hija. Le dije que la quería, y le deseé Feliz Navidad. Me dijo: "Te odio, papá", y colgó.

El dolor que resonaba en la voz de Steve era tan palpable como el latido del corazón bajo la mano de Sumiller. Se condolió con él, se apretó a él, y le besó un costado del cuello, en señal de simpatía.

-Los chicos siempre les dicen eso a los padres. Sé que mis sobrinos lo hacen.

Sabía que era un pobre consuelo, pero no tenía uno mejor que ofrecerle.

-Lo sé. -La voz de Steve sonaba cansada-. Pero fue como si me hubiese abofeteado en la cara. Me golpeó de tal modo que me obligó a tomar conciencia de mí mismo. Vi la cosa lamentable en la que irle había convertido: un borracho sucio, que se acostaba con rameras, y supe que tenía que hacer ciertos cambios. Me di una ducha, me lavé, me afeité. Luego fui a la iglesia, una pequeña iglesia metodista que estaba sobre una colina, en aquella pequeña ciudad... y... bueno, diablos, recé. Entonces, empezó a entrar toda la congregación. Recuerda que era Nochebuena. Había una misa a la luz de las velas, y también me quedé. Cuando terminó, supe que tenía hacer lo más que pudiera para enderezar mi vida.

Summer escuchaba, embelesada por el retumbar bajo de su voz. Bajo la mano, el latido era lento y firme.

Prosiguió:

-Dejé de beber en ese mismo momento, sin vacilar. Con la ayuda de Dios, no he bebido un trago desde aquel día hasta ahora. Me hice la prueba de HIV. Estaba sarro, así que no tienes que preocuparte. Luego, enfilé hacia

mi hogar, con la intención de hacer todo lo posible para ganar el perdón de mi hija. En el trayecto, empecé a repasar otra vez lo sucedido. Inmediatamente después de la muerte de Deedee, estaba demasiado aturdido para pensar con claridad, pero desde que dejé de beber, la niebla empezaba a levantarse. A mí irle costaba creer que Deedee se hubiese suicidado, tendrías que haberla conocido para entenderlo, pero no me lo había cuestionado antes. Ahora, sí. No sé si recuerdas que ella había dejado esa cinta de vídeo. Además del, eh... del sexo, decía que iba a matarse porque yo rompía con ella para volver con mi esposa. Demonios, yo jamás dije eso. Jamás dejé a mi esposa y, si rompí con Deedee fue, sobre todo, por Mitch. Ella lo sabía, incluso le dio un ataque cuando se enteró. Por eso, lo que decía en la grabación sencillamente no encajaba. -Titubeó un instante y miró, ceñudo, al techo-. Y, además, estaba el tema de la llave. -¿Qué llave?

-La de mi oficina. Era una oficina provisional en Nashville, que sólo usaba mientras trabajaba en la investigación que te conté, Sólo había estado ocupándola un mes, más o menos. Como el caso era muy delicado, cuando irle instalé allí hice cambiar las cerraduras, y la cerraba con llave todas las noches, sin excepción. La noche en que Deedee murió, la había cerrado con llave. Entonces, ¿cómo entró? Había una sola llave y estaba en mi bolsillo, o en el cajón del escritorio que tengo en casa, y que cierro con llave, permanentemente. Elaine y ella nunca habían simpatizado demasiado, podía ser que Elaine percibiera mi debilidad de siempre por Deedee, no sé, de modo que Deedee casi nunca iba a mi casa. Era imposible que hubiese escamoteado la llave del cajón de mi escritorio mientras yo dormía, ni nada parecido. Desde que empezamos a acostarnos juntos, no había estado en mi casa, lo sé. Mi oficina estaba cerrada con llave, y ella no tenía llave. ¿Cómo entró? ¿Irrumpió? Deedee pesaba unos cuarenta kilos. y no tenía ninguna habilidad en cuestiones mecánicas, aunque, de cualquier modo, no había señales de que hubiesen forzado la cerradura. ¿Cómo entró en mi oficina para colgarse? ¿Y, además, por qué lo hizo allí, y dejó la grabación? Cuando se encontrara, ella ya estaría muerta, así que el único perjudicado sería yo. Si bien estaba loca, no creo ni por un instante que el último acto de su vida fuera para causarme problemas.

-¿Qué intentas decir? ¿Que no crees que se suicidara?

-No veo cómo hubiese podido hacerlo. Y si no lo hizo, ¿quién la mató, y por qué? La única razón posible de eliminarla del modo en que fue hecho, fue para hacerme daño. pero si alguien se proponía perjudicarme a mí, ¿no me habrían matado, sencillamente, y terminado con el asunto? Matarme a mí habría sido muchísimo más fácil que armar todo ese plan tan complicado que alguien trazó, si es que Deedee fue asesinada. No le encuentro sentido. No se lo hallaba cuando empecé a trabajar en esto, y tampoco ahora. Falta una pieza del rompecabezas, y no puedo encontrarla. Por eso llegué a la conclusión de que lo único que podía hacer era volver a la investigación que estaba desarrollando cuando ella murió. Milímetro a milímetro, siguiendo cada pista, cada hecho, buscando algo, cualquier cosa que pudiese haber pasado por alto la primera vez. Eso era lo que estaba haciendo aquella noche, cerca de la funeraria, y así fue como terminamos aquí.

-Por Deedee-dijo, pensativa-. Empiezo a sentir que la conozco.

-Le habrías gustado. -De pronto, le sonrió-. Era una pequeña peleadora ingobernable, y le gustaban las mujeres con esas cualidades. Siempre decía que Elaine era una llorona. Me parece que no la consideraba buena para mí.

Tengo la impresión de que estaba en lo cierto.

Summer advirtió que estaba hablando de Deedee como si fuese una vieja amiga, y casi sentía que lo era. Empezaba a comprender que Steve se refería a ella con afecto y con nostalgia, pero no con amor. Al menos, no la clase de amor que le ofrecía a ella. Podría haber estado equivocada, y Deedee no representaba una amenaza. Tal vez nunca lo fue.

Guardaron silencio unos minutos, hasta que Summer dijo en voz suave:

-¿De verdad piensas que tenemos posibilidades de salir vivos de esto?

Steve la miró de soslayo.

-Nena, vamos a salir vivos de esto. Confía en mí.

Confiaba en él, pero, pero... pero cuando él rodó sobre ella y empezó a besarla, ya no pudo pensar en nada más. Y con la última chispa de inteligencia, pensó que quizás era eso lo que pretendía. Luego se sometió a las manos, la boca y el cuerpo de Steve, y no volvió a pensar durante un buen rato.

Amaneció temprano. En algún momento de la noche había dejado de llover, y el alba fue bellísima: un sol grande y anaranjado que teñía el cielo con esplendorosos matices de rosa y de púrpura, que envolvía las montañas en nubes de color lavanda y las puntas de los pinos de rosa. Había charcos por todas partes, y el vapor se elevaba de la tierra hacia el cielo, como si una novia invisible estuviese ascendiendo al cielo, y tras ella arrastrase metros de tenue velo nupcial.

Pudo verlo porque el punto donde ella y Steve habían pasado la noche era un sitio privilegiado, y sólo un bajo muro de piedra se interponía entre ellos y el paisaje sin contaminar que abarcaba kilómetros de montaña, valle y cielo. Encaramados en el borde de la montaña, salieron a gatas del refugio y se encontraron cara a cara con un panorama de belleza arrebatadora. Un amplio valle cubierto de árboles se extendía debajo, interrumpido por un pequeño lago brillante. La grandiosidad de la escena que se desplegaba ante ellos debía de maravillarlos, o, al menos, provocarles un vistazo apreciativo. Pero Steve no dio a ese esplendoroso nuevo mundo más que una mirada fugaz, y se encaminó sin más rodeos a la motocicleta, dedicándose a ella con la ternura que podría haber destinado a una novia, la mañana siguiente a la boda. Sucia, desarreglada y fastidiada, Summer observaba tantas atenciones a la máquina con mirada sombría.

El Cielo debía de haberle enviado a un caballero que derra-maba más cuidados sobre su cabalgadura que sobre su amada. Steve la había despertado con un beso en cuanto la primera hilacha de luz los sorprendió en el refugio. Summer retribuyó el beso medio dormida, pero su cuerpo estaba tibio, dispuesto, preparado por la pasión que había ardido entre ellos durante la noche. Le había abrazado el cuello ofreciéndose a sus manos con un suspiro voluptuoso.

Pero en vez de comenzar la mañana del modo lascivo que ella esperaba después de la noche pasada, Steve se limitó a oprimirle el pecho, darle una palmada en el trasero y decirle que se vistiera, pues quería que partiesen temprano.

¡Vaya con el romance!

Por eso, Summer admiró el paisaje encaramada sobre una mesa de picnic, cerca del muro de piedra, mientras Steve se afanaba sobre la estúpida motocicleta. Estaba sola con Muffy, en ese lugar que parecía el borde del mundo, compartiendo lo que quedaba de las galletas de mantequilla de cacahuete. No muy lejos, Steve silbaba, alegre y desafinado, mientras secaba bujías con el borde de la camiseta y volvía a ponerlas en sus correspondientes huecos. Para el desayuno, prefirió dar cuenta de los malvaviscos, mientras trabajaba. Summer pensó, resentida, que la excesiva dulzura debió de subírsele a la cabeza.

Cuando terminó de conectar las bujías, de secar el asiento, y de preparar y asegurar el bolso a su satisfacción, por fin , Steve volvió a prestar atención a su compañía femenina. Al percibir la expresión de Summer, se le agrandaron los ojos.

-¿Siempre estás así de malhumorada por la mañana, o es mi día de suerte? -le preguntó, con sonrisa maliciosa.

-¿Y tú siempre estás así de alegre por la mañana? -respon-dió ella, con sonrisa dulce y venenosa a la vez-. Si es así, será mejor que vuelvas a plantear toda nuestra relación.

-Ese es mi rayito de sol -dijo él, riendo, y se le acercó para estamparle un beso en la boca.

Su boca era cállela, la barba la raspaba, y Summer respondió, por la sencilla razón de que amaba a aquel tonto. Entonces, advirtió que le acariciaba los labios con la lengua no por sensualidad sino porque buscaba migas de galletas, y lo apartó de un empujón. -Eh -protestó Steve-. Anoche te gustaba que te besara. -Anoche ya pasó, compañero.

-¿Eso significa que nuestra luna de miel ha terminado?-Rió entre dientes-. Ni se te ocurra, Rosencrans.

-¿Ah, no?

-No. -Se acercó otra vez, buscándole la cintura con las ma-nos. La acercó al borde de la mesa, y se ubicó entre las rodillas de la mujer-. Bésame, hermosa.

Summer le puso las manos sobre los hombros. El la había acercado hasta el borde mismo y separado los muslos haciendo que le rodeasen las caderas, de modo que sus pies calzados con las gigantes zapatillas se balancearan en el aire. La posición era de lo más insinuante, y Summer no estaba segura de estar de humor para lo que insinuaba. Se sentía cansada, hambrienta, sucia, asustada, y no muy complacida con él en ese preciso momento... y claro, por eso Steve tenía que empezar a pensar en hacer el amor.

¡Hombres!

Lo miró con la cabeza ladeada, y vio que en el fondo de sus ojos brillaba algo que no era del todo divertido. Ya no tenía la cara hinchada, aunque quedaban magullones y un par de hermosos hematomas, y ya estaba en condiciones de contemplar sin distorsiones el rostro del hombre amada. Tenía pómulos altos y planos, barbilla cuadrada, labios más bien delgados. En algunos sitios, la piel mostra-ba pequeños agujeros. La nariz era como una hoja cortante. Era un rostro duro, rudo, implacable... y cada milímetro cuadrado de ese rostro la fascinaba.

Este hombre era grande, sombrío, peligroso... y suyo. Por muy malhumorada que estuviese, el solo hecho de mirarlo la conmovía. Lo miró, ceñuda, y Steve retribuyó el cumplido deslizando la mano con movimientos insinuantes por el muslo de Summer, subiendo. Jugueteó con el elástico que sujetaba la pierna de las bragas, y metió la mano dentro.

Ella le apartó la mano de una palmada.

-Pensé que tenías prisa por ponerte en camino -le recordó, aunque el calor que emitía esa mano se le contagió, y ya no tenía mucha prisa ella tampoco.

-Ah, bueno -repuso él, con leve sonrisa-. Pienso que puede haber un pequeño cambio de planes.

El sol estaba muy alto en el cielo cuando, al fin, se pusieron en camino.

La noche no había bastado para aliviar las nalgas de Summer del viaje del día anterior. Eso descubrió mientras enfilaban en la dirección desde la que habían llegado. En cuanto la vibración empezó, empezó a dolerle el trasero. Después de una hora, tenía los pies dormidos, sentía que la espalda estaba a punto de quebrársele, y que una molestia incesante le atormentaba las pantorrillas. Apoyó la cabeza entre los omóplatos de Steve, y trató de olvidarse de todas esas cosas.

Hasta que supo que era imposible. También comprendió otra cosa: que concentrarse en lo mal que se sentía la distraía del miedo.

Se encaminaban directamente hacia la guarida del león, y no estaba muy convencida de que fuese una buena idea.

Estaba tan agotada que no podía decidir qué era lo que deberían hacer, hasta que, por fin, desistió de intentarlo. "Confía en rní", había dicho Steve. Para bien, o para mal, eso era lo que pensaba hacer.

Se echó atrás arqueando el cuello, con la esperanza de aliviar el dolor en la base del cráneo. Muffy estaba acomodada sobre su regazo, bajo la camiseta, como una muñeca de trapo. A estas alturas, la pobre perra ya estaba acostumbrada a la incomodidad, y limitaba sus protestas por ese desagradable método de transporte a algún quejido ocasional. El día se volvía cada vez más caluroso, el casco le daba a Summer un espantoso dolor de cabeza, e incluso ella tenía ganas de gemir.

Lo único que se lo impedía era la convicción de que las cosas no harían más que empeorar. Bien podía ahorrar los gemidos para después, que sin duda los necesitaría.

Era aterrador pensar que ella -y Steve- podrían morir ese mismo día. Por eso, se concentró en sus dolores y molestias, y decidió no pensar en absoluto.

Debían de ser, más o menos, las tres de la tarde cuando Summer lo vio: un pequeño biplano que trazaba lánguidos dibujos en el ciclo azul claro, dejando un anuncio que era como una bandera blanca. A menudo, había visto esos aviones que dibujaban mensajes sobre los restaurantes de buffet libre y de dos bebidas por una, sobre las playas de Florida. Le produjo cierto asombro encontrarlo volando sobre las hoscosas montañas Smoky. Parecía fuera de lugar, incongruente, y lo observó con curiosidad.

Por fin, se acercó lo suficiente para poder leer el mensaje de humo blanco:

Steve. ¿Dónde está Corey? Llama al 555-2101

Summer ahogó una exclamación, sin quitar la vista del mensaje, y lo releyó. Luego, golpeó con fuerza las costillas de Steve.

Capitulo 35

-Corey es mi hija -dijo Steve, ronco.

De pie junto al borde de la carretera, clavaba la vista en el avión que desaparecía tras un pico cubierto de nubes. Summer le rodeaba la cintura con los brazos. No tuvo necesidad de echarle un vistazo para saber que tenía los ojos fijos en la cara de él, dilatados de angustia.

Cuando Summer le llamó la atención hacia el avión y su mensáje, casi se salió de la carretera al leerlo una y otra vez.

No había la menor duda de que estaba dirigido a él.

Corey. Se habían llevado a Corey. Pensó en su hija un poco rolliza, un poco tímida, de suaves bucles castaños que siempre se le caían sobre los ojos, que usaba las poco agraciadas faldas tableadas que exigía la escuela parroquial a la que asistía, y entonces recordó: el retrato de la niña que siempre llevaba consigo era de cuando tenía diez años. Ahora, ya tenía trece, era una adolescente... que Dios lo amparase. Debía de haber cambiado.

Lastimarían a Corey, la torturarían, la reatarían, para llegar a él. Por las venas de Steve corrió la adrenalina, se le subió la bilis a la garganta. y el corazón le dio un vuelco.

¡Oh, Dios!, ¿cómo no se le había ocurrido que podrían atacar a Corey?

Estuvo a punto de hacer caer la moto por el precipicio, por la conmoción. Lo que lo retrotrajo al presente fue el chillido aterrorizado de Summer.

Sacudido hasta la médula, se apartó al costado de la carretera, aparcó, y desmontó. Summer también. y lo abrazó mientras él observaba el aeroplano a lo lejos. Steve ansió con todo el corazón tener una M-16 para derribarlo de un tiro, un brazo largo como el de un gigante, para arrancarlo del cielo.

"¿Dónde está mi hija?", quería gritar. pero no lo hizo, porque sabía que era inútil. El avión estaba fuera del alcance de su voz, de su alcance. No podía estrangular al que estaba metido en eso para que le revelase el paradero de Corey, para que se la devolviesen. No podía destruirlos, por haberse atrevido a tocarla. No podía hacer nada. Estaba impotente, aherrojado a la ladera de aquella condenada montaña, mientras su hija, a la que había puesto en peligro, sufría, y quizá muriese.

"Basta", se reconvino, feroz. "No la matarán hasta que tengan lo que quieren: al camión y a mí." Por el momento. Corey era un as en la manga para ellos. Sin duda, estaría asustada, mortalmente asus-tada, pero estaba entera.

Tenía que aferrarse a esa idea. Si no, estallaría en pedazos. Y no podía permitírselo. Tenía que pensar. No podía vencerlos con armas, no podía ganarles en número. Era un solo hombre contra mu-chos. Y esos miserables sin piedad tenían a su hija.

Tenía que ser más astuto.

-He memorizado el número de teléfono -dijo Summer en voz queda-. ¿No crees que deberíamos buscar un teléfono? -Conozco ese número: es el de mi ex esposa. Sí. necesitamos conseguir un teléfono.

En ese momento, la miró. Todavía tenía puesto el casco amarillo -y sólo entonces vio que él también tenía puesto un casco- y debajo, los ojos eran inmensos, y afligidos. Los brazos que lo rodea ban eran suaves y consoladores. Tenía el rostro tan pálido como suponía que estaba el suyo propio.

La miró. Era lo mejor que le había sucedido en mucho, mucho tiempo, y se le ocurrió que debía de haberlo sabido. Con todas sus incertidumbres, la vida empezaba a parecer demasiado buena otra vez, como la noche anterior. Había recibido la felicidad como un regalo, envuelto en tina mujer con un cuerpo que le cortaba el aliento, una fuerza interior que había conquistado su respeto, y un corazón tan suave como su piel.

Debería haberse imaginado que era demasiado bueno para durar. La Providencia aún no había terminado de castigarlo.

Pero no con Corey. Por favor, Dios, con Corey no. El error era de él, y sólo de él. "Por favor, por favor", rogó, "no te lleves a mi niña."

-Estoy bien -dijo, haciendo lo posible por tranquilizar a Sumiller, aunque era mentira.

No estaba bien. Se sentía como si hubiese recibido un golpe en el plexo solar, y todavía estaba desorientado.

Pero tenía que estar bien. No era momento de tenderse a morir, de aullarle a la luna y de suplicar piedad a Dios y a los Cielos. Era horade luchar, maldición; de luchar como nunca en su vida, por Corey, por Summer y por sí mismo.

En los últimos días, la vida le había sido devuelta. Por poco que mereciera ese don, no iba a permitir que nadie se la arrebatase otra vez, si podía impedirlo.

Tenía que haber un modo de ganar.

"El ganador se lleva todo, nena". La frase apareció en su cabeza, como por ensalmo. Era el refrán preferido de Mitch. Steve recordó que Mitch lo decía con mucha, mucha frecuencia. Los dos habían jugado juntos al ajedrez, a las cartas, al fútbol, al golf. Mitch siempre supo ser inflexible. hacer todo lo necesario para ganar. Steve. por su parte, siempre había jugado respetando las reglas. Cuando ganó, la victoria fue honrada, merecida. Siempre fue importante para él, aunque Mitch se burlara, desdeñoso.

Los tipos que tenían cautiva a Corey no jugaban respetando las reglas. Y enfrentarse a ellos era como jugar con Mitch otra vez. Sólo que, en esta ocasión, Steve estaba decidido a ganar, costara lo que costase.

No podía ni pensar, siquiera, en otra alternativa.

-Estoy bien -repitió, luego inclinó la cabeza y depositó un beso breve y duro en la boca de Sumrner-. Ven, vamos a buscar un teléfono.

Encontraron uno, más o menos, a los tres cuartos de hora, en un pequeño establecimiento, mezcla de despacho de combustibles, almacén, y verdulería, en el lado Oeste de Clingmans Dome. Summer, que llevaba a Muffy, se la pasó a Steve, y entró a conseguir cambio para el teléfono. Los cuarenta dólares de Renfro alcanzaban para muy pocas llamadas de larga distancia.

En la tienda había turistas, también los había entrando y saliendo del estacionamiento, en automóvil y en remolque, pero Steve pensaba, esperaba

que los cascos y la motocicleta bastarían como disfra-ces. Ser arrestado en ese momento no encajaba en su plan. Si así ocurriese, no sólo pondría en peligro a Corey, sino también a Summer y a sí mismo.

Por eso, sabiendo que a Summer no le gustaría cuando se enterase, sacó la manta del bolso, y metió a Muffy dentro. Dejándolo a medias abierto, obtuvo un perfecto estuche para cargar al animal.

Eso era lo que él pensaba. Muffy, en cambio, no dejaba de asomar la cabeza. Cada vez que las sedosas orejas castañas y el estúpido lazo aparecían, Steve la hundía otra vez. Ya empezaba a sentirse como en ese juego infantil del muñeco que salta de la caja. Si la situación no fuese tan grave, habría resultado divertida. Cuando el lazo de satén rosado se le deshizo entre los dedos, se quedó mirándolo un momento, y se preguntó por qué no se le había ocurrido antes. Así, sin el lazo, por lo menos el animal no sería tan conspicuo.

Incluso sin ningún adorno, la perra tenía una facha bastante ridícula.

Cuando al fin Summer salió del pintoresco almacén de madera, traía una bolsa de papel marrón en una mano. Steve alzó la vista cuando oyó cerrarse la puerta de alambre tejido tras ella, y levantó una mano para protegerse la vista del radiante sol matinal.

Contemplándola con su floja camiseta negra y los pantalones cortos, con las zapatillas de caña alta atadas alrededor de los tobillos y el rostro despojado de todo maquillaje, se le ocurrió que nunca ha bía visto a una mujer que estuviera más de acuerdo con su idea de lo que debía ser una mujer. Tenía una belleza natural, muy femenina, sin pretensiones, hasta con el casco de motocicleta y la ropa de baloncesto de algún muchacho, que lo colmaba plenamente.

Los pechos saltaban y las caderas se balanceaban acompañando su descenso del par de peldaños rústicos de madera y al acercarse a él, cruzando el estacionamiento cubierto de grava. Steve sabía que no se daba cuenta de eso y, sin embargo, le daba placer contemplarla, lo distraía por unos instantes de la terrible ansiedad que estaba a punto de comérselo vivo.

-Traigo unos emparedados -anunció Summer, al acercarse, al tiempo que lanzaba una miraría rápida a una pareja de mediana edad, vestida con bermudas caqui, que acababa de salir de su automóvil y caminaba hacia la tienda-. Jamón y queso, con pan de centeno. Y manzanas. Y gaseosas.

La pareja pasó, sin volver a mirarlos. -¿Has conseguido cambio?

Steve no pudo evitar que la ansiedad se filtrara en su voz. -Sí. -Metió la mano en la bolsa y sacó un puñado de billetes-. Nos quedan veinticinco dólares. Ponlos en tu bolsillo. -¿Has conseguido monedas? -preguntó, sabiendo que sí, que las había conseguido, que él estaba impaciente y sin poder contenerse.

Si no hacía pronto la llamada y averiguaba qué había pasado con Corey, se volvería loco. Metió los billetes en el bolsillo, como ella le indicó, y tendió la mano para recibir las monedas.

-Ocho dólares en monedas. Será suficiente, ¿no crees?. Buscó con la mano en la bolsa, y la sacó llena de monedas. -Cuida a la perra.

Recibió las monedas de manos de ella, se las metió en el bolsillo, luego un segundo puñado, le tiró el bolso con su ocupante involuntaria, y fue hacia el teléfono. Era un quiosco plateado y azul, adosado al costado del

edificio, cerca de la manguera de aire y de los cuartos de alojamiento. En ese mismo momento, una mujer salía del cuarto de baño de mujeres.

Tenía alrededor de sesenta años, estaba desaliñada, y lo miró sin interés. Steve casi no la vio.

Para llamar, tenía que sacarse el casco, pero estaba tan agitado que casi no le importó.

Metió monedas en la ranura, marcó el número tan familiar, 615-555-2101. ¿Cómo no iba a conocerlo si había sido su propio número telefónico durante casi diez años?

Una voz computarizada le indicó que la llamada costaría dos dólares con noventa y cinco centavos. Metió monedas por valor de tres dólares en la ranura, se guardó el resto en el bolsillo, y contuvo el aliento.

-¿Diga?

Al principio, la tensión endurecía de tal manera esa voz baja al otro extremo del cable, que le impidió reconocerla como la de su ex esposa.

-¿Quién habla? -preguntó con brusquedad. -¿Steve? Steve, ¿eres tú?

El alivio le agudizó la voz. Había olvidado cómo tendía a quebrársele la voz y a chillar cuando estaba excitada o sometida a presión.

-Sí, soy yo. Corey...

-¡Oh, Steve, se la llevaron! ¡Vinieron y se la llevaron! ¡Oh, Dios mío, Steve, jamás creí que llegaríamos a esto...!

Hubo un sonido como de pies que se arrastraban, una voz mas-culina que maldecía, un grito femenino y un golpe. Hacía mucho que Steve no sentía nada por Elaine, pero la idea de que un malhechor estuviese lastimándola por su culpa le contrajo el estómago. -¿Calhoun?

La voz que llegó desde el otro lado era baja, gutural... masculina.

-¿Quién habla?

-No importa, ¿cierto? Lo que importa es que tenemos a su pequeña.

-Si le hacen daño, yo...

Steve sintió que la sangre le pulsaba en los oídos. Sentía ganas de matar y también... impotencia. Quiso amenazar y rogar al mismo tiempo, pero ninguna de las dos actitudes ayudaría a Corey. Con es-fuerzo, se contuvo.

-No hará una mierda. El sujeto rió.

-Lo mataré.

No pudo contenerse. La convicción dio a sus palabras el filo de un cuchillo.

-Tómate una píldora sedante, viejo. No le haremos daño a tu hija... si tú cooperas. ¿Dónde está el furgón?

En el lapso que transcurrió desde que vieron el mensaje hasta encontrar un teléfono, Steve había trazado las líneas básicas de su plan. Su propósito fundamental era lograr que todo funcionario de apoyo a la ley que hubiese conocido, más una variedad de representantes de medios de difusión, como refuerzo, estuviesen en el mismo lugar, con Corey y los delincuentes. Por fortuna, cuando volvió de Nashville descubrió que en la región aún persistía un agudo interés hacia él. Todavía no se habían acabado sus quince minutos de gloria.

No cabía duda de que los periodistas que necesitaba estarían encantados de participar en otro capítulo de la interminable saga de Steve Calhoun, el policía caído en desgracia, y tenía bastante confianza en que

aparecerían. donde él les indicara, uno armado de un cuaderno de apuntes y un fotógrafo, y el otro con todo un equipo de camarógrafos. Su antiguo jefe, Les Carter, de la policía del Estado, despertado su apetito por la perspectiva de estar presente en un arresto por drogas que podía impulsar su carrera, también acudiría, a menos que estuviese sucio. En ese caso, también se haría presente, pero como pistolero a sueldo para el otro bando. Lo mismo ocurriría con Homer Tremaine, del FBI. y con Larry Kendrick, de la DEA. Si bien no era un gran plan, al menos les daba una oportunidad. Y eso era mejor que nada.

Si le decía al matón del teléfono dónde estaba el furgón. Corey y Elaine no tendrían la menor oportunidad.

-No soy estúpido, viejo -dijo, adoptando la jerga de los fuera de la ley que había aprendido en sus años de policía.

En cierto modo, los delincuentes respondían mejor si se les hablaba en su propio dialecto callejero. Era evidente que perdían parte de su suspicacia ante cualquiera que hablase como ellos.

-Para mí, eres bastante estúpido -respondió la voz-. Un tipo que nos roba a nosotros es más estúpido que un bloque de madera. No lo empeores, reteniendo información. Recuerda que tenemos a tu hija.

¡Como si pudiera olvidarlo...! Steve aspiró una profunda bocanada de aire, se esforzó por contener su furia asesina dentro de ciertos límites, y habló en el auricular.

Podemos hacer un trato: mi hija por el furgón.

-Esa es la idea -dijo la voz, un poco más amistosa-. Dinos dónde está, y nosotros llevaremos a la chica a casa, con su mamá. Sí, claro, Y en Navidad llegará Santa Claus.

Steve negó con la cabeza, hasta que advirtió que el otro no podía verlo.

-Este es el trato, viejo. Vosotros lleváis a mi hija a un sitio que yo voy a indicaron. Nos encontrarnos allí. Vosotros la soltáis, y yo me quedo y os llevo a donde está el furgón. ¿Qué te parece?

Hubo un momento de silencio. -¿Qué sitio? -preguntó el hombre.

Steve, aliviado, suspiró para sus adentros. Lo aceptarían. Tal vez, podía ser que salieran con vida de esto.

La esperanza mezclada con un miedo mortal se unieron para provocar una corriente de adrenalina que era energía pura corriendo por sus venas.

Tapó el receptor con la mano, inhaló otra honda bocanada para serenarse y miró a Summer, que se había acercado a él mientras todavía estaba metiendo monedas en la ranura. Sus ojos parecían enormes bajo el borde del casco amarillo, y lo observaban, y llevaba el bolso deportivo con su inquieta carga en los brazos. Los saltones ojos de Muffy, de color chocolate, espiaban por encuna del cierre de nailon azul.

Summer le sonrió. animosa.

Steve quitó la mano de la bocina, y dio al matón una dirección, iniciando así el plan que los iba a dejar libres a todos... o iba a significar la muerte.

-Ahí no está el furgón. Ya nos fijamos.

-Vosotros llevad a mi hija ahí, y después seguiremos hablan-do. Si no está ahí, ya podéis olvidaros de encontrar el furgón. -Estará allí.

-Llevad también a mi ex esposa. Quiero que ambas estén allí, sanas y salvas. No tenéis ningún motivo para hacerles daño a ninguna de las dos.

-¿Estás pensando en tener una orgía? El malhechor parecía fastidiado.

-Mi hija y mi ex esposa por el furgón. Si alguna de las dos no está allí, podéis iros al infierno.

-Allí estarán.

Aunque de mala gana, era un acuerdo. Steve respiró un poco mejor.

-Si queréis el furgón, os convendrá que estén. Probablemente me lleve unas tres horas o tres horas y media llegar allí. Si llegáis antes, esperadme.

-Oh, lo haremos. -El tipo rió entre dientes-. Calhoun, si quieres a tu pequeña, no llegues demasiado tarde.

Colgó. Steve apartó con lentitud el receptor de su oreja, y se quedó mirándolo.

-Pero cuando te tengan a ti, jamás dejarán libre a Corey -se apresuró a seòalarle Summer-. Os matarán a los dos. Y también a Elaine. Y a mí.

Steve colocó otra vez el receptor en la horquilla, lo contempló un minuto, y después metió la mano en el bolsillo, en busca de más monedas.

Antes de meterlas en la ranura, se volvió, y estampó un beso duro y rápido en los labios más suaves que había conocido. -Rosencrans, tendrás que confiar en mí unos minutos más. Después, te diré lo que he pensado.

Capitulo 36

Estaban estacionados en la zona de picnic, a unos ocho kilómetros de Clingmans Dome. Los tres, incluida Muffy. que estaba bajo la mesa, devoraron los emparedados de queso y jamón. Los humanos trasegaron gaseosas; la perra, agua de un charco. La comida les pareció tan sabrosa que ni la exposición del plan de Steve estropeó el apetito de Summer. Ni la culpa por haber puesto en marcha su propio plan B. Mientras Steve iba al excusado de hombres, ella había llamado a Sammy, aunque no pensaba decírselo.

-Así que has llamado a la DEA... y al FBI... y a los periódicos...

-Y a mi antiguo jefe de la policía del Estado. No te olvides de él. -Steve dio otro enorme mordisco al sándwich-. Y a WTES TV. -¿Una emisora de televisión?

Summer levantó una ceja.

-Quiero que todo lo que pase sea lo más público posible. Cuan-to más testigos haya, más seguros estaremos. Conozco en persona a todos los que he llamado: y acudirán sólo porque yo se los he pedido. Puede ser que uno o más de uno estén sucios, pero no creo. No tenemos más remedio que correr ese riesgo. Estoy dispuesto a apostar mi trasero a que es un asunto de drogas, un negocio de drogas que se fue al demonio cuando nosotros robamos el furgón. Eso es de la incumbencia de la DEA. Esos canallas raptaron a mi hija, y eso con-cierne al FBI. A Les Carter, mi antiguo jefe, le importa porque él autorizó la investigación original y, aunque es un duro. un hijo de perra, confío en él. Rudd Guttelman, del Nashville Sentinel, se mantuvo durante un año, casi, con lo que escribió acerca de Deedee y de mí. Querrá estar presente para ver el epílogo. Y Janis Welsh, de la WTES, ganó un premio por el informe local sobre mí. También tiene motivos para querer estar.

Steve dio otro mordisco al sándwich. Summer tuvo que pelear con vehemencia para convencerlo de que necesitaban comer antes de hacer ninguna otra cosa, pues su última comida había consistido en las pastillas de menta, alrededor de mediodía, pero ahora que se ha-bían detenido junto a la carretera, comía con ganas.

Viéndolo devorar el emparedado, se le estrujó el corazón. "Pobre hombre", pensó. "Si llego a tener la oportunidad, me dará gran placer cerciorarme de que ingiera tres comidas decentes por día."

Desde el inconsciente, le llegó el recuerdo de cómo había cocinado y se había preocupado por Lem en la primera época de su matrimonio, y de que se había prometido no volver a atender así a ningún hombre. Pero estaba enamorada, y no podía evitarlo. Con cierta renuencia, decidió que, tal vez, en el fondo, fuese toda un ama de casa. -¿Y si alguno de los que has llamado está metido en esto? -le preguntó, para distraerse.

Y se aseguró, convencida, de que Sammy no lo estaba. Sí tenían que confiar en alguien, y había llegado el momento de hacerlo, Sammy era el que ella elegía cada vez. Pero aún no le decía a Steve lo que había hecho.

-Estuve en la Infantería de Marina con Kendrick, de la DEA. El es sólido como una roca.

-No es el único, ¿verdad?

Summer deseó no haber mencionado la posibilidad de que los futuros salvadores fuesen, también, del otro bando, pues estaba poniéndola inquieta.

Steve se pasó una mano por la cara.

-Diablos, creo que son todos de fiar. Son lo que yo llamaría personas íntegras. No puedo imaginarme que ninguno de ellos se haya dejado corromper por el dinero cíe la droga, pero nunca se sabe. Cual quier cosa es posible. Todos los días, la gente se da a la mala vida. Los policías se dan a la mala vida. Ya hemos identificado a Carmichael como policía, y estoy seguro en un noventa y nueve por ciento de que tu amigo Charlie y el otro que estaban en tu sótano también resultarán serlo. Habrá otros de mayor jerarquía. Por eso he llamado a gente que yo conozco personalmente. Amigos, o antiguos amigos. Y también a los medios, para mayor seguridad.

-Pero, ¿por qué les has dicho a todos que vayan a Harmon Brothers, nada menos? ¿Por qué no dejar que todos converjan en la caseta de los botes, y terminar de una vez con esto?

-Me decidí por Harmon Brothers porque es fácil de encontrar. Que Dios no permita que alguien se pierda. Y porque hay muchos terrenos vacíos por allí, y muchos civiles por los alrede dores. Y porque el furgón no está allí. Ten en cuenta que una vez que los matones descubran dónde está, no nos necesitarán más. Corey tampoco les será ya de ninguna utilidad, y como podrá iden-tificarlos y testificar, si llegamos a ese punto, la matarán. Lo mismo a Elaine. Estaríamos atrapados. Si enviara a los tipos al galpón de los botes, y allí nos derrotaran, o algo saliera mal y no se pre-sentara nuestra cuadrilla aunada, habríamos desperdiciado nuestra última carta. Ellos tendrían el furgón, y nosotros, nada. En cambio así, sin divulgar la ubicación del furgón, tengo un as de reserva. Si las cosas salen bien, cuando aparezcamos en el estacionamien-to de Harmon Brothers, ellos tendrán que

estar allí con Corey y con Elame... y nosotros, rodeados de diferentes policías, federales y periodistas.

-Y si las cosas salen mal, ellos no sabrán dónde está el furgón -aòadió Summer, en voz queda.

-Lo has captado.

-¿Es el plan B? -preguntó. Steve rió entre dientes. -Siempre, siempre tengo un Plan B.

-Eres brillante -le dijo, sonriendo, mientras terminaba el em-paredado.

No tanto porque así lo creyera, cosa que sí creía, sino porque sabía que estaba preocupado y no quería que ella lo notara. Por eso fingió tener una confianza completa en su plan, sólo para darle tranquilidad.

Pero, por las dudas, quedaba Sammy. Por Dios, esperaba no haberse equivocado con respecto a Sammy.

-Es que estás enamorada.

Había terminado de comer y, con sonrisa ladeada, se levantó y dio la vuelta hasta donde estaba Summer, al otro lado de la mesa de picnic, para besarle la boca.

-Es probable -admitió, siguiéndolo con la vista.

Steve se enderezó, cruzó la zona cubierta de hierbas y fue a tirar la basura en un alto cesto de malla de alambre. Todavía tenía la apariencia del perdedor que sale de una pelea en un bar. La piel que rodeaba sus ojos no abandonaba el color violáceo, el corte de la mejilla estaba cicatrizando pero era visible aún. El costado izquierdo de su cara todavía lucía más colores que un arco iris. El derecho, no era mucho más discreto.

Sus anchos hombros y sus musculosos brazos tenían un ligero tinte bronceado que destacaba los hematomas de esa región. Todavía renqueaba un poco de la pierna izquierda.

Estaba sucio, sin afeitar, un poco maloliente... y el corazón de Summer se desbordaba de amor cada vez que lo miraba.

Si le sucedía algo malo, querría morirse.

Rezó una breve plegaria por él, por sí misma, por todos ellos, mientras recogía los restos de su propia comida y se acercaba, también, al cesto.

-Summer.

Se quedó de pie junto a la motocicleta, mientras ella se le acercaba. El casco lo esperaba sobre el asiento. El de Summer lo tenía en la mano. Por el modo en que pasaba el casco de una mano a otra, nervioso, revelaba cierta agitación.

La mujer lo miró, interrogante. -No voy a llevarte conmigo. -¿Qué?

Frunció el entrecejo, confusa.

-Ahora que todo está en su sitio, que la persecución ha quedado suspendida, y que todos los matones se van a juntar en Murfreesboro, estarás más segura sin rní. Te dejaré en el primer lugar razonablemente poblado por el que pasemos, y quiero que llames a tu hermana de Knoxville, para que vaya a buscarte. Si me das el número, yo te llamaré allí, mañana, y te contaré cómo ha ido todo. Summer le clavó la vista:

-¡Ni se te ocurra!

Los labios de Steve se torcieron en una sonrisa amarga. La expresión de sus ojos era cálida y pesarosa, a la vez.

-Me pregunto cómo sabía que ibas a decir algo semejante. -¡No me dejaras!

-Escucha -repuso él, con calma-. Yo también estaré rnás seguro sin ti. No serás más que otra persona de la cual preocuparme, cuando las cosas se pongan feas. Mi objetivo es arrebatarles a Corey

y a Elaine sanas y salvas a los malhechores. Si tú te metieras conmigo en la guarida del león, serías otra persona más que yo tendría que mantener a salvo. Otra distracción. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Entendió. Asomaron a sus labios protestas instintivas, pero no las pronunció. Steve tenía razón: ella no podía hacer nada para ayudarlo, y sí podía obstaculizarlo. La única decisión sensata, inteligente, era quedarse.

Nunca hubiese imaginado lo duro que sería estar de acuerdo en no ponerse a sí misma en peligro de muerte.

-Entiendo lo que quieres decir -dijo, en el tono más neutral que pudo, aunque por dentro su corazón lloraba y gemía.

Steve dejó el casco sobre el asiento de vinilo, y le tomó la cara entre las manos.

-Acabo de encontrarte -le dijo con serenidad-. No quisiera volver a perderte.

Era lo más dulce que le habían dicho en su vida.

Alzó los brazos para rodearle el cuello. Se apretó contra el cuerpo duro y cálido. Le subieron lágrimas a los ojos pero las contuvo. con heroísmo, supuso. Llorar no les serviría a ninguno de los dos.

-Yo tampoco quisiera perderte -murmuró, contra los labios resecos del hombre.

-Nena, soy más difícil de perder que una moneda falsa -le dijo, con sonrisa torcida.

La besó.

Fue un beso infinitamente lento, dulce, tierno. Casi como una despedida.

Cuando, al fin, levantó la cabeza, y ella abrió los ojos, tenía la visión borrosa por las lágrimas. Pero sólo por un instante. Cuando se le aclaró, los ojos se le dilataron de sorpresa. Sobre el hombro de Steve, vio que un coche de policía y otros dos vehículos, un Ford blanco y un Lincoln Continental azul marino se subían al arcén de grava a menos de sesenta metros de ellos. Su mirada se posó sobre el Ford. Una luz azul titilante la hipnotizó. El Lincoln azul oscuro la aterró. No pudo moverse, ni pronunciar una palabra; quedó paralizada ele miedo.

Steve debió de percibirlo. porque antes de que pudiese emitir una sílaba, giró la cabeza hacia el punto que atraía la mirada de ella. -Jesús -susurró, soltándola y aferrando la motocicleta.

Por un momento, Summer creyó que intentaba saltar al vehícu-lo y salir corriendo con él a través del bosque. Sus músculos se tensaron, preparándose para saltar junto con él.

Pero ya era tarde. Los automóviles se habían detenido y de ellos parecían manar hombres, algunos de uniforme, otros no.

-¡No se muevan! -gritó un policía de uniforme, apoyándose sobre la puerta abierta para apoyar las manos en las que sujetaba una pistola, sobre

la ventana cerrada. El cañón apuntaba directamente a Steve. ¡Levanten las manos!

Pero Steve no miraba a ese hombre ni al otro oficial uniformado que salió del otro lado del patrullero, y que también apuntaba el arma por encima del techo del vehículo. Tampoco miraba al hombre de mediana edad, de camisa blanca y pantalones de color tostado que, de pie junto al Ford, hablaba excitado por un teléfono móvil. Miraba a un hombre calvo, de bigote negro, que había salido del lado del conductor del furgón. Parecía desarmado, pero cuando se apeó, el viento levantó el borde de su chaqueta deportiva de hilo, y Surnrner vio que llevaba una cartuchera de hombro, con su brillante pistola negra incluida.

Surnrner lo reconoció de inmediato: era uno de los invasores del sótano. El que Steve había identificado como policía, que conocía de antes. ¿Cómo había dicho que se llamaba?

Pero no importaba. Fuese cual fuera su nombre, era un peligro mortal.

Otro hombre dio la vuelta al camión y se reunió con Bigote Negro. Este era bajo, robusto, de unos cincuenta años, de cabello entrecano muy corto. Como el secuaz, llevaba una chaqueta deportiva y pantalones, aunque azul marino y gris, respectivamente. Estaba calzado con relucientes mocasines con flecos.

Summer se preguntó si serían los que Muffy había bautizado.

-Mierda -dijo Steve por lo bajo, y alzó las manos.

Capitulo 37

-¡Levanten las manos! ¡Usted, señora! ¡Levante las manos bien altas!

La orden del uniformado era corno un ladrido en crescendo. Summer, que no estaba habituada a encontrarse en el extremo peligroso de una pistola policial, tenía las manos levantadas, con las palmas hacia afuera, a la altura de los hombros. No se sentía participante, sino espectadora de sucesos que no tenían entidad real. Corno si estuviese atrapada en un mal sueño, en una verdadera y auténtica pesadilla.

Su pensamiento más racional fue: "Estos tipos constituyen el mayor obstáculo para el plan de Steve". En este caso, ni su modesta política de reaseguro daría resultado.

-¡Levante esas manos! -gritó el policía.

-No está armada -exclamó Steve-. No estamos armados. -¡Levántelas!

El segundo uniformado, con la pistola que se bamboleaba peligrosamente bájó, deslizándose sobre los talones, una pequeña elevación que separaba la carretera de la zona de picnic donde había quedado, que lo cubría. Summer, con las manos a la altura de la frente, en imitación de Steve, por puro instinto se arrimó más a él, buscando protección.

Aunque, claro, en ese momento no podía protegerla en absoluto.

-¡No se muevan!

El segundo policía se detuvo a menos de un metro, apuntando con el arma primero a Steve, luego a Summer, después otra vez a Steve. Se lo veía nervioso y, por lo tanto, daba más miedo; el compañero, entre tanto, bajaba la elevación con la pistola también amartillada.

-¡Al suelo, los dos! ¡Vamos!

-La señora es hija del jefe de policía de Murfreesboro. No está conmigo por su propia voluntad. No la maltrate, por favor. -¡No me importa que sea la hija del Presidente! ¡He dicho que se tiren al suelo!

-Está bien. Tiéndete de cara al suelo. Deja las manos donde puedan verlas.

La serena indicación de Steve fue tranquilizadora. No parecía asustado. Tampoco al borde de la desesperación. Más bien, calmo, frío, y controlado.

Quizá los dos uniformados fuesen buenos policías. Tal vez los llevarían a la cárcel, y así los salvarían de los malos. Summer se aferró a esa idea.

Siguiendo el ejemplo de Steve, Summer se dejó caer con cierta torpeza de rodillas, y después, se acostó en el suelo. La lluvia de la noche anterior lo había dejado húmedo, y sintió las hojas resbaladizas bajo las mejillas, las rodillas y las manos. Con la cabeza vuelta a un lado, vio cómo uno de los policías pasaba rápidamente las manos por el cuerpo yacente de Steve, palpándolo. Luego, llevó una de las manos del prisionero a la espalda, le colocó una esposa, y fijó la otra del mismo modo.

Segundos después, ejecutó el mismo procedimiento con ella. Las manos del joven policía la recorrieron por todos lados, tocándola en lugares que no tenía por qué tocar. Pero, por suerte, la búsqueda tuvo un carácter por completo impersonal.

La muñeca de Summer fue llevada atrás y, en unos segundos, ella también quedó esposada. El metal le daba una sensación extraña de frío en las muñecas. Supuso que, en pocos minutos, estar así ama-rrada la haría sentirse muy incómoda.

Steve ya estaba de pie y lo llevaban hacia el patrullero, cuando Summer fue a medras levantada y a medias arrastrada hacia arriba. Minutos después, la ayudaban a subir la colina. Delante, Steve resbaló y casi cayó por la cuesta resbaladiza. Summer recordó los movimientos veloces como rayos que hizo en el sótano y, por unos segundos, esperó que volviese a desatar un infierno. No fue así. Hicieron levantar a Steve y lo empujaron cuesta arriba, tras ella.

-Trae al perro -ordenó con brusquedad Bigote Negro. Fueron las primeras palabras que le oyó decir.

-Sí, señor.

Uno de los policías jóvenes frunció el entrecejo pero fue a buscar a Muffy. que retrocedió, ladrándole como una Furia.

Era evidente que Muffy tenía más inteligencia de la que Summer le atribuía. Era capaz de distinguir a los malos de los buenos. O viceversa. A esas alturas, Summer no tenía idea de quién era quién. -Ven. perrito. Aquí - quiso engatusarla el joven.

Muffy gruñó: era el primer sonido hostil que Summer le oía proferir. Su respeto por la perra, ya mayor que cuando había ido a visitarla, volvió a aumentar.

-¿Cómo se llama esta maldita cosa?

Summer no contestó, y una mano la aferró de la nuca. Giró la cabeza, y descubrió los ojos grisáceos de Zapatos Lustrados a la altura de los suyos.

-Te ha preguntado el nombre del animal -dijo en voz suave Zapatos Lustrados.

-Muffy -respondió Steve por ella, cuando lo arrastraron más adelante-. La perra se llama Muffy.

Se acercó a Summer el tipo de los pantalones tostados. con el teléfono móvil abultándole el bolsillo de la pechera, un cuaderno y un lápiz en la mano.

-Señorita, ¿puedo hacerle una pregunta? Soy James Todd, del Post de la ciudad de Bryson. ¿Es verdad que fue raptada, o...? -Este no es momento, compañero -refunfuñó Zapatos Lustrados.

-Steve no mató a esas mujeres que estaban en mi sótano. El lo hizo -dijo Summer con claridad. indicando a Zapatos Lustrados que estaba detrás de ella, aprovechando esa oportunidad enviada por el Cielo para hablar con un periodista verdadero.

Sin duda, él no debía de estar metido en esto. -¿El?

Todd miró con vivacidad a Zapatos Lustrados, que movió la cabeza y apretó con más fuerza el cuello de Summer.

-Hablarás con ella más tarde -dijo, llevándose a la mujer a rastras.

Cuando la empujaban hacia el automóvil, oyó chasquear unos dedos a sus espaldas. Mirando atrás, cosa nada fácil porque la zarpa de Zapatos Lustrados en su cuello era como un apretón mortal, vio que uno de los policías jóvenes estaba inclinado y le chasqueaba los dedos a Muffy, llamándola por su nombre.

-Mételos en el Lincoln -dijo Bigote Negro.

Estaba de pie, los brazos cruzados sobre el pecho, un pie en el paragolpes delantero del Lincoln, observando los procedimientos con ojo de águila.

James Todd se le acercó, cuaderno y lápiz en ristre. -¿Y usted, quién es? -preguntó, esperanzado.

-Sin comentarios -le espetó Bigote Negro, y se acercó a donde estaba uno de los uniformados con Steve.

-Eh, muchacho, te he dicho que los metas en el Lincoln.

El policía, que se disponía a meter a Steve en el asiento trasero del coche patrulla, miró sorprendido a Bigote Negro. Ya tenía la mano sobre la coronilla de Steve.

-Irán más seguros en el coche patrulla, señor. -Haz lo que te digo -le espetó Bigote Negro.

Los dos policías de uniforme, uno de los cuales había logrado atrapar a Muffy, se miraron entre sí, como si intercambiaran encogimientos de hombros secretos, y escoltaron a Steve hacia el Lincoln. Summer los siguió, la mano de Zapatos Lustrados todavía en su nuca. Summer tuvo la intuición de que, si entraba en ese automóvil, moriría.

Zapatos Lustrados abrió la puerta de atrás y, por fin, le soltó la nuca. Una mano se le apoyó en la coronilla. En cuestión de segundos, la empujaban hacia abajo, hacia el asiento de terciopelo sintético del automóvil. Le colocaron un cinturón de seguridad que le cruzaba el regazo y el hombro, y así quedó como si la hubiesen atado al asiento. Steve, acomodado de manera similar junto a ella, tenía una expresión sombría, para congoja de Summer. Muffy, a la que los policías jóvenes metieron en el vehículo, se escurrió por el piso alfombrado de gris, y desapareció debajo del asiento delantero.

Animal inteligente. Summer tuvo ganas de hacer lo mismo. La puerta trasera se cerró. Ella, Muffy y Steve estaban encerrados en el asiento trasero. Se abrió el maletero, y los dos de uniforme lo rodearon, cargando la moto. Por el modo en que se balanceó el automóvil, supo que estaban metiéndola en el maletero. Luego, lo sujetaron con algo, porque no se cerraba del todo. Si giraba, Sumrner podía ver que quedaba un poco abierto. Supuso que la rueda trasera o la delantera de la motocicleta debía de asomar.

-¿Y ahora qué hacemos? -le preguntó a Steve, en susurros. La respuesta la asustó:

-Rezar.

Oyeron una explosión que venía de atrás del automóvil, seguida de una segunda, y luego una tercera. que agrandaron los ojos de Sumrner y la impulsaron a girar la cabeza. Con los ojos saliéndose de las órbitas, vio por la ventana delantera del lado del pasajero a James Todd, que estaba hablando otra vez por el teléfono móvil y les echaba miradas de tanto en tanto, y que empezaba a caer hacia adelante. El teléfono se le cayó de la mano como una piedra. Un nítido agujero negro le apareció entre los ojos. Un fino chorro de sangre empezaba a resbalarle por el puente de la nariz. cuando terminó de caer y desapa-reció de la vista. La golpeó con la fuerza de una revelación: ¡le habían disparado!

Del policía joven, no había ni rastro. -Jesús -exclamó Steve, cerrando los ojos.

En ese momento, Sumner comprendió que también habían matado a los dos policías jóvenes.

Por eso, supo que estaban en el bando de los buenos. Qué manera endiablada de enterarse...

Zapatos Lustrados y Bigote Negro se metieron en el automóvil. Zapatos Lustrados, en el asiento del conductor, dejando caer un objeto del tamaño de la palma sobre el tablero de instrumentos, con un ruido sordo y contundente. El objeto se deslizó hasta la unión del tablero con el parabrisas, antes de que Sumrner pudiese verlo bien..

-¿Qué es eso? -le preguntó Bigote Negro a Zapatos Lustrados, mientras este cerraba la puerta y arrancaba el vehículo.

-Un teléfono móvil. Hacía mucho que quería uno.

-¿Un teléfono móvil? No querrás decir que... irnaldita sea, Clark, eres un rematado idiota! Si lo usas, te rastrearán. Si no lo usas, y sólo lo encuentran en tu poder, estás frito. ¡Es del periodista, cabeza

de burro! ¿Cómo pensabas explicar de dónde lo sacaste? ¡Será como un dedo que te acusa del asesinato desde aquí!

Clark miró a su secuaz.

-No había pensado en eso -dijo, avergonzado. Levantó el teléfono y agregó-: Lo tiraré.

-Ya lo creo que lo... no, espera un minuto. -Bigote Negro apretó los labios, pensativo-. Tengo una idea. Déjalo. Pero no lo uses.

Clark obedeció. Retiró la mano y se concentró en conducir. Al tiempo que el Lincoln cobraba velocidad, dejando atrás la escena de la carnicería, Bigote Negro pasó un brazo por el respaldo del asiento, se dio la vuelta y les sonrió a los prisioneros.

-No debiste hacer eso, Calhoun -se burló, meneando la cabeza en gesto de reproche-. No está bien matar policías.

-No eran más que unos chicos, Carmichael. ¿Para qué tenías que hacerlo? -preguntó Steve.

Carmichael... ¡claro, ese era el apellido! Se encogió de hombros:

-Uno de ellos, Geoff Murray, me conocía. Salía con mi hija. Alguien de la tienda llamó a los patanes de la localidad, para informar que creían haber visto a unos fugitivos peligrosos: vosotros dos, que estuvisteis allí y luego os marchasteis. Al parecer, el periodista lo oyó en una radio policial y se apresuró, para obtener la primicia. Esos fulanos tuvieron la mala fortuna de que a vosotros os reco-nocieran en el almacén, y la peor suerte de que le tocara al joven Murray ser el policía que apareció en escena en el preciso momento en que nosotros bajábamos del automóvil para echar un vistazo alrededor del teléfono. -Sacudió la cabeza, y agitó el índice hacia Steve-: Ah, de paso, fue una estupidez de tu parte hacer esa llamada. Habíamos interceptado el teléfono de tu ex esposa, y en cuanto llamaste, zas, ya te teníamos.

-Eso todavía no me aclara por qué habéis matado a esos tres hombres.

Carmichael se alzó de hombros.

-¿Qué querías que hiciera, si Murray me reconoció? ¿Darle tiempo a pensar cómo fue que se topó allí conmigo, que registrase el almacén que él ya estaba registrando? ¿Por dos fugitivos que después aparecieron muertos? Eliminandolo a él, nadie tendría una pista de que Clark y yo habíamos estado ahí. Además, ese periodista era un entrometido.

Ese indiferente pronóstico de su propio destino y del de Steve le provocó a Summer un escalofrío en la espalda. Pero, ¿es que había dudado, siquiera por un instante, de que Carmichael tenía la inten-ción de que ellos acabaran muertos?

Desde el rnornento del encuentro en el sótano, no.

-¿Oíste lo que dijo esa perra, allá? -refunfuñó Clark, indicando a Summer con la cabeza-. Le dijo a ese periodista que yo... que nosotros... matamos a esas tipas en la casa de ella.

-Bueno, pues lo hicimos -dijo Carmichael, sonriendo. -¡Pero ella se lo dijo! ¡Y él es periodista!

-No te pongas dramático, Clark. ¿O has olvidado que está muerto? No le dirá nada a nadie.

-Ah, claro -dijo Clark, y se tranquilizó.

-Tenía que cubrirme -siguió explicándole Carmichael a Steve-. Aunque entiendo que está mal liquidar compañeros policías. Oh, bueno, de todos modos, Murray era un pesado para mi hija.-Lanzó unas carcajadas repentinas-. Te echarán la culpa a ti de esto. Calhoun, y cuando más tarde yo te vuele la cabeza, terminaré siendo un héroe por haber atrapado al asesino de un policía. Incluso hallarán el teléfono de ese periodista sobre tu cuerpo. Con esa prueba, es un caso que se cerrará en cuanto se abra. Pensarán que fuiste lo bastante estúpido para conservar el teléfono, pero no cabe duda de que cierro un bonito paquete. Es curioso cómo resulta ser la vida, ¿no es cierto? Hasta el imbécil de Clark acaba por ayudar al programa. Hubo un momento de silencio, y luego, Steve dijo:

-Hice un trato con unos compaòeros tuyos. Pero creo que ya lo sabes.

Carmichael rió.

-Ah, sí, ¿te refieres a que tú aparecerías en una funeraria, y les dirías a todos dónde escondiste el furgón, nosotros te devolvíamos a tu hija y todos os alejabais, felices, hacia el atardecer?

-Ese mismo.

-No sucederá -dijo Carmichael, alegre-. No como se suponía que iba a suceder. Tú me dirás dónde está el furgón, y yo me aseguraré de que dices la verdad. Después, te mataré, por ser un estúpido entremetido.

-Si vas a matarme, ¿qué motivos tendría para decirte dónde está el furgón?

-Porque puedo hacerte sufrir mucho antes de matarte. Porque puedo hacerle más daño todavía a la mujer. Porque tenemos a tu hija y, si eres muy bueno y nos facilitas las cosas, tal vez la dejemos ir. sencillamente.

-Claro, y los cerdos pueden volar. Carmichael rió:

-Eh, no seas tan cínico. En el fondo, soy un tipo realmente bueno. Yo también tengo hijas, cuatro. No quisiera lastimar a una niña que no sabe nada de nada. Ni aunque sea tu hija, Calhoun.

Summer tuvo la impresión de que disfrutaba causando dolor a la gente. A cualquiera. Pensó en Corey Calhoun, en los dos policías que habían quedado atrás, en la carretera, en James Todd, Linda Miller y Betty Kern, y se le revolvió el estómago. A su juicio, fuese policía o no, Carmichael era, ante todo, un sádico que disfrutaba haciendo daño.

No era el criminal ideal para estar en su poder.

-Si te doy el furgón, ¿qué me garantiza que mi hija no sufrirá ningún daño?

-Mi palabra de caballero.

-Ah, eso me hace sentir mucho mejor. -Cuidado con lo que dices, Calhoun.

Se produjo un silencio, hasta que Carmichael dijo: -Considéralo de este modo: Si no me dices dónde está el furgón, sabes que tu hija morirá.

Summer percibió la súbita tensión que atenazó el cuerpo de Steve, desde el otro lado del asiento. La idea de que alguien hiciera daño a su hija lo volvía loco. Ya había tenido sobradas pruebas.

-¿Por qué haces esto, Carmichael? -preguntó Steve, sin alterarse-. Eres policía, hombre. ¿Acaso eso no significa nada para ti? -No demasiado. No me pagan lo suficiente para que signifique algo.

Steve entrecerró los ojos.

-Ya que vas a matarme, ¿te molestaría decirme qué hay en el furgón que tantas personas codician?

Carmichael frunció el entrecejo y, por fin, se encogió de hombros.

-Diablos, creo que no tiene mayor importancia que lo sepas: dinero. Quince millones de verdes, para ser más preciso. Efectivo. Mosca. Oculto en el forro de los ataúdes, rellenando las almohadas de satén, y hasta metido dentro de esos bonitos cadáveres, de modo que pueda pasar sin obstáculos por la aduana. Encontraste los cuerpos, ¿no es cierto? Apuesto a que te dio un buen sobresalto.

Rió entre dientes.

-En efecto -admitió Steve, sombrío. -A Summer le costaba creer que adoptara un tono casi amistoso con un maniático que tenía intención de

matarlos-. Me imagino que la mierda llegó al ventilador cuando yo me escapé con el furgón lleno de dinero.

-Todos se volvieron locos -asintió Carmichael-. También tuvimos un encuentro con ciertos patanes malos, que estaba arreglado para esa noche. ¿Has oído hablar del cartel de Cali? ¿De allá, de Colombia? Se suponía que teníamos que darles el efectivo. Ellos ya nos habían entregado la droga, y era un trato de pago contra entrega. La verdad es que no se pusieron muy contentos cuando tuvimos que decirles que tú te habías llevado el dinero de ellos.

De repente, Carmichael sacó la pistola y apuntó a la frente de Summer. Contemplando la diminuta boca negra, a la mujer se le agrandaron los ojos: le dispararían del mismo modo que a ese policía. Una terrible sacudida le golpearía la frente, y aparecería un pequeño agujero negro, y luego...

¿cuánto tiempo tardaría en morir?

-Nos han dado setenta y dos horas para recuperar el dinero. Eso significa que tenemos hasta las dos de la madrugada, más o menos. Puedes decirme ahora mismo dónde está el furgón, o puedo acelerar las cosas liquidando a tu amiga. De cualquier modo, se lo debo, por Charlie. A propósito, está en el hospital, con la cara cocinada como una patata frita. Sé que a él le gustaría estar ahora aquí, con nosotros. -Carmichael sonrió a Summer, y ella sintió que se le helaba la sangre. El matón miró a Steve-. Depende de ti, Calhoun.

Hubo un instante de silencio. Las miradas de Steve y de Carmichael se trabaron en silencioso duelo de voluntades. Summer contuvo la respiración.

Y entonces:

-Enfilad hacia Cedar Lake. Creo que ese lugar se llama Watersports, Ventas, Servicio y Almacenado.

-Todavía no iba a dispararle -dijjo Carmichael, con un tono en el que se percibían tanto la sorpresa como cierto abatimiento. Summer se convenció más de que era un sujeto que disfrutaba haciendo sufrir a las personas. Dio la impresión de que estaba decepcionado de que Steve hubiese cedido con tanta facilidad, como si le hubiese arrebatado el placer que esperaba obtener.

-Aquí en el automóvil, no. Imagínate qué mugre.

-No creí que te importara la mugre, Carmichael -dijo Steve, en tono fatigado, apoyando la cabeza en el borde del asiento, lujosamente tapizado.

Summer lo observó. Miraba por la ventana, el rostro cerrado, sombrío. Se sintió aliviada por no estar muerta y, al mismo tiempo, horrorizada por lo que él había hecho. Por ella, había revelado el escondite del furgón. Pero ahora que los malos ya sabían dónde estaba. Steve ya no contaba con el as en la manga.

¿Qué habría pasado con el método de tener siempre un Plan B? Por el momento, se le ocurrió que cualquier plan serviría.

Capitulo 38

Debían de ser, aproximadamente, las ocho de la noche cuando llegaron a Cedar Lake. Se habían detenido una vez, cuando Clark hizo una breve

llamada desde un teléfono público de una gasolinera, y después fue al excusado de hombres.

Sentada en el asiento trasero del Lincoln, que estaba estacionado al costado de una especie de cubo de hormigón, pintado de blanco, Summer esperaba de nuevo que Steve hiciera algo. Estaba segura de que su hombre guardaba uno o dos trucos en la manga... pero él se limitaba a quedarse allí. sentado. Carmichael, que se había puesto de costado para que cualquiera que pasara creyese que estaba conversando con los dos pasajeros de atrás, no dejó de apuntarlos con la pistola ni un instante. Luego, volvió Clark al automóvil, le hizo un gesto de asentimiento al secuaz, y partieron otra vez.

Cuando llegaron a Cedar Lake, Summer ya tenía las manos entumecidas por las esposas. Le dolían los hombros, por haber tenido que estar siempre en la misma posición. También le dolía el cuello, por el mismo motivo. Incómoda, se removió en el asiento, y descubrió que, a fin de cuentas, los dolores físicos no siempre la distraían de los temores. Se sentía dolorida... y tenía miedo.

El crepúsculo llegaba rápidamente cuando tomaron el desvío que los llevaba junto al lago. A pesar de lo avanzado de la hora, el sol aún estaba alto porque estaban a mediados del verano, pero la ciudad se encontraba envuelta en el resplandor rosado de los atardeceres de verano en Tennessee. Cuando el Lincoln pasó ante la tienda que quedaba abierta toda la noche no hacía más que cuatro noches de eso y donde Summer se había negado a parar, ante el lugar de la construcción que, una vez más, estaba vacía porque había terminado la jornada, sintió que se le aceleraba el pulso.

En muy pocos minutos llegarían a destino... y Carmichael ya no tendría más motivos para conservarlos vivos.

Mirando por la ventana, contempló la superficie serena del lago, las suaves ondulaciones besadas por el fuego del sol poniente, y pensó que nunca había visto una escena más apacible e incongruente. Los pocos barcos que todavía surcaban el agua daban al paisaje el aspecto de un paraíso para tomarse unas vacaciones. Al tiempo que bebía la belleza del paisaje acuático, en la cabeza de Summer apareció una cita: "Este es un buen día para morir".

De inmediato, su sensibilidad de persona moderna gritó: No. -¿Para dónde, Calhoun?

Steve, volviendo de su silenciosa contemplación del paisaje por las ventanas, dio indicaciones. A su lado, Summer sentía que se le ponía la piel de gallina. ¿Cómo podía estar tan frío y desapegado, sabiendo que pronto iban a matarlos?

Empezó a rezar: Ahora que me tiendo a dormir... No, esa no... Padre Nuestro que estás en los cielos No, esa tampoco. Estaba tan asustada, que no podía recordar una plegaria apropiada. Se conformó con rogar: Por favor, Dios, por favor.

Allí estaba, la caseta donde se guardaban los botes. La primera impresión de Summer fue que, a la luz del día parecía diferente. Te-nía más apariencia de prosperidad, de seguridad, con su doble fila de construcciones de aluminio corrugado, lanzando reflejos de plata rosada a la luz del sol poniente. Vio que la cerca que rodeaba el enorme complejo tenía más de tres metros y medio, y había una triple hilera de alambre de púas en el borde.

Pero tenía el mismo aspecto desolado a la luz dorada del atardecer de ese miércoles que en las oscuras horas previas al amanecer, como la última vez que lo vio.

-¿Es aquí? -fue la pregunta de Carmichael, dirigida a Steve, que no había pronunciado palabra en la última hora y media. -Aquí es.

Summer le echó una mirada, y sintió que su temor se multiplicaba como los hongos tras la lluvia. Lo vio cansado. Mortalmente cansado. Como si el juego hubiese terminado, y él hubiera perdido. "Pero espera", se dijo: "quizá no hace otra cosa que fingir que está derrotado. Tal vez haya logrado sacar las manos de las esposas metálicas, y esté esperando para arrojarse, al estilo de las Tortugas Ninja, sobre los matones, cuando detengan el automóvil y abran la puerta de atrás".

Tal vez...

Cuando el Lincoln entró en el sendero que llevaba junto al portón cerrado, otro vehículo, un furgón marrón y plateado, apareció tras ellos. Por un momento, Summer sintió un espasmo de esperanza.

¿Podría ser que fuera el rescate? Por favor, Dios, por favor... -Han llegado -le dijo Clark a Carmichael, asintiendo, satisfecho.

Carmichael miró sobre el hombro de Summer, por el parabrisas trasero.

-Ya podemos empezar la fiesta -le dijo Carmichael a Steve, con una mueca.

-¿Qué quieres decir?

Steve se puso rígido, y miró a Carmichael con interés por pri-mera vez en mucho tiempo.

-Tu pequeña está detrás de nosotros. Por su bien, convendrá que nos hayas dicho la verdad. Será mejor que el furgón esté aquí. -Está -repuso Steve, lúgubre.

Para horror de Summer, vio que la frente se le penaba de sudor. Dios querido, ¿sería verdad que ya no tenía más tretas guarda-das en la manga? Quizá convendría que ella misma pensara en alguna, rápido.

-Eh, se necesita un código para entrar-dijo Clark, al detener el automóvil y bajar la ventanilla-. ¿Alguien sabe el código? -Será mejor que lo sepas -le dijo Carmichael a Steve. Levantó el arma y apuntó otra vez a Summer.

-Lo conozco, deja que piense... eh... nueve-cero-cuatro-siete, Clark oprimió los números. No pasó nada.

-¡Ese código está real!

¡Espera! Lo sé... lo tengo en la cabeza... dame tiempo para pensar... intenta nueve-dos-ocho-uno...

Se hizo silencio, mientras los dedos romos de Clark atacaban de nuevo el teclado, y luego:

-No pasa nada -dijo Clark.

-Debo de haberlos recordado en un orden equivocado. Jesús, déjame pensar...

Se mordió el labio inferior.

-Te conviene pensar rápido, o mandaré a tu amiga al infierno. Y luego, empezaremos con tu pequeña.

-Nueve-uno-ocho-dos...

Clark marcó los números, y esperaron otra vez. -¿Maldita sea, Calhoun...!

La pistola que apuntaba a Summer de súbito se apoyó en el centro de su frente. La mujer se congeló, no se atrevió ni a mirar a Steve. Antes, no había tenido problemas en recordar el código... Bizqueando, se aferró a la renuencia que había manifestado Carmichael de ensuciar el automóvil, y rezó.

-Prueba nueve-uno-dos-ocho.

-Reza para que este sea el correcto -dijo Carmichael, omi-noso, mientras Clark punteaba los números en el teclado-. Si 110...

El portón empezó a moverse.

Carmichael bajó la pistola, y Summer se hundió en el asiento. El Lincoln atravesó el portón que se abría, seguido de cerca por el furgón.

-¿Qué edificio?

-El último a la izquierda.

Era verdad, Steve iba a entregarles el furgón. Summer pensó que, al henos, podría hacerlos recorrer todo el complejo, buscándolo. Seguramente, en el transcurso de la búsqueda podrían toparse con alguien... pero si daban con una persona cualquiera, y no con una escuadra de policías armados, esa persona moriría, y ella y Steve no habrían avanzado nada.

El Lincoln rodó hasta el frente del galpón de los botes, y se detuvo. La construcción de aluminio estaba cerrada y desierta... como todo lo demás.

"¿Dónde están todos?", quiso gritar Summer. -¿El furgón está ahí dentro?

-Sí.

-¿Cómo entramos?

-En aquel panel de ahí, al frente, hay una puerta corrediza. La llave está a la izquierda, oculta en una pieza suelta del marco.

-Sal y muéstrame.

Carmichael salió del vehículo, dio la vuelta y abrió la puerta de Steve. Se inclinó, soltó el cinturón, y sacó a Steve a tirones.

Summer contuvo el aliento, esperando a Bruce Lee. Y más bien contaba con un hombre de aspecto fatigado, que guiaba, sumiso, a su futuro asesino hacia la llave.

Claro que estaba protegiéndolas a ella y a su hija. ¿Cómo podía atreverse a luchar, y ponerlas en peligro?

Summer se esforzó en que no la dominara el pánico ante la falta de heroísmo de su héroe. De cualquier modo, ¿qué era Steve Calboun, sino un hombre común? No era un superhéroe. Y lo que hacía falta, en esas circunstancias, era...

¡Arnold! i Oh, dónde estaría Terminator cuando ella lo necesitaba!

La puerta del galpón se deslizó al costado con chirridos herrumbrosos. Desde fuera, el interior parecía negro como una fosa.

Respondiendo a un gesto de Carmichael con la cabeza, Clark se bajó, y abrió la puerta de Summer. Cuando se inclinó sobre ella para soltarle el cinturón, la mujer se encogió. Aquel sujeto era feo, malvado, y apestaba... y por un instante, jugó con la idea de hundirle los dientes en el cuello.

Pero, ¿qué lograría con eso, aparte de la boca hinchada, o algo peor? No estaba en situación de intentar una huida.

El cinturón se abrió, y Summer fue sacada del automóvil. Tenía las rodillas flojas, y casi se cayó, al principio, cuando intentó ponerse de pie,

pero el que la custodiaba la levantó con brutalidad. Mientras Clark la arrastraba, impaciente, hacía ese inmenso bostezo oscuro que era la entrada del galpón, Summer oyó cómo crujía la grava a sus espaldas, bajo las pisadas de alguien. Miró hacia atrás, y vio a dos de los malvados, que sujetaban de los brazos a una adolescente de cabello castaño, que tropezaba entre los dos.

Corey Calhoun tenía mechones sobre la cara redonda, pálida, manchada de lágrimas, y un cuerpo que empezaba a florecer, embutido en una camiseta rosada y pantalones cortos floreados de rojo oscuro. Sus piernas bronceadas estaban descubiertas. Calzaba sandalias blancas. En esa rápida inspección, antes de que la arrastrasen hacia el galpón, también pudo percibir que la chica estaba mortalmente asustada.

En pocos momentos, sus ojos se habituaron a la oscuridad. Entonces, vio a Steve de pie sobre la pequeña lancha de madera, que ya estaba en el galpón cuando fueron la vez anterior. Carmichael es-taba a su lado, y observaba alrededor.

Corey, arrastrada hacia el galpón tras Summer, vio a su padre al mismo tiempo.

-¡Papá! -gritó.

Se soltó de sus custodios, y corrió a abrazar a Steve por la cin-tura y a hundir la cara en su pecho.

Steve, con las manos esposadas a la espalda y una pistola que le apuntaba la cabeza, no podía hacer nada para consolar a su hija. Pero la expresión de su rostro cuando se inclinó sobre la cabeza castaña hizo que a Summer le dieran ganas de llorar.

Por Steve, por Corey, por ella misma.

-¿Estás bien? -le preguntó Steve en voz baja a Corey, al tiempo que Clark llevaba a Summer para que se uniera al pequeño grupo-. No te han hecho daño, ¿verdad?

Corey negó con la cabeza, pero no levantó la cara del pecho de su padre.

-No me han hecho daño. ¡Pero estoy tan asustada, papá! -Tranquila, nena-dijo Steve-. Todo va a salir bien. No tengas miedo.

Aunque estaba mintiendo, y ella lo sabía, Summer se sintió mejor al escucharlo.

-Qué conmovedor -se burló Carmichael, observando a padre e hija con un resoplido desdeñoso. Miró alrededor, y agregó-Bien, ¿y dónde está el furgón?

Había algo raro allí. Summer acababa de comprenderlo, y por la expresión lúgubre y cerrada de Steve, supo que él también. Estaban en el mismo lugar donde habían dejado el furgón, hacía cuatro noches.

Pero el vehículo no estaba.

Capitulo 39

Summer tuvo que mirar alrededor por segunda vez para asegu-rarse. Allí estaba aquel mismo espacio del tamaño de un campo de fútbol, de forma rectangular; allí estaban las embarcaciones que habían visto mejores días, las cuatro paredes de metal corrugado, el techo inclinado, y el piso cubierto

de grava. La única lámpara que colgaba del cable desde el techo se balanceaba en el mismo lugar, aunque en ese momento estaba apagada.

El furgón no estaba.

Summer echó una mirada de soslayo a Steve, que estaba de pie, con Corey abrazada a su cintura, a menos de un metro de distancia. Steve la miró a ella, y ambas miradas se encontraron, interrogantes y horrorizadas.

A medida que comprendía el significado de esa mirada, Summer se vio obligada a abandonar una idea que se había apoderado de ella: esto no formaba parte del Plan B.

De verdad, el furgón no estaba, y Steve no sabía dónde estaba. ¡Caramba!

-¿Dónde está el furgón, Calhoun? Carmichael parecía impaciente. -Está aquí… por algún lado.

-¿Cómo por algún lado?

No habrás creído que iba a dártelo, sencillamente, ¿verdad? Primero soltáis a mi hija, y entonces hablaremos de dónde encontrar el furgón.

¡Oh, valiente bravata! Summer rechinó los dientes, e intentó dominar la expresión de su rostro para no delatar el juego. Steve sabía tan bien como ella que el lugar en que estaban era el correcto. No había posibilidad de error. ¡Estaban en el preciso lugar donde había estado el furgón!

-¡Pedazo de…!

Carmichael se estiró hacia Corey y la aferró del brazo. La niña gritó, y se aferró a su padre como un abrojo. Con una picante maldición, Steve le lanzó un puntapié a Carmichael.

Entonces, la culata de una pistola se abatió con ruido sobre la parte posterior de la cabeza de Steve. Clark sonrió, cruel, al hombre que acababa de golpear, mientras Carmichael atraía brutalmente a Corey hacia sí.

Summer escuchó, horrorizada, los gritos de la chica, viendo cómo Steve caía de rodillas.

Sintió terror de estar presenciando el comienzo del fin… de su propio fin. El de Steve y el de Corey. El fin de los tres. Inesperadamente, se encendió la lamparilla:

-¡Quieto, todo el mundo!

El grito, que llegó desde arriba, fue acompañado por una avalancha de movimientos. Alzando de golpe la cabeza, Summer vio a media docena de hombres, algunos con uniforme de policía, y otros no, ubicados en las cubiertas de un crucero que estaba allí, cerca, más arriba, armados de rifles y pistolas, y muchas otras armas apuntando al pequeño grupo que estaba en el suelo.

Al mismo tiempo, una estampida de pasos la hizo volverse. Oficiales de policía, docenas de ellos, se precipitaron dentro, rodeándolos en apretado círculo.

-¡Manos arriba! ¡Arriba!

-¡Tiren las armas! ¡Ya! ¡Tírenlas al suelo! -¡FBI!

-¡DEA! -¡Policía! -¡Están arrestados!

Carmichael y compañía miraron alrededor, atónitos. Se vieron rodeados por una cantidad de hombres y armas que los superaba por veinte a uno, y cejaron caer las armas lentamente, con renuencia, uno a uno.

Así de rápido, había terminado. Eso era lo que Summer esperaba, aunque todavía no estaba segura de que los presuntos salvadores fueran los buenos, o sólo otro grupo de malhechores.

Eso fue hasta que vio a su ex suegro, con sus cabellos blancos, que formaba parte del grupo de seis que supervisaba todo desde el techo de la cabina de un crucero puesto sobre un remolque. Ella no tenía nada que ver con la presencia del hombre allí, pues cuando se escabulló para llamarlo desde afuera del almacén, le había dicho que fuese a la funeraria Harmon Brothers, junto con el resto de la banda... pero, ¡cuánto se alegraba de verlo!

-¡Hola, Sammy! -dijo, en voz débil.

El le sonrió, y la saludó con la mano. Alrededor de la mujer, se colocaban esposas en las muñecas de los malhechores, y se los llevaban. El alivio la hizo aflojarse, sin poder creer que la pesadilla, de verdad, había terminado, y se dejó caer de rodillas junto a Steve, sonriéndole a Corey, que estaba acurrucada al otro lado de su padre, con los brazos rodeándolo apretadamente por los hombros. Todavía las lágrimas no se habían secado en las mejillas de la niña.

-¿Plan B? -le preguntó Summer a Steve. -Podríamos llamarlo así -le respondió. Apoyó un instante la mejilla sobre el cabello castaño de Corey, -Me has dado un susto de muerte.

-Yo también estaba asustado. -¿Estabas asustado de veras, papá?

Corey había estado escuchando la conversación con los ojos dilatados. Los tres formaban como una pequeña isla compacta en ese mar de representantes de la ley que bullían alrededor.

-Por supuesto. Sobre todo cuando supe que te tenían atrapada.

Le sonrió con ternura.

-Pero me has salvado. -Lo abrazó-. Te he echado de menos, papá. ¿Vas a volver a marcharte?

-No. -Steve sacudió la cabeza-. Nunca más. Te lo prometo, Corey.

-Entonces, podrías convencer a mamá de que me deje salir con chicos. Dice que soy demasiado joven.

-Buen Dios -exclamó Steve, abrumado, girando los ojos hacia Summer, que tuvo que contener una sonrisa.

Al parecer, no estaba preparado para la aventura de ser arrojado al extremo más hondo de la paternidad... de una adolescente en capullo.

Por suerte para Steve, su hija eligió ese momento para observarlo bien por primera vez.

-¿Qué te ha pasado en la cara? ¿Acaso ellos... te golpearon? -No es tan malo como parece -la tranquilizó, sin contestarle concretamente-. Corey, esta es Summer. Summer me salvó a mí. Corey había estado mirando con disimulo a Summer con una expresión en la que se mezclaban la curiosidad y un atisbo de desaprobación. En ese momento, la miró con franco asombro. -La perra de ella le meó el pie a uno de los malos, en un momento crítico -le contó, con seductora sonrisa.

-¡Oh, papá!

Fue obvio que Corey no le creyó, pero antes de que pudiesen continuar la conversación, se encontraron con que ya no estaban los tres solos.

-Hemos encontrado esto en el Lincoln. Uno de los prisione-ros dice que le pertenece a usted.

Un hombre robusto, de traje gris de ejecutivo, que se dirigía a Steve, sujetaba a Muffy que se retorcía; por el modo en que lo hacía, a Summer le resultó evidente que la perra ya había hecho una de esas casas que le quitaban popularidad. Ya conocía esa expresión: la había visto en las caras de diferentes hombres más veces de las que podía contar.

-Eh, Les -lo saludó Steve-. Me alegro de verte, viejo. -Yo también. ¿Es tuya?

-Es mía, pero no puedo agarrarla -dijo Summer-. Tengo las manos... -Tuvo una repentina inspiración-: Corey, ¿podrías tener a Muffy hasta que me quiten estas esposas?

-¡Oh, sí!

Sin duda, Corey se sintió encantada ante la idea, y estiró las manos para recibir a Muffy. Sosteniendo con cuidado al pequeño animal, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, y apoyó a la perra en el regazo.

-Es preciosa -suspiró, acariciandole las orejas.

Muffy le lamió la barbilla, y la chica casi se derritió, ante los ojos de los adultos.

-Hace años que quiere tener un perro. Pero a su madre no le gusta tenerlos en la casa -explicó Steve a Surnmer, por lo bajo. -Yo, en tu lugar, vigilaría a ese animal -le dijo el hambre a Corey-. Me... eh... me mojó el zapato.

-¿Eso hizo? -Los ojos de Corey se iluminaron de gusto-. Pa, ¿no me mentías? ¿Es cierto que Summer y su perra te salvaron? -Sí, es cierto.

Steve sonrió, viendo a su hija arrullar a Muffy. Luego, levantó la vista hacia el hombre que todavía estaba de pie junto a ellos. -No es que no esté contento de verte, pero, ¿qué hacéis aquí? Se supone que teníais que esperarnos ante la funeraria, en Murfreesboro.

-Eh, tenemos nuestros métodos.

-Antes de que me los expliques, ¿crees que podrías hacer algo con respecto a estas esposas?

-Ah, lo siento. En realidad, venía para eso. Le quitamos la llave a Clark. ¿Puedes creer que alguien sea tan imbécil? Intentó convencerme de que lo dejara ir. "Porque faltan nada más que dos años para mi retiro, y no quisiera perder la pensión", me dijo.

Mientras hablaba, se inclinó para abrir la cerradura de las esposas de Steve.

-El y Carmichael mataron a dos policías, en Clingmans Dome. Y a un periodista. Y también mataron a las dos mujeres que encontrasteis en la -hizo un ademán señalando a Surnmer- casa de ella. -Sí, ya sé. Lo tenemos todo grabado.

-¿Grabado?

-El periodista -creo que su apellido era Todd-, estaba con-tando la historia al periódico en que trabajaba cuando le dispararon. El director escuchó todo, y no vaciló en llamar a la policía. Por suerte, Clark y Carmichael se llevaron el teléfono móvil con ellos, y no lo apagaron en ningún momento. Estuvo encendido todo el tiempo; acabamos de recuperarlo en el automóvil de ellos, y todavía estaba en-cendido. Había oficiales escuchando hasta la menor palabra de lo que se habló en el coche,

hasta que quedó fuera del alcance. Y el jefe de Todd grabó todo. Lo que tenernos registrado de ésos dos equivale a una confesión.

Con aire de triunfo, Les se irguió, levantando en el aire un par de esposas tintineantes. Steve, libre al fin, estimó los brazos hacia delante y sacudió las manos. Abrazó con un brazo a Corey, que le sonrió con aire dulce y distraído para hacer volver su atención a Muffy que estaba tendida de lomo sobre el regazo de la chica, agitando las patas en el aire, y con expresión embelesada.

-De modo que fue así como nos encontraron... por medio del teléfono de ese pobre hombre -dijo Suminer, sorprendida, y miró a Steve-. Me preguntaba por qué les dijiste tan rápido a Carmichael y a Clark dónde estaba el furgón... y con tanta claridad. ¿Sabías que el teléfono estaba encendido?

Tenía la esperanza. -Steve rió, de pronto-. No, más bien recé por que así fuera.

-Plan B -dijo Summer, sonriéndole con el corazón en los ojos,

A fin de cuentas, era grato saber que su héroe reservaba cierto heroísmo en la manga.

-Después, tenía el Plan C. y el Plan D... bueno, después te lo explicaré mientras un uniformado entraba en el galpón.

Fue directamente hacia Les.

-¿Qué pasa, Grogan? -lo recibió Les.

-Acabamos de saber que hay un sujeto de una empresa de seguridad, allá adelante. Nuestros muchachos no quieren dejarlo entrar en el complejo, y el tipo asegura que hubo una irrupción no autorizada y que necesita cerciorarse.

-Creo que tiene razón -dijo Les-. Diablos, dile que somos la policía.

-Ya se lo liemos dicho, y dice que si utilizamos el código correcto para entrar, no somos nosotros los que entrarnos sin autorización, y nuestros muchachos lo confirman. Nos lo dieron los mismos propietarios. Sin embargo, parece que hay una especie de sistema de seguridad, aquí, de manera que si se marca un código equivocado tres veces seguidas, esta compañía de seguridad recibe una alarma. El hombre dice que eso pasó hace unos veinte minutos, y que necesita revisar el lugar. Está bastante agitado.

-Dile que se "desagite", o lo encerraremos.

Toda esa historia impacientaba a Les.

Summer miró a Steve, y los ojos se le dilataron. ¡Por eso se había olvidado el código! ¡Lo que intentaba era convocar a la guardia de seguridad!

-¿Plan C? -le preguntó, en voz queda.

El le sonrió.

-Eh, estaba aferrándome a unas briznas. Pudo haber funcionado, o no. Igual que con el teléfono. Yo estaba mirando por la ventana, y vi que Clark lo recogía... pero no lo vi apagarlo. Había una posibilidad entre un millón de que el teléfono estuviese encendido... pero era una posibilidad, y eso es mejor que nada. Yo recordaba lo del código de la época en que venía a menudo. También fue una posibilidad.

-Yo ine ocuparé -le dijo Les a Grogan, irritado, y se fue con él.

En ese mismo momento, otro hombre joven vestido de traje se apartó de un grupo de hombres vestidos de manera similar, y se les acercó.

-Eh, ¿y yo?

Summer volvió de prisa al presente, gritándole indignada a Les. Sus brazos y sus hombros cosquilleaban, como si reaccionaran celosos a la flamante libertad de movimientos de Steve,

-Oh, lo siento. -Les miró sobre el hombro, un poco avergonzado, retrocedió sobre sus pasos, y se acuclilló detrás de ella, para abrir las esposas-. A propósito, soy Les Carter.

-Es jefe de la Unidad de Crimen Organizado e Inteligencia de la Policía del Estado de Tennessee -dijo el recién llegado a Summer, mientras estrechaba la mano a Steve. Aunque los movimientos de este todavía eran un poco torpes, había logrado ponerse de pie-. Y yo soy Larry Kendrick, del Bureau de la Red de Inteligencia Clandestinas de Narcóticos. DEA -tradujo, al ver la expresión confundida de la mujer-. Después, quisiéramos hacerle algunas preguntas, señorita McAfee.

-Nosotros también vamos a necesitar una declaración de usted, señorita McAfee -dijo Les.

-Demonios, es la señora Rosencrans, es mi nuera, y ustedes tendrán que dejarla en paz hasta mañana, aunque yo tenga que ponerle una custodia que la proteja. ¿Entendido?

Sammy, con el gordo cigarro oscuro asomando por un lado de la boca, se acercó y clavó una mirada severa en los dos hombres. Summer se alegró tanto de ver a su robusto ex suegro, que se levantó de un salto sólo por él. Si Lem se hubiese parecido, aunque fuese un poco, a su padre, el matrimonio habría durado por lo menos cincuenta años.

-En cuanto al guardia de seguridad... -empezó a decirle Grogan a Les Carter, por lo bajo.

-Ya voy, ya voy -dijo Les, exasperado.

Saludó a todos con la mano y salió, seguido por Grogan

-Soy su ex nuera Sammy -le recordó Summer.-Hace seis años que Lem y yo nos divorciamos. El volvió a casarse.

-Pariente una vez, pariente siempre -dijo Sammy, alegre, y estrechó la mano de Steve-. Hola, Calhoun

-Hola, jefe Rosencrans.

-Casi haces que maten a mi nuera.

-Lo sé, y lo lamento.

-No quiero que se repita.

-Si puedo evitarlo, no se repetirá, señor.

-Bien. Summer, tu madre está en el Holiday Inn, en Murfreesboro Será mejor que la llames cuando termines aquí. Está muy afligida por ti.

-¿Has venido desde Canfornia?

Summer casi no pudo contener un gemido. Quería mucho a su madre, pero en ese momento no tenía ganas de darle una descripción minuciosa de todo lo que había pasado. Además, estaba Steve... echándole una mirada a su sucio, poco presentable bienamado, imaginó la reacción de su madre ante él. En un mundo perfecto, por lo menos necesitaría tiempo para que le desapareciesen los hematomas antes de conocer a la madre.

-También están tus hermanas. -Sammy expresaba en su voz la desgana que sentía la propia Summer Ella podía imaginar que infierno le habían hecho pasar las tres mujeres McAfee los últimos días-. Dios del Cielo, están furiosas porque tú has aparecido en la lista de personas buscadas por la policía. Les dije que yo no podía hacer nada con respecto a eso. pero se han arrojado sobre mí como moscas a la miel.

-Me imagino que eso ya se ha resuelto -quiso saber Steve.

-Todo aclarado No tendrás que preocupante de que te arresten.

-Sam, ¿puedes acercarte un minuto?-dijo Les Carter desde la puerta.

Murmurando disculpas, Sammy se fue.

-¿Sabes algo de Elaine? -le preguntó Steve por lo bajo a Larry Kendrick, mientras vigilaba a Corey.

La niña estaba sentada con las piernas cruzadas, a los pies de Steve, jugando con Muffy y, al parecer, no prestaba la menor atención a las conversaciones de los adultos, que se arremolinaban sobre su cabeza. Pero Summer pensó que, si era como la mayoría de los niños, no perdía palabra de lo que se decía.

-Todavía, nada. Logramos que ese tipo que está en el hospital, con la cara quemada -Charlie Gladwell-, nos dijera a dónde la llevaron. No te preocupes, antes de que se den cuenta de que algo salió mal, la tendremos con nosotros, sana y salva.

-Por el bien de Corey...

Steve. echó una mirada a su hija, y luego la alzó otra vez hacia Kendricks.

-Sacaremos íntegra a la madre de tu hija -lo tranquilizó Larry Kendrick-. Sabes que estoy agradecido de que me hayas llamado para esto. Puede ser grande, muy grande. De paso, ¿dónde está el furgón?

-¿Córno que dónde está el furgón? ¿Eso quiere decir que vosotros no lo tenéis? Yo estaba seguro de que vosotros lo habíais sa cado de aquí.

-No estaba aquí cuando nosotros llegamos. Vamos, Steve, no bromees conmigo. Tú sabes dónde está.

-No. Te lo juro. Estaba aquí. -Intercambiaron miradas

escudriñadoras El sábado por la noche o, más bien, el domingo de madrugada cuando nos fuimos, estaba aquí. Si no me crees, pregúntale a Summer.

Summer afirmó con la cabeza.

-Lo.ha robado alguien.

Kendrick hizo una señal imperiosa a otro de los hombres de traje. No se molestó en presentar al hombre que se acercó, sino que le susurró con vehemencia al oído. El otro asintió, y se alejó de prisa.

-Antes, cuando me llamaste y me mandaste aquí a vigilar el furgón, ¿realmente creías que estaba aquí? -le preguntó a Steve ¿No habrá sido una treta para hacernos venir aquí, atrapar a los malhechores, y salvarte el trasero?

-En el almacén, cuando llamé a todos los demás. Tú fuiste al excusado de señoras, ¿recuerdas? Yo llegué a la conclusión de que convenía informarle a alguien dónde estaba el, furgón, por si acaso yo no salía vivo de nuestra cita con el destino. No quería preocuparte a ti con esa posibilidad, por eso esperé a que te alejaras. Durante todo el trayecto hasta aquí, en la

trasera del Lincoln, sostuve la esperanza de que Kendrick y su equipo todavía estuvieran cerca. Cuando vi que no estaba el furgón, creí que se lo habían llevado y se habían ido.

-¿Plan D?

Summer lo miró con cariño, alzando una ceja. Si no fuese porque ella había llamado a Sammy para alertarlo del plan de la funeraria mientras Steve estaba en el baño, se habría sentido un poco ofendida de que no hubiese confiado en ella. Sin duda, ni ella ni su amado confiaban demasiado en dejar cosas al azar.

Steve sonrió.

-Sí.

-Nosotros no nos llevamos el furgón -afirmó Kendrick, severo-. Si tú sabes dónde está, ahora es momento de decírmelo, Steve.

-Jesús, Larry, ¿crees que estoy jugando? El furgón estaba aquí. Ahora, no tengo idea de dónde está.

-Está bien, está bien -dijo Kendrick, levantando una mano para calmarlo-. Lo que pasa es que es importante que lo hallemos.

-Papá, ahí está el tío Mitch -dijo Corey, de pronto, interrumpiendo.

Summer siguió la mirada, y vio que un hombre alto, delgado, de extraordinaria apostura, entraba con paso lento y decidido, acercándose a ellos. Cuando pudo apartar la mirada de aquel esplendoroso ejemplar rubio de ojos azules, echó un vistazo a Steve. De pronto, lo vio con los ojos entorrnados y la mandíbula tensa, mientras veía acercarse al que fue su mejor amigo. Summer pensó que tal vez esperara algún ataque verbal o físico.

Sabiendo lo que había entre los dos, Summer sintió la tensión de Steve como si fuese propia.o. llamaste y le dijiste que el furgón estaba aquí? -Summer -miró a Steve, sorprendida-. ¿Cuándo?

Capitulo 40

Mitch se les acercó y, para sorpresa de Summer, le tendió la mano a Steve.

-Me alegro de que lo hayas logrado -le dijo en voz baja. Saludó con la cabeza a Kendricks-. Hola, Kendricks.

-Gracias. Yo también me alegro -respondió Steve, aferrando un instante la mano de Mitch, y soltándola luego.

Conociendo a los hombres, por un momento, Summer se preguntó si eso era todo lo que se dirían, con todo lo que había entre ellos, pero entonces Mitch le sonrió a Steve. Una bella sonrisa, en un bello semblante masculino.

-Cuánto hace que no nos vemos, compañero. -Miró a Corey-. Hola, chiquilla.

-Hola, tío Mitch. -Corey le sonrió, sin percibir las corrientes subterráneas que circulaban entre los adultos-. Me secuestraron. -Eso oí decir. Yo venía a rescatarte, ¿sabes?

-Mi papá lo ha hecho.

Miró a Muffy, y se levantó, con la gracia de un potrillo. Mirándola, Summer observó que, en el futuro, seguramente, sería alta y muy hermosa.

-¿Por qué ya no vas a vernos tan seguido a mamá y a mí? Al principio, cuando se fue mi papá, solías ir a menudo. Mamá dijo que vosotros estabais saliendo juntos.

La expresión de Steve arete la revelación fue un estudio de contradicciones.

-Tu mamá y yo éramos sólo amigos. -Evitando la mirada de Steve, Mitch acarició las orejas de Muffy-. ¿Desde cuándo tienes un perro, chiquilla?

-Es de Summer. -La chica la señaló con la cabeza-. Ya sabes que a mamá no le gustan los perros. Dice que la hacen estornu-dar, y que atraen insectos.

-Summer, te presento a Mitch Taylor. Mitch, Summer McAfee -presentó Steve.

Summer estrechó la mano de Mitch, que sintió firme y cálida. Como había oído hablar tanto de él, se había formado una imagen del aspecto que tendría, pero reconocía que su retrato mental no le hacía justicia. Si bien Steve le había dicho que Mitch era mucho más apuesto que él, Summer no esperaba que fuese uno de los hombres más apuestos que hubiese visto. Cabello rubio ondulado, ojos azul intenso, bronceado, facciones perfectas, sonrisa deslumbrante. Alto. Musculoso pero delgado. Era lo bastante guapo para trabajar en el cine.

No era de extrañar que Steve hubiese perdido tantas chicas estando cerca de él.

Contemplando al hombre que seguía en indiscutida posesión de su corazón, Summer captó una expresión amarga en su rostro, viéndola mirar a Mitch. Imaginó que debía de tener expresión de embeleso. Y además, que Steve había visto reaccionar del mismo modo a todas las mujeres que le presentó a Mitch.

Dio un paso hacia Steve, de modo que su hombro rozaba el bíceps duro, y le sonrió, mirándolo a los ojos. Si Corey no hubiese estado presente, le habría agarrado la mano, pero el instinto le decía que tuviese cuidado con ella: las muchachas solían ser muy celosas de los afectos de los padres.

Alrededor de los ojos de Steve se formaron arrugas, y esa reacción confirmó a Summer que, para ella, no había competencia posible. Sin importar lo potente que fuese el atractivo físico de Mitch, en su opinión, no podía competir con la nítida masculinidad que emanaba Steve. Uno de los dos era un objeto para admirar; el otro exhalaba pura atracción sexual.

Mitch era el sueño de una muchacha joven; Steve, el de una mujer.

Les Carter se acercó y miró a Corey.

-Tu mamá está fuera, en un coche de la policía. Vamos a

instalaron a ti y a ella en un hotel, aquí en el pueblo, para pasar la noche. ¿Estás lista para irte?

-¿Mi mamá está bien?

Corey pronunció la pregunta que Steve no se atrevía a hacer, a juzgar por su expresión.

-Está bien. Nadie le ha hecho daño. Pero sí estaba muy preocupada por ti. Creo que en cuanto vea que estás sana y salva, se pondrá como nueva.

-Te acompañaré afuera -le dijo el padre, pasándole el brazo por los hombros. Y, dirigiéndose a Summer-: Vuelvo en un minuto-dijo. Steve, Corey y Les se encaminaron a la salida.

-Oh, casi lo olvidaba. -Corey se apartó de Steve y corrió hacia Summer, con Muffy acurrucada contra el pecho-. Creo que será mejor que te devuelva a la perra.

Summer contempló el rostro de la chica. Si prestaba atención, veía rastros de las facciones de Steve, suavizadas y ferninizadas. -¿Te gustaría quedarte con ella por esta noche? En realidad, no es mía sino de mi madre, y seguramente estará tan contenta contigo como conmigo.

-¡Oh!, ¿puedo?-La chica sonrió, arrobada-. La cuidaré bien. Gracias, Summer.

Y corrió a reunirse otra vez con su padre y con Les Carter. Steve echó una mirada a Summer sobre la cabeza de la hija, y la mujer le sonrió. Por lo menos, la ex esposa era mujer, y Muffy no le mearía el pie.

-Tengo que ir a ver qué puedo hacer para localizar el furgón. ¿Está segura de que usted y Calhoun lo dejaron aquí? -le preguntó Kendrick a Summer.

-Cien por cien segura.

El hombre se alejó, sacudiendo la cabeza, pensativo. Summer quedó sola con Mitch. El Mitch de Steve. El Mitch de Deedee. Había oído hablar tanto de él, conocía tantos detalles íntimos de su vida que se quedó muda, como muy pocas veces en su vida. No se le ocurría absolutamente nada que decir.

Mitch resolvió la situación hablando primero.

-Tú y Steve habéis vivido toda una aventura -dijo, sonriéndole-. ¿Qué te parece si vamos los tres a buscar una pizza, y me lo contáis todo?

La sola idea de la pizza la hizo salivar. Estaba famélica... estado que ya estaba convirtiéndose en habitual en ella. Estaba a punto de abrir la boca para darle las gracias efusivamente y aceptar, cuando Sammy y Les Carter volvieron a reunirse con ellos.

Sammy se dirigió a Summer:

-Aunque he tenido que retorcerles los brazos, por fin he logrado que Carter y Kendrick, aquí presentes, acepten dejarte comer y dormir bien toda la noche, antes de empezar contigo.

-Les conseguimos cuartos de hotel para usted y para Calhoun, por esta noche. -Les Carter parecía menos jovial que Sammy-. Por la mañana, queremos contar con sus declaraciones.

-¿Y qué hay de la cena? -preguntó, quejumbrosa, al ver que Mitch, tras saludar con la cabeza a los otros dos, pareció desvanecerse.

"Allá va mi pizza", pensó, viéndolo irse.

-También les proveeremos eso. -Les Carter se relajó lo sufi-ciente para sonreírle-. Señorita McAfee, ¿está segura de que este es el lugar donde dejaron el furgón?

-Sí -respondió, ya harta del tema.

En ese momento, el paradero del furgón no le interesaba demasiado. Lo que sí le interesaban era la cena y la cama.

-Ya les he dicho que tendrán que esperar para importunarla por la mañana -dijo Sammy, firme-. Ven, Summer, os llevaré a cenar a ti y a Calhoun, y os dejaré en el hotel. Os hemos conseguido cuartos separados.

El leve énfasis que Sammy puso en la palabra separados no escapó a Summer, aunque esperaba que se borrase de la cabeza de Les Carter.

Se encontraron con Steve, que volvía de afuera, y fueron los tres a cenar, pasando ante el equipo de la televisión que acababa de llegar haciendo chirriar los frenos. Una joven negra saltó del furgón de WTES, y Steve se escondió tras Sammy.

Corno había dicho Sammy, al día siguiente habría tiempo de sobra para dar un comunicado a la prensa.

A las nueve y media de la noche, en el pequeño pueblo de Cedar Lake, no había mucho para elegir en materia de restaurantes. Ya estaba oscureciendo, cosa que alegró a Summer. Sabía que estaba hecha un desastre, y Steve, indudablemente impresentable. Pero tenía tanta hambre que no le importaba mucho su propio aspecto, y sospechaba que a Steve le pasaba otro tanto.

Durante toda la cena, Steve estuvo desusadamente preocupa-do. Comieron en Sally's Dinner, que, por su apariencia, pertenecía a una cadena de restaurantes como Frisch's o Jerry's que había caído en desgracia, y que fue comprado por un empresario de la localidad. De cualquier manera, descontando un establecimiento de pizzas para llevar, era el único restaurante abierto en el pueblo. Sentaría sobre un banco de madera tallaría, frente a una gran ventana de cristales fijos, Summer atacó una costilla de lomo asada de dos centímetros y medio de grosor, patatas al horno inundadas de mantequilla y crema agria, y una ensalada con croutones y aderezo a la italiana, esforzándose por no fijarse en que Steve pasó buena parte de la comida mirando abstraído por la ventana, hacia la noche salpicada de luciérnagas. Hizo para Sammy un relato muy censurado de lo acontecido a ella y a Steve, dejando de lado detalles tales como el estado de desnudez de Steve cuando se conocieron, o cuán íntimos habían llegado a ser. Sammy escuchaba, fumando el cigarro, y cada tanto le lanzaba miradas suspicaces bajo las pobladas cejas blancas. Summer tuvo la impresión de que no le quedaba gran cosa por saber.

-Hay un círculo de policías corruptos -le dijo Sammy a Steve, mientras bebían el café, después de la cena-. Hemos identificado a una docena, más o menos, y seis de ellos son de los míos. Hay más, pero no sabemos exactamente cuántos, ni quiénes son. Estamos trabajando en ello. Además, hay una red de drogas, y no está sólo en este Estado. Se extiende por todo el sur, a través de Georgia, las Carolinas y Florida, y abarca a políticos y hombres de negocios, adernás de policías. También descubriremos quiénes son. Es sólo cuestión de hacer un poco de trabajo de base. Por lo que hemos podido dilucidar, hay un cartel colombiano que provee droga, sobre todo cocaína, y entra en el país de cualquier manera que puede: por medio de aviones privados, correos que lo pasan por la aduana, pasos ilegales por la frontera mexicana, lo que se te ocurra. En este momento, Haití es un gran punto de partiría. Ese era el destino de los cadáveres del furgón perdido, a propósito: Haití. Parece que el círculo tenía un trato con Harmon Brothers, que consistía en almacenar la droga en sus bóvedas, y en suministrarles cadáveres cuando los necesitaban. Según lo que me dijeron, es fácil hacer entrar la droga en este país. Lo difícil es sacar el efectivo. Por eso, Harmon Brothers les proveía de cadáveres y ataúdes, que rellenaban con dinero en efectivo y que simulaban enviar a su "patria", en otros países. Las aduanas nunca inspeccionan con demasiada atención los cadáveres.

-Así que en Harmon Brothers sabían lo que estaba pasando.

Summer le lanzó una mirada de soslayo a Steve, que contemplaba, ceñudo, su café. En el breve pero intenso lapso que hacía que lo conocía, nunca lo había visto tan pensativo.

-Lo sabían. Por lo menos, algunos de la plana mayor de la compañía. Pero a estas alturas no podría decirte con exactitud quién estaba involucrado, y hasta qué punto. Cuanto más a fondo penetramos, más turbio se hace todo, pero lo resolveremos.

-Supongo que sabes que hay huellas de la DEA y la CIA por todos lados. -Por fin, Steve alzó la vista-. Me topé con eso cuando estuve investigando, hace tres años. Pero nunca tuve ocasión de determinar los detalles.

-Sufriste una pequeña interrupción en tu carrera, ¿cierto? -Sammy lanzó una breve carcajada de simpatía-. ¿Y qué fue lo que descubriste?

-Nada concreto que pudiera llevar a un fiscal y que se pudiera probar en la Corte. Pero parecería que la CIA hizo un trato con la DEA para hacer la vista gorda con respecto al tráfico de drogas, a cambio de información de inteligencia sobre los países donde se iniciaban las transacciones. Sobre todo, países latinoamericanos.

-¿0 sea que el gobierno estaría usando a traficantes de drogas como espías? -exclamó Summer, horrorizada.

Steve le dedicó una sonrisa torcida.

-Algo así. Creo que no llegaremos al fondo mismo de la cuestión. Lo que hemos descubierto aquí no es más que la punta del iceberg. Algunos de estos sinvergüenzas (los llaman "activos", pero en realidad, no son más que una banda de contrabandistas de drogas y mercenarios), en realidad reciben pago de la CIA para infiltrarse en esos círculos de la droga. A cambio de la información, se les permite seguir adelante con buena parte de sus transacciones sin demasiados obstáculos.

-Hay mucho dinero en la droga -comentó Sammy, lanzando a Steve una mirada vivaz por debajo de las cejas.

Entonces, la camarera les trajo la cuenta, y la conversación giró sobre temas más generales.

Una hora después, Summer se metía en la bañera de agua más caliente que fue capaz de hacer manar de los antiguos grifos del cuarto de baño, en el hotel. Estaba instalada para pasar la noche en el Dew Drop Inn, un motel de la década de 1950, que brindaba comodidades imprescindibles, más que lujos. La habitación era pequeña, y el cuarto de baño, más aún, pero tenía una cama matrimonial de tamaño corriente, que le parecería el paraíso comparado con las superficies sobre las que había dormido los últimos tiempos, y también una baza y una bañera con ducha. Hasta había diminutos frascos de champú y desenredante, y enjuague bucal sobre la repisa de fórmica astillada. Summer ya se había lavado el cabello y tenía la cabeza envuelta en una toalla, y se sentía bienaventurada cuando se sumergió hasta la barbilla en el agua, lo bastante caliente para sonrosarle la piel al instante.

El único defecto de su dicha era que echaba de menos a Steve. Pero Sammy se había mostrado muy firme al acompañarla a su propio cuarto, mientras que su amado se iba solo al suyo. Al verlo alejar se, la divirtió comprobar que el cuarto de Steve estaba lo más alejado que permitía el largo

y desvencijado motel de una sola planta, donde las comodidades tenían más aire de cabañas conectadas entre sí que de habitaciones de hotel.

Sammy era sobreprotector con ella, como siempre, y Summer no tuvo coraje para recordarle que ya tenía treinta y seis años, que ya no estaba casada con el hijo de él, y que estaba en todo su derecho de decidir si quería dormir sola, o no. En cambio, vio con pena cómo Steve desaparecía dentro de su cuarto, y se despidió de Sammy con un beso en la mejilla.

-Te veré mañana-le dijo él en tono gruñón, cuando se daba la vuelta para irse.

Lo primero que hizo Summer fue correr a prepararse un baño caliente.

Después, llamó a su madre.

Enjabonándose las piernas, y lamentando la falta de una navaja, evocó la conversación con su madre. Le costó mucho disuadirla, a ella y a sus hermanas, de que no salieran corriendo del hotel para reunirse con ella.

-Yo estoy bien, Muffy está bien, y maòana nos veréis a las dos -había dicho con firmeza-. Y entonces os contaré todo.

Decidió que podría contarle un poco más de lo que le había dicho a Sammy, y se inclinó adelante para frotarse con espuma los pies, pero no le contaría todo.

Había cosas que no tenían por qué saber. Aunque, siendo mujeres, y parientes, seguramente lo adivinarían.

Una gota de agua fría le salpicó la espalda.

Asustada, Summer giró la cabeza con tal brusquedad que casi se rompió el cuello.

Capitulo 41

-Hola.

Steve, todavía vestido con la camiseta Nike anaranjada, estaba apoyado contra el marco de la puerta del baño, y le sonreía. Summer estaba sentada de espaldas a él, con las rodillas flexionadas por el escaso tamaño de la bañera, y por eso no se veía demasiada proporción de su persona, pero los ojos del hombre chispearon, admirativos, por lo poco de ella que podía ver.

-¿Cómo has entrado? -exclamó Summer, casi sin aliento, apretando sobre el busto, en gesto instintivo, la esponja con la que estaba lavándose.

Era pequeña y delgada, y no cubría gran cosa, pero no importaba. Lo importante era la intención.

-Cerradura de mala calidad. Para abrirla, usé la lista plastificada de las reglas del motel, que encontré en la mesita de noche. La próxima vez, pon la cadena de seguridad. -Se apartó del marco, y le mos- tró una bolsa de papel-. Te he traído un regalo. Dentífrico, cepillo de dientes, peine y lápiz de labios. Cortesía de lo que quedaba del dinero de Renfro, y de lo que se considera la tienda de regalos de la casa.

-¿Cepillo de dientes?

Ansiosa, Suminer estiró la mano hacia la bolsa, pero Steve, riendo, la retiró de su alcance.

-Ven a agarrarlo.

-¿Steve Calhoun, no se juega con un cepillo de dientes y un dentífrico: son demasiado importantes! ¡Deja esa bolsa sobre el mostrador y sal de este cuarto de baño! Terminaré en un minuto.

-Está bien -dijo, complaciente.

Dejando la bolsa donde ella le indicó, Steve retrocedió, y cerró la puerta. Summer, demasiado impaciente por apropiarse del cepillo y la pasta, no se asombró por la aparente complacencia de Steve. No era propio de él ceder sin discutir.. pero no se le ocurrió.

Completamente desnuda, salvo por la toalla envuelta en la cabeza, y chorreando, Summer de pie ante el lavabo se cepillaba los dientes mirándose en el espejo, cuando Steve abrió la puerta y entró.

También estaba desnudo. Los ojos de Summer absorbieron todos los detalles: tenía hombros anchos, era musculoso, abundantemente cubierto de lujurioso vello negro en los lugares apropiados... y muy bien dotado.

-¡Sal de aquí! -le ordenó Summer, con la boca llena de espuma, escandalizada sólo por principio.

A pesar de que era su amante, su amado, de súbito sintió una ridícula timidez. En un nuevo ambiente, regía un conjunto de reglas nuevo, también: hasta entonces, nunca había estado sola con él en la habitación de un motel.

-No estarás poniéndote pudorosa conmigo de repente, ¿verdad? -le preguntó, con sonrisa torcida, pero sin perder nada del cuerpo de la mujer-. Con unas tetas y un trasero como los tuyos, no tienes el menor motivo para sentir vergüenza.

-¡Mira que eres lisonjero! -dijo Summer, mordaz, en cuanto terminó de enjuagarse la boca.

-Te juro que es un cumplido.

Le guiñó los ojos, y premió al aludido trasero con una palmada de aprobación.

A continuación, sin agregar palabra, se metió en la bañera.

-Yo soy la que está bañándose -protestó Summer, cuando se recuperó de la palmada. ¿Podría convivir con un hombre que le daba azotes en el trasero?¿Qué estás haciendo tú?

-Me reúno contigo.

Echado hacia atrás en la bañera, se frotaba con el jabón trazando lánguidos círculos sobre hombros, pecho y brazos. El contraste entre la piel bronceada y los azulejos blancos y los copos de espuma era impresionante. Tenía las piernas flexionadas en ángulo agudo, sus hombros sobresalían unos quince centímetros del agua, y su ca-beza negra se apoyaba sobre la cuarteada pared de azulejos y no sobre el borde redondo de la baòera. Se lo veía muy contento. Y satisfe-cho consigo mismo. Summer decidió perdonarle la palmada machista. Cuando fuese suyo, podría reeducarlo...

-¿Reunirte conmigo? -exclamó, indignada-. Yo no estoy ahí.

-Métete.

La invitación fue acompañada por una sonrisa seductora. Summer pensó en lo asombroso que era un hombre capaz de parecer atractivo con los dos ojos amoratados, la costra de un corte en una mejilla, y suficiente variedad y cantidad de magulladuras como para rnantener feliz a un médico durante días.

-No hay sitio. -Haremos sitio.

Se estiró, le atrapó la mano... y antes de que Summer lo supiera, en parte la arrastró y en parte la convenció de meterse en la bañera. Cayó boca

abajo, hecha un montón, sobre el estómago del hombre, sus piernas atrapadas entre las de él, y dobladas en la rodilla, de manera que sus pantorrillas se apoyaban en la pared.

-Tienes razón -dijo Steve, como si hiciera un gran descubri-miento-. No hay sitio.

La apartó a un costado, y se puso de pie, con un gran ruido de succión. Summer no tuvo más que un instante para admirar su cuerpo -en verdad, lo admiraba-, cuando él se inclinó, apoyó el hombro en la barriga de ella, y se incorporó, cargándola.

Summer chilló, y enseguida se tapó la boca con una mano. Aunque no estaba segura, sospechaba que las paredes eran delgadas. Colgando sobre el hombro de Steve como si él fuese un bombero, la toalla que tenía en la cabeza cayéndose, y quedando tirada en el piso, Summer apretó los dientes para no gritar, y le aporreó la espalda con los puòos. El no le hizo el menor caso, y saliendo con ella de la baòera, la llevó hacia el dormitorio.

-iBájame, pedazo de...! -refunfuñó, arnenazadora, dándole un golpe bastante fuerte entre los omóplatos.

-Sí, señora.

El matiz burlón de su voz debió de servirle de advertencia. Pero aún así, no estaba preparada cuando él se arrojó en la cama junto con ella. Surnrner aterrizó de espaldas, chillando y rebotando en el colchón blando.

Esta vez, fue él quien le tapó la boca con la mano. -¡Shhh! Alguien podría llamar a la policía.

Ah, ja, ja, ja. Muy divertido. Pero antes de que pudiese decirle lo que opinaba de sus bromas, se le ocurrió otra cosa:

-¡No, Steve! ¡Vamos a empapar la caria! -¿Acaso te importa?

Si hubiese tenido oportunidad de responder habría dicho que no, que no le importaba. Pero no tuvo ocasión de pensarlo, porque Steve estaba deslizándose sobre su cuerpo, y ella lo miraba ceñuda, y él la besaba. la amaba, y ya no pudo pensar en nada que no fuese él. Mucho, mucho después, se dirigieron a la habitación de Steve para pasar el resto de la noche porque la cama de Surnrner, en verdad, estaba empapada. Riendo entre dientes tras las manos, como escolares, se escabulleron por la acera iluminada de luz amarilla, que recorría el frente de las habitaciones. Debía de ser media noche, pero excepto las polillas que revoloteaban alrededor de los artefactos de iluminación que había junto a cada puerta, no se oía ruido alguno de criatura viviente.

Al llegar a la puerta de la habitación de Steve, envolvió a Surnrner en sus brazos y la besó.

-Eh -protestó ella, en broma, cuando pudo volver a hablar-. ¿Acaso no has tenido suficiente, aún?

-No. -La besó otra vez, sin prisa, y le sonrió cuando levantó la cabeza.- Creo que nunca tendré suficiente de esto mientras viva. Es una de esas cosas destinadas a durar para siempre.

-¿En serio?

Summer se apoyó contra el pecho de él, rodeando con las ma-nos los tirantes de la camiseta, mientras sus labios dibujaban una sonrisa secreta.

-¿No lo es?

Lo sintió muy grande y sólido contra ella, y cuando la miró, ya no vio en esos ojos la muerte y la desesperanza, corno había sido antes, sino calidez, luz y, casi, despreocupación. Summer contempló aquel rostro nada apuesto, pero de poderosa atracción, y tuvo la respuesta.

Sí -dijo con claridad-. Lo es.

Steve sonrió, la besó, y la soltó, palpándose los bolsillos del pantalón recortado.

-Aquí está.

Sacó la llave de un bolsillo y la metió en la cerradura.

-¿Por qué no irrumpimos, directamente? -preguntó la mujer, irónica, cuando él se apartó para dejarla entrar primero.

-¿Y desperdiciar una llave en perfectas condiciones? Meneando la cabeza, la siguió al interior. Al mismo tiempo que él cerraba la puerta, ella tanteó, buscando el interruptor de la luz. Tuvo sólo un atisbo, un mero indicio de un hombre que, desde las sombras, saltaba hacia adelante, y luego vio que Steve caía, tras un terrible golpe en la nuca.

Se derrumbó sin hacer el menor ruido.

Summer quedó tan conmocionada, que ni siquiera pudo gritar.

Capitulo 42

Era una hermosa noche. Una brisa tibia acariciaba el rostro de Sumrner, y agitaba pequeños mechones de pelo sobre sus mejillas. Miles de estrellas guiòaban desde el cielo de terciopelo azul de la medianoche. La luna era una simple tajada, una medialuna plateada que hubiese encajado bien en una tonada de jardín de infantes. Las ranas croaban en el lago cercano. Las cigarras elevaban una vez más su coro completo.

Sumrner estaba tendida de costado en la tierra, amordazada y atada como un pavo de Día de Acción de Gracias, viendo cómo Mitch cavaba un pozo no muy hondo, para sepultarlos a ella y a Steve.

Steve, todavía incosciente, estaba acostado cerca. Como ella, también estaba atado y amordazado. Sin embargo, esta parecía una precaución inútil, pues era probable que muriese sin recuperar la con-ciencia.

Acostada allí, sobre el suelo fresco, escuchando el ritmo hipnótico de la pala que excavaba la tierra, Summer pensó que Steve llevaba la mejor parte. Ella misma deseó estar inconsciente, para no tener que soportar la situación.

No muy lejos, los faros delanteros de un automóvil cortaron la oscuridad. Summer estaba en el terreno donde se construía, y que había visto cada vez que pasaba por Cedar Lake, y la carretera estaba muy cerca. Si no estuviesen las grandes máquinas viales en el paso... Entonces, comprendió algo: aunque las excavadoras de oruga no estuviesen allí, nadie podía ver hasta esa distancia en el campo.

Estaba tan oscuro que ella, a pocos rnetros de distancia, sólo veía la silueta de Mitch. Si no fuese por el ruido que llegaba a sus oídos, sólo sabría que estaba cavando cuando una mota de luz de luna errante se reflejara en la hoja de la pala.

Steve empezó a rernoverse. Igual que ella, estaba atado de pies y manos y, para más seguridad, envuelto en una cuerda de nailon corno una momia. Movió los pies y los hombros. Summer creyó que había abierto los ojos,

porque vio un débil destello en la oscuridad, aunque no estaba segura. Ansiaba acercarse a él con todo su corazón; intentó rodar hasta quedar de espaldas, y tuvo a Steve a unos treinta centímetros.

De pronto, Mitch apareció allí. Por instinto, se quedó muy quieta, como un roedor en el trayecto de vuelo de un halcón. Pero Mitch se acercó a Steve.

-Estás despierto -dijo, en un suave murmullo, arrodillándose junto al prisionero-. Maldita sea, Steve, ¿por qué no te quedaste al margen?

Steve emitió un sonido ininteligible, porque tenía la boca tapada, igual que Summer.

-¿Crees que quiero hacer esto? Diablos, preferiría cortarme el brazo derecho, pero tú no me has dejado alternativa.

Steve hizo otro ruido.

-Está bien, compañero, voy a sacarte la mordaza un minuto. Pregúntame lo que quieras saber, y yo te lo diré. Mereces saber por qué está sucediéndote esto. Pero si gritas, incluso si hablas más alto que un susurro, tendré que matarte con esto.

Tocó la pala que tenía junto a sí. Se inclinó sobre Steve y le quitó la mordaza de cinta adhesiva. Summer lo supo porque oyó un ruido de desgarro, seguido por la voz de Steve, ronca pero inconfundible.

-Cuando empecé a acostarme con Deedee, tú ya tenías un romance con Elaine.

Mitch calló un instante, y luego dijo:

-Elaine te lo dijo, ¿no? Temí que lo haría tarde o temprano. -Me lo dijo esta noche, creo que porque, durante un tiempo, quedé en buenos términos ante ella por haberlas salvado a Corey y a ella. -Steve hizo una pausa, y luego agregó, en áspero tono de acu-sación-. ¿Por eso mataste a Deedee? ¿Para estar libre y poder tener a Elaine?

Mitch habló en tono sorprendido.

-Diablos, no, no hubiese sido capaz de reatar a Deedee por Elaine. La maté por... Mierda. ¿Cómo es que no lo sabes? -Elaine me dijo que la usaste para frecuentar la casa mientras yo estaba trabajando. Me dijo que te acercaste a ella como ocho me-ses antes de que la mierda diese en el ventilador, y como estaba insatisfecha y aburrida, lo hizo. Me contó que le pediste la llave de mi oficina, no la misma noche en que Deedee murió, sino en otra ocasión, para poder seguir rni actividad. Ella sospechó que estabas sucio, pero no le importó. Cuando Deedee apareció muerta en mi oficina, adivinó que tú la habías matado. Pero estaba demasiado asustada para hablar. Lo que acaba de pasar con Corey la hizo comprender que la única seguridad posible para Corey y para ella consistía en que tú y tus cómplices estuvieseis tras las rejas.

-Hace años que estoy sucio, Steve. El tono fue de confesión.

-Diablos, ¿crees que no lo sé? Por fin, lo deduje. Te habría atrapado tarde o temprano, lo que sucedió fue que no quise ver la verdad que tenía delante de mi cara. Pero, ¿por qué, Mitch? Sólo dime por qué.

-Era muchísimo dinero -dijo Mitch-. Me ofrecieron una enorme cantidad de dinero por no hacer nada, sólo por mirar a otro lado mientras pasaban drogas por aquí. Fue el dinero más fácil que he hecho en mi vida. Miles y miles de dólares cada vez, con sólo mirar hacia otro lado.

-Tú te llevaste el furgón, ¿no es cierto?

Hubo un momento de silencio, y luego Mitch lanzó una breve y áspera carcajada.

-Siempre has sido un buen detective. ¿Cómo has deducido eso?

-¿Qué otra persona podía haber revisado el galpón de los botes, sino tú? Hoy, por teléfono, por si no salía vivo del encuentro con tus amigos, le dije a Larry Kendrick que el furgón estaba en la caseta de los botes. Llegó lo más rápido que pudo, y el furgón ya no estaba. Alguien... alguien que supiera lo que había dentro, tuvo que haberlo encontrado entre el momento en que yo me fui, la madrugada del domingo, y esta tarde. ¿Qué otro pudo ser, sino tú? Sólo tú y yo conocíamos el maldito galpón de los botes. ¿Dónde está el furgón, Mitch?

-En un lugar donde jamás lo encontrarán. -De repente, la voz de Mitch se endureció.- Como tampoco os encontrarán a tu amiga y a ti. Mariana pavimentarán este campo. Habrá un estacionarniento para un nuevo recreo que van a construir junto al lago, y tú quedarás sepultado debajo.

-¿Por qué tienes que matarnos? Estamos indefensos... y tú tienes el dinero. ¿Por qué no lo recoges y te largas?

-¿Crees que, si pudiese, no lo haría? -preguntó, en tono fe-roz-. Pero si hago eso, me perseguirán. No sólo la policía, o el FBI, o la DEA, sino el cartel. Tarde o temprano me encontrarían. Me per- seguirían hasta los confines de la tierra, y yo no tendría un segundo de paz.

-¿Y de qué te servirá matarnos para impedir que te persigan? Mitch rió entre dientes.

-Te echarán la culpa a ti, compaòero. Pensarán que tú y tu pequeña arraiga robasteis los quince millones de dólares y huisteis en la noche. Mira, vas a desaparecer sin dejar rastro. Nadie sabrá, si-quiera, que estás muerto.

Summer sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Ser asesinada era duro de esperar, pero ser asesinada y que nadie lo supiera... su madre y sus hermanas recorrerían el inundo buscándola, el resto de sus vidas.

-Steve, viejo amigo, viejo compañero, si hubiese algún modo de evitar hacer esto, lo evitaría. Pero no te preocupes. Te golpearé en la cabeza antes de hacerlo, de modo que no sentirás nada. No te dolerá. Mitch fue a recoger la pala.

El corazón de Summer dio un vuelco.

-¡Espera! -en el tono de Steve se percibía un matiz de desesperación-. Todavía no me has dicho por qué mataste a Deedee. Mitch se interrumpió, y se volvió hacia Steve.

-Steve, ¿recuerdas cómo estabas investigándonos? Les Carter te derivó a Rosencrans, y tú investigabas a los policías corruptos a derecha e izquierda. Y estabas acercándote demasiado. Empezamos a sentir tu aliento en la nuca. El cartel comenzaba a preocuparse. Me dijeron que frenara la investigación. Que te frenase a ti. Me dieron dos alternativas: o te compraba, o te mataba. Diablos, siempre fuiste tan correcto, que sabía que no podía comprarte. Y no me decidía a matarte. Eramos tan amigos, recuerdas? Con ayuda de Elaine, pude seguir lo que estabas haciendo. Tuve tiempo de pensar una solución. Y entonces, empezaste esa historia con Deedee. Fue perfecto. Yo sabía que si te sorprendía en un romance con ella de modo que se generara un escándalo público, serías despedido. Adiós investigación. Por

lo tanto, lo organicé. ¿No lo ves, hombre? Maté a Deedee para salvarte a ti. -La voz se le quebró-. Maldito imbécil.

Se inclinó sobre Steve. Summer vio, atónita, cómo Mitch besaba a Steve con indiscutible pasión, en plena boca.

-Siempre te he amado, pedazo de estúpido boy scout, y tú nunca te percataste. Pero ahora, la cosa está entre tú y yo. El ganador se lleva todo, nene.

Tras esto, se levantó de un salto y levantó la pala en un solo movimiento ágil. Steve empezaba a decir algo, o quizás a gritar, cuando el golpe se abatió.

Summer oyó el ruido sordo como si fuese su propia sentencia de muerte. Cuando Mitch se volvió, vio el brillo de la luna reflejado en las lágrimas que le corrían por las mejillas.

Capitulo 43

"Aquel que cae en el pecado es un hombre; el que
Se lamenta de ello es un santo; el que alardea de él, un demonio."
THOMAS FULLER

Otra vez, Deedee tenía problemas con sus átomos. Tenía la sensación de estar debilitándose. Había estado Siguiendo a Steve como un gato sobre una cuerda, pero hacía tiempo que él no la veía. Así estaba bien. No quería causarle problemas con la nueva chica.

No podía materializarse, pero Sí ver y oír. Oyó lo que Mitch le dijo a Steve en la oscuridad, en ese campo barroso, vio lo que le hizo y lo que tenía intenciones de hacerle, y de pronto, todo se le presentó con claridad meridiana: el pasado, y también el futuro.

La noche en que ella murió, Mitch Se había enfrentado a ella con la evidencia de Su asunto con Steve, reduciéndola al estado de una criatura que Sollozaba, culpable porque, a fin de cuentas, era a Mitch a quien amaba. Entonces, le dijo que Sólo la perdonaría si ella lo ayudaba a darle a Steve una lección que jamás olvidaría.

Había creído que Mitch estaba celoso, y eso la conmovió. Por fin, acostarse con Steve había equiparado las cosas. Ahora, Mitch sabía lo que se sentía en estos casos. Durante todos los años

en que estuvieron juntos, el esquivo objeto de amor fue él y no ella. Y ahora, por fin, gracias al enredo con Steve, era el turno de Deedee. Mitch estaba obsesionado con ella. Debió haberlo sabido. Pero, en cambio, la realidad era casi increíble. ¿Cómo podía adivinar que Mitch estaba obsesionado con Steve, y no con ella? ¿Habría estado ciega para no sospechar lo que era Mitch? ¿Para no haberlo visto?

Sin embargo, no tenía ni la menor idea, como Steve. Estaba tan locamente enamorada de Mitch que habría aceptado cualquier cosa que él le pidiera, y así lo hizo. Primero, Mitch le hizo leer una decla- ración de "suicidio" en broma, ante una cámara de vídeo. Después, la había llevado a la oficina nueva de Steve, pasó una cuerda de nailon por el gancho de una planta, nada menos, arrastró el escritorio de Steve hasta colocarlo debajo de ese gancho, y le dijo que se subiera, se pusiese el lazo alrededor del cuello, de modo que diese la impresión de que iba a colgarse.

Le dijo que Steve estaba subiendo, y que le darían el susto de su vida al antiguo amigo.

"Steve jamás volverá a poner una mano encima de mi esposa", le dijo Mitch, con un brillo en los ojos que aceleró los latidos del corazón de Deedee. Desde que estaban juntos, nunca lo había visto tan alterado, y todo porque estaba celoso de ella y de Steve. Se había sentido excitada, sin sospechar nada, se había comportado como una estúpida. Se quitó los zapatos, trepó al escritorio, y se puso el lazo en el cuello, tal como Mitch le indicó. Y contuvo la risa pensando en lo que iba a decir Steve.

Entonces, Mitch dio una patada al escritorio, dejándola con los pies en el aire, para que se ahogara, pataleara y muriese.

Ese hijo de perra... La mató a sangre fría, y ahora se disponía a matar a Steve y a su nueva novia, y eso no podía permitírselo.

No iba a permitírselo.

Deedee comprendió que esa era su misión: impedir que Mitch volviese a matar.

Pero, ¿cómo?

Observó cómo Mitch arrastraba el cuerpo atado e inerte de Steve hacia la fosa de poca profundidad que había cavado, lo hacía rodar hasta que cayera dentro, luego cargaba a la mujer, y también la tiraba encima de Steve. Vio que Mitch los cubría con una fina capa de tierra, y luego trepaba a una enorme apisonadora de vapor, sacaba una llave del bolsillo, y hacía arrancar el motor.

La apisonadora se puso en movimiento. Con un retumbar sordo, enfiló directamente hacia el campo, hacia la tumba inminente. ¿Qué podía hacer?

Deedee apeló a todas sus fuerzas. Deseó con toda su voluntad entrar en la cabina de la máquina, sentarse junto a Mitch, materializarse.

La apisonadora avanzaba, inexorable, hacia la tumba, dejando a su paso un rastro de tierra lisa, apisonada. A cada segundo, se acercaba más al objetivo. Deedec creyó poder percibir las siluetas más oscuras de los cuerpos yacentes en la superficial depresión que Mitch había hecho.

Sintió el cosquilleo y, de pronto, estaba allí, sentada junto a él. Como si advirtiese que ya no estaba solo, Mitch miró en su dirección. Y la vio. Se puso blanco como la leche, con la vista fija. Deedee agitó los dedos hacia él. Mitch gritó... y saltó de la cabina de la apisonadora.

Cayó sobre manos y rodillas en la tierra blanda. La máquina siguió moviéndose y, por más que lo intentó, Deedee no pudo hacer girar la llave del encendido. Sus dedos eran etéreos como la niebla... no podía aferrar nada.

Flotó fuera de la cabina, en pos de Mitch. El tendría que hacerlo. Estaba de pie, alterado pero bien. Bueno, hasta que la vio a ella. Mitch la miró una vez, gritó, y corrió como si ella fuese el diablo en persona. Deedee voló tras él, rozando la tierra, los dedos esti-rados como si intentase aferrarlo de la camisa.

Tenía que hacerlo volver a la cabina y apagar ese motor. Mitch cruzó el campo corriendo, lloriqueando de terror mientras trepaba por la subida hacia la carretera, y Deedee le tocaba el hombro. Deedee vio lo que iba a pasar unos segundos antes de que sucediese, pero no pudo cambiar nada.

Mitch se abalanzó hacia la carrete-ra, cruzándose en la trayectoria de un camión que se acercaba.

La fuerza de la colisión fue increíble. Antes de que tocara, si-quiera, el asfalto, a unos doce metros más allá, por la carretera, una sangre arterial morada ya manaba de la nariz y de la boca de Mitch.

Capitulo 44

Summer vio que Mitch saltaba de la cabina y se alejaba corriendo y gritando. Pero no tuvo tiempo de pensar en ello, de sopesar los motivos y los propósitos. Su atención quedó clavada en la gigantesca rueda gris de la apisonadora, que se acercaba cada vez más al pozo en que se encontraban ella y Steve. Por fortuna, al mover la cabeza, se libró de la tierra. Mitch, ansioso por terminar con la tarea, no los enterró con demasiada eficacia. Y había quita-do la tierra de la cara de Steve con desesperados movimientos de la cabeza.

Steve aún estaba inconsciente. Lo pateó con desesperación, con fiereza. Al bajar Mitch de la cabina, tenían una posibilidad... pero tendría que despertarse.

Con la boca tapada con cinta adhesiva, no podía decir una palabra. Los gritos brotaban de su garganta, pero la sofocante mordaza los ahogaba. Ni ella misma se oía.

La apisonadora estaba a unos seis metros.

Steve parpadeó, y abrió los ojos: Summer los veía brillar en la oscuridad, fijos en ella. Lo pateó con fuerza, retorciendo el cuerpo de tal modo que sus pies conectaron con la rodilla de él.

-¡Ay! -gritó Steve, mirándola.

Summer le hizo seòas frenéticas con la cabeza, y se apartó rodando.

No supo si había comprendido lo cerca que estaban de la muerte, pero la siguió, y los dos rodaron como rodillos de pastelero sobre la tierra blanda y fresca.

La apisonadora pasó a escasos centímetros, y siguió avanzando, hasta hundirse en el lago.

Capitulo 45

Era sábado. El funeral de Mitch se había llevado a cabo el día anterior, en Nashville. Steve asistió, y Summer lo acompañó, sosteniéndole la mano con fuerza durante todo el servicio. Steve se mostró estoico, el rostro sombrío, los ojos oscurecidos. No importaba lo que hubiese hecho Mitch, ni por qué, los lazos de amistad de toda una vida perdurarían, y ni la lógica ni la muerte podrían romperlos.

Steve no estaba listo para hablar de Mitch, y Summer tuvo la prudencia de dejarlo en paz.

En el funeral, conoció a Elaine.

La ex esposa de Steve era una rubia menuda y atractiva, y lo primero que se le ocurrió fue si él se habría casado con ella por su lejano parecido con Deedee.

Pero reflexionó que eso pertenecía al pasado. Elaine no tenía a Steve. Summer lo tenía.

Y Steve era de ella. Lo sabía con tanta certeza como sabía que el sol saldría por las mañanas. Había ocasiones en la vida en que uno se

encontraba con la persona que Dios. o el destino, o cualquier poder superior encargado de esos asuntos hubiese dispuesto para que fuese el yin del van de una. Eso les había ocurrido a ella y a Steve.

Más adelante, tendrían que ir resolviendo detalles tales como el casamiento, los hijos, la incorporación de Corey a la vida en común. Hasta el momento, no habían tenido tiempo.

Pero la certeza de que sería para siempre estaba presente, para los dos. Summer lo sabía cada noche que dormía en brazos de Steve, cada mañana que despertaba y se miraban a los ojos.

Se habían quedado en el Holliday Inn, de Murfreesboro. Inves-tigación policial o no, Summer tenía una empresa que atender. Había regresado a su casa el tiempo suficiente para hacer el equipaje. Para ella, el hogar que amaba estaba destruido, con manchas indelebles por los asesinatos de Linda Miller y Betty Kern. Tampoco había tenido tiempo, aún, de pensar en buscar casa o apartamento. Podría empezar a hacerlo el lunes.

Ahora, Summer estaba desayunando con sus hermanas y su madre en la cafetería del Holliday Inn. Muffy estaba arriba, en la habitación de su madre, disfrutando de su duodécima lata de Kal Kan, tal vez. Las otras tres McAfee regresarían a sus respectivos hogares a la mañana siguiente, y Summer sabía que las echaría de menos. Pero en ese mismo momento, habría prescindido sin escrúpulos de su compañía.

El tema de conversación era Steve.

-Debo admitir que parece bastante agradable, Summer. Pero, hasta donde yo sé, no tiene empleo.

Esa era su madre.

-Hace sólo una semana que lo conoces.-Sandra-. ¿No crees que necesitas un poco más de tiempo para decidirte?

-Si te has enamorado tan pronto, debe de ser estupendo en la cama. O donde sea.

Shelly, ahogando una risa. -¡Shelly!

Margaret McAfee y Sandra, a una, giraron hacia Shelly con expresiones de horror. Esta se encogió de hombros. A Summer le ardió la cara. No les había contado ninguna de las cosas íntimas que compartió con Steve... pero no era necesario. Con sólo mirarla, habían entendido todo.

¡Familia!

-Somos mujeres mayores. Y tienes que admitir que es atractivo. Desde luego, no es tan apuesto como Lem -insistió Shelly. -Lem era un completo imbécil -dijo Sandra, con claridad. La madre y las hermanas miraron sorprendidas a la hermosa cuarentona.

-Bueno, lo era-se defendió Sandra-. Todos veíamos lo que le hacía a Summer. Estaba convirtiéndola en una pequeña esposa robot.

Surnmer ignoraba que su familia sabía aquello, y dedicó a su hermana una breve sonrisa de agradecimiento.

-Eso es cierto -admitió Margaret McAfee-. Surnmer, creo que ninguna de nosotras tiene objeciones hacia tu hombre. Pero necesita un empleo. Si no, ¿cómo va a mantener...?

-Puedo mantenerme sola, madre -la interrumpió la hija-. Tengo un negocio, ¿recuerdas?

-Pero...

-Buenos días, señoras. ¿Estás lista, Summer?

Steve apareció junto a la mesa, y a Summer se le encendieron las mejillas preguntándose cuánto habría oído, si había oído algo. Oh, bueno, tendría que acostumbrarse a la familia de ella, del mismo modo que ella a la de él.

Habría tiempo de sobra para eso. Tendrían todo el tiempo del mundo.

Le sonrió. Vestido con pantalones caqui. bien planchados, cinturón de cuero negro, y camiseta polo azul marino, metida dentro del pantalón, con zapatos náuticos de color tostado y un reloj en la muñeca, parecía un hombre diferente del vagabundo mugriento con el que había compartido cuatro días seguidos. Estaba bien afeitado, el cabello negro peinado hacia atrás, despejando la frente. Con su corpulenta figura de futbolista, y su semblante de agresiva masculinidad, era un hombre sumamente atrayente. Podía estar orgullosa de él, pese a los hematomas que iban desvaneciéndose y a las magulladuras amarillentas en el mentón.

-¿Quieres compartir un café con nosotras, Steve?

Margaret McAfee le sonrió. Igual que sus hijas, era una morena atractiva. La única diferencia era el paso de veinticinco años, más o menos... y la meticulosa aplicación semanal de un frasco de Loving Care de color castaño oscuro en el cabello.

Steve negó con la cabeza.

-Gracias, pero le he prometido a Corey que la llevaríamos a elegir una mascota antes del almuerzo y, para ella, eso es alrededor de las nueve de la maòana. Ya me ha llamado dos veces para averiguar por qué tardo tanto. Ya que estamos, le agradezco que me haya dado el nombre del criadero donde consiguió a Muffy.

-Me alegro de que siga estando abierto, y de que tengan mascotas -repuso la mujer.

-No creas que le haces un favor a tu hija comprándole una copia exacta de Mufty -le advirtió Sandra-. No es lo que yo llamaría una mascota hogareña.

-Muffy es una campeona-dijo con dignidad Margaret, acos-tumbrada a que sus hijas le tomaran el pelo por su adorada perra-. Y como todo verdadero campeón, tiene sus particularidades, lo admito. Pero no pienses, ni por un minuto, que no es un animal muy inteligente. ¡Si hasta les salvó la vida a Summer y a Steve!

La parte que Margaret prefería de las aventuras de Summer y Steve era aquella en que Muffy orinaba el pie del malhechor. -¡Sí, y cómo!

Sandra y Shelly estallaron en risas afectadas, y Summer lo aprovechó como señal para levantarse.

-Nos veremos más tarde.

Saludó con la mano a su madre y sus hermanas, y salió del restaurante seguida de Steve.

Afuera, en el estacionamiento, él se le puso a la par.

-Sí, tengo empleo, ¿sabes? -le dijo, entrelazando los dedos con los de ella, y mirándola de reojo.

¡Así que lo había oído!

-No me Importa si lo tienes o no -le dijo, con absoluta sinceridad, sonriéndole.

-Más aún, puedo elegir entre varios. El Jefe Rosencrans dice que necesita un jefe de detectives. Les Carter me ha ofrecido devolverme mi antiguo puesto. Y Larry Kendrick quiere que trabaje en la DEA: En realidad, creo que quiere vigilarme, por si en algún momen-to empiezo a exhibir montañas de dinero.

Se rió. Habían encontrado el furgón, sumergido bajo la rampa que iba desde el galpón de los botes hasta el lago Cedar, y dentro estaban los cuerpos. Pero el dinero que Mitch había robado no apare cía. Estaban buscándolo. Y no sólo la policía. Se había filtrado el rumor, como sucedía siempre, de que había quince millones de dólares en billetes sin marcar escondidos en alguna parte, en los alrededores del lago Ceda?-. La gente salía desde la rampa para buscarlos. Como había dicho Sammy, si no se encontraba pronto ese dinero, Cedar Lake podía llegar a convertirse en otro Sierra Madre. A lo largo del próximo siglo, los cazadores de tesoros invadirían la región, a la caza de los millones perdidos.

-Elige el que tú prefieras -le dijo Summer, cuando llegaron al automóvil de Mitch.

Era un Mazda 626 rojo, estacionado entre un mar de automóviles, y Steve tuvo que maniobrar para eludir un Olds de 1988 verde mal estacionado, para poder abrir la puerta y hacer pasar a Summer. -He pensado en quedarme aquí, en Murfreesboro -dijo. -¿Ah, sí?

En lugar de entrar en el coche, Summer giró el rostro hacia él. Se había lavado el cabello y lo había secado con secador, de modo que se rizaba con suavidad en torno de su cara, se había maquillado lo justo para un caluroso día estival, y llevaba un liviano vestido amarillo sol y sandalias de cuero. Estaba hermosa, y lo sabía, y gozó del brillo admirativo con que los ojos de Steve la recorrieron.

-Sí. Como tú tienes casa aquí, y negocio, y todo...

Cuando los ojos negros se posaron otra vez en su cara, eran inescrutables.

-Ya no tengo casa aquí. No quiero vivir en esa. El lunes que viene la pondré en venta, y empezaré a buscar otro sitio para vivir. Si bien mi madre quiere que vaya a Santee, a vivir con ella, y Sandra dice que debería irme a California, y Shelly...

-Quiere que vayas a Knoxville -la cortó Steve, en seco-. El lunes, yo mismo saldré a buscar casa. Podríamos unir fuerzas. Dos personas buscando una sola casa.

Summer lo miró fijamente. Estaba muy cerca, con un brazo apoyado sobre el borde de la puerta abierta, y los dedos de la otra mano jugueteaban con los de ella.

-Por casualidad, ¿estás pidiéndome que viva contigo? -le preguntó, tratando de emplear un tono ligero.

Steve negó con la cabeza. -No.

-¿No?

-Creí que estábamos de acuerdo en que esto era para siempre. -Sí, es verdad.

-Bueno, entonces... lo que estoy pidiéndote es que te cases conmigo.

Summer quedó atónita. No esperaba eso.

-Pero... pero... -farfulló-. Hace sólo una semana que nos conocemos.

-A veces, no hace falta más tiempo.

Summer levantó la vista hacia él, observó la mandíbula prominente y dura, los labios finos, la nariz delgada, los ojos oscuros que una vez le habían parecido sin alma... pero ahora sabía que estaba equivocada.

Y también sabía otra cosa: que Steve tenía razón. A veces, no hacía falta más que una semana.

-Sí -dijo, y se puso de puntillas para abrazarle el cuello y posar sus labios sobre los de él.

La besó hasta dejarla sin aliento, allí mismo, a plena luz del día veraniego, en el agitado estacionamiento del Holliday Inn de Murfreesboro.

Capitulo 46

"Al fin, Dios nos da la paz."
JOHN GREENLEAF WHITTIER

Deedee se sentía muy débil. Sabía que en cualquier momento llegaría la llamada... pero, ¿desde dónde la llamarían? ¿Al Cielo, o a esa nada en la que había existido antes?

Había cumplido la misión que la ataba a la tierra: había arreglado las cosas de Steve.

Pronto sería hora de partir. ¿De reunirse con Mitch? Si, en efecto, había comprendido cómo funcionaba el universo, suponía que debía de estar en su propia nada.

Tenía que hacer algunas cosas antes de ser convocada, pero era difícil lograr que sus átomos la obedecieran. Ya no podía pensar en materializarse... no tenía fuerza suficiente. Sólo quería llegar a donde necesitaba ir.

Con un tremendo esfuerzo de voluntad, se concentró en la casa de su madre. Le llevó cierto tiempo -el tornado también era débil-, pero, al fin, llegó.

Su madre estaba en la cocina, preparando la comida. Supuso que se trataría de la cena, porque afuera estaba oscureciendo. Por un momento, Deedee la contempló con cariño, viendo cómo cortaba un

pollo para freírlo. Su madre ya tenía el cabello gris acerado, la cara arrugada. Estaba envejeciendo.

La tía Dot estaba en la sala, mirando las noticias. El tablero Ouija estaba sobre la mesa de café, olvidado, por el momento. Deedee se concentró intensarnentc. Poco a poco, el señalador empezó a moverse, describiendo círculos azarosos sobre el tablero. Si bien le llevó unos minutos atraer la atención de la tía Dot, cuando lo logró, fue completa.

-¡Sue! -gritó la inujer, con una fuerza capaz de despertar a un tronco, y se levantó de un salto.

-¡Dios mío, Dot!, ¿qué pasa?

La madre se acercó corriendo, limpiandose las manos en un gastado paño de cocina.

Sin decir palabra, Dot le señaló el tablero Ouija. Por si acaso, Deedee hizo dar otra vuelta fantasiosa al indicador.

-¡Oh, Dios mío, es Deedee, otra vez! ¡Siéntate aquí, Dot! ¡Deedee, chiquilla, háblame!

De prisa, acercó un taburete, Dot se dejó caer en el sofá, y las dos se concentraron de lleno en el seòalador tembloroso. Los dedos gruesos y gastados de la madre también temblaban.

-H-O-L-A-M-A -empezó.

-¡Oh, Dios, es Deedee! -gimió la madre. -¡Cállate, Sue! ¿Qué trata de decir?

-E-S-T'-A-N-O-C-H-E-V-E-N-A-C-A-V-A-R-M-I-T-U-M-B-A. -¡Que vayas a cavar su tumba! -chilló tía Dot.

-¡Calla, Dot, calla! ¡Deedee, nena, te quiero! ¡Sigue! -H-A-Y-D-I-N-E-R-O-A-H-I-M-U-C-H-O-D-I-N-E-R-O. -¿Dinero? ¿En tu tumba? -murmuró la madre. -N-O-S-E-L-O-D-I-G-A-S-A-N-A-D-I-E-E-S-P-A-R-A-T-I. -¿Qué esta diciendo?

-¡Que no lo cuentes! ¡Ahora, cállate! -M-I-T-C-H-L-O-E-S-C-O-N-D-I-O-A-H-I-E-S-P-A-R-A-T-I. -¿Mitch lo escondió?

-¿Cállate, Dot! Deedee, tú no te suicidaste, ¿no es cierto? Nena, yo sabía. ¡Siempre lo supe!

-M-I-T-C-H-M-E-M-A-T-O.

-¡Lo sabía! ¡Lo sabía! -gritó la madre-. ¿Acaso no te he dicho siempre que Mitch lo hizo?

-E-L-D-I-N-E-R-O-N-O-E-S-D-E-N-A-D-I-E-Q-U-E-D-A-T-E-C-O-N-E-L.

-¿Dónde estás? ¿Estás en el Cielo? ¿Estás con los ángeles del Señor, nena mía?

-¡No llores, Sue! -Q-U-E-D-A-T-E-C-O-N-E-L-D-I-N-E-R-O-E-S-U-N-R-E--A-L-O-Q-U-E-T-E-H-A-G-O-Y-O.

-¿Estás con los ángeles, Deedee? -¡Deja los dedos en el señalador, Sue! -E-S-T-O-Y-B-I-E-N-G-U-A-R-D-A-D-A-E-L-D-I-N-E-R-O-T-E-Q-U-I-E...

-¡El señalador se mueve con rnás lentitud! -¡Deedee, no te vayas!

Deedec sintió que se debilitaba. Por pura fuerza de voluntad, terminó:

-R-O...

Y entonces, fue absorbida hacia el crepúsculo que oscurecía. Esta vez, sin la menor voluntad de su parte, sino que el torbellino la escupió, apareció sobre un escenario iluminado por luces cegadoras. Las cámaras de televisión se agolpaban a los costados, y esta-ban montándolas sobre plataformas, entre los lugares donde estaría el público. La multitud, palmoteando desde sus asientos de terciopelo sintético, era como una burbuja ansiosa, sin rostro. Un hombre salió al escenario, y estrechó la mano de otro que acababa de terminar de cantar y tocar la guitarra. Cuando salió el guitarrista. Deedee lo reconoció: era Jerry Wood. una estrella country en ascenso.

Un cartel con letras de neón de un rosado fosforescente sobre la cortina de terciopelo marrón le aclaró dónde estaba. Decía: NASHVILLE LIVE.

Deedee supo que estaba a punto de presenciar el debut de Hallie Ketchum corno cantante, ante un público nacional, a través de la televisión. De inmediato, convocó a sus átomos. Si pudiera reunir la fuerza que había tenido antes, ayudaría a Hallie.

¿Dónde estaría Hallie? En alguna parte de los sectores laterales, seguramente. Deedee la buscó, pero no la encontró por ningún lado.

Podría ser que estuviera en el cuarto de vestir...

Encontró a Hallie allí, echada sobre el tocador, con el rostro

apoyado en medio de un mar de frascos de cosméticos, pinceles y bolas de algodón. Tenía rizadores eléctricos en el pelo rubio.

Estaba muerta. Con una profunda e inmediata certeza, supo que el alma había abandonado el cuerpo unos momentos antes.

Dos líneas de polvo blanco y una nava de afeitar sobre la tapa de vidrio de la mesa le explicaron la historia.

Asustada ante la pers pectiva de cantar ante una audiencia en vivo, y sabiendo que no estaba hecha de la materia de las estrellas, Hallie había recurrido a las drogas para darse coraje.

Y. en cambio, se había provocado la muerte.

En ese preciso momento, Deedee lo sintió... era un tirón invisible que la arrastraba de regreso.

Se oyó un golpe en la puerta. -Tres minutos, señorita Ketchum.

El tirón fue más fuerte. Deedee se resistió, contemplando el cuerpo inerte. ¿Habría algo que pudiera hacer?

De pronto, vio la luz.

No se parecía a nada que hubiese visto hasta entonces, era un haz de luz blanca, pura, que irradiaba calor y la atraía hacia ella. Resplandecía a través del techo, reparadora, beatífica, y le prometía una eternidad de dicha.

La escalera al Cielo. Lo había logrado.

Deedee miró otra vez el cuerpo yacente de Hallie Ketchum, y de pronto entendió por qué se le presentaba una elección: el Paraíso, o Nashville.

Vaciló. Miró la luz. La atraía como un imán. -Un minuto, señorita Ketchum.

Con la misma prontitud, Deedee supo que no podía irse. El único paraíso que deseaba estaba allí.

Un cielo de fantasía para un ángel de fantasía.

Deedee sintió el cosquilleo, y tuvo la súbita sensación de que sus átomos se disolvían.

Entones, de repente se encontró dentro del cuerpo de Hallie Ketchum, probando el tamaño, por así decir, levantando la cabeza y contemplando con interés aquel rostro desconocido, que ahora era el suyo.

"No está mal", pensó, y con dedos asombrosamente firmes, empezó a quitarse los rizadores.

Capitulo 47

Era sábado por la noche. Hallie Ketchum estaba sobre el esce-nario de Nashville Live, embelesando al público con la potente versión de su mayor éxito: "Agony".

Entretanto, en un cementerio de campo, no lejos de allí, dos mujeres ancianas, una de las cuales se enjugaba las lágrimas de vez en cuando, estaban arrodilladas junto a una tumba. Ataviadas con ropa de gimnasia negra, pañuelos también negros en la cabeza, removían el césped y parte cíe la tierra con herramientas de jardín, echán-dolos a un costado.

Por fin, una azada puso al descubierto una pequeña bolsa plástica de basura, pegada con cinta adhesiva. Las mujeres se miraron, y la sacaron de la tierra.

Una de ellas la desgarró con manos trémulas y miró dentro. -¡Dot, tal como dijo Deedee! ¡Aquí hay dinero!

-¡No levantes la voz, Sue! ¡Y sigue cavando!

Una hora después, habían desenterrado un pequeño montón de bolsas idénticas. y se afanaban por volver a acomodar el césped sobre la sepultura.

-¡Dot, aquí debe de haber millones! -dijo una, con voz temblorosa y maravillada.

-¡Shh! ¡No se lo digas a nadie! -¿Podremos conservarlo? -Deedee dijo que sí. Deedee dijo que era para nosotras...

Las dos mujeres se miraron, y asintieron al mismo tiempo. Entonces, comenzaron a trasladar el botín al viejo Plymouth aparcado en el prado oscuro, no muy lejos de la sepultura.

En otro camino de Nashville, Steve conducía en medio de la oscuridad, hacia la casa que en otra época compartió con su ex esposa. Las cosas estaban resolviéndose. Había un pequeño embrollo, pues el muchacho al que le habían sacado el Chevy'55, y que había terminado destrozado en mil pedazos, amenazaba con denunciarles. Además, estaba el conductor del furgón, que había quedado ensangrentado e incosciente, pero no muerto, en el estacionamiento de Harmon Brothers y que, al recuperarse, afirmaba que era inocente, que había pasado por casualidad, que no tenía la menor relación con el asunto, y vociferaba que presentaría acusaciones de agresión contra el que le había roto la nariz. Pero su hija estaba profundamente dormida en el asiento de atrás, acurrucada con su nueva mascota pequinesa que, por fortuna, también dormía. Junto a él, con la cabeza apoyada contra el respaldo del asiento, la cara vuelta hacia fuera, contemplando las estrellas que titilaban allá arriba, estaba el amor de su vida.

Summer debió de sentir el peso de su mirada, porque volvió la cabeza y le sonrió.

De pronto, Steve cobró aguda conciencia de estar rodeado por el resplandor tibio de la felicidad, y le pareció una emoción tan insólita que creyó poder sentirla, como el calor de una manta eléctrica.

Sin proponérselo, pensó en Mitch. "¿Te habré conocido alguna vez, viejo amigo?", pensó.

Luego, miró a su alrededor, vio a las dos personas que significaban todo para él, sintió el peso de la felicidad dentro del automóvil, y obtuvo la respuesta.

Casi podía oír a Mitch diciendo: "Los ganadores se llevan todo, nena.".